



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

A

858,540





EL MONASTICON

EURICO EL PRESBITERO



EL MONASTICON

EURICO EL PRESBITERO



**Queda hecho el depósito para
los efectos de propiedad litera-
ria con arreglo á la ley.**

PÁGINAS DE IBERIA

EL MONASTICON



EURICO EL PRESBITERO

POR

ALEJANDRO HERCULANO

Traducido de la sexta edición portuguesa y adicionado con algunas notas y un plano
de las cercanías del Calpe

POR

SALUSTIANO RODRIGUEZ-BERMEJO

MADRID

IMPRESA DE T. FORTANET

29, CALLE DE LA LIBERTAD, 29

1875

69.8

154eu

CR69

834643-190

ÍNDICE.

	<u>Páginas.</u>
Prólogo del traductor.....	ix é xvi
Prefacio del autor.....	1
I.— Los Wisigodos.....	5
II.— El Presbítero.....	14
III.— El Poeta.....	23
IV.— Recuerdos.....	32
V.— La meditacion.....	42
VI.— Saudade.....	48
VII.— La vision.....	60
VIII.— El desembarque.....	66
IX.— Junto al Krysus.....	88
X.— Traicion.....	102
XI.— Dies iræ.....	113
XII.— El monasterio.....	126
XIII.— Covadonga.....	156
XIV.— La noche del Emir.....	177
XV.— A la luz de la luna.....	198
XVI.— El Castro romano.....	215
XVII.— La aurora de la redencion.....	234
XVIII.— ¡Imposible!.....	248
XIX.— Conclusion.....	266
Notas del autor.....	273
Carta esférica del Estrecho de Gibraltar.	



PRÓLOGO DEL TRADUCTOR.

Entre las obras con que se ha enriquecido, en lo que va de siglo, la literatura de nuestro vecino y hermano Portugal, sobresale, sin duda, la que hace ya treinta años publicó el ilustre historiador ALEJANDRO HERCULANO con el título de *El Monasticon* ó, como si dijéramos, parafraseando esta latinizada denominacion genérica, *série ó coleccion de estudios acerca del Clero*: es una obra dividida en dos libros ó partes, independientes entre sí, pero sujetas al pensamiento y fin apuntados hasta en sus respectivos títulos, que son: EURICO EL PRESBITERO y EL MONJE DEL CISTÉR.

Poner de manifiesto y hasta de relieve la no interrumpida cadena de amarguras y tormentos del hombre-sacerdote que, fiel á los deberes del preternatural celibato eclesiástico, luchó, lucha y luchará por siempre é inútilmente contra el amor noble y digno,

contra ese sentimiento por excelencia, el más puro y elevado de cuantos implantára el Creador en el corazón de sus criaturas, (cuyos divinos símbolos, la Virgen-Madre y el Verbo-humanado serán siempre modelos de virtud y estímulos hácia el Bien para todo hombre) y cuya inmediata consecuencia, *la familia*, núcleo y base de la Humanidad entera, es la realización santa y obediente en la Tierra de los designios del Eterno: tal es y de tanta monta, el objeto, la difícil y delicada empresa, digna de su profundo espíritu filosófico, que acometió el autor de este precioso libro, cuya traducción nos hemos propuesto para generalizar su lectura en España.

Fácil, facilísimo tal vez, hubiera sido á Herculano expresar su pensamiento sobre tan grave asunto bajo la forma doctrinal ó severamente académica, adecuada quizá más que otra alguna para trabajos de esta índole; mas su obra, entónces, por brillante y acabada que fuese, habría corrido exclusivamente entre las manos de los eruditos y el limitado círculo de los aficionados á los estudios filosóficos. Su aspiración fué más

grande y más benéfica: quiso, sin duda, que llegara su palabra á todas las capas sociales; que penetrara la verdad hasta en la conciencia del vulgo que sólo busca distracción en la lectura; que la luz de su espíritu alumbrara el oscuro cerebro de las muchedumbres, á las cuales no siempre les fué posible ver, ni lícito pensar siquiera en sí mismas y reconocerse como imágenes del Autor Supremo: y, poniendo en juego para tan altos fines sus poderosos recursos de filósofo, de historiador y de poeta, con vigorosa y resuelta mano trazó y realizó el plan sencillo, original y eminentemente artístico de su obra.

De este modo y por tales motivos, *Eurico el Presbítero* y el *Monje del Cistér* representaban dos excelentes y admirables cuadros históricos, de inestimable valor por su colorido local, por la realidad de sus caracteres, por la naturalidad de su acción siempre variada y atractiva, por el nervio del estilo y, más que todo, por la fidelidad y expresión artística con que retratan las épocas á que respectivamente se refieren.

En el *Eurico* aparece como fotografiada

una de las más interesantes y de suma trascendencia en nuestra historia peninsular: (711-716) que abraza los últimos momentos de la monarquía wisigoda, la terrible pero providencial y regeneradora invasión sarracena y los primeros albores, en las montañas cantábricas, de nuestra épica reconquista de ocho siglos. *El Monje del Cistér*, cuya publicación seguirá de cerca, Dios mediante, á la de *Eurico*, comprende la época de D. Juan I, el *Grande*, de Portugal, — el héroe de Aljubarrota, — describiendo en este trabajo el autor, con mano maestra, aquel interesante reinado, y muy detenida y profundamente el estado moral y material de la ciudad y córte de Lisboa en aquellos tiempos.

Cuál y cuánta habrá sido en Portugal la aceptación de estas dos obras, lo demuestra elocuentemente el hecho de haberse agotado allí varias veces numerosas ediciones de las mismas. Lo extraño, después de esto, es que un libro, como el *Eurico* en particular, tan popularizado en el vecino reino, tan español por sus cuatro costados, y tan interesante para cuantos hemos nacido sobre

este suelo de la antigua Iberia, en mal hora dividido por errores y ambiciones de los ciegos Principales de otros tiempos, no haya encontrado hasta hoy un traductor que, con ventaja sin duda para los lectores de España, lo hubiera puesto á su alcance en mejor lenguaje que el nuestro y por pequeño sacrificio, cuando tantos otros, de escasa sustancia la mayoría, y no pocos además perjudiciales á nuestra juventud especialmente, han salido sin rebozo de nuestras nada ociosas prensas.

Años há que leimos la valiosa produccion de Herculano, y á medida que el tiempo transcurría, se aumentaba nuestra pena por que no estuviera ya el *Eurico* en mano de los Españoles, y subian de punto nuestros deseos de reparar esta falta; porque falta es, y hasta inconcebible tratándose de Españoles, desconocer ú olvidar ó mirar con indiferencia el libro de Alejandro Herculano, cuando en él ha conseguido explicar el autor, ó retratar mejor dicho, un período crítico y solemne de nuestra historia nacional, propio para ser comparado con éste, crítico tambien, de desdichas presentes y

de esperanzas no remotas para lo futuro por que atraviesa nuestra querida España. Presa era entónces, como hoy, de luchas civiles; teatro de miserables y sangrientos crímenes. Aquel Clero, dechado de ciencia y de virtud, valiente y libre, unido con el pueblo contra las agresiones de los Príncipes en lo antiguo, habia caido, al fin, en el más deplorable descreimiento; los soldados que habian deshecho á los Hunnos cimentado una nacionalidad, dieron al olvido su gloria y el poder de sus armas, cogiendo éstas en las paredes de sus palacios, no en señal de paz, ni en desagravio del derecho ofendido, sino para cogerlas de nuevo y derribar con débil empuje aquellos troncos carcomidos; la muchedumbre, que habia intervenido en la eleccion de sus Príncipes y en la confeccion de las leyes, dejó de influir por el egoismo y estaba, como sus jefes, ó sumida en la indiferencia ó excitada por el espíritu de rebeldía. Contados eran ya en 711 los pechos en que aún ardía la llama del entusiasmo por la libertad y la independencia de la pátria: rotos estaban los sagrados vínculos de la religion, del he

nor, de la familia; las acciones de aquellos Godos corrompidos tenian exclusivamente por causa el despecho y el egoismo. Los Pastores, obligados por su ministerio á predicar y practicar la doctrina del Cristo, buscaban, entre los enemigos de la Cruz, satisfaccion á sus ruines pasiones y mayores medios para prolongar sus vicios. Los favoritos del mismo rey, los colmados por él de mercedes, juntos días ántes en la orgía, se olvidaban en el momento supremo de su favorecedor y de su prostituto, entregándole traidoramente en manos de los infieles — ellos, más infieles todavía. Los capitanes que habian derribado un trono para ser ellos los tiranos, recelosos unos de otros, mal contentos todavía con el producto de sus rebeliones, ciegos todos de ambicion y aún no satisfecho su brutal instinto con el desgarramiento de la pátria, á quien pertenecian las armas con que era escarnecida, acudian y llamaban á los extranjeros entónces poderosos, que les ayudaron á consumir su para ellos obra destructora, mas en realidad de transformacion y renacimiento.

D. Julian, D. Oppas, los hijos de Witiza... todos son personajes cuyo infausto recuerdo aviva hoy, además, en la memoria de los Españoles el cuadro sombrío de nuestras presentes desventuras.

Tales y tantas son, que no podríamos referirlas, aunque, como dice Isidoro de Béja, se nos convirtieran en lenguas todos nuestros miembros; pero tenemos fé en las enseñanzas de la Historia y confiamos en que de sus mismas ruinas surgirá, al fin, un Pelayo para salvar la pátria: no de otro modo concebimos la constante intervencion de la Providencia en favor de las razas y los pueblos que aún no completaron su mision en el armónico y superior organismo de la Humanidad: creamos y esperemos.

Tal es la consoladora y real enseñanza que de la lectura del *Eurico* se desprende: ¿acogerá con benevolencia el pueblo ibérico nuestro trabajo?...

El Traductor.

Madrid, 11 de Agosto de 1874.

PREFACIO DEL AUTOR.

Para las almas, no sé si diga excesivamente positivistas, si demasiadamente groseras, el celibato del sacerdocio no pasa de una condicion, de una fórmula social, aplicada á cierta clase de individuos, cuya existencia modifica ventajosamente por un lado, y lesfavorablemente por otro. La filosofia del celibato para los espíritus vulgares acaba aquí. A los ojos de los que aprecian las cosas y los hombres sólo por su utilidad social, esa especie de aislamiento doméstico del sacerdote, esa abjuracion de los afectos más puros y santos—los de la familia—es condenada por unos, como contraria al interés de las naciones, como dañosa á las costumbres y á la política, y defendida por otros como útil y moral.

¡Dios me libre de debatir materia tantas veces discutida, tantas veces agotada por los que saben la ciencia del mundo; y por los que conocen la ciencia del cielo! Yo, por mi parte, débil argumentador, sólo he pensado en el celibato á la luz del sentimiento y bajo la influencia de la impresion singular que, desde verdes años, produjo en mí la idea de la irremediable soledad de alma, á qué la Iglesia condenara á sus

ministros—especie de amputacion espiritual, donde muere para el sacerdote la esperanza de completar su existencia sobre la Tierra.

Suponed todos los contentamientos, todos los consuelos que las imágenes celestiales y la creencia má viva puedan engendrar, y hallareis que éstos no suplen, ni pueden suplir, el triste vacío de la soledad del corazón.

Dad á las pasiones todo el ardor que podais, á los placeres mil veces más intensidad, á los sentidos su máxima energía, y convertid el mundo en paraíso mas quitad de él á la mujer, y el mundo será un yermo melancólico, y los deleites á lo sumo el preludeo del tédio.

Muchas veces, en verdad, desciende la mujer arrastrada por nosotros, al charco inmundo de la extrema depravacion moral; empero muchísimas más nos redime de nosotros mismos, y, por el afecto y el entusiasmo, nos impele á cuanto hay de bueno y generoso. ¿Quién, una vez por lo ménos, no ha creído en los ángeles, cuya existencia se revela en los profundos vestigios que de la misma lleva impresos el corazón de la mujer? Y ¿por qué no ha de ser ella, en la escala de la creacion, un anillo de la cadena de los seres, sujeto, de un lado, á la humanidad por la flaqueza y la muerte, y del otro, á los espíritus puros por el amor y el misterio? ¿Por qué no ha de ser la mujer el intermediario entre el cielo y la tierra?

Pero, si ésto es así, al sacerdote no le fué permitido comprenderlo: no le fué dado el juzgarlo por los mi'

e : hechos que nos lo están diciendo á nosotros, los que
u no juramos al pié del altar repeler la mitad de nues-
tra alma, cuando la Providencia nos la deparase en la
- vida. Al sacerdote cúmplele aceptar ésta, como ver-
as : dadero destierro: para él debe pasar el mundo des-
- consolado y triste, como se nos representa cuando le
d des poblamos de aquellas por quienes y para las cuales
vivimos.

os La historia de las agonías íntimas, engendradas por
su la lucha de esta situacion excepcional del clero con
o, las tendencias naturales del hombre, seria bien dolo-
un rosa y variada, si los afectos del corazon tuvieran sus
u- anales, como los tienen las generaciones y los pueblos.
La obra mejor pensada, áun producto de la fecunda
r, imaginacion que crea el romance, seria bien grosera
la y fria, comparada con la terrible realidad histórica de
ás un alma devorada por la soledad del sacerdocio.

y Esa crónica de amarguras ya la busqué yo por los
monasterios, cuando éstos se desplomaban á impulso
de nuestras trasformaciones políticas; mas era un
o- buscar insensato: ni en los códices iluminados de la
e| Edad-media, ni en los pálidos pergaminos de los
la archivos monásticos estaba ella. Bajo las losas de los
de sepulcros claustrales habia, seguramente, muchos
L que la sabían; pero las sepulturas de los monjes las
os hallé mudas. Algunos fragmentos sueltos, que en
L mis indagaciones encontré, eran apénas frases aisla-
das y oscuras de la historia que buscaba en balde:
ide en baldé, sí porque á la pobre víctima, ya voluntaria,
mi ya forzada al sacrificio, no le era licito gemir, ni

decir á los venideros: — «¡sabed cuánto he padecido!»

Y, por lo mismo que sobró esa historia pesaba el misterio, recurrí a la imaginacion para suplirla. De la idea del celibato religioso, de sus forzosas consecuencias, y de los raros vestigios que de éstas hall  en las tradiciones monásticas, nació el presente libro.

Desde el palacio, hasta la cabaña y el prostibulo; desde el más espléndido vivir, hasta el vegetar del populacho más rudo, todos los lugares y todas las condiciones han tenido surromancista. Dejad que el más oscuro de todos sea el del Clero: poco perdereis con éso.

El MONASTICON es una intuicion casi profética del pasado,   veces, intuicion más dificultosa que la del futuro.

  Sabéis cuál es el significado de la palabra *monje* en su origen remoto, en su forma primitiva? Es el de *solo y triste*.

Por éso, en mi concepcion c mpleja, cuyos límites no s  de antemano señalar, d  cabida   la crónica-poema, leyenda,   lo que quiera que sea (1), del *Presbítero godo*: d la tambien, porque su pensamiento le despert  en mi alma la narracion de cierto manuscrito gótico, ahumado y gastado por el rozar de los siglos, que en otro tiempo perteneció   un antiguo monasterio del Miño.

El MONJE DEL CISTÉR, que debe seguir   EURICO, tuvo c si el mismo origen.

Ajuda. — Noviembre de 1843.

(1) Véase al final del libro la nota I del autor.

EURICO EL PRESBITERO.

I.

LOS WISIGODOS.

A un tiempo toda la raza goda, sueltas las riendas del gobierno, comenzó á inclinar su ánimo hácia la lascivia y la soberbia.

MONJE DE SILOS. *Chronicon.* c. 2.

La raza de los wisigodos, conquistadora de las Españas, habia subyugado toda la Península hacia más de un siglo. Ninguna de las tribus germánicas que, dividiendo entre sí las provincias del Imperio de los Césares, intentaron cubrir su bárbara desnudez con los despedazados pero espléndidos trajes de la civilizacion romana, habia sabido, como los Godos, reunir esos fragmentos de púrpura y oro, para enganarse á guisa de pueblo civilizado. Leowighild habia expulsado de España los últimos soldados de los Emperadores griegos; habia reprimido la audacia de los Frankos que en sus correrías asolaban las provincias wisigodas del otro lado del Pirineo; habia acabado con la especie de monarquía que los Suevos

instituyeran en la Gallecia; y habia, finalmente, expirado en Toletum (1), después de haber establecido

(1) Véase al final del libro la nota II del autor, con cuya opinion estamos de acuerdo.—Creemos conveniente añadir aqui el siguiente resúmen histórico, relativo á los diferentes pueblos que dominaron la Península, y á la division de ésta en provincias que más largamente subsistió. De este modo nos ahorraremos algunas otras notas que, sin ésta, serian necesarias para algunos lectores.—*Iberos* y *Celtas* parecen ser los primitivos ó más antiguos habitantes de la Península, llamada *Iberia* del nombre de los primeros. Después, los *Fenicios* de Tiro, atraidos por su hermoso clima y abundantes riquezas, arribaron á sus costas y fundaron colonias, estaciones y ciudades comerciales, entre otras Tarraco, Heráclea, Málaga, Gádes, Tartésso, etc., en las cuales más tarde quisieron predominar los *Griegos* que les habian seguido. No pudiendo éstos conseguir su intento, llamaron en su auxilio á los *Cartagineses*, que concluyeron por sobreponerse á unos y otros, enseñoreándose de toda la Península comprendida al Sud del Ebro, hasta que fueron vencidos á su vez por los *Romanos* después de larga y cruda guerra. Mas no todos los indígenas habian quedado sometidos, y Roma tuvo que luchar aún dos siglos más, hasta completar su conquista en tiempo de Julio César. Quedó, pues, España convertida en provincia romana, ó para decir con más propiedad, en *Diócesis* de la Prefectura de las Gálias, dividida en tres regiones ó grandes provincias: la *Lusitania* al Oeste (capital Mérida) que comprendia gran parte del Portugal y de la Extremadura, ó sea entre el Duero al Norte, la falda septentrional de Sierra-Morena al Sur y una linea imaginaria del Tormes á Puente del Arzobispo y Almagro al Este; — la *Bética* al Mediodía (capital Córdoba), limitada por el Guadiana al Oeste, por el rio Almanzora, junto al cabo de Gata, al Este, y por la Sierra-Morena al Norte; — y la *Tarraconense* al Norte y Este (capital Tarragona)

leyes políticas y civiles, y la paz y el orden públicos en sus vastos dominios, los cuales se extendían de mar á mar y todavía, trasponiendo las montañas de la Vasconia, abarcaban una gran porción de la Gália narbonense (1).

Hácia esa época, la diferencia entre las dos razas, la conquistadora ó goda, y la romana ó conquistada, casi había desaparecido, y los hombres del Norte se

que abarcaba el resto. Esta última — la Tarraconense — se subdividió luégo en tiempo de Constantino — 323 — en cuatro ó cinco provincias: la *Gallecia* cuya capital era Bfaga; la *Tarraconense* propiamente dicha, con Tarragona por cabeza; la *Cartaginense*, capital Cartagena; las *Baleares* y la *Mauritania Tingitana* ó *Transfretana*, capital Tanger.

A principios del siglo v, cuando los Bárbaros invadieron las provincias del Imperio romano, los *Suevos*, *Alanos* y *Silingos* atravesaron la Gália, franquearon los Pirineos en 409, se apoderaron de la Península y se la repartieron por suerte en 411: á los *Suevos* tocó la *Gallecia*, á los *Alanos* parte de la *Lusitania* y de la *Tarraconense*, y á los *Silingos* (tribu vándala) la *Bética* y parte de la *Tarraconense*. Poco después, en 415, penetran los *Wisigodos* en España, expulsan á los *Silingos*, empujan de la *Lusitania* á los *Alanos* que se mezclan con los *Suevos*, hacen alianza con éstos, repasan los Pirineos, y en 419 fundan el reino ó monarquía wisigoda, teniendo por límites la Aquitania, el Mediterráneo y el Océano, por capital á Tolosa, y por primer rey á *Walia*, á la sazón su jefe. Desde 585, en que *Leowigildo* acabó con la monarquía de los *Suevos*, los *Wisigodos* quedaron dueños de toda la Península. (*Nota del trad.*)

(1) La Gália narbonense — de Narbona, en su origen colonia de *Narbo Martio* — comprendía el *Langüedoc*, el *Delfinado*, la *Saboya* y la *Provenza*. (*Nota del trad.*)

habian confundido con los del Mediodía en una sola Nacion, á cuya grandeza contribuyó aquella con las austeras virtudes de la Germania, ésta con las tradiciones de la cultura y policía romanas. Las leyes de los Césares, por las que se regian los vencidos, mezcláronse con las sencillas y rudas instituciones wisigodas, y un Código único, escrito en lengua latina, regulaba ya los derechos y deberes comunes, cuando el Arrianismo que los Godos habian abrazado, al aceptar el Evangelio, se declaró vencido por el Catolicismo, que profesaba la raza romana. Esta conversion de los vencedores á la creencia de los subyugados fué el complemento de la fusion social de ambos pueblos. Sin embargo, la civilizacion que suavizó la rudeza de los bárbaros era una civilizacion vieja y corrompida: en cambio de algunos bienes que produjera á aquellos hombres primitivos, trájoles el peor de los males—la perversion moral. La monarquía wisigoda procuró imitar el lujo del Imperio que habia muerto, y al cual habia sustituido: Toletum quiso ser la imágen de Roma ó de Constantinopla (1). Esta causa princi-

(1) *Toletum*. La fundacion de Toledo se atribuye á los Hebreos venidos á España en tiempo de Nabucodonosor—340 años ántes de J. C.—Tambien se ha discurrido mucho acerca de otros orígenes de esta antiquísima ciudad, de la cual dice el P. Florez: «una de las excelencias de Toledo es no poderse averiguar su origen.» Lo cierto es que era una de las principales de la Carpetania, de que se apoderaron los romanos 192 años ántes de J. C.; que en 411 de la Era vulgar cupo en suerte á los

pal, ayudada por muchas otras, nacidas en gran parte del mismo origen, engendró la disolucion política mediante la disolucion moral.

En vano algunos hombres de génio, revestidos de la autoridad suprema, intentaron evitar la ruina que presentían para lo futuro; en vano el clero español— incomparablemente el más ilustrado de la Europa de aquellas eras tenebrosas, y cuya influencia en los negocios públicos era mayor que la de todas las otras clases untas — procuró en las severas leyes de los Concilios, que eran al mismo tiempo verdaderos parlamentos políticos, detener á la Nacion que se despeñaba: la podredumbre habia llegado hasta el corazon del árbol, y éste debia secarse. El mismo clero se corrompió al

Alanos, á quienes se la arrebataron los Godos en 418; que erigida después por Leowigildo — 579 — en capital de la monarquía wigoda y asentada en ella su córte, fué el emporio de la civilizacion, y como dice Herculano, quiso ser—y hasta cierto punto fué—la imágen de la Roma de los Césares, la *Ciudad Régia*, como frecuentemente se titulaba. Con la invasion sarracena descendió á ser únicamente capital del vasto reino de *Toleitola*, que abrazaba gran parte de la antigua provincia Cartaginense, pero continuó más próspera y floreciente, si cabe, que ántes, llegando á contar en esta época 200.000 habitantes. Alfonso VI le Castilla la tomó en 1085 y se coronó en ella Emperador. Toledo alentó las Comunidades contra los Flamencos y aún resistió sola, después de la derrota de Villalar, á las tropas imperiales. Desde que Felipe II trasladó la córte á Madrid — 1560 — principió á decaer notablemente, hasta quedar reducida á lo que s hoy: magnífico panteon y rico monumento de nuestras pasadas glorias. (*Nota del trad.*)

fin: el vicio y la degeneracion corrian sueltamente, rota ya la última barrera.

Entónces fué cuando el célebre Ruderico se apoderó de la corona. Los hijos de Witiza (1), su predecesor, los jóvenes Sisebuto y Ebbas, se la disputaron por largo tiempo; pero, segun aparece de los escasos monumentos históricos de aquella oscura época, cedieron por fin, no á la usurpacion, pues el trono gótico no era legalmente hereditario, sino á la fortuna y osadía

(1) *Witiza*, sobrino de Wamba é hijo y sucesor de Egica, ocupó el trono en 700. La historia de su corto reinado es oscura; pero no tanto, que deje de verse lo mucho que en él creció la decadencia del Imperio wisigodo, llevado á su ruina, entre otras causas, por el sistema de sucesion á la corona, la desmedida ambicion é inquietud de los grandes, y las intrigas, intolerancia y abusos del clero, que produjeron la enervacion y demoralizacion, compañeras del lujo y los placeres. Entónces se celebró el décimonono y último Concilio toledano, que decretó la independenciam del clero, prohibiendo hasta la apelacion á Roma; y además de permitirse el concubinato á seglares y á eclesiásticos, se promulgó una ley para que los clérigos pudieran contraer matrimonio. Táchase de cruel á Witiza, y se le atribuye la conversion de toda clase de armas en instrumentos de labranza. y la demolicion de las murallas y fortalezas de muchas ciudades, con el fin de evitar las frecuentes rebeliones de los grandes. Algunos achacan su muerte—ocurrida en 710—á una conspiracion dirigida por Rodrigo, en venganza de haber mandado sacar los ojos á su padre.

Rodrigo ó Ruderik, trigésimocuarto y último rey godo, era nieto de Chindasvinto, y como tal, primo hermano carnal de Pelayo. Antes de ocupar el trono era Duque de Córdoba, como o habia sido su padre. (*Nota del trad.*)

de aquel ambicioso soldado, que los dejó vivir tranquilos en su misma córte, y les revistió de dignidades militares: de cuyo proceder, á dar crédito á antiguos historiadores, vino su última ruina, en la batalla del rio *Chrysus* ó Guadalete, donde el Imperio gótico fué aniquilado.

En medio, sin embargo, de la general decadencia de los Godos, todavía conservaban algunos el robusto temple de alma de los antiguos hombres de la Germania: de la civilizacion romana no habian ellos aceptado sino la cultura intelectual, y las sublimes máximas del Cristianismo. Las virtudes civiles, y sobre todo, el amor á la pátria, habian nacido para los Godos tan luego como, fijado su domicilio en las Españas, poseyeron de padres á hijos el campo labrado, el hogar doméstico, el templo de la oracion y el cementerio del reposo y del sentimiento. En estos corazones, donde reinaban afectos á la vez ardientes y profundos, —porque en ellos la indole meridional se mezclaba con el carácter tenaz de los pueblos del Norte—la moral evangélica revestía esos afectos de una poesía divina, y la civilizacion los adornaba de una expresion suave que realizaba su poesía. Mas, á fines del siglo séptimo, eran ya bien raros los que conservaban puros, sin haber sido aún subyugados por las tradiciones de la cultura romana, sus generosos instintos de la barbarie germánica, y á quienes el Cristianismo hacía escuchar todavía su verbo íntimo, clivado en medio del lujo profano del clero, y de la pompa insensata del culto externo. Una larga paz con las otras

naciones habia convertido la antigua energía de los Godos en alimento de disensiones intestinas, y la guerra civil, gastando esa energía, la habia sustituido con el hábito de traiciones cobardes, de venganzas mezquinas, de enredos infames y de abyecciones ambiciosas. El pueblo, aplastado bajo el peso de los tributos, dilacerado por las luchas de los bandos civiles, prostituido por las pasiones de los poderosos, habia olvidado completamente las virtudes guerreras de sus abuelos. Las leyes de Wamba y las palabras de Ervigio (1) en el duodécimo concilio toledano revelan cuán hondo corria por esta parte el cáncer de la degeneracion moral de las Españas. En medio de tantos y tan crueles vejámenes y padecimientos, el más costoso y aborrecido de todos ellos, para los afeminados descendientes de los soldados de

(1) Wamba sucedió, casi á la fuerza, á Recesvinto en 672, cuando ya era grande la corrupcion y decadencia de los Godos. Gobernó, sin embargo, vigorosa y sábiamente. Venció á los Vasconios (hoy Navarros) que se habian rebelado, y á los Francos ó Gascones, sus aliados, ocupando á Narbona y otras ciudades de la Septimania. Trató de sujetar al clero y la nobleza, pero éstos conspiraron contra él, y, habiéndole dado un narcótico le tonsuraron y vistieron de monje durante el sueño—incapacitándole así para continuar en el trono—y en el mismo acto ungieron por rey á *Ervigio*—680,—al cual confirmó después el Concilio. Wamba no se desnudó el sayal y acabó sus dias en un monasterio. El duodécimo concilio relevó de la obediencia á los vasallos de Wamba, y declaró incapacitado para reinar á todo el que hubiese recibido penitencia de la Iglesia «áun sin saberlo.» (*Nota del trad.*)

s Theodorik , de Thorsmund , de Theudis y de Leowi-
a ghild (1), era el vestir las armas en defensa de aquella
- misma pátria que los héroes wisigodos habian con-
- quistado para legársela á sus hijos; y la mayoría del
- pueblo preferia la infamia , que la ley imponia á los
e que rehusaban defender la tierra natal , á los gloriosos
x riesgos de los combates y á la vida fatigosa de la
s guerra.

1 Tal era , en resúmen , el estado político y moral de
2 España en la época en que ocurrieron los sucesos que
3 vamos á narrar.
4

5 (1) Véanse las notas , págs. 34, 35 y 37.
6
7
8
9
e

II.

EL PRESBITERO.

Elevado al grado de Presbitero... cuánta mansedumbre y cuánta caridad fuera la suya, el amor de todos lo demostraba.

ALVARO DE CÓRDOVA. *Vida de San Eulogio*, c. 1.

En el recóncavo de la bahía que se encorva al Oeste del Calpe, Carteya, (1) la hija de los Fenicios, mira á

(1) *Calpe*. Si ha existido la ciudad de *Calpe* en la falda occidental del promontorio del mismo nombre, debió ser probablemente uno de los primeros establecimientos ó estaciones comerciales fundadas por los Fenicios en las costas de la Iberia. Algunos escritores, en virtud de ligeras y no muy claras indicaciones de geógrafos muy antiguos, afirman que dicha ciudad existió primeramente con el nombre de *Heráclea*, de Hércules su fundador, y hasta aseguran que sus arsenales y murallas se conservaban en tiempo de Timóstenes.

Con este origen, sin duda, se relaciona tambien el nombre de *Columnas de Hércules*, sobre que tanto se ha escrito, dado á los promontorios *Calpe* y *Abyla*, fronteros uno de otro, especie de colosos avanzados sobre el Estrecho que une el Mediterráneo al Atlántico. Mas otros escritores, fundados tambien en narraciones y descripciones geográficas no tan antiguas, en que el nombre de *Calpe* nunca se aplica á poblacion alguna situada en el monte ni fuera de él, sino únicamente al monte

lo léjos las rápidas corrientes del Estrecho que separa la Europa del Africa. Opulenta en otro tiempo, de sus astilleros—famosos desde ántes de la conquista romana—apénas quedan vestigios; sus extensas y sólidas murallas yacen desmoronadas; sus edificios ántes llenos de magnificencia, cayeron en ruinas; su

mismo, niegan la existencia de dicha ciudad, ántes de la invasion árabe, á lo ménos como edificada en la raíz del promontorio y diferente de la vecina Carteya.—Sea de esto lo que quiera, es lo cierto que apoderados los Arabes del promontorio y sus cercanías en Abril de 711, si no es que la reedificaron y fortificaron, la levantaron por vez primera, y del nombre de su caudillo la denominaron, é igualmente al monte, *Geb-el-Tarik* (Monte de Tarik), y de aquí después *Gibraltar*. El célebre Guzman el Bueno la tomó é incorporó á Castilla en 1309 mientras el rey—Fernando IV *el Emplazado*—sitiaba en vano á Algeciras. En 1704, durante la guerra de sucesion, los ingleses se alzaron con ella contra toda ley, y todavia la conservan... por derecho de *su fé púnica*.

Carteia ó Carteya. Dos ciudades, ambas de origen fenicio, hubo con este nombre: una en la desembocadura del Bétis, y otra—la de que aquí se trata—próxima al Calpe. Esta en su origen se llamó *Tartésso*, nombre (comun tambien un tiempo á Gádes y á la otra Carteya del Bétis) procedente de los Tartésos ó Tartésios, indígenas de una parte de la actual Andalucía, llamada entónces *Tartésia*. Al arribo de los Focenses, griegos de la Jonia, en 555 ántes de J. C., al puerto de *Tartésso*, era esta ciudad *Córte* muy rica y floreciente del rey Argantonio, del cuál hablan con elogio Ciceron, Plinio, Herodoto, Apiano Alexandrino y Strabon. Este último añade que la ciudad llamada después Carteya era la misma que Tartésso. Bajo la dominacion cartaginesa, que siguió á la de los Griegos, fué cuando dicha ciudad cambió su antiguo nombre por el de Carteya. Después

poblacion, numerosa y activa, se enrareció y se hizo indolente. Pasaron por ella las revoluciones, las conquistas y las vicisitudes todas de la Iberia durante doce siglos, y cada vicisitud de ésas dejó allí una huella de decadencia. Los cortos años de esplendor de

fué la primera colonia que establecieron los Romanos en la Península. En 170 ántes de J. C., cuando todavía los Romanos no habian acabado de someter la España, los hijos de las uniones (aún no autorizadas) entre los soldados de Roma y las españolas hechas esclavas, cuyo número pasaba de cuatro mil en los registros, fueron declarados libres por el Senado de la metrópoli y enviados á Carteya, denominada tambien por éso *ciudad de los libertinos ó libertos*. Nada se sabe acerca de su destruccion ó aniquilamiento. Lo probable es que principiara á decaer rápidamente durante las irrupciones y guerras entre Vándalos y Wisigodos, y acabara por completo durante la reconquista, cuando los Arabes se defendian acorralados cerca del Estrecho. Parte de sus ruinas veíanse en otro tiempo entre Algeciras y Gibraltar, sobre la misma playa, en el fondo del saco de la bahía, donde hoy se alza la *torre de Cartagena ó del Rocadillo*, cerca de la desembocadura del rio Guadarranque, á unas 300 varas Oeste del fuerte del Mirador, hoy demolido, (véase el plano pág. 14). Lopez de Ayala y M. Cantier dicen que en las mareas bajas se descubrian todavía los cimientos del puerto y de algunos edificios particulares. Mas, como el solar de esta ciudad, la más célebre y famosa de la España antigua, no es probable — ni aún posible, dada su historia— que se redujera á un pequeño perimetro, mayormente teniendo en cuenta las muchas y diferentes partes que en lo antiguo constituian una ciudad ya de cierta importancia, no creemos muy aventurada la suposicion de que Carteya debió ocupar una gran parte de la playa septentrional de la bahía, y la mejor ó más á propósito para su movimiento comercial marítimo. En

la monarquía wisigoda (1) habían sido para ella, como un hermoso día de invierno, en que los rayos del sol resbalan sobre la faz de la tierra sin calentarla, para venir después la noche, húmeda y fría como las precedentes. Bajo el gobierno de Witiza y de Ruderico, la antigua Carteya es una población decrepita y mezquina, en cuyo derredor están esparcidos los fragmentos de su antigua opulencia, y á la cual, tal vez, en su miseria, los recuerdos que le sugieren esos harapos de sus lozanas juveniles, apenas le sirven de refrigerio en las amarguras de su malhadada vejez.

¡Pero, no! le resta aún un consuelo: la religion del Cristo.

El presbiterio, situado en medio de la población, es un edificio humilde, como todos los que aún subsisten levantados por los Godos sobre el suelo de la España. Cantos enormes, sin cimientó, forman sus muros; cubre su ámbito achatado techo, tejido de gruesas vigas de roble, cubiertas de frágil caña; su portal largo y estrecho presagia en cierto modo la

este caso, dadas las condiciones del terreno y los vestigios del Rocadillo, creemos que la ciudad se extendía delante del fondeadero del Palmones, el más seguro y abrigado de la bahía, desde la desembocadura de dicho río hasta la Punta del Gallo ó del Mirador, teniendo tal vez su *acrópolis* ó ciudadela entre los dos ríos Palmones y Guadarranque. Una opinión semejante hemos oído á uno de nuestros más notables anticuarios, al acudir á él para que nos ilustrara sobre este punto. (*Nota del trad.*)

(1) Desde Eurico hasta Recaredo inclusives (466-586).

misteriosa portada de la catedral de la Edad-media; sus ventanas, por donde la claridad llega al interior trasformada en triste crepúsculo, son como el tipo indeciso y rudo de las *frestas* que después alumbraron los templos del siglo XIV, y á través de las cuales, colada por vidrios de mil colores, la luz iba á chocar melancólica en los blancos paños de los muros gigantes, y á estampar en ellos las sombras de las columnas y arcos enredados de las naves. Mas, si el presbiterio wisigodo en lo escaso de luz se aproxima al tipo de arquitectura cristiana, en el resto revela todavía que las ideas groseras del culto de Odin no se han apagado del todo en los hijos y nietos de los bárbaros, convertidos há tres ó cuatro siglos á la creencia del Crucificado.

El presbítero Eurico era el pastor de la pobre parroquia de Carteya.

Descendiente de una antigua familia bárbara, *Gardingo* en la corte de Witiza, *tiufado* ó *milenario* del ejército wisigodo (1), habia pasado los ligeros dias de su mocedad en medio de los deleites de la opulenta Toletum. Rico, poderoso, gentil, el amor vino, sin embargo, á quebrar la cadena brillante de su felicidad. Enamorado de Hermengarda, hija de Favila, Duque de Cantabria y hermana del valeroso y después tan célebre Pelayo (2), su amor fué desgraciado. El

(1) Véase la nota III del autor.

(2) *Favila*, hijo de Chindasvinto, fué Duque de Cantabria. Matóle á tuerco Witiza (dice Mariana en su *Hist. de Esp-*

orgullosa Favila no había consentido que el ménos noble Gardingo pusiera tan alta la mira de sus deseos. Después de mil pruebas de un afecto inmenso, de una pasión ardiente, el jóven guerrero vió naufragar todas sus esperanzas. Eurico era una de esas almas, ricas en la sublime poesía, á quienes el mundo dá el nombre de imaginaciones desarregladas, porque no es para el

b. vi, cap. xix) de un golpe que le dió con un baston, y á algunos sospechan que por gozar más libremente de su mujer, en quien tenia puestos los ojos.»

Parece natural que *Pelayo* heredara de su padre el título de Duque de Cantabria, mas los historiadores antiguos sólo le nombran *Duque de Aquitania*. Al tiempo de la batalla del Juañate tenía, sí, á su cargo el gobierno de la Cantabria, que comprendia las montañas de Búrgos, las Asturias de Santillana y parte de las de Oviedo, pero no la Guipúzcoa, ni la Vizcaya. Nota al lib. vii, cap. i de la *Hist. de Esp.* por Mariana, edic. de Gaspar y Roig 1852, tom. i, pág. 202). Además el mismo Mariana, en el cap. iii del lib. citado (pág. 207), al hablar de Alfonso I *el Católico* (que casó con Hormesinda, hija de Pelayo) dice que Alfonso era hijo de Pedro *Duque de Vizcaya*, es decir de *Cantabria*, pues todavía no se designaba con aquel nombre al territorio cántabro. — Pelayo fué elegido rey por sus compañeros hácia 716 ó 718 y murió en 737. Sus restos mortales, los de su mujer y los de su hermana yacen juntos en un solo sepulcro en la célebre cueva de Covadonga. — No hemos podido hallar el nombre de la hermana de Pelayo; pero el de *Hermesinda*, que la dá Herculano, lo encontramos muy propio de la hija del Prócer godo, pues durante la Edad-media lo llevaron varias princesas: entre otras, la hija de un rey lombardo, segunda mujer de Carlomagno, el cuál la repudió al año de su casamiento; la mujer de Luis, *el Piadoso*; una reina de Provenza, madre de Luis, *el Ciego*; etc. (*Nota del trad.*)

mundo el comprenderlas. ¡Desventurado! su corazón de fuego había quemado el vigor de su existencia, al despertar de los sueños de amor que le tenían absorto. La ingratitude de Hermengarda, que parecía ceder sin resistencia á la voluntad paterna, y el insultante orgullo del anciano Prócer habían dado en tierra con aquel ánimo, que no fuera capaz de abatir el aspecto de la muerte. La melancolía que le devoraba, consumiéndole las fuerzas, le hizo caer en larga y peligrosa enfermedad, y cuando la energía de una constitución vigorosa le arrancó del borde del sepulcro, semejante al ángel rebelde, los bellos y puros rasgos de su fisonomía hermosa y varonil se le entreveían difícilmente bajo el velo de muda tristeza que anublaba su frente: era el cedro abatido por el rayo.

Una de esas revoluciones morales, que las grandes crisis producen en el espíritu humano, se operó entonces en el joven Eurico. Educado en la creencia viva de aquellos tiempos; naturalmente religioso, porque era poeta, se fué á implorar abrigo y consuelo á los piés de Aquél, cuyos brazos están siempre abiertos para el desgraciado que en ellos va á buscar el último refugio. Al fin de las grandezas cortesanas el pobre Gardingo vino á encontrar la muerte del espíritu, el desengaño del mundo. Al fin de la estrecha senda de la Cruz ¿hallaría, por ventura, la vida y el reposo íntimos? Este era el problema, resumen de todo su futuro, que intentaba resolver el pastor del pobre presbiterio de la vieja ciudad del Calpe.

Después de pasar por los diferentes grados del sa-

cio, Eurico había recibido todavía de Siseberto, decesor de Oppas en la sede de Híspalis (1), el go de apacentar el diminuto rebaño de la pobla-

Oppas, hermano (algunos dicen que hijo) de Witiza y spo de Sevilla, ambicionaba la silla metropolitana que en Toledo; pero cuando esperaba ver realizado su deseo, ó la muerte de su hermano y la ocupacion del trono por o. De aquí el origen de su enemistad hácia éste y su n en el Guadalete, según la tradicion.

Salis, de Hispan ó Hispal, compañero de Hércules, fué nente una de las primitivas poblaciones de los Iberos ó enes de la Península. Pertenecia, como Córdoba, á la de los *Turdetanos*.

onia-Romulense ó *Romúlea*, ó *Colonia-Julia-Rómula*, Augusto llegó á ser una de las ciudades más hermosas acientes de la Bética. Conservó su grandeza é impor- bajo los Vándalos (411 á 429), durante los Wisigodos '12), y sobre todo, bajo la dominacion árabe, en iempo contaba 300.000 habitantes y tenia 60.000 telares ijidos de seda. Los Arabes la llamaron *Esbilia*, de donde e su nombre actual. Abdulaziz reinó en ella de 714 después, desde 1021, fué capital del reino musulman no. Fernando III *el Santo* la tomó en 1248.

una de sus puertas—la de Jerez—hay la siguiente cion:

Hércules me edificó;
Julio César me cercó
de muros y torres altas,
y el rey Santo me ganó
con Garci-Perez de Vargas.

ituacion primitiva era á poca distancia de la ciudad actual, dicen *Sevilla la Vieja*. (Nota del trad.)

cion fenicia. El jóven Presbitero, al legar á la catedral una porcion de los señorios que heredara juntamente con la espada conquistadora de sus abuelos, se habia reservado apénas una parte de sus propias riquezas, para socorrer á los necesitados, que él sabia no escaseaban en la cási solitaria y medio arruinada Carteya.

La nueva existencia de Eurico habia modificado, pero no destruido, su brillante carácter. La mayor de las humanas desventuras—la viudéz del espíritu—habia ablandado, por la melancolía, las impetuosas pasiones del mancebo, y apagado en sus lábios la risa del contento; mas no habia podido desvanecer en el corazon del sacerdote los generosos afectos del guerrero, ni las inspiraciones del poeta. El templo habia santificado los unos, modelándolos por el Evangelio, y hecho más solemnes las otras, alimentándolas con las imágenes y sentimientos sublimes de las páginas sacrosantas de la Biblia. El entusiasmo y el amor habian revivido en aquel corazon que parecia muerto; pero trasformados: el entusiasmo, en entusiasmo por la virtud; el amor, en amor á la humanidad. ¿Y la esperanza? ¡Ay!... ¡la esperanza no habia renacido!

III.

EL POETA.

Que ninguno de vosotros se
atreva á reprobear los himnos com-
puestos en loor de Dios.

(Concil. IV de Toledo, c. 13.)

Las tardes, cuando el sol, trasponiendo la bahía
de Melilla, descendía enrojecido por el lado de Me-
lilla, dorando con sus últimos esplendores las ci-
cadas de la montaña piramidal del Calpe, veíase á lo
lejos de la playa, vestido con la flotante *stringe* (2),
el bitero Eurico encaminándose hácia los alcanti-
lados á pico sobre el mar. Los pastores, que al
rededor del poblado lo encontraban, decían que, al
saludarle, tanto á él y saludarle, ni siquiera les oía, y que
sus labios, entreabiertos y trémulos, brotaba un

Mellaria, antigua población en la costa interior del Es-
trecho de Gibraltar. Según Ptolomeo y Pomponio Mela se hallaba al Oeste
de la Transducta (Algeciras). Plutarco habla de una batalla
ganada por Sertorio contra Cotta, á la entrada del Estre-
cho á Mellaria. De estos antecedentes deducen Lopez de
Vega en su *Historia de Gibraltar*, y el P. Florez, que estuvo
en las proximidades de Tarifa. (Madoz, *Dic. geog. de*

Véase la nota IV del autor.

susurro de palabras inarticuladas, semejante al soplo de la brisa entre las ramas de la selva. Los que le seguían de lejos en estos largos paseos de la tarde, veíanle llegar á las faldas del Calpe, trepar por los precipicios, sumirse entre las rocas y aparecer por fin, allá á lo lejos, inmóvil sobre algun pico requemado por los soles del estío y pulimentado por las borrascas del invierno. Al avanzar las sombras de la noche, los anchos pliegues de la stringe de Eurico, blanqueando ondulantes á merced del viento, indicaban que él estaba allí, y cuando la luna subía á las alturas del cielo, aquel blanquear de las trémulas ropas continuaba casi siempre, hasta que el ástro de la noche se hundía en las aguas del Estrecho. De allí á pocas horas, los habitantes de Carteya, que se levantaban á sus trabajos rurales áun ántes de la alborada, al mirar hácia el presbiterio, percibían, á través de los vidrios de colores de la solitaria morada de Eurico, la luz ya moribunda de la nocturna lámpara, desvaneciéndose ante la claridad matutina. Cada cuál tejía entónces su novela, ayudado por las creencias de la supersticion popular; y artes criminales, tratos con el espíritu malo, penitencias de una vida pasada abominable, y hasta la locura, todo sirvió sucesivamente para explicar el misterioso proceder del Presbítero. El pueblo rudo de Carteya no podía comprender aquella vida excepcional, porque no sabía que la inteligencia del poeta necesita vivir en un mundo más ancho que ése, á que la sociedad trazara tan mezquinos límites.

Mas Eurico era como el ángel tutelar de los desven-

urados. Nunca su mano benéfica dejó de extenderse hacia la aflicción; nunca sus ojos rehusaron confundir sus lágrimas con las de ajenas desventuras. Siervos ú hombres libres, libertos ó patronos, para ellos eran hijos. Todas las condiciones se nivelaban donde él aparecía, porque, padre comun de aquellos que la Providencia le confiara, todos para él eran hermanos. Sacerdote del Cristo, enseñado por largas horas de íntima agonía, estrujado su corazón por la soberbia de los hombres, Eurico había comprendido al fin, claramente, que el Cristianismo se resume en una palabra: fraternidad. Sabía que el Evangelio es una protesta dictada por Dios á los siglos, contra las vanas distinciones que la fuerza y el orgullo arraigan en este mundo de lodo, de opresión y de sangre; sabía que la única nobleza es la de los corazones y la de los entendimientos que procuran elevarse á las alturas del cielo; pero que esa grandeza real es exteriormente humilde y sencilla.

Poco á poco la severidad de costumbres del pastor de Carteya y su beneficencia tan tierna, tan desnuda de las insolencias que suelen acompañar á la piedad hipócrita de los felices de la tierra; esa beneficencia que la religion llamó Caridad, porque el lenguaje de los hombres no tenía otra palabra que expresara fielmente ese afecto revelado á la tierra por la víctima del altar; esa beneficencia, que la gratitud general recompensaba con amor sincero, había desvanecido gradualmente las sospechas odiosas, que el proceder extraordinario del Presbítero suscitara en un princi-

pio. Finalmente, cierto domingo en que, abiertas ya las puertas del templo y entonados por el Psalmista los cánticos matutinos, el Ostiario buscaba (1) presuroso al sacerdote—que parecía haberse olvidado de la hora, en que debía sacrificar la hostia del cordero y bendecir al pueblo—fué á encontrarlo adormecido junto á su lámpara, encendida todavía, y con el brazo apoyado sobre un pergamino cubierto de líneas desiguales. Antes de despertar á Eurico, el Ostiario pasó la vista por la parte del escrito no cubierta por el brazo del Presbítero. Era un nuevo himno del género de aquellos que Isidoro, el célebre Obispo de Hispalis, introdujera en las solemnidades de la Iglesia goda. Entónces el Ostiario comprendió el misterio de la vida errante del pastor de Carteya y sus vigiliass nocturnas. No tardó en esparcirse por la poblacion y los lugares circunvecinos, que Eurico era el autor de algunos cánticos religiosos, transcritos en los psalterios de varias diócesis, y pronto fué admitida parte de ellos en la misma catedral de Hispalis. La cualidad de poeta hizole aún más respetable. La poesia, dedicada casi exclusivamente entre los Wisigodos á las solemnidades de la Iglesia, santificaba el arte y aumentaba la veneracion pública hácia el que lo ejercitaba. El nombre del Presbítero comenzó á sonar por toda España como el de un sucesor de Draconio, de Merobaude y de Orencio (2).

(1) Véase la nota V del autor.

(2) Véase la nota VI del autor.

Desde entónces nadie más le siguió los pasos. Sentado en los alcantiles del Calpe, errante por las campiñas vecinas ó embreñado en las selvas del interior, dejáronle tranquilo embebecerse en sus pensamientos. En opinion de inspirado por Dios, cási en la de profeta, le tenia la multitud. ¿No empleaba él las horas, que le sobraban del ejercicio de su laborioso ministerio, en una obra del Señor? ¿No debian aquellos himnos de la soledad y de la noche derramarse como un perfume á los piés de los altares? ¿No completaba Eurico su mision sacerdotal, revistiendo la oracion con armonías del cielo, estudiadas y recogidas por él en el silencio y la meditacion? Jóven todavía, el numeroso clero de las parroquias vecinas considerábale como el más venerable de entre sus hermanos en el sacerdocio, y los ancianos buscaban en su frente, cási siempre arrugada y triste, y en sus breves pero elocuentes palabras, el secreto de sus inspiraciones y la enseñanza de su sabiduría.

Pero si los que lo acataban como á un predestinado hubieran sabido cuán negra era la predestinacion del poeta, acaso la especie de culto de que le rodeaban se hubiera convertido en compasion, ó más bien en terror. Aquellos himnos tan suaves, tan llenos de uncion, tan íntimos, que los Psalmistas de las catedrales de España repetian con entusiasmo, eran como el respirar tranquilo del sueño de la madrugada, que sucede al angustioso alentar de pesadilla nocturna.

Tan rápido como raro era el sonreir en la faz de Eurico; profundas é indelebles las arrugas de su

frente. En su sonrisa resplandecía piadoso, armónico y santo el himno de su alma, cuando, levantándose de la tierra, se entrañaba en los sueños de un mundo mejor; mas, á las arrugas de su frente, semejantes á las ondas barridas por el Noroeste, respondía un canto lúgubre de cólera ó desaliento, que le rebramaba interiormente, cuando su imaginación, cayendo cual águila herida de las alturas del espacio, se arrastraba por la morada de los hombres. Y aquel canto doloroso y tético que le brotaba del corazón en noches no dormidas, en la montaña ó en la selva, en la campiña ó en su estrecho aposento, era el que él derramaba, en torrentes de amargura ó de hiel, sobre pergaminos que ni el Osiario, ni nadie había visto. Estos poemas, en que palpita la indignación y el dolor de un ánimo generoso, eran el Gethsemaní del poeta. Y, sin embargo, los virtuosos ni siquiera lo imaginaban: porque no concebían cómo, tranquila la conciencia y reposada la vida, un corazón puede devorarse á sí propio; y los malos no creían que el sacerdote, embebido únicamente en sus esperanzas crédulas, en sus meditaciones de ultratumba, se cuidara de los males y crímenes que roían el moribundo imperio de los Wisigodos: no creían que pudiera tener un verbo de cólera para maldecir á los hombres, quien predicaba el perdón y el amor. Por eso el poeta ocultaba sus terribles inspiraciones: monstruosas para unos, objeto de ludibrio para otros, en aquella sociedad corrompida, en que la virtud era egoísta y el vicio incrédulo, nadie le habría escuchado, ó, mejor dicho, nadie le habría comprendido.

Llevado á la tranquila existencia del sacerdocio por la pérdida de la esperanza, Eurico sentía, al principio, que una suave melancolía le refrescaba el alma, requemada por el fuego de la desdicha. La especie de sopor moral, en que le habia lanzado la rápida transición de hábitos y pensamientos, le pareció paz y reposo. La herida se habia hecho al hierro que estaba aún dentro, y Eurico la suponía curada. Cuando un nuevo afecto vino á comprimirla, entonces sintió que no se habia cerrado y que la sangre manaba de ella todavía, tal vez con más fuerza. Un amor de mujer, mal correspondido, la habia abierto: el amor de la patria, despertado por los acontecimientos que rápidamente se sucedían unos á otros en la España despedazada por los bandos civiles, fué la mano que de nuevo abrió la llaga. Los dolores recientes, avivando los antiguos, comenzaron á convertir poco á poco los severos principios del Cristianismo en azote y martirio de aquella alma, que á un tiempo el mundo repelia y llamaba, y que en sus trances de angustia sentía escrita en la conciencia, con la pluma del destino, esta sentencia cruel: «No todos hallan en el túmulo bonanza á las tempestades del espíritu!»

Las escenas de disolución social, que en aquel tiempo se representaban en la Península, eran capaces de despertar la indignación más vehemente, en cuantos conservaban todavía algún vestigio del antiguo carácter godo. Desde que Eurico habia trocado el garbato por el sacerdocio, los ódios civiles, las ambiciones, la osadía de los bandos y la corrupción de

las costumbres, habian hecho increíbles progresos.

Por las soledades del Calpe habia revolado la noticia de la desastrosa muerte de Witiza, la entronizacion violenta de Ruderico y las conspiraciones próximas á estallar por todas partes que, á mucha costa, iba el nuevo monarca ahogando en sangre. Ebbas y Sisebuto, hijos de Witiza; Oppas, su tio, sucesor de Siseberto en la Sede hispalense, y Juliano (1), Conde de los dominios españoles en las costas de África, al otro lado del Estrecho, eran los jefes de los conspiradores. Unicamente el pueblo conservaba todavía alguna virtud que, como líquido pasado por fino cendal, habia destilado enteramente á través de las clases superiores. Asi y todo, oprimido por muchos géneros de vio-

(1) *Juliano ó Julian*, Conde de Ceuta, era gobernador de la parte de Andalucía próxima al Estrecho, con un lugarteniente á sus órdenes en la Mauritania Tingitana ó Transfretana. Dícese que, fiel á los deberes de su cargo, habia rechazado primeramente algunas acometidas de los Árabes en las costas del Estrecho, y supónese que, por ambicion y deseo de vengar el destronamiento y muerte de su cuñado Witiza, de acuerdo con los hijos de éste y con Oppas, Arzobispo de Sevilla, se propuso destronar á Rodrigo, mediante el auxilio de los Árabes, á fin de elevar al trono á uno de los hijos de su cuñado. Esto, y nada más, parece lo probable respecto á la causa, extension y objeto de la traicion que á dichos personajes atribuye la tradicion popular. Los amores de Rodrigo y la Cava, y lo que se cuenta de la cueva de Hércules en Toledo, tiene visos de ser una invencion, acaso de origen árabe, de que ningun escritor sério se ha ocupado, y de la cual creemos que ha hecho bien Herculano en prescindir. (*Nota del trad.*)

lencias, aplastado bajo los piés de los grandes que luchaban, habia por fin renegado de la pátria, volviéndose indiferente y cobardé, pronto á sacrificar su existencia colectiva á la paz individual y doméstica. La fuerza moral de la Nacion habia, por tanto, desaparecido, y la fuerza material era apénas un fantasma: porque, bajo las lorigas de los caballeros y los sayos de los peones de las huestes, no habia sino corazones helados, incapaces de inflamarse en el fuego del santo amor de la pátria.

Con la profunda inteligencia del poeta, el Presbítero contemplaba este horrible espectáculo de una nacion cadáver, y léjos del hálito apestado de las pasiones mezquinas y torpes de aquella generacion degenerada, ó derramaba sobre el pergamino, en torrentes de hiél, de ironía y de cólera, la amargura que le rebosaba del corazon, ó acordándose de los tiempos en que era feliz, porque tenia esperanza, escribia con lágrimas himnos de amor y sentimiento.

De las tremendas elegías del Presbítero, algunos fragmentos, conservados hasta hoy, decian así:

IV.

RECUERDOS.

¿Dónde se escondió enflaquecida la antigua fortaleza?

(S. EULOGIO: *Memorial de los Santos*, lib. III.)

Presbiterio de Carteya: Á la media noche de los idus de Diciembre de 748 (1).

1.

Era una de esas noches vagarosas del invierno, en que el brillo del cielo sin luna es vivo y trémulo; en que el gemir de las selvas es profundo y prolongado; en que la soledad de las playas y riberas fragosas del Océano es absoluta y tétrica.

(1) Esta fecha corresponde al 13 de Diciembre de 710, después de J. C. ó de la Era vulgar. Entónces se computaban los años de varios modos, según los países: en la Península, por la Era llamada de César ó de España, adoptada y establecida el 1.º de Enero del año 38 ántes de J. C., en conmemoracion de la terminacion de la conquista de España por Augusto. Cuando la generalidad de la Europa adoptó la Era comun, vulgar ó cristiana (que tiene por punto de partida el nacimiento de J. C.) también la adoptó España, por resolucion de las Cortés de Segovia de 1383, en tiempo de Don Juan I de Castilla. (*Nota del trad.*)

era la hora en que el hombre está recogido en sus quinanas moradas; en que por los cementerios pende ocioso del tope de las cruces y gotea solitario de los techos de los sepulcros; en que sólo él llora á los muertos.

La podredumbre de la materia y el helar nocturno, apartan del campo-santo el recuerdo doloroso de la viuda y del huérfano, la desesperacion del amante y el corazón lacerado del amigo. Para consolarse, los vivos duermen tranquilos en sus lechos blandos... Mientras los gusanos van royendo los cadáveres amarillos por los lazos de la muerte! ¡Hipócritas de los siglos humanos, el sueño enjugó sus lágrimas!

¡además... ¡las losas estaban ya tan frías!... En los senos de la tierra húmeda, el sudario se había podido juntamente con el cadáver.

¿pero, ¿habrá paz en el sepulcro? Sólo Dios sabe el destino de cada hombre: ¡para quien allí reposa, yo que hay olvido en la tierra!

Los mares parecían en aquella hora recordar aún el armonioso rugido del estío, y la ola se arqueaba, saltaba y se desmenuzaba por la playa, reflejando á intervalos, en sus borbotones de espuma, la luz indecisa de los cielos.

¿el animal que ríe y llora, el rey de la creación, el ángel de la divinidad, ¿en dónde se escondía?

Temblaba de frío en aposento cerrado, y sentía, en sus oídos, el rugido, la fresca brisa del Norte, que cruzaba en las tinieblas y silbaba contenta por entre las rastreras de los eriales desiertos.

Sin duda que el hombre es fuerte y la más excelente obra de la creación: ¡gloria al rey de la naturaleza, que tiritando gime!

Orgullo humano, ¿qué eres tú más—feroz, estúpido ó ridículo?

2.

No eran así los Godos del Oeste (1) cuando, ora arrastrando por tierra las águilas romanas, ora asegurando con su brazo de hierro el Imperio que se hundía, mandaban en la Italia, en las Gálias y en las Españas, moderadores y árbitros entre el Septentrion y el Mediodía:

No era así, cuando el viejo Theodorik, semejante al oso feroz de la montaña, combatía en los campos cataláunicos, rodeado de tres hijos, contra el terrible Atila, y ganaba en su último día su última victoria (2):

(1) Véase la nota VII del autor.

(2) Véase la nota VIII del autor. Por nuestra parte añadiremos: que no es *Teodorico*, como algunos historiadores le llaman, sino *Teodored* (Theodored), el rey wisigodo que tan gloriosamente sucumbió en 451 en los campos cataláunicos. Sucesor de Walia (el fundador de la nueva monarquía en Tolosa), pasó los Pirineos en 419 y sujetó á los Alanos, Vándalos y Suevos, que volvían á alzar de nuevo la cabeza. Sus hijos fueron seis: Thorsmund ó *Turismundo*, que le sucedió por aclamación sobre el mismo campo de batalla; Theodorik ó *Teodorico* (único rey godo de este nombre en España), asesino y sucesor

Cuando la ancha y corta espada de dos filos se convirtió en guadaña de muerte en las manos de los Gots, y á su vista retrocedía la caballería de los Gépids, y los escuadrones de los Hunnos vacilaban, dando ruidos gritos de espanto y de terror.

Cuando las tinieblas eran más cerradas y profundas, cesaban á la claridad de las estrellas relampaguear las banderas de los Hunnos, volteando en redor de sus carros, que les servían de valladas. A la manera que el cazador acecha al león cogido en la trampa, así los Wisigodos les vigilaban, esperando el romper de la batalla.

El soplo helado de la noche no hacía entonces cogerse á nuestros abuelos bajo las armaduras; allí la nieve era un lecho como otro cualquiera, y el rugir del bosque, sacudido por las alas de la tempestad, era la cantilena de reposo.

El viejo Theodorik cayó atravesado por la flecha despedida por el ostrogodo Handags, que, con los de su tribu, combatía por los Hunnos.

Los Wisigodos le vieron, pasaron adelante, y le rodearon. Al ponerse el sol, Gépidas, Ostrogodos,

El anterior; Eurik ó *Eurico*, también sucesor y asesino del precedente; éste ocupó el trono en 466, y fué el más poderoso de los reyes wisigodos. Ensanchó sus dominios por la Gália; sometió toda la España, excepto la Gallecia; persiguió á los católicos y fué el primero que recopiló las leyes consuetudinarias de su pueblo. Murió en 484, y le sucedió Alarico II. Los otros hijos de Teodoro fueron: Friderico y dos hembras, casada una con un rey suevo y otra con otro rey vándalo. (*Nota del trad.*)

Scyros, Burgundos, Thuringios, Hunnos (1), mezclados unos con otros, habían mordido la tierra catáláunica, y los restos de la innumerable hueste de Atila, acorralados en su campamento fortificado, se preparaban para morir: porque Theodorik yacía en tierra para siempre, y el frankisk (2) de los Wisigodos era vengador é inexorable!

Pero el romano Aecio tuvo piedad de Atila, y dijo á los hijos de Theodorik: « Idos, que el Imperio está salvo.»

Y Thorsmund, el más viejo, preguntó á sus hermanos Theodorik y Friederik: « ¿Está acaso vengada la sangre de nuestro padre? »

¡De sobra que lo estaba! Al despuntar el día, por cuanto podia alcanzar la vista, no se veían más que cadáveres.

Y los Wisigodos dejaron entregados á sí mismos á los Romanos, que desde entónces no supieron sino huir delante de Atila.

(1) Del lado de Atila peleaban: algunos Francos y Borgoñones, Boios, Hérculos, Turingios, Gépidos y Ostrogodos. Con los Romanos se hallaban: Wisigodos, Letos, Armóricos, Galos, Bretones, Sajones, Borgoñones, Sármatas, Alanos, Francos y Ripuarios. Allí estaban frente á frente todo el mundo asiático, el romano y el germánico: aquellos á quienes se escapaba la nueva Europa, y los que afirmaban su dominio en ella: hermanos contra hermanos que, separados hacia mucho tiempo, se encontraban para matarse. (Cantú, *Hist. Univ.*, lib. VII, capítulo xv.)

(2) Véase la nota XIII del autor.

Pero, ¿quién contará las victorias de nuestros abuelos durante tres siglos de gloria? ¿Quién podrá celebrar el esfuerzo de Eurik, de Theudis, de Leowigild? ¿Quién sabrá todas las virtudes de Rekkared y de Wamba? (1).

Mas ¿en qué corazon resta hoy virtud y esfuerzo en el vasto Imperio de España?

3.

Era, pues, una de esas noches como aquella que salutara el cielo después del desbarate de los Hunnos;

(1) *Teudis*, 531-549, primer rey wisigodo electivo, sucesor de Amalarico. Trasladó la capital de Narbona á Barcelona; venció á los Francos; intentó en vano quitar la plaza de Ceuta á los Griegos, y murió asesinado en Barcelona.

Leowigildo, 569-586, arrojó á los Griegos de Córdoba, de Medina-Sidonia y de otras ciudades; sometió á los Vascones y derrotó en Braga (375) á los Suevos, cuya monarquía incorporó á suya. Habia nombrado rey de Sevilla á Hermenegildo, su hijo primogénito; pero, convertido éste al catolicismo, y rebelado contra él por haberle depuesto, lo mandó matar en la misma prision en que lo tenia.

Reccaredo, 586-601, hijo segundo y sucesor de Leowigildo. Convertido por su madre en el catolicismo — como su desgraciado pero imprudente hermano — abjuró públicamente del arrianismo en el tercer Concilio toledano, con lo cual acabaron de unirse en un solo pueblo los diferentes elementos que de antiguo pugnaban entre sí en la Península. Desde el reinado siguiente principió á eclipsarse la gloria de los Wisigodos.

(Nota del trad.)

una de esas noches en que la tierra, envuelta en su manto de tinieblas, se puebla de terrores inciertos en que el susurro del bosque es como un coro de finados; el despeñar del torrente, como la amenaza del asesino; el grito del ave nocturna, como una blasfemia del que no cree en Dios.

En esa noche fría y húmeda, impulsado por íntima agonía, vagaba yo á deshora, por los pelados alcantilados de las riberas del mar, y percibía á lo léjos el negro bulto de las aguas, balanceándose sobre el abismo que el Señor les diera por perpétua morada.

Por cima de mi cabeza zumbaba el Norte agudo. Yo amo el soplo del viento, como el rugido del mar.

Porque el viento y el Océano son las dos únicas expresiones sublimes del verbo de Dios, escritas sobre la faz de la tierra, cuando aún ésta se llamaba el Caos.

Después fué cuando surgió el hombre y la podredumbre, el árbol y el gusano, la florecilla y el mar chitarse.

Y el viento y el mar vieron nacer el género humano, crecer la selva, florecer la primavera;— y pasaron y sonrieron.

Y después, vieron las generaciones reclinadas en los campos del sepulcro; los árboles, derribados en el fondo de los valles, secos y carcomidos; las flores abatidas y místicas por los rayos del sol del estío;— pasaron y sonrieron.

¿Qué tenían ellos que ver, en efecto, con esas existencias, más pasajeras é inciertas que las corrientes del uno y que las bulliciosas ondas del otro?

4.

El mundo actual nunca podrá comprender bien el afecto que, vibrando dolorosamente en las fibras de mi corazón, me arrastraba á las soledades marítimas del promontorio, mientras los otros hombres, en los poblados, se apiñaban al rededor del hogar encendido, y hablaban de sus amarguras infantiles y de sus contentos de un instante.

Y ¿qué me importa á mí éso? ¡Un día vendrán á esta noble tierra de España generaciones que comprendan las palabras del Presbítero!...

Arrastrábame hácia el yermo un sentimiento íntimo: el sentimiento de haber despertado, vivo aún, de este sueño febril llamado vida, y del que hoy nadie despierta sino después de morir.

¿Sabeis lo que es ese despertar del poeta?

Es el haber entrado en la existencia con un corazón rebosando amor sincero y puro por todo cuanto le rodea, y juntarse los hombres y lanzarle dentro de su vaso de inocencia lodo, hiel y ponzoña, y después reirse de él:

Es el haber dado á las palabras—virtud, amor pátrio y gloria—una significación profunda, y, después de haber buscado durante años su realidad en este mundo, encontrar en ella solamente hipocresía, egoismo é infamia!

Es el aprender, á costa de amarguras, que el existir es padecer; el pensar, descreer; la experiencia,

desengaño; y la esperanza en las cosas de la tierra, una cruel mentira de nuestros deseos, un humo ténue que ondea en horizonte, más acá del cual está la sepultura!

Este es el despertar del poeta. Después de eso, en los abismos de su alma, sólo queda para enviar á sus lábios una sonrisa de desprecio, en respuesta á las palabras mentidas de los que le rodean, ó una voz de maldicion desabridamente sincera, para juzgar las acciones de los hombres.

Y entónces para él hay únicamente una vida real—la íntima;—únicamente un lenguaje inteligible—el del bramido del mar y el del rugido de los vientos;—sólo una convivencia sin perfidia—la de la soledad!

5.

Tal era yo, cuando me senté sobre las rocas; y mi alma veía pasar delante de sí esta generacion vanidosa y mala, que se cree grande y fuerte, porque derrama sin horror, en luchas civiles, la sangre de sus hermanos.

Y mi espíritu se precipitaba hácia las sombras del pasado.

Y el sople duro del Norte me acariciaba la frente, requemada por la amargura; y la memoria me consolaba de las disoluciones presentes con la suave aspiracion del hermoso y enérgico vivir de otros tiempos.

Y mi meditacion era profunda, como el cielo que se arquea inmóvil sobre nuestras cabezas; como el Océano

que, afirmándose en pié sobre su insondable lecho, bracea por las bahías y ensenadas, intentando desmoronar y deshacer los continentes.

¡Y yo pude, en fin, llorar!...

6.

¿Qué sería la vida, si en ella no hubiera lágrimas?

El Señor extiende su diestra cargada de maldiciones sobre un pueblo criminal; el padre que mil veces perdonára, conviértese en juez inexorable; pero, aun así, la Piedad no deja de orar junto á las gradas de su trono.

Porque su hermana es la Esperanza, y la esperanza nunca muere en los cielos. De allí descende al seno de los malos, ántes que sean precitos.

Y los desgraciados en su miseria siempre tienen ojos que saben llorar.

El dolor más tremendo del espíritu le quebrantan y entorpecen las lágrimas.

El Sempiterno las creó cuando nuestra primera madre nos convirtió en réprobos; ellas sirven todavía, por ventura, de algun refrigerio, allá en las tinieblas exteriores donde hay el crujir de dientes.

¡Dios mio, Dios mio! ¡Bendito sea tu nombre, porque nos diste el llorar!

LA MEDITACION.

Entonces los Godos caerán en la guerra;
Y el fiero enemigo les oprimirá
con hambre y espanto y con ruinas sin cuento...

(HIMNO DE S. ISIDORO EN LÚCAS DE TUY:
Cronicon, lib. III.)

En el templo.—Al romper del alba.—Día de Navidad
en la Era de 748 (1).

1.

Más de siete siglos han pasado desde que tú, ¡oh
Cristo! viniste á visitar la Tierra.

Y tus palabras fueron escuchadas por los indoma-
bles hijos de la Gothia, y ellos se arrodillaron al pié
de la Cruz.

Era que en esas palabras divinas habia una poesía
celeste que las almas rudas, pero vírgenes, del Sep-
tentrion sentian hermanarse con sus primitivas vir-
tudes.

Tú evangelizabas la libertad y condenabas todo gé-
nero de tiranía; tú restituías al valor su generosidad,
á la generosidad su modestia; tú revelabas inauditos

(1) 25 de Diciembre de 710 despues de J. C.

misterios en el esfuerzo del morir; la constancia de tus mártires oscurecía la de nuestros guerreros, cuando, bajo el puñal del enemigo victorioso, rehusaban confesarse vencidos.

Tú convertías el amor, ese afecto delicioso, hasta entónces limitado al goce material de la mujer, en sentimiento grande y sublime; ensanchabas los ámbitos del corazón por toda la tierra, por todo cuanto en ella vive y respira, y le preparabas para conquistar todas las existencias de los cielos.

La generosidad, el esfuerzo y el amor, los enseñaste tú en toda su sublimidad; sólo en las almas de los bárbaros existían ellos en gérmen. No para los Romanos corrompidos, sino para nosotros, los salvajes septentrionales, era el Cristianismo. Para éstos asemejábase el Evangelio al sol que surge más allá de las sierras y que ilumina, calienta y alegra; para los esclavos abyectos de los Césarés, asemejábase al sol hundiéndose en el mar, que sólo deja en los campos sombras, frialdad y tristeza.

Por éso, mientras ellos volvían la espalda á tu cruz, ó la lanzaban entre sus ídolos en sus mezquinos lararios, nosotros quebrantábamos, en el fondo de las selvas ó en la cima de las montañas, las imágenes de Odin, de Thor y de Freda, y corriamos á abrazarnos á ella.

Ten compasión de nosotros, ¡oh Cristo!; acuérdate que los huesos de los que así procedieron no son todavía ceniza bajo las losas, porque sólo cuatro siglos han pasado sobre ellos.

¿Quién es hoy cristiano y goda en esta nuestra tierra de España?

Una generacion degenerada pisa los restos de los héroes; hombres sin creencia, blasfemos ó hipócritas, han sucedido á los que creian en la grandeza moral del género humano y en la providencia de Dios.

Antes, los Principes del pueblo eran los capitanes de las huestes; la espada de los reyes, la primera que se teñia en la sangre de los enemigos de la patria.

Antes, el sacerdote era el ángel de la tierra: los que pasaban junto á él inclinábanse para besar la franja de su stringe; porque la paz y la esperanza entraban en las moradas sobre que descendian sus bendiciones.

Antes, el juez era padre del oprimido; el Tribunal, abrigo del inocente; la Justicia, nervio del Imperio gótico.

Antes, en los Consejos de los prelados, de los nobles, de los hombres libres, las leyes iban á buscar la sancion de la sabiduría y contrastarse para utilidad comun.

Allí el rey sabia que el poder le venia de Dios y de la voluntad de los Godos; que el cetro era cayado de pastor, no cuchillo de verdugo; y la corona, carga pesada, no aureola de vanagloria.

Hoy, en los palacios de Toletum, sólo retumba el ruido de las fiestas; los Frankos y los Vasconios talan

las provincias del Norte, y la espada de los guerreros sólo brilla en las luchas civiles.

Hoy, los Príncipes, en la embriaguez de los banquetes, olvidan las tradiciones de sus abuelos; olvidáronse de que era á los capitanes de las huestes germánicas á quienes los enervados Romanos daban el título de reyes.

Hoy, la prostitucion penetró en el templo del Crucificado: los cláustros de las catedrales velan con su manto de piedra las abominaciones de la torpeza, y las manos del sacerdote humedecen con frecuencia los paños del altar con vestigios de sangre, derramada cobarde y villanamente.

Hoy, la codicia se asentó en el lugar de la equidad: el juez vende la conciencia en el mercado de los poderosos, como las mujeres de Babilonia vendian el pudor á los que pasaban, en pleno dia y en las plazas públicas.

Hoy, la espada substituyó al consejo de los prelados, de los nobles y de los hombres libres; la corona es una conquista; la ley, voluntad del deshonrado vencedor de peleas domésticas; la libertad, una palabra mentida.

¡Imperio de España, Imperio de España! ¿Por qué fueron tus dias contados?

3.

El sol oriental, que ahora alumbrá risueño el pavimento de la iglesia, aflige mi alma, porque al enviar

su luz sobre esta tierra condenada, se parece al hombre cruel que viniera á dar una carcajada junto al lecho de un moribundo.

¿Por qué te habia yo de amar ¡oh sol! si tú eres el enemigo de los sueños de la mente; si tú nos llamas á la realidad, y la realidad es tan triste!

Durante la oscura noche, en los lugares solitarios y á las altas horas del silencio, la fantasía del hombre es más ardiente y más robusta.

Entónces es cuando él dá movimiento y vida á los peñascos; voz y entendimiento á las selvas, que se mueven y gimen á merced de la brisa nocturna.

Entónces es cuando él evoca sus recuerdos, reúne, separa, cambia las imágenes de las existencias que vió pasar ante sí, é imprime en las sombras que le rodean un mundo transitorio, mas para él real.

Y es bello ese mundo de fantasmas aéreos, por entre cuyos descoloridos lábios no transpiran ni perjurio, ni doblez, y á cuyos ojos sin brillo no asoma el reflejo de ánimos pervertidos.

Allí están el reposo, la paz y la esperanza que desaparecieron de la tierra; porque el mundo de las visiones lo crea la mente pura del poeta: ella dá cuerpo y bulto á lo que ya sólo es ideal, y el pasado, obediente á la poderosa evocacion de quien en él medita, álzase en pié y, dejando caer su inmenso sudario, se acerca al poeta y le dice:—héme aquí!

Y éste lo compara con el presente y retrocede con involuntario terror:

Porque el cadáver que se levanta del polvo es her-

1- moso y santo, y el presente, que vive, y pasa y sonrie,
- es horrendo y maldito.

Y el poeta arrójase en brazos del cadáver y le dice:
—escóndeme tú!

Y allí, abrigada esta alma, seca como el espino, es
donde siente que la refresca un como rocío del cielo!

VI.

SAUBADE (1).

¡ Dame, oh Cristo, el perdón, dame el remedio;
que, entre tan vario mal, flaquea mi mente!

EUGENIO TOLEDANO.— *Opúsculos*, XI.

En la isla Verde.— Al ponerse el sol de las kalendas de
Abril de la Era de 749 (1.º Abril, 711 d. de J. C.).

1.

Estaba el mar tranquilo, y el aire puro y diáfano.
Las fronteras costas de África, allá en la extremidad

(1) Vémonos precisados á encabezar este capítulo con la misma dulcísima palabra que lo está en el original, porque esta palabra *saudade*, propia y exclusiva del portugués, no tiene absolutamente—como debiera—correspondencia alguna exacta en nuestra lengua, así cómo tampoco en ninguno de los otros idiomas europeos.

Los ingleses ya la han concedido en su escritura el *regium exequatur*; si bien al pronunciarla sale de sus lábios hecha un *ecce-homo*.

Segun los mejores diccionarios portugueses, la palabra *saudade* se deriva de *soidade*, corrupcion á su vez de *soidão*, *soledade*,—soledad—*solitudo*, y expresa ó significa «el dolor, pesar ó sentimiento que nos causa la ausencia ó alejamiento de la cosa ó persona amada, con deseo de ella ó de estar en su compañía.» Mas esta definicion es incompleta, pues explica sola-

del horizonte, parecian como orla oscura, bordada en el manto azul del firmamento.

La brisa del Norte rizaba suavemente la superficie

mente una — la más principal, es verdad — de las múltiples acepciones, en que los buenos hablistas portugueses suelen usar esta palabra.

En castellano puede, á veces, traducirse por medio de alguna de las voces siguientes: *soledad*, *sentimiento*, *recuerdo* ó *recordacion*, *memoria* (en la acepcion de nuestra anticuada *lembranza*), *tristeza*, *pesar*, *dolor*, *amargura*, *melancolía*, *ansiedad*, *desconsuelo*, *anhelo*, *deseo*, etc., ó por alguna de estas frases, principalmente si es en plural: *dulces* ó *tristes recuerdos*, *recuerdos de amor*, *tristezas amargas*, *amargos* ó *dulces* ó *dolorosos sentimientos*, *sentimiento melancólico*, *suave melancolía*, *ansiedad indescifrable*, *deseo indecible*, etc.

De estas ú otras semejantes nos hemos valido en el discurso de esta obra, para traducir las palabras *saudade*, *saudades*, *saudoso*, de acuerdo con el uso que de estas palabras hacen los escritores portugueses, como se demuestra en la siguiente invocacion del poema *O Camoões* del Vizconde de Almeida-Garrett:

Saudade! gôsto amargo de infelizes,
 Delicioso pungir de acerbo espinho
 Que me estás repasando o íntimo peito
 Com dor que os seios d'alma dilacera,
 — Mas dor que tem prazeres; — Saudade!
 Mysterioso númen que avientas
 Corações que estalaram, e gottejam,
 Não ja sangue de vida, mas delgado
 Soro de estanques lagrymas; — Saudade!
 Mavioso nome que tam meigo soas
 Nos lusitanos labios, não sabido
 Das orgulhosas bôccas dos Sycambros
 D'estas alheias terras; — Oh Saudade!
 Magico númen que transportas a alma
 Do amigo ausente ao solitario amigo,

de las aguas; las ondas venian á explayarse perezosas en el arenal de la bahía.

El barquero Ranimiro dormia en su barca, amarrada

Do vago amante á amada inconsolavel,
 E até ao triste; ao infeliz proscripto
 — Dos entes ao miserrimo na terra —
 Ao regaço da patria en sonhos levas,
 — Sonhos que são mais doces, do que amargo,
 Cruel é o despertar! — Celeste númen,
 Se ja teus dons cantei e os teus rigores
 Em sentidas endeixas; se piedoso
 Em teus altares humidos de pranto
 Depuz o coração, que inda arquejava
 Quando o arranquei do peito malsoffrido;
 Á foz do Tejo — ao Tejo, ó deusa, ao Tejo
 Me leva o pensamento que esvoaça
 Tímido e acovardado entre os olmedos
 Que as pobres aguas d'este Sena regam,
 Do outrora ovante Sena: Vem no carro
 Que pardas rôllas gemedoras tiram
 A alma buscar-me que por tí suspira.

Tal es en todas sus acepciones la palabra *saudade*, segun el uso de los buenos escritores y la autoridad de uno tan respetable como el citado Almeida-Garrett, sin que podamos hacer otra cosa para satisfaccion del lector, y en cumplimiento de nuestro deber de traductores y comentaristas.

Creyendo, no obstante, que el estudio etimológico del vocablo podria confirmar ó contradecir, ó esclarecer en todo caso, la significacion que en el idioma portugués tiene; dejamos este curioso y útil trabajo á los etimologistas, no sin haber ántes consultado á nuestro querido maestro, el distinguido profesor de Hebreo D. A. M. García Blanco, á quien nunca se acude en balde cuando se trata de ilustrar con sus especiales conocimientos este género de cuestiones.

Segun él, bajo el punto de vista de las radicales del vocablo

n la embocadura del Palmonio (1). Un sentimiento indecible impulsábame hácia el mar.

Salté en la barca; el ruido que hice despertó á Ranimiro:—«al largo,»—le dije; empuñó los remos y partimos.

—«Hácia dónde, Presbitero?» preguntó el barquero, después de bogar algunos momentos en silencio.

—«Quiero respirar el aire puro y fresco de la tarde, y nada más,—repliqué.—Llévame adonde te plazca.»

saudade, y en cuanto puede ser utilizada para esta investigación filológica la lengua hebrea, cabe opinar que la citada palabra viene de טִיד, *coloquio familiar, soliloquio, monólogo*; y prescindiendo de un exagerado rigor en la correspondencia de las radicales, pudiera admitirse también que *saudade* tiene cierta relación con el vocablo hebreo טָיַב, *cuita*, por lo que el Sr. García Blanco tuvo la bondad de manifestarnos que el epígrafe *saudade* podría ser, si no traducido real y rigurosamente, sustituido por la palabra castellana *cuitas*, que en rigor no se aparta mucho de la significación admitida por el uso de la voz portuguesa que motiva esta nota. (*Nota del trad.*)

(1) Hoy *Palmones*, el más caudaloso de los pequeños ríos que desaguan en la bahía. Desemboca tres millas escasas al N. de la Isla Verde, y tres cuartos de milla SO. del Guadarranque, después de atravesar, cerca ya de la costa, por la aldea de su nombre. En otro tiempo se refugiaban en él los buques de Algeciras durante el invierno; pero hoy, obstruida su entrada por bancos de arena, sólo dá paso á lanchones, barquillas y otras embarcaciones menores. El fondeadero llamado *del Palmones*, comprendido entre la Punta del Rinconcillo y la del Gallo ó del Mirador, es el mejor de la bahía, según los marinos. (Véase el plano). (*Nota del trad.*)

un hálito perfumado: era la naturaleza que sonreía acariciada por la primavera. Las aves acuáticas se arremolinaban en los aires, ó se posaban sobre las aguas, pareciendo en sus inciertos vuelos, ora vagarosos, ora rápidos, disfrutar con los primeros días de la estación de los amores.

Una melancolía suavísima me inundaba lentamente el corazón, bajo aquel cielo puro, en aquella atmósfera balsámica, ante aquellos horizontes apacibles. Las lágrimas brotaron involuntariamente de mis ojos.

Era feliz en aquel momento, porque reposaba de mi amargura. Miré hacia la barca: Ranimiro se había adormecido nuevamente á proa. Reposaban bien cerca uno de otro la materia y el espíritu.

¡ Bienaventurado — pensé yo conmigo mismo, — aquél, en quien los halagos de una serena tarde de primavera, en el silencio de la soledad, producen el sopor de los miembros; porque en esa alma duermen profundamente los dolores, en medio del estrépito de la vida!

Y este pensamiento, trájome poco á poco á la memoria las tempestades del pasado, y ¡ ay de mí! en seguida se me secaron las lágrimas, porque eran de consuelo y ese recuerdo las estancó!

2.

¿ Por qué no me adormezco yo, como el rudo barquero, al murmullo de las olas soñolientas, al susurro de la brisa del Norte?

Porque una mujer bárbara no comprendió lo que alía el amor de Eurico; porque un anciano orgulloso avaro contaba un nombre de abolengo más que yo, porque en sus arcas había algunos puñados más de oro que en las mias.

Las débiles manos de una doncella y de un anciano estrujaron y despedazaron el corazón de un hombre, cual cazadores cobardes asesinan en el lazo al león indomable y generoso.

Y, sin embargo, este corazón sentía la voz de la conciencia anunciarle grandes destinos! ¿Por qué no enmudeció esa voz, cuando desde el pórtico del templo lancé al mundo la maldición de despedida?

¿Por qué me acuerdo con ansiedad, aquí, á estas horas, del tiempo de mis esperanzas?

Es porque el vivir es el petro de tormento del espíritu: el alma se retuerce, como agonizante en medio de insoportables martirios, sin poder nunca expirar, y sus profundos afectos están con ella: no les es dado el morir.

¡Paz y olvido, oh Dios mio!...

3.

Los últimos rayos del sol han desaparecido: la rojiza claridad de la tarde va casi vencida por el enorme bulto de la noche, que se levanta hácia Septum. En ese suelo tenebroso del Mediodía, tu imágen serena y luminosa surge á mis ojos, oh Hermengarda, como la aparición del ángel de la esperanza en las tinieblas del condenado.

Y esa imágen es pura y me sonríe; orla su frente la corona de las vírgenes, súbele al rostro el carmín del pudor; el *amículo* (1) albísimo de la inocencia, flotando en derredor de los miembros, oculta sus divinas formas, haciéndolas parecer tal vez ménos bellas que la realidad.

Así es como yo te veo en mis sueños, en noches de atroces recuerdos; mas, ora en sueños, ora dibujada en el vapor del crepúsculo, tú no eres para mí más que una imágen celestial; un recuerdo indescifrable; un consuelo y un martirio al mismo tiempo.

¿No eras tú emanacion y reflejo del cielo? ¿Por qué no osaste, pues, volver los ojos hácia el hondo abismo de mi amor? Habrias visto, que este amor del poeta es mayor que el de ningun otro hombre; porque es inmenso, como el ideal que él comprende; eterno, como su nombre, que nunca perece.

¡Hermengarda, Hermengarda, yo te amaba con locura! ¡á tí sola te adoraba en el santuario de mi corazon, mientras que para orar al Señor, tenia necesidad de arrodillarme ante sus altares! ¿Cuál de los dos templos era el mejor?...

¡Después que el tuyo se desplomó, fué cuando me acogí al otro para siempre!

¿Por qué vienes, pues, á pedirme adoraciones, cuando entre tú y yo está la cruz ensangrentada del Calvario? cuando la mano inexorable del sacerdocio

(1) Véase la nota X del autor.

soldó la cadena de mi vida á las frias losas de la Iglesia? cuando el primer paso más allá del umbral de ésta sería la perdicion eterna?...

Mas ¡ay de mí!... esa imágen, que parece sonreirme en las soledades del espacio, está grabada únicamente en mi alma, y se refleja en el cielo del Mediodía á través de estos ojos, perturbados por la fiebre de la locura que evaporó sus lágrimas!

¿Tú, Hermengarda, acordarte de mí!... ¡No! ¡Mentira!... Tu crees que yo he muerto, ó tal vez ni aún éso crees; porque, para creerlo, sería preciso que te acordaras, y ni una sola vez te acordarás de mí!

Allá, entre el bullicio de la córte, donde el amor es cálculo ó sentimiento grosero, habrás hallado quien te llame suya; quien te estreche entre sus brazos; quien tuviera para dar á tu padre el precio de tu cuerpo, y te comprara como joya preciosa para servicio doméstico: el viejo estará contento, porque trocó su hija por oro!

¡Y á éso llama prudencia el mundo estúpido y ambicioso! ¡á éso, que no es más que una prostitucion, sacrilegamente bendecida ante las áras sacrosantas!...

¡Oh! ¡cuántas y cuántas veces este pensamiento repugnante me ha hecho vagar como loco por las montañas, ahullando como hambriento lobo, é intentando despedazar las rocas con mis manos que chorreaban sangre!...

¡Y tú te diviertes y te ries! ¡Ojalá no sepas nunca cuán intenso y atroz es este tormento, que me veo

forzado á velar ante los hombres, bajo un aspecto tranquilo, como si, en vez de martirio, fuera crimen abominable!...

4.

¿Y quién te dice á tí, Presbítero, que tu amor no era un crimen?

¡Tienes razon, conciencia! Cuando el gardingo Eurico juró, á los piés del venerable Sisebertó, que abandonaba el mundo, debió desnudarse de las pasiones que del mundo trajera.

La luz brillante de afecciones y esperanzas en que vivia, poblado el corazon de felicidad, debia apagarse entónces, como la lámpara del templo al amanecer: porque yo me dirigia al cielo, buscando la luz del Señor.

Mas el sol, apenas nació para mí, cuando desapareció en el ocaso, y los que me creen iluminado, ¡cuán léjos están de sospechar que vivo en tinieblas!

Mis pasiones no podian morir, porque eran inmensas; y lo que es inmenso, es eterno.

Así es que ni áun me atrevo á pedir la paz del sepulcro; porque para mí no habria paz, sino en el aniquilamiento!

El aniquilamiento! ¿Qué mal te he hecho yo, oh Dios mio, para no dejarme aqui dentro más que una idea risueña, más que un deseo capaz de llenar el abismo de mi desventura?

¿Qué mal te he hecho yo, para que ese deseo, esa

idea sea lo único que resta al precito, que se retuerce en perpétuas angustias?...

Mas para mí, como para él, semejante pensamiénto es vano y mentido! ¡Eternidad, eternidad, el alma del hombre está encerrada y cautiva en lo ilimitado de tu imperio!!...

A

E

E

E

E

E

E

E

E

E

E

E

E

E

E

E

E

VII.

LA VISION.

En el espejo de la vision está la
seguridad de la verdad.

Código visigótico, l. 1-2.

Presbiterio. Antevíspera, ocho de los ídus de Abril de la
Era de 749 (1).

1.

El sueño ó la vigilia, ¿qué me importa uno ú otra?
Las horas de mi vida son cási todas dolorosas; porque
la imaginacion del hombre no puede dormir.

Para el pueblo, ignorante é impiamente crédulo,
la noche está poblada de terrores: en cada hoja que
cruje en la selva, oye el gemido de un alma que vaga
por la tierra; en cada sombra de árbol solitario que
la brisa balancea, ve moverse un fantasma; las exha-
laciones de los pantanos le parecen luces de demonios
alumbrando fiestas de hechiceras.

Pero, cuando yace en el lecho del reposo, su dormir
es tranquilo. Al atravesar los umbrales domésticos,
ya esos terrores desaparecieron con los objetos que
los habian engendrado: su alma parece despojarse de

(1) El 6 de Abril de 741 después de J. C.

a fantasía grosera, como se desnuda el cuerpo de la ispera stringe que cubre sus miembros.

No así yo. Cuando los párpados, cerrándose, me ocultan el mundo de las realidades, los ojos de mi espíritu se dirigen al mundo de las ideales existencias. A veces, la felicidad y la esperanza vienen á consolarme entónces; pero muchas más los malos ensueños me persiguen, y á muy alto precio me salen los instantes de transitoria ventura, traídos por visiones consoladoras.

Esta fué para mí una noche cruel. Todavía no se ha secado el frio sudor que corría por mi frente; todavía el corazon parece que no cabe bien en el pecho, y el pulso late desordenado y violento.

Terribles fueron los sueños que Dios mandó al Presbítero; pero, tal vez, su significacion es más terrible todavía.

Una voz íntima me dice, que ese doloroso espectáculo á que asistió mi alma es ¡oh España! el misterio de tus destinos.

Y esta fué la vision:

2.

Era la hora de las tinieblas profundas. Hallábame, sin saber cómo, en la cima más alta del Calpe: trasasábame la medula de los huesos el viento frio de la noche, y me parecia que mis yertos miembros se habian pegado á la punta de la roca.

Miraba fijamente delante de mí, y mis ojos rompian

la oscuridad del horizonte, como si la luz del sol lo iluminase.

El maravilloso espectáculo que pasaba en el insondable espacio, me erizaba los cabellos, que el Norte azotaba con su helado soplo.

Hé aquí lo que ví en esa hora de agonía, después de estar allí, no sé si instantes ó siglos.

El mar cesó de agitarse y rugir, cual metal hirviendo que, destinado á fundir colosal estátua, se helara de súbito en su anchísima caldera.

Y era horrible ver convertido en cadáver, de todo punto inmóvil y mudo, el Océano: ese Océano que, há más de cuarenta siglos, ni un solo dia dejó de revolverse y bramar en torno de los continentes, como tigre en derredor de su presa.

El silbar de las rachadas del viento cesó tambien completamente. Parado el aire sobre la haz de la tierra, asemejábase al sudario del muerto, á quien apisonaron la tierra que lo cubre, frio, húmedo, pesado, sin cruzir, sin movimiento, cosido sobre el pecho donde acabó el latir del corazon y el compasado alentar de los pulmones.

Entónces, muy á lo léjos, rojo fulgor tenuísimo fué creciendo poco á poco, hasta cubrir el horizonte y colorear la bóveda inmensa de los cielos.

Después, aquella siniestra claridad reverberó en la tierra: las cimas agudas, dentadas, tortuosas, blanquecinas de las fragosidades marinas se habian abatido y nivelado, como los cerros informes de apretada nieve, que, derretidos en los primeros dias de estío, van,

espeñándose, á formar el lago llano y muerto en la calera más honda del cerrado valle.

Todo á mis piés era un plano uniforme, yermo, encendido como la atmósfera que sobre él pesaba; y más allá yacía el cadáver del mar.

El Silencio, la Soledad y yo éramos los únicos que estábamos allí.

3.

De súbito, en aquel vasto horizonte, hasta entónces puro en su luz horrenda, dos montañas de espesas y negras nubes comenzaron á levantarse, una de la banda de Europa, otra del lado de África.

Cual torbellinos de globos encendidos, corrian una hacia otra y se multiplicaban vomitando nuevos montes de nubes, que se difundian flotando agrupadas en formas inciertas.

Y aquellas montañas vaporosas y negras rasgáronse de alto á bajo en grietas semejantes á barrancos profundos, y sus fragmentos, informes y cambiantes, oscilaban trémulos en ascension diagonal hácia las alturas del cielo.

Al aproximarse, los dos ejércitos de nubes prolongáronse enfrente uno de otro y chocaron con estruendo: era una verdadera batalla.

Cual encontradas olas en medio de deshecha borrasca, que, rodando una sobre otra, se rompen en borbotones y, ántes que la más potente se alce sobre la más débil, se esparcen en sábanas de espuma por to-

dos lados,—así aquellas nubes tenebrosas se despedazaban, derramándose por la inmensidad de la bóveda encendida.

Entonces me pareció oír muy á lo léjos sentido llanto, mezclado con gritos agudos, como los del que muere violentamente; y un crujir de hierro, como el de millares de espadas batiendo en las cimeras de millares de yelmos.

Pero aquel ruido se fué alejando y cesó: los torbellinos levantados de la banda del África habian absorbido á los que subian de Europa, y descendian rápidos hácia los Campos góticos (1).

Después, sentí allá abajo, al pié de la montaña, un reir diabólico. Miré: el Calpe se desmoronaba alrededor de mí, y las rocas sobre que yo estaba sentado vacilaban en sus cimientos.

Desperté. Tenia erizados los cabellos, y frio sudor manaba de mi frente, abrasada por la fiebre.

¡Señor, Señor! ¿Fuiste tú quien dió á leer á mi alma la última página del libro eterno, en que la Providencia escribió la historia del Imperio godo?....

Cuéntanse cosas increíbles de esos pueblos que asolan el África, llamados los Árabes, y que, en nombre de una creencia nueva, pretenden apagar en la tierra los vestigios de la Cruz. ¿Quién sabe, si á los

(1) Véase la nota XI del autor, acerca de la cuál debemos observar, que la llamada *Tierra de Campos* sólo comprendia 34 poblaciones de Castilla la Vieja, situadas en las llanuras de las hoy provincias de Palencia y Valladolid. (*Nota del trad.*)

Árabes fué confiado el castigo de esta nacion corrompida!...

Ya nuestras costas fueron visitadas por ellos, y para rechazarlos fué preciso que desenvainara la espada el ilustre Theodemiro, el guerrero, último tal vez, que merezca el nombre de nieto de los Godos (1).

¡Tierra en que yo nací, si tu día de muerte ha llegado, yo moriré contigo! En la procela que se levanta del África dejaré sumergirse mi débil esquife, sin que á esos gemidos que oí, se vayan á unir los míos! ¿Qué me importa la vida ó la muerte, si es eterno el padecer?...

(1) *Theodemiro* ó *Tadmir-ben-Góbdos* (el godo Emir del Pader) como le llamaban los Árabes, era un Príncipe godo, de quien se dice que, encargado de custodiar las costas de Andalucía, venció á los Árabes, ya en 695, en un combate naval. Créese también que salió al encuentro de Tarík, apenas éste había desembarcado en el Calpe, y unos dicen que salió vencedor; otros que fué derrotado varias veces, y que entonces pidió socorro á Rodrigo, ocupado á la sazón en someter á los Gascones.—Después de la derrota del Guadalete, Teodomiro se retiró al territorio de Murcia ó del Táder (rio Segura), donde reinaba como Príncipe godo. Acometido allí por Abdulaziz y refugiado en Orihuela (la Orcelis romana), logró por ingeniosa estratagemata una capitulación y tratado de paz muy ventajosos, (se conservan y llevan la fecha del año 94 de la hégira ó 716 de f. C.) con lo cuál proporcionó á su pequeño reino tranquilidad é independencia, mediante un tributo anual. Su sucesor se llamó *Atanagildo*. (Nota del trad.)

VIII.

EL DESEMBARQUE.

Y yo estaba en un ángulo, observando con temor.

PAULO DIÁCONO. *Vidas de los PP. Emeritenses.*

DEL PRESBITERIO DE CARTEYA AL DUQUE DE CÓRDUBA.

Al duque Theodemiro, salud!

«Cuando Witiza reinaba, había en la espléndida corte de Toletum dos tiufados, modelos de íntima y sincera amistad. Opiniones é intentos, alegrías y tristezas eran comunes á ámbos. Llamábase Theodemiro el más viejo, Eurico el más jóven. En sus esperanzas de mancebos, habiales sido España muchas veces teatro estrecho para sus ilusiones de ambicion. La gloria era su perpétuo sueño, y el recuerdo de las hazañas de los antiguos Godos les embriagaba el ánimo, principalmente al considerar que las armas de sus abuelos brillaron siempre victoriosas sobre los despedazados miembros del Imperio romano. Cuando el grito de insurreccion resonó en la Cantábria, las tiufadias de los dos, más bien hermanos que amigos, acompañaron á Witiza en la expedición contra los montañeses rebeldes y contra los Frankos sus aliados.

Entónces, en aquella guerra de exterminio, los dos mancebos vieron saciada su sed de renombre. Las dos tiufadías aparecian, á veces, súbitamente en lo alto de las sierras, y, apénas á los primeros rayos del sol relucian sus armas con el trémulo brillo semejante al blanquear de la escarcha, se precipitaban por la cuesta, como témpanos de nieve despeñados de las montañas vasconias, y poco después los campamentos de los Frankos y Cántabros quedaban aplastados bajo el ímpetu irresistible de aquellas piñas de soldados, lanzados sobre el enemigo por dos voluntades émulas de gloria. Expulsados los extranjeros y sometidos los rebeldes, la hueste real entró victoriosa en Tarraco (1). El duque Favila recibió en triunfo á los pacificadores de Cantábria, y Theodemiro y Eurico obtuvieron la recompensa del que combatió por la pátria:—la gratitud de sus conciudadanos.

Allí fué donde el destino preparó la separacion de los dos guerreros, á quienes sólo la muerte parecia poder

(1) *Tarraco*: de origen ibero segun unos, fenicio segun otros, fué poblacion importante de la region de la *Cosetania* (país de los flecheros). Capital de la Tarraconense bajo los Romanos, fué el centro del poder político de éstos en la Península. Recibió el título de *Colonia* y los dictados de *Julia*, *Victrix*, *Togata*, llegando á tal punto su grandeza y esplendor, que contó alguna vez más de un millon de habitantes. Su poder se eclipsó durante los Godos, que la destruyeron en 467. Devastada tambien en 714 por los Árabes, que la llamaron *Tarkuna*, fué finalmente conquistada por Alfonso *el Batallador* en 1220. (*Nota del trad.*)

separar. Favila tenia dos hijos, Hermengarda y Pelagio. Este salia apénas de la infancia, mas para aquella alboreaban ya entónces los risueños dias de la juventud. Su hermosura era celestial: Eurico la vió y la amó. Cuando las tiufadías fueron llamadas á Toletum, Eurico volvió triste á la tierra de su infancia, como si las satisfacciones de la pátria se hubieran trocado para él en tristezas de destierro. En balde procuró Theodemiro apagar aquella pasion violenta en el corazon de su amigo, lanzándose con él en las ruidosas fiestas de una córte disoluta. La embriaguez de los banquetes era triste para Eurico; las caricias femeniles, tan fácilmente compradas como profundamente mentidas, y tras de las cuales corriera locamente en otro tiempo, hiciéranse odiosas, porque el amor en toda su pureza y sublimidad le habia convertido en asquerosa podredumbre los groseros deleites que ofrece el mundo á la sensualidad del hombre. Theodemiro habia creído en la eficacia del embrutecimiento, para matar el más hermoso de los afectos humanos; pero el amor devoró en la mente de Eurico todos los demás sentimientos, como la candente lava devora todo cuanto encuentra, cuando el volcán la vomita anegando la superficie de la tierra.

Favila vino á la córte, acompañado de Hermengarda. Theodemiro recordará todavía cuál fué el desenlace del amor de Eurico, que se atrevió á decir al viejo Prócer:— «dame por esposa á tu hija.»—La amistad de Theodemiro salvó entónces al despreciado Gardingo de la muerte del cuerpo; mas no pudo sal-

varlo de la muerte del alma. Razones, ruegos, lágrimas; cuanto la elocuencia de un afecto más que fraterno tiene de vehemente; cuantas cuerdas del corazón sabe hacer vibrar la mano del amigo, todo lo intentó él en vano: ¡que no hay palabras que puedan levantar á un espíritu caído en tierra; ni mano alguna saca sonidos de cuerdas que ya estallaron! Eurico, ó mejor dicho, su sombra, huyó del lado de Theodemiros, y desde la puerta del santuario le envió un adios eterno, como al resto del mundo!

¡Mal sabía el desgraciado que en ese adios su conciencia se mentía á sí propia!

Theodemiros!, tú eres hoy Duque de Córdoba: (1)

(1) *Córdoba* es otra de las más antiguas poblaciones de España. Estrabon la llama *Ciudad de los Gaditanos, ó Fenicios de Cádiz*. También se denominó *Kórteba* (molino de aceite). Fué una de las más célebres y cultas de la *Turdetania*; los Romanos la eligieron entre las de aquella region, que pasaban de doscientas, para establecer en ella su *Colonia Patricia* y hacerla capital de la Bética. Como los Árabes que invadieron la Península no eran un solo pueblo sujeto á una sola persona, sino que se componian de muchas tribus, diversas por su origen, cada una de las cuales tenia su jefe casi independiente, tocó á la de *Damaço* establecerse en Córdoba. Después cuando la dinastía de los Omniadas fué exterminada y arrojada del kalifato de Oriente por la de los Abasidas, los xeques andaluces resolvieron elegir para jefe exclusivamente suyo al único Omniada que se habia salvado.—*Abd-el-Ramen* ó *Abder-raman I*,—y fundaron con él el kalifato de Córdoba ó de Occidente, en 756. Desde entónces, Córdoba fué la magnífica ciudad de 8 leguas de circuito, con 283.000 casas y 60.000 palacios de que—sin duda con alguna exageracion—hablan los escritores árabes de

entre los pueblos sujetos á tu imperio; entre los que bendicen tu justicia y tu bondad; en un ángulo de la vasta provincia de la Bética, en Carteya, vive un pobre Presbítero, que para tí pide al Señor tanta fama y poderío, cuanta oscuridad y olvido desea para sí. Este Presbítero es quien te escribe; quien limitó á bien pocos años la eternidad del adios que te diera; es aquél que se llamaba en el mundo el gardingo Eurico; aquél, de quien fuiste amigo y que fué tu rival de gloria.

Duque de Córdoba, no creas que mi espíritu se vuelve hoy hácia las miserias de la tierra, impulsado por un tardío sentimiento; ¡no! ¿De qué me servirían

aquella época, y la espléndida córte rival de Damasco, y el emporio del saber y de la civilizacion durante más de tres siglos. Al desmembrarse tan vasto y fuerte Imperio en 1031 por causa de sus discordias intestinas, quedó Córdoba capital de uno de los muchos reinos en que se dividió el kalifato, hasta Fernando III, *el Santo*, que la tomó é incorporó á la corona de Leon y Castilla en 1236.

La primitiva situacion de la ciudad era en el sitio llamado hoy *Córdoba la Vieja*, á una legua O. del Guadalquivir, hasta cuyas márgenes se extendió luégo bajo el dominio de los Romanos y de los Árabes.

Su célebre mezquita, — construida por Abderraman I, de 770 á 795 (donde ántes se alzaron sucesivamente el templo romano de Jano y el de San Jorge en la época goda), — sostenida por 900 columnas monolitas de jaspe, formando 36 naves en un sentido y 19 en otro, — é iluminada durante la oracion de la noche por 4.700 lámparas, — sólo era inferior á la de la Meca, y es hoy el templo más vasto de toda la cristiandad. (*Nota del trad.*)

á mí el oro, el poder y la grandeza? Para tomar un puñado de ese lodo, no se inclinaria el Presbítero. El único afecto eterno que, tal vez, resta á este corazon depurado por el fuego ardiente de la desdicha, — el amor á la pátria, — sentimiento confuso é indefinido, pero indeleble, — es quien obliga á Eurico á decirte el lugar en que vino á destilar gota á gota las aborrecidas horas de su tormentosa existencia.

¡Theodemiro, Theodemiro! Un dia tremendo se acerca en que la España debe ser el túmulo de la raza goda! Adiviné en sueños ese dia, y en pós de los sueños la pavorosa realidad se me levanta aquí ante los ojos. Carteya está desierta, como las demás poblaciones vecinas. Apénas yo me atrevo á permanecer en las inmediaciones del Calpe, porque sé, paso á paso, todas las las veredas que guian á la cima de los desfiladeros, por haberlas regado muchas veces con lágrimas y confiádolas muchas más la historia de mis agonías. Despuéblanse las ciudades, y, como ellas, los campos se convierten en yermos. Aunque todavía sonrían en la lozania de las siembras, en el florecer de los huertos, en el murmurar de las fuentes, consterna semejante sonreir; porque el hombre desapareció de en medio de esta hermosa escena, y el ruido de la vida se convirtió en silencio de muerte. — ¡Los Árabes! — hé aquí el único grito que lo interrumpe; y esta palabra maldita es como la peste cuando pasa: la siguen el sobresalto y la confusion. La vileza del corazon humano surge en pós de ella, en toda la hediondez de su aspecto. El terror acabó con los afectos más santos, y

hasta con el amor filial y paterno. Cada cuál procura salvarse á sí propio. Los nietos de los nobles Godos se han convertido en un bando despreciable de cobardes egoistas!

Há tres dias que, al romper de la mañana, un gran número de velas blanqueaba sobre las aguas del Estrecho: venían del lado de Septum. Corrimos á la playa. A las pocas horas entraron en la bahía de Carteya, y algunas hasta se acercaron á la Isla Verde. Veíase distintamente el relucir de las armas, y varios soldados, que habian ayudado á rechazar los primeros asaltos de los africanos en las costas de España, reconocieron en seguida los trajes y las armas de los Árabes. Entre éstos, sin embargo, notábanse muchos Godos, por sus pesadas armaduras, por las anchas hojas de los frankisks y por las stringes, más cortas que las anchas vestiduras de los hijos del Oriente. De allí á poco, toda la flota se hizo á la vela hácia el Calpe, y cuando anocheció, las faldas de la montaña aparecieron iluminadas por multitud de hogueras. Los Árabes habian desembarcado.

La ansiedad era indecible. Con demudado rostro nos mirábamos los unos á los otros. Estas gentes temblaban por sí; yo por la suerte de España. Mas ¿por qué entre esos que parecian enemigos se hallaba tan considerable número de Godos? Esta pregunta significaba nuestra última esperanza.

Ya bien oscura la noche, algunos barqueros salieron al largo, y, vogando silenciosamente, fueron á espiar la flota. Yo, tomándome los atajos más cortos, me enca-

miné, solo, al Calpe, cuyo gigantesco bulto rodeado le hogueras al pié, negreaba en la cumbre sobre el blanquecino fondo del cielo, limpio de nubes, donde a luna cruzaba tranquila, amortiguando con su pálida luz el centellear de las estrellas.

Era ya alta noche, cuando llegué á la montaña. Trepando por las quebraduras, salvando precipicios, posándome á las tortuosas asperezas, bajando por el lecho de los torrentes, llegué á una roca contigua á la llanura, que desde las raíces de la serranía va á morir en la orilla del mar, en la costa oriental de la bahía. Allí era donde los Árabes, desamparando la loma, se habían acampado. Comprimiendo el aliento, me aproximé insensiblemente á una tienda más grande que las otras, levantada junto al peñasco adonde yo había llegado sin ser percibido. Por una abertura que dejaban las mal unidas telas del pabellon, descubrí lo que pasaba dentro, á la luz de dos antorchas sostenidas por etíopes, cuyo negro rostro contrastaba con la blancura de sus ropas. Sentado en el suelo y con los brazos cruzados, un mancebo árabe parecía escuchar atentamente á un guerrero godo, que de espaldas á mí se hallaba en pié entre otros dos. Con espanto y á la vez con alegría, percibí que se explicaba en romano rústico, y lo mismo, de allí á poco, ví que hablaba el árabe mozo, como si fuese en su propia lengua. Entonces comencé á escuchar atentamente.

—«Tarík (1), decía el godo, mañana al romper el

(1) *Tarik-ben-Zeyad*, que algunos distinguen de Tarif (el

alba es necesario que todos estos peñascos, empinados sobre nuestras cabezas, se coronen de tus soldados, y que no tardes en fortificar ese estrecho paso que une el promontorio del Calpe al resto del continente. Aquí, en esta sierra inaccesible, es donde debes esperar el resto de los libertadores de la España; aquí es de donde debes salir con tus hermanos del desierto, para quebrar el cetro del tirano Ruderico. Si la suerte de las armas nos fuese contraria, podríamos esperar en este sitio nuevos socorros de África. Septum nos queda enfrente, y á Septum te la entregué yo...»

Tarik no le dejó continuar. Como el leon que salta súbitamente de los juncales de la Mauritania, el mozo árabe se puso en pié, colérico el semblante, y exclamó:

— « ¡ Wali de los cristianos! ¿quién te hizo creer que Tarik podia ser vencido? Yo vi en sueños al profeta de Dios que me dijo: — « la España se inclinará ante el Koran, » — ¡ y Mohamed no miente! Áun sin tí, yo me habria arrojado sobre el Imperio godo, y mi lanza lo haria caer moribundo á mis piés; áun cuando Sebta me hubiese cerrado sus puertas; áun cuando todos vosotros, los Godos, estuviéseis unidos

cuál dicen guió una tentativa ó exploracion anterior), era un capitán ó lugarteniente de Muza, el entónces Emir del África septentrional. Tarik se habia distinguido en la conquista del Mogreb por su intrepidez y pericia militar. Dícese que, apoderado del Calpe, y queriendo sus tropas, descontentas de la empresa, retirarse, quemó sus naves para que no pudieran repasar el Estrecho. A pesar de sus triunfos y conquistas, perdió el favor de Muza y del Kalifa Walid I, y murió oscuramente. (*Nota del trad.*)

ontra mí! ¡Dios es grande y Mohamed su Profeta!»

Las violentas palabras del Árabe me revelaron quién era el guerrero Godo.

Juliano capitaneó, como nosotros, una tiufadía en la guerra cantábrica, y fué valiente soldado. Yo sabía que había sido elevado á la dignidad de Conde de Septum, y que allí se cubriera de gloria, rechazando los enemigos del Imperio que habian ya intentado conquistar aquella provincia. ¿Cómo y por qué era raidor á los suyos? Odios civiles lo llevaron á tanta infamia, segun deduje de sus palabras. Parricida y matricida á un tiempo, procura vengarse, tal vez de bien pocos de sus hermanos, aplastándolos bajo las uinas de la pátria. La memoria de este malaventurado será reprobada y maldecida por las generaciones venideras!

Juliano parecia querer responder al mancebo, cuando un soldado entró con un rollo de pergamino en la mano, y entregándolo á Tarik, profirió algunas palabras en árabe. Tarik miró entónces á Juliano, y extendiéndole la diestra, le dijo, sonriendo, en voz baja:

—«¡Walí de Sebta! (1) perdóname este ímpetu, como me has perdonado tantos otros. Bien sé que tú no puedes comprender lo que es la fé viva de un musulman en la proteccion de Dios; pero yo sería reo del infierno, si dudase un instante de las promesas del Profeta. El judío Zabulon acaba de llegar con esta

(1) Véase la nota XII del autor.

carta del que vosotros llamais Obispo de Hispalis: léela, y dime qué nuevas hay de Ruderico. »

Juliano desató el nudo de la carta y la leyó.—Latíame el corazon de furor ; mas procuré tranquilizarme. Importábame demasiado conocer el contenido de aquella carta , para deber prestar toda la atencion posible á las palabras del Conde Juliano.

—«Ruderico—dijo éste, concluyendo de recorrer con la vista el rollo de pergamino—entregado á fiestas y banquetes, no cree que el dia de la venganza haya amanecido para España; él, sin embargo, luego que la noticia indudable de nuestra venida retumbe bajo los dorados techos de los palacios de Toletum, convocará á sus numerosos soldados, á sus veteranas tiufadías, y arremeterá contra nosotros ; porque Ruderico es disoluto y perverso, mas nunca fué cobarde. El prudente Oppas piensa, como yo, que importa nos fortifiquemos en el Calpe. Lo aconseja la ciencia de la guerra, y, si como creyente confias en tu Profeta para contar con la victoria, como capitán debes seguir los consejos de la prudencia humana. Tambien yo espero en el Dios de las batallas—prosiguió el Conde en tono de mofa, tocando el puño de su espada ; —tambien yo tengo mi Providencia ; pero el águila, cuando se arroja sobre la presa, tiene ya construido su nido en el peñasco de la montaña, y las rocas del Calpe deben ser el nido de las águilas que se ciernen sobre el trono de Ruderico.»

Tarik quedó por algunos momentos callado y pensativo:

— «Sea como te plazca,—dijo al fin.—Escoge en el ejército los mejores artifices árabes, y con ellos y tus todos levanta esas vallas en que pone su confianza tu orazon descreido.»

— «Hubo un tiempo en que no lo fui,—replicó Juliano con acento de cólera, mezclado de indignacion y tristeza;—pero Witiza duerme bajo una losa el sueño de la eternidad, y su asesino se llama el rey de los Godos! El se divierte y se ríe desde el trono que le dieron la traicion y el perjurio. Tarik! tu profeta te inspira en sueños; pero la venganza es inspiracion más segura, porque es el sueño perenne del hombre despierto, cuando ve fallar así á la justicia del cielo, si es que en el cielo hay justicia!»

Proferidas estas blasfemias, Juliano salió de la tienda.

Tarik batió las palmas, y un guerrero etiope, cuyos ojos chispeaban sangrientos en la negrura de su rostro, entró con los brazos cruzados y quedó inmóvil é inclinado ante Tarik. Me pareció que éste le ordenaba alguna cosa en su lenguaje bárbaro, que no pude entender.

Sabia yo demasiado bien la situacion y accidentes del suelo de todo el Calpe, para comprender que mi permanencia en aquellos sitios podia hacerme imposible la salida. La defensa del promontorio consistia solamente en cortar con vallas y fosos el istmo que lo liga al continente, y Juliano iba á comenzar, tal vez, á levantar las trincheras en aquella misma noche: era, por tanto, necesario partir.

Cuando atravesé la sierra por las sendas más cortas y oscuras, comprendí que mis recelos eran bien fundados. Desde una cumbre, donde se divisaba casi toda la montaña en redondo, vi centenares de luces que vacilaban, corriendo tortuosamente por las laderas, ocultándose y volviendo á aparecer y retrocediendo. El conjunto de aquella iluminacion terrible se extendia al rededor de la montaña, formando una extensa media luna, cuyas puntas crecian hácia el istmo, al paso que se aproximaban una á otra, estrechando la cumbre de la serranía. Era indudable que álguien, práctico en aquellas apretadas gargantas é intrincadas sendas del promontorio, guiaba á los bárbaros. Convenia, pues, huir, no porque me importara el morir, sino porque, tal vez, la Providencia me habia guiado á la tienda de Tarík, para que se salvaran las Españas, si ya no es que se ha escrito su irrevocable condenacion en el libro de los eternos designios.

Advierte, Theodemiro, que la traicion, como veneno recientemente bebido que circula por las venas y no aparece todavía en el semblante, cunde por todas partes, y hasta penetra en el santuario. Es, pues, necesario esfuerzo y vigilancia, ya que las disensiones civiles han querido que los golpes del frankisk godo (1) hayan de vibrarse sobre la frente de Godos que combaten al lado del extranjero infiel; ya que la perfidia puede abrir las puertas de nuestras ciudades á los africanos, sin que éstos, para enseñorearse de ellas,

(1) Véase la nota XIII del autor.

tengan que pasar por encima de los cadáveres de sus hermanos. Urge que avises á Ruderico. En Hispalis está Oppas, y Oppas tiene consigo numerosos clientes que podrian entregar al invasor la más hermosa y opulenta entre las poblaciones de la Bética. No tardarán los Árabes en descender del Calpe, para derramarse por las provincias de España. En dos dias, que há que vago cási solo por las inmediaciones de Carteya, no se pasa una hora sin que buques africanos vengan á vomitar en la bahía nuevos escuadrones de soldados. Semejantes al flujo y reflujo del mar, es rápido su ir y volver. Dentro de ocho dias sería tanto más difícil resistir á Tarik, áun con todo el poder del Imperio, cuanto que, divididos los Godos en dos bandos, uno de ellos peleará al lado del enemigo.

¿Por qué no te lo he de decir, Duque de Córdoba? Yo no amo á Ruderico, porque la memoria de Witiza nunca morirá en el corazón de su Gardingo, y sé por cuáles medios Ruderico subió al trono que no habria obtenido por la eleccion de los Godos; pero no es su corona lo que los hijos de España tienen hoy que defender: es la libertad de la patria; es nuestra creencia; es el cementerio en que yacen los huesos de nuestros padres; es el templo y la Cruz; el hogar doméstico, los hijos y las mujeres; los campos que nos sustentan y el árbol que nosotros plantamos. Para mí, de todos estos incentivos, apenas me restan dos: el amor á la patria y la creencia del Evangelio. En el dia del combate, Eurico se desnudará la stringe inocente del sacerdocio, y vestirá las armas, para defen-

der esos objetos queridos de sus postrimeros afectos. ¡Que también esos que aún se adhieren á las ilusiones y esperanzas como la yedra á las ruinas, se levanten para pelear batallas tremendas, porque lo han de ser ciertamente las que nos aguardan! y ojalá que mis tristes sueños se vean desmentidos por el valor de los guerreros Godos: ojalá que no esté para sonar la última hora del dominio de la Cruz en esta tierra de Occidente, con la sangre de tantos mártires regada!

Desde Mellaria, adonde me he acogido con gran número de los moradores de Carteya y de sus alrededores, continuaré mis nocturnas correrías hácia las bandadas del Calpe, con los más osados que me quieran acompañar, hasta que los Árabes descendan de sus guaridas y sea inútil el vigilarlos; hasta que llegue el día en que los desgraciados, como yo, encuentren en la honrosa muerte de las batallas el reposo á las amarguras de la vida, si es que más allá del morir hay reposo para el espíritu.»

DEL DUQUE DE CÓRDUBA AL PRESBITERO:

Al gardingo Eurico, salud!

«¿Vives todavía Eurico! Cerca de Córdoba, donde tu antiguo hermano de armas existia, tú, el héroe de la guerra cantábrica, nunca tuviste un impulso de afecto que te llevara á revelarme el misterio de tu retiro, y enviarme una palabra de consuelo y de re-

cuerto fraternal! ¡Acusas de egoísmo y de fiereza á los hijos de la España, y has caído tú en la misma culpa! ¡Has sido egoísta y cruel! No podías tener por cierto que yo me hubiese olvidado de tí: una larga experiencia te había enseñado que mis afecciones son duraderas y profundas. ¡Mas á aquél que te amó tanto; á aquél, que daría la vida por salvar la tuya, y que nunca tuvo contento ni pesar que para tí fuera secreto, lo trataste con el mismo desprecio con que, en tu noble orgullo de desgraciado, trataste al resto del mundo, y desde el umbral del templo le diste, tal vez, el mismo adios de odio y despecho que diste al resto del género humano!

¡Y es, en los días en que se abre para la patria una larga série de desventuras, cuando tú surges, Gardingo, como el recuerdo querido de los hermosos días de nuestra mocedad! ¡Es la víspera de la lucha en que va á resolverse si ha de ser libre ó esclava la tierra de los Godos;— cuando mil pensamientos tristemente solemnes me asaltan el espíritu y me obligan á no apartarme de Córdoba, donde trabajo incesantemente para reunir los valientes compañeros de nuestras glorias de otros tiempos;— en el momento, en fin, en que la voz del deber me tiene como cautivo, es cuando tú me dices, desde un rincón de la Bética, — ¡yo vivo todavía! — ¡Sea en buen hora! ¡Ya que á mí no me es dado buscarte, sé tú quien venga á lanzarse en los brazos de tu amigo!

¡Sí, Gardingo! Hoy que el Imperio se ve conmovido en sus cimientos; que los paganos de África

amenazan derribar la cruz erguida en lo alto de nuestras catedrales; hoy, dejarás tú la stringe sacerdotal y ceñirás de nuevo la depuesta y olvidada espada. En Córdoba, donde ya se juntan las tiufadías de la Bética, Eurico hallará buen número de sus antiguos guerreros; y los más osados mancebos, que ahora empiezan la vida de los combates en defensa de la pátria y de la fé, aceptarán con júbilo por su capitan al hombre que dejó un nombre imperecedero, mientras dure la memoria del desbarate de los Vasconios y los Frankos. En los transportes de gloria que te esperan, tal vez halle tu pobre corazon, despedazado por las pasiones, el alivio y confortamiento que veo has buscado en balde en los brazos de una piedad austera, de una vida de humildad y abnegacion. Esa gloria será tanto mayor, cuanto que, seguramente, nunca el Imperio godo se vió tan cerca de su última ruina, ni nunca el valor y la lealtad de sus hijos fueron sometidos á tan dura prueba.

Las nuevas que me das de la traicion del Obispo de Hispalis son bastante graves; pero es necesario circunspeccion y prudencia: tus oidos pueden haberte engañado. Si esa trama horrible existiese, se estenderia por toda España. Sabes que Oppas es tio de los jóvenes Sisebut y Ebbas, cuyas pretensiones á la corona subsisten todavía apesar de los beneficios de Ruderico. Dícese que éste les ha confiado el mando de una de las alas del ejército con que se dirige á la Bética. Tan generoso procedimiento obstaría para que estallase la conjuracion. No se trata ahora de sa-

isfacer ódios de parcialidades civiles: trátase únicamente de salvar el Imperio. Sería más que infamia, no tendría nombre, el inmolar la España en el altar de ambiciosa venganza. No: siquiera estemos corrompidos, el ejemplo del Conde de Septum no será seguido entre nosotros!

Ven, Eurico, para que reverdezcan los laureles de tu gloria. ¿Oyes la voz de la pátria? Ella te grita: «ven á combatir para salvarme, tú el más valiente de mis hijos!»

DEL PRESBITERO AL DUQUE DE CÓRDUBA.

Eurico á Theodemiro, salud!

«No comprendiste, Duque de Córdoba, cuán hondo es el abismo cavado en este corazón por la desventura. No me quejo de tí, porque ni á tí, ni á nadie es dado el comprenderlo. Mides mi espíritu por los afectos humanos; mas es porque no sabes cómo él salió depurado del crisol de infernal padecer.

Gloria! ¿Qué me importa á mí la gloria? ¿Qué puedo yo hacer de esa riqueza, inútil como las demás riquezas?

Examina bien la conciencia y dime ¿cuál es, para los puros y nobles corazones, el motivo inmenso, irresistible, de las ambiciones de poder, de opulencia, de renombre? Es uno sólo—la mujer: ése es el término final de todos nuestros sueños, de todas nuestras esperanzas, de todos nuestros deseos. Para el que

encontró en la tierra aquella que debe amar por siempre,—aquella que es la realidad del tipo ideal grabado en su alma desde la cuna,—la mira y objeto de sus más exaltados afectos es la aureola celestial que ciñe la frente de la virgen, ídolo de sus adoraciones.

Mas para el que, por decirlo así, anda perdido en las soledades del mundo, porque no descubrió aún la estrella polar de su existencia, el astro que ilumine la noche de su corazón como el primer destello del sol ilumina las sombras de un templo, para ése la mujer es una idea vaga y confusa, aunque hermosa y querida: no la conoce, no sabe donde se halla la imagen viva de la hija de su imaginación, y, sin embargo, para ponerla á sus pies gloria, poderío y riqueza es para lo que él codicia todo éso. Quitad del mundo la mujer, y la ambición desaparecerá de toda alma generosa.

Realidad ó deseo incierto, el amor es el elemento primitivo de la actividad interior; es la causa, el fin y el resúmen de todos los afectos humanos.

Theodemiro! yo amé como nadie, y tal vez amara todavía; mas este amor fué despreciado y escarnecido, y después comprimido por el desprecio y el ludibrio en el fondo del corazón de tu pobre amigo. Y sabes lo que hace un amor inmenso así hollado? Devora y consume el porvenir, y entenebrece para siempre el horizonte de la vida. No hay nada, despues de éso, que pueda restaurar lo que él borró; nada que pueda romper las tinieblas que él estendió. Ni aún en el mismo sepulcro hay porvenir de esperanza, ni tal

vez luz de consuelo; porque á la muerte del cuerpo precedió la del espíritu.

No, yo no quiero la gloria, hoy inútil é ininteligible para mí; yo no quiero el mando y el poderío, que ya no sé para qué valen. Como el febricitante que en caluroso dia de estío aspira la brisa de la tarde, para refrigerar por algunos instantes el ardor de la sangre, así yo me dejo todavía halagar por la idea de lanzarme al mayor hervor de las batallas reñidas en nombre de la pátria. Ese delirio de los peligros, esa locura que el olor dé la sangre produce, es el respiradero por donde resollarán la indignacion y la cólera atesoradas durante años en este corazon. Tiufado, me veria obligado á vigilar las acciones de mis subordinados, á hacer uso del tranquilo valor que afronta inmóvil la muerte; mas ¿qué es ese valor para aquél á quien la vida sólo sirve de martirio? Una hipocresia más, un medio más para engañar al mundo. ¿Y qué tengo yo con el mundo para cuidarme de engañarle?

Hombre de paz! — me dirás tú, por la profesion del sacerdocio: — habiendo buscado el reposo á la sombra eterna de la Cruz, ¿cómo es que sólo deseas lo que en los combates hay de más brutal, innoblé y oscuro, — el furor de la matanza, y rehusas lo que en ellos hay de más puro y noble, — la inteligencia, con que un único individuo mueve á millares de ellos y multiplica sus fuerzas con la rapidez de las ideas, con la sublimidad de las concepciones, con la robustez de una voluntad inmutable? ;Hombre de paz! al ceñir la espada del guerrero, ¿qué otro ministerio deberá ser el tuyo?

He buscado, es verdad, el reposo y la paz en el santuario de Dios!—Dias y dias pasélos orando con la frente unida á las losas del pavimento sagrado, esperando que de la morada de los muertos surgiesen para mí el descanso y el olvido; mas el sepulcro fué estéril. Noches y noches pasélas vagando por las soledades: sentábame en las cimas de los peñascos iluminados por la luna, con los ojos clavados en el cielo ó errantes por la inmensidad de las aguas, y, donde todos hallan lágrimas de consuelo y de esperanza, yo no hallé ni una sola, porque las mias morian al brotar. El Señor no escuchó mis preces; no aceptó mi resignacion. Este espíritu, que intentaba elevarse á las alturas en alas de la filosofía del Cristo, se despeñaba de nuevo en el pavoroso piélago de los recuerdos amargos. Los hombres bendecian al Presbítero, mientras su conciencia le gritaba á cada instante: — « ¡condenacion para tu alma! »

Y cuando el cielo es un desierto para la esperanza, ¿dónde la hallaré en la tierra? ¿Qué puede hoy embriagarme, sino una fiesta de sangre?

Ya me habria yo sentado á ese frenético banquete de las guerras civiles, si no viviese en mí todavía el sentimiento moral, ese irreflexivo sentimiento, último, no obstante, que se desvanece en el que por largos años vivió pura vida de crímenes. Mas, sin crimen, se puede sentar á él un desgraciado como yo, al llamarnos á todos, en medio de un gran peligro, la tierra de que somos hijos.

Theodemiro! pronto tal vez, vendrá el dia, en que

veas que el brazo del Gardingo no enflaqueció bajo el traje del Presbítero; en que él te pruebe que el mortuorio color de una armadura negra puede ser tan bello al sol de las batallas, como las corazas y los yelmos resplandecientes de nobles guerreros; que el frankisk grosero de un oscuro soldado puede contribuir á la victoria, como la pericia militar de capitan afamado. ¡Ojalá que, entre tanto, sea verdad lo que me dices! ¡Ojalá que yo me engañase, y que la traicion no haya hecho inútiles la inteligencia y el brazo de los Godos para salvar las Españas!»

IX.

JUNTO AL KRYSUS. (1).

Congregando á todos los Godos, se opuso á la entrada de los Árabes y fué valerosamente al encuentro de la invasion.

RODRIGO DE TOLEDO. *De las cosas de Esp.*, lib. III.

Pocos dias habian pasado después que el Duque de Córdoba recibiera la última carta del infeliz Eurico, cuando, al frente de sus tiufadias se puso aquél en marcha hácia Híspalis, siguiendo las márgenes del Bétis. Al llegar á la antigua Rómula (2), el Obispo Oppas le recibió con demostraciones de alegría, tales, que las sospechas de Theodemiro, suscitadas mal de su grado por las revelaciones del Presbitero, cási se desvanecieron. En el lenguaje del sacerdote parecia reflejarse profunda indignacion contra el conde de Septum y contra los demás Godos que intentaban, unidos con los bárbaros, asolar la tierra natal. El metropolitano, segun la costumbre de aquella época, habia dejado el cayado

(1) — *Chrysus* ó *Krysus*: nombre latino cambiado después en *Lete*, y de aquí *Wad-al-Lete* (Guadalete).

(2) Véase nuestra nota (1), pág. 21, y la XIV del autor, al final.

le pastor, para ceñir la espada del guerrero; y á los palacios episcopales de Hispaliſ veíanse llegar todos los días parientes de Oppas, y por consiguiente de Witiza su hermano. Los nobles afiliados al bando de Sisebuto y Ebbas, en su mayor parte alejados de la corte, juntaban sus siervos y clientes á la hueste del guerrero Obispo, que habia prometido acompañar al rey godo con un escuadron más brillante que el de sus sobrinos, á quienes Ruderico habia dado, en efecto, el mando supremo de una de las alas del ejército congregado en Toletum.

En Hispaliſ, como por todos los ángulos de la España, los martillos de los fundidores y armeros retumbaban en los yunques con estrépito incesante; ruñíanse las armas, limpiábanse y probábanse las armaduras, y los robustos y rápidos corceles de la Bética y de la Lusitania, impacientes en las tiendas evantadas al rededor de los muros de la ciudad, tascaban los brillantes frenos, como presintiendo próximo el día del combate. Los siervos y libertos, en competencia con los hombres libres y los nobles, corrían á agruparse en derredor de los pendones de la independencia pátria, y la generosa sangre de los Godos, después de secular somnolencia, en que su antigua osadía sólo habia dado señales de vida en las luchas sin gloria de disensiones intestinas, como que se despertaba más ardiente y llena de vigor al grito de guerra santa.

Y toda esta energía, todo este recuerdo de la rica herencia de valor legado por los conquistadores sep-

tentrionales á sus nietos de la Iberia, diríase que eran suscitados por la Providencia para salvar la monarquía goda, porque de todo éso necesitaba ella para resistir al invasor.

Desde que el ejército de éste, cual serpiente monstruosa, ciñe estrechamente la montaña del Calpe, no ha dejado ni un solo dia de fortalecerse y engrosarse. Las laderas del Abyla y los despeñaderos del Atlas, los valles de la Mauritania y los arenales de Sahara y de Barca, arrojan sin cesar sobre la Europa, á través del Estrecho, sus hijos tostados por el ardiente sol del África. Sin pericia militar, son temibles, sin embargo, estos bárbaros en la pelea; porque capitanes experimentados de la Arabia los dirigen y mueven á su antojo, y porque, sectarios de una religion nueva, crédulos mártires del infierno, buscan los falsos y torpes deleites, que para más allá de la tumba les prometiera el profeta de Yatrib (1), y se arrojan con frenético valor sobre el hierro enemigo, aceptando la muerte, con tal de que sobre sus cadáveres se enarbole victorioso el estandarte del Islam.

A esta gente dura é indomable, cuyo esfuerzo proviene de sus creencias sobre la otra vida, júntanse los escuadrones de jinetes sarracenos que vagan por las soledades de la Arabia, por las llanuras del Egipto y por los valles de la Siria, y que con sus ligeras yeguas, pueden reirse del pesado frankisk goda, ora acometiendo y huyendo para acometer de nuevo rápidos

(1) Véase la nota XV del autor.

como el pensamiento, ora girando en redor del enemigo y falseándole la armadura por las juntas de las piezas ó cercenándole los desguarnecidos miembros casi sin ser vistos. Apesar de su increíble destreza, pelean á veces frente á frente, descargando tremendos golpes de espada ó chocando de lleno lanza en ristre como los guerreros de Europa, haciendo á éstos volar á veces de la silla en sus encuentros violentos: hombres, en fin, que sin orgullo pueden creerse los primeros del mundo en un campo de batalla, por su valor y su ciencia de la guerra. En esta caballería irresistible, que constituye el nervio de la hueste musulmana, funda todas sus esperanzas el impetuoso Tarik.

Poco después de la llegada de Theodemiro á Hispalis, un día, al romper del sol, viéronse resplandecer á lo lejos, hácia el Norte del Betis, las cumbres de las montañas, como si un grande incendio devorase las breñas y los viejos robledares que poblaban las quebradas de las sierras. Era la hueste del rey de los Godos, que saliendo de Oretum, se encaminaba por Ilipa é Itálica (1), siguiendo la márgen derecha del río, á la an-

(1) *Oretum Germanorum*: ciudad la más principal de la Oretania, region occidental de la Tarraconense, y uno de los primeros obispados de la Península. Es notable en la geografía, en la historia y en los fastos eclesiásticos de España. De sus ruinas sólo resta hoy el *Santuario de Nuestra Señora de Oreto*, á la orilla del Javalon, como á unos diez kilómetros de Almagro, provincia de Ciudad-Real.

—*Ilipa*: ciudad situada á la orilla del Guadalquivir, notable en la época romana y correspondiente á la actual *Peñaflor*.

tigua capital de la Bética. De aquí, engrosado con las tiufadias de Theodemiro y con los que seguían el pendon de Oppas, el ejército de Ruderico debía marchar para acometer á los Árabes y entregar á la suerte de las batallas los destinos futuros de la España.

Era ya tiempo. El torrente de los enemigos habia descendido, al fin, del Calpe ó Geb-el-Tarik, (1) cuyo nombre de muchos siglos borraría el capitán árabe, escribiendo el suyo propio en el collar servil de murallas que le lanzára. El estándarte del profeta de la Mekka flotaba ya en los campos de la Bética, señalando su paso con sangre, ruinas é incendios. Por doquier que los musulmanes habian atravesado, reinaba el silencio del sepulcro, la desolacion y el aniquilamiento. Tarik era el ángel exterminador enviado por Dios á las Españas, y su espada, el rayo despedido del cielo para fulminar el Imperio de los Godos.

De su nido de águilas en el promontorio del Estrecho, los invasores habian pasado al corazon de la provincia. Después de trasponer las montañas que se elevan desde las riberas septentrionales del Bélon hasta Lástigi, donde las serranías se enlazan con las alturas

villa de la provincia de Sevilla, distante 12 leguas de la capital y 3 de Lora del Rio.

—*Itálica*: ciudad con la categoría de *municipio romano*, fundada por Escipion. Fué pátria de los emperadores Trajano, Adriano y Teodosio. Aún subsisten algunas de sus bellas ruinas, cerca de Santiponce, á una legua al occidente de Sevilla.

(1) Véase la nota XVI del autor, y la nuestra (1), página 14.

e Nescania, se habian enseñoreado sin resistencia de la ciudad episcopal de Asido y, bajando á los valles que serpean de Gádes á Segoncia (1), habian sentado sus tiendas en las márgenes del Krysus. Tarik esperaba allí el encuentro de los Godos. Desde que saliera del Calpe, todos los días, y casi á todas horas, se veían llegar á la hueste musulmana cristianos venidos del lado de Híspalis, conducidos por caudillos de los Almogávares ó corredores africanos. Apenas estos nombres desconocidos eran llevados ante el Capitán árabe, éste enviaba uno de sus jinetes adonde tremolaba el pendon de Juliano, y el Conde de Septum no

(1) *Bélon*: ciudad, probablemente fenicia, en la costa española del Estrecho, marcada como *mansion* del camino de Málaga á Cádiz en el Itinerario romano. Hoy es un despoblado llamado *Bolonia*, sobre la playa de la ensenada que lleva este nombre, junto al cabo ó punta Caraminal, á dos leguas y media al este de Tarifa. Algunos restos de las ruinas de la ciudad antigua se veían há poco esparcidos por la playa.

—*Lástigi* ó *Ástigi*: hoy *Écija*, ciudad de la provincia de Sevilla, á 15 leguas de la capital. Algunos distinguen *Lástigi*—*Écija*, de *Ástigi*—Zahara, un tiempo sitio real de los reyes árabes granadinos y hoy villa de la provincia de Cádiz, á 20 leguas de la capital y tres y media de Ronda.

—*Nescania*: Las ruinas de esta antigua ciudad se ven en el valle llamado de Abdulaziz, á dos leguas Oeste de Antequera.

—*Asido*: hoy Medina-Sidonia segun unos y Jerez segun otros.

—*Gádes* ó *Gadir*: Cádiz, fundada por los Fenicios 1100 años antes de J. C.

—*Segoncia* ó *Saguncia*: hoy despoblado llamado *Gigonza*, entre Arcos y Jerez.

tardaba en reunirse con Tarik. A veces, á la sombra de un frondoso roble en medio de los espesos bosques de las montañas, ó bajo la tienda alzada á la hora de la siesta en la abrasada campiña, permanecian los dos largo tiempo, á solas con aquellos hombres, en cuyo aspecto era fácil leer la traicion y la vileza. Después, los desconocidos partian, sin que nadie osára atajarles el paso; y cuando Juliano volvía á la pequeña ala de los soldados de la provincia transfretana, llevaba el rostro, no radiante por el contento que rebosa de un corazon puro y sereno, sino como surcado por el rayo de feroz alegría del criminal que ve llegar el momento del crimen, há mucho meditado y previsto.

Hacia ya dos dias que ningun incógnito atravesaba el Krysus, para hablar á solas con Juliano y Tarik. Estos pasaban horas enteras vagando por las alturas vecinas al campamento, hácia la parte del Mediodia y del Oriente. Desde allí observaban atentamente la montaña en cuya cima campeaba la antigua poblacion de Asta (1), y volvian al campo, ó recorrian las atalayas que se multiplicaban continuamente. Después, todo caía en silencio y oscuridad; porque las almenáras ú hogueras nocturnas, muy en uso entre los Árabes, habian dejado de encenderse desde que allí habian acampado.

Mediada iba ya la tercera noche, después de aquella

(1) *Asta Regia*: hoy despoblado llamado la *Mesa de Asta*, á dos leguas Norte de Jerez, y una y media al Sud de Trebujena.

que los creyentes del Islam (1) habían parado en las faldas septentrionales de la cordillera de Asido. En profundas las tinieblas estendidas sobre la haz de tierra; pero la rutilante luz de las estrellas aclaraba un tanto el negro manto de la atmósfera. Trémula y agitiva reverberaba aquella claridad incierta en las puntas de las lanzas de los atalayas, los cuales, apiñados en la corona de los otros ó escondidos entre las zarzas de los vallados, observaban los agudos picos de las montañas, á lo léjos, hácia el Norte, negreaban como recorridos en las profundidades del cielo. El Krysus murmuraba allá abajo, y la estela de su corriente rielaba el brillo de los ástros, mientras el viento, al pasar por las ramas de algunos árboles solitarios, respondía aquel murmurio con el gemir de su follaje movedizo. De pronto, en medio de este silencio, algunos centinelas (2) y vigías, colocados al otro lado en la margen derecha del rio, creyeron percibir un lejano ruido, que oídos ménos ejercitados no habrían sabido distinguir del remoto y casi imperceptible despeñar del torrente. Ellos entónces, puestos de bruces y mirando el rostro al suelo, escucharon por algunos instantes, y levantándose de pronto al mismo tiempo, clamaron en voz baja:—¡ los Romanos! y la turba respondió:—¡ los Romanos! (3) Y, colocándose en hilera, alzaron los arcos y quedaron inmóviles.

1) Véase la nota XVII de autor.

2) Idem XVIII.

3) Idem XIX.

Poco á poco aquel ruido, apénas perceptible en un principio, creció y se hizo más distinto, oyéndose bien pronto y claramente el trotar de millares de caballos y el confuso paso de millares de hombres. Los escuchas árabes conservábanse unidos y en silencio.

De repente el grito de — ¡Aláh! retumbó al otro lado del Krysus; siguió el estridor de algunas flechas, y en un instante los atalayas del campo vieron blanquear cintas de espuma, que se estendian á través del río hácia su márgen izquierda. Eran los escuchas que lo cruzaban á nado, despues de emplear en la vanguardia goda sus primeros tiros.

Una nube de saetas respondió al silbar de las de los escuchas árabes: algunas de las cintas de espuma vacilaron, derivaron por la corriente y se desvanecieron en el dorso oscuro y chispeante de las aguas. El Krysus recogia los primeros despojos de un terrible combate.

En la atalaya principal de los musulmanes sonó entonces una trompeta; centenares de ellas respondieron por todos los ángulos del campo á aquel toque de muerte. Los escuadrones reuníanse con la rapidez del relámpago y, abandonando el recinto de las tiendas, se lanzaban hácia la márgen del río.

Pero los Godos tenian la ventaja de caminar ordenados y, por éso, habian llegado á la corriente, antes que sus contrarios comenzáran á atravesar la llanura frontera. Como granizo espeso, llovian las flechas sobre los Árabes que se aproximaban: anchas y sólidas balsas, traídas en carros tirados por poderosas mulas

le la Lusitania, caían sobre el agua y, desdoblándose con ingeniosa arte, se alargaban hasta tocar en la márgen opuesta. Entónces los mejores jinetes godos, encorvados hácia adelante, con el frankisk levantado, precipitábanse sobre aquellas puentes, doblegalas bajo el peso de caballos y caballeros cubiertós de hierro, é iban á chocar de lleno en los corredores irabes, que, en medio de las tinieblas, no podian esquivar los golpes del enemigo. Ya en las salidas de algunos de aquellos caminos movedizos, los cadáveres amontonados principiaban á embargar el paso á los vivos; mas otras, donde los Árabes todavía mal ordenados y ménos numerosos no habian podido resistir el ímpetu de los Godos, vomitaban torrentes de guerreros, que, marchando unidos para una y otra parte, acometian por el flanco á los Árabes, los cuales, heridos de frente y por la espalda, vacilaban y retrocedian. En balde la voz tonante de Tarik sobresalia por cima de los gritos de furor y de agonía de musulmanes y cristianos. El número diez veces mayor de los Godos hacía imposible la resistencia, y el paso del ejército de Ruderico á la márgen izquierda del Krysus sólo Dios podria impedirlo.

Era ya cási el alba cuando el capitán árabe se desengañó de la inutilidad de sus esfuerzos. Las tiufadías godas se hallaban en su mayor parte en la campiña, donde se debian resolver los destinos de la España, y aunque todo el ejército del Islam estuviese ya en órden de combate, la oscuridad daba gran ventaja á los Godos, cuya caballería, cubierta de armas defensivas más sólidas,

das que las de los Árabes, resistía fácilmente á los jinetes del desierto, para quienes su mayor ligereza y destreza en acometer eran inútiles en medio de las sombras. A una señal de las trompetas, comenzaron á cejar los escuadrones musulmanes, y alejándose hácia el frente del campamento, esperaron el romper del día, mientras el ejército godo acababa de pasar el río y vibraba millares de flechas perdidas, hácia donde los alquiceles de los Árabes blanqueaban á la dudosa luz del cielo recamado de estrellas.

Cuando el sol, alzándose trás de los oteros de Segoncia, vino á inundar con su rojizo resplandor las vegas del Krysus, el espectáculo que estas ofrecían era variado y sublime. De un lado, las tiendas de los Árabes, derramadas por las faldas de los montes y por las cimas de los oteros, podían compararse al campamento de las tribus del desierto que, emplazadas por la voz del profeta, se hubiesen reunido en un solo punto de las soledades por donde vagaban. Ante esta ciudad inmensa y movediza, los escuadrones de los musulmanes, divididos por familias y razas, estaban firmes y cerrados al frente de los pendones, que los alféreces, montados en poderosos corceles, erguían en la retaguardia de cada tribu. A la serena claridad matutina blanqueaban los turbantes, centelleaban los hierros de las lanzas inmóviles en el puño de los jinetes, y los leves escudos circulares que sus largas cotas de malla parecían excusar, embrazados ya para el combate, brillaban también con sus vivos y variados colores.

or del ejército de Tarik eran los escuadrones más la salvaje catadura de los africanos sus neófitos del Islamismo, inspiraba acaso más aún que el aspecto imponente de aquellos. feroz era el ademan y el gesto de estos hombres disciplina, cuyas pasiones se reflejaban en rostros tostados y rugosos, en sus ojos bañados de lágrimas de sangre, y de cuya rudeza y miseria testimonio los *mangualdes* (1) que les servían (armas terribles con que abollaban los yelmos reforzados) y la hediondez de sus pardos, osos y harapientos albornoces. Todo, en fin, en contraste con las brillantes armas, los ricos colores y la majestuosa apostura de los jinetes del ejército, que en silencio é inmóviles parecían desprestigiar a las tribus bereberes de Zeneta, de Mazmuda, de Hagara, de Ketama y de Hoara, que formaban las alas de la hueste, blandiendo sus groseras armas, con espantosos se aprestaban para la batalla.

En el espectáculo que ofrecía el ejército de los godos. Frente á él, la hueste goda presentaba grandes masas de soldados, cubriendo, como gruesa alfombra de metal luciente, la margen izquierda del campamento. Al leado de los más ilustres guerreros, Ruderico ocupaba el centro de las tiufadias formadas por los soldados de la Lusitania septentrional y de la Lusitania meridional, en cuyas facciones se divisaba todavía que pertenecían de los indomables Suevos. Unidos con

ase la nota XXII del autor.

ellos bajo los pendones reales, estaban los guerreros veteranos de la Narbonense, habituados á cruzar orgullosamente la espada con los orgullosos Frankmerodeaban por las Gálias, allende las fronteras del Imperio. El ala derecha, dividida en dos escuadras capitaneadas por Sisebuto y Ebbas, los dos hijos de Witiza, contenía la flor de los caballeros de la provincia Cartaginense. Entre ellos formaba el cuerno metropolitano de Hispalis, compuesto en gran parte de nobles que habían depuesto la espada al subir al trono de Ruderico, y que la ceñían de nuevo en esta guerra por la independencia. El ala izquierda, más pequeña que la otra y que el centro, no parecía por éso ménos temida para los Árabes. El duque de Córdoba, Theodemiro, era el capitán de esta ala, constituida con los veteranos que le habían ayudado á rechazar las pretensiones de los mahometanos, y que ya conocían por experiencia su modo de pelear. Estos viejos soldados debían guiar en el combate á los mancebos, y todos los puntos de la Bética habían corrido en su nombre á la voz de Theodemiro, y en cuyos corazones el llamado guerrero había sabido despertar el sentimiento de la gloria y del amor á la patria. Con él militaban finalmente, los restos de los Tingitanos que habían querido asociarse á la traición del Corax Septum.

Como los Árabes, tenían los Godos en medio una nube de peones armados, no ménos bárbaros y feroces que los hijos de la Mauritania. Los montes del Herminio en la Lusitania, — aborígenes tal

quel país que en la época de las invasiones germánicas, bien como ya en la de la conquista romana, á mucha costa habian sometido el cuello al yugo extranjero,—y los Vasconios, habitantes salvajes de la cordillera pirenaica, constituian con los siervos un grupo de gentes, á que hoy llamaríamos la infantería del ejército. Sus armas ofensivas eran la *cateia* teutónica— especie de dardo, — la honda, la clava herrada el arco y la saeta. Requemados por los soles ardientes el estio y por el viento helado de las serranías en los inviernos rigurosos, estos hombres rudos, incapaces de conocer las ventajas del órden y la disciplina, combatian medio desnudos y despreciaban todas las precauciones de la guerra. Su grito de combate era un rugido de tigre. Vencidos, nunca se les oía pedir clemencia; porque, vencedores, no habia que esperar de ellos misericordia. Tales eran los soldados que la España oponia á la morisma que rodeaba á los Árabes.

Durante algun tiempo, los dos ejércitos se conservaron á distancia uno de otro como dos gladiadores, observándose mutuamente ántes de comenzar la lucha, que para alguno de ellos habia de ser forzosamente la última. La conciencia de lo terrible del drama que se iba á representar, penetró, por fin, hasta en los corazones de los bárbaros de uno y de otro campo: la algazara, que á lo léjos susurraban, fué cesando poco á poco hasta caer en imponente silencio, interrumpido únicamente por el comprimido respirar de tantos hombres, ó por el relinchar de los caballos que, impacientes, escarbaban la tierra.

X.

TRAICION.

La transgresion de los juramentos ha crecido desenfrenadamente, y la costumbre de hacer traicion á nuestros Príncipes es más frecuente cada vez.

Concilio Toledano, XVI. c. 10.

No bien se habia alzado el sol, cuando el grito de «¡*Alahuakbar!*» (1) salió del centro de los escuadrones del Islam. Era la voz potente y sonora de Tarik, que repetida por millares de bocas, retumbó como trueno de lejana tormenta por las vertientes de las sierras, yendo á perderse en murmurantes ecos por los desfiladeros y los valles.

La caballería árabe, enristrando las lanzas, precipitase entónces por la llanura y desaparece entre nubes de polvo. — «¡Cristo y á ellos!» gritan á su vez los Godos, y los escuadrones de Ruderico lánzanse al encuentro de los musulmanes.

Son como revueltos torbellinos que, en vez de agitar la atmósfera en alás del huracan, azotan la tierra, trémula y vacilante bajo aquella tempestad de hombres.

(1) Véase la nota XX del autor.

El ruido sordo, aunque distinto, del avanzar de los ejércitos váse gradualmente confundiendo en uno solo, á medida que la distancia entre aquellas mulas de hierro disminuye bajo los piés de los caballos y se hace por momentos más y más estrecha.

Ya es apenas una faja tortuosa entre las dos nubes de polvo... ya, en fin, desaparece! Y á la manera que el proceloso mar, rompiendo de súbito, cae con estruendo sobre los alcantiles de bravía playa, así chocan y estallan las cruzadas lanzas, hiriendo á un tiempo en los yelmos, en los arneses, en los capacetes. Un gemido prolongado y triste, asonancia horrenda de murmullos de gemidos, se eleva sobre el hueco son que producen las armaduras al caer en tierra. Barajadas las extensas hileras, salen de ellas espantados los coraceros sin dueño, erizada la crin, humeante el aliento relinchando de cólera y de terror.

En aquel Océano agitado no se distingue sino el débil resplandor de las espadas, el rápido relampaguear de los frankisks y el breve centellear de los yelmos de bronce; y sólo se oye el chocar del hierro contra el hierro y un concierto infernal de injurias, imprecaciones y blasfemias en romano y en árabe, sólo inteligibles para aquellos á quienes son dirigidas, no por la articulación de sus sonidos, sino por los gestos de desesperación y de odio de los que las profieren.

De vez en cuando, voces estentóreas retumban por encima de tanto estrépito: son los capitanes que tratan de ordenar las huestes; mas, en vano! las hileras están ya así desechas: el combate se ha convertido en un

inmenso duelo, ó más bien en millares de duelos. Cada jinete árabe se ha trabado con otro jinete godo, y ámbos se olvidan de cuanto les rodea : son enemigos, cuyo ódio nació y encaneció en un instante, y en ese solo instante su rencor es tan intenso, cual si por largos años se hallára acumulado sin poder exhalar-se.

Los guerreros cristianos vibran, firmes, la pesada hacha de armas que tomáran de los Frankos, ó juegan la corta y ancha espada de los antiguos Romanos ; porque las lanzas... todas volaron en astillas, al primer encuentro, de las nervudas manos de Godos y de Árabes. Estos, encorvados sobre el cuello de sus corceles y cubiertos con sus leves escudos, giran con vertiginosa rapidez en derredor de sus adversarios, acometiéndoles casi á la vez por todos lados.

En esta lucha de fuerza y de destreza, ora es el duro nieto de los Visigodos quien, deslumbrado por lo incesante de los golpes, desvanecido por sus muchas heridas y sofocado por el peso de la armadura, vacila y cae como pino gigante ; ora es el veloz agareno, que, apénas ve relampaguear el frankisk sobre su cabeza, cuando le siente—si es que aún siente—embargarle su último grito en la garganta, hasta donde penetró hendiéndole el cráneo y surcándole el rostro.

Como tigres y leones luchando á muerte en el circo, así combaten, mezclados ya, los centros de ambos ejércitos, y se acosan y se estrechan hiriéndose frenéticos ; y caen y ruedan abrazados con estruendo, levantándose más furiosos aún para volver á herir, caer y levantarse de nuevo, jadeantes, cubiertos de polvo, de sudor y

de sangre; rugiendo, mutilándose, despedazándose y retorciéndose en espantosa confusión. De semejante lucha sólo es posible prever, que, para que la victoria brille sobre uno de los dos campos, es preciso que ántes descienda sobre el otro la quietud y el silencio de la muerte.

Los soldados que seguían la bandera de Theodemiro, apenas vieran moverse los escuadrones de Ruderico, arremetieron contra el ala derecha de los mahometanos, capitaneada por el Emir de la caballería africana, Mugueiz, apellidado *Al-Rumí* por su origen cristiano.

Era este Emir el más valiente y experimentado de los capitanes de Tarik: por éso éste le había confiado el mando de aquella ala, en la cuál ondeaba también el pendon de Juliano, que, si no había abandonado como Al-Rumí la creencia del Calvario, había, por lo ménos, maldecido de la santa religion de la pátria.

Estos dos guerreros, feroces ámbos, uno por indole y hábito, otro por venganza y ambicion, se amaban mutuamente, porque les había hecho hermanos una palabra escrita en sus conciencias, la mayor afrenta humana, el nombre de renegados.

El encuentro de esa ala fué semejante al del grueso de las dos huestes, salvo únicamente que en ella el frankisk encontraba en el aire al frankisk, la injuria del Godo respondía á la de otro Godo, y las imprecaciones de ódio se trocaban con mayor violencia todavía.

Theodemiro peleaba al frente de sus tiufadías, donde más encendida iba siendo la batalla, sin olvidar, no

obstante, sus deberes de capitán. Su ejemplo hacía invencibles á sus soldados.

Guiando la caballería tingitana, Juliano había roto también el primero delante de los Árabes. Los dos antiguos compañeros de combates chocaron tan de lleno, que las lanzas volaron de sus manos en astillas, y; rebasando uno de otro como relámpagos, volvieron riendas y desenvainaron las espadas.

—« ¡ Circuncidado ! » —gritó Theodemiro, al pasar junto á Juliano en rápida carrera.

—« ¡ Ola, esclavo ! » —replicó el Conde de Septum, rechinando los dientes.

La injuria lanzada por el Duque de Córdoba había penetrado muy hondo.

Semejante á Judas, el Conde de Tingitania había entregado la patria por codicia, y, defendiendo el estandarte de Medina, hacía triunfar el Koran : ¡ dos veces su alma era la de un circunciso !

De nuevo los dos jinetes godos se acometieron con toda la furia de rencor entrañable : sus espadas, encontrándose en el aire, brotaron chispas como el hierro abrasado sobre el yunque ; mas la de Theodemiro, vibrada por brazo más robusto, penetró profundamente en el escudo que su adversario alzara sobre su cabeza. Juliano entonces, revolviendo rápido la espada, rompió la coraza del Duque y le hirió en el costado levemente.

—« Vencedor de los Vasconios ! » —gritó riendo diabólicamente el Conde ; —mira por tí. ¡ En las márgenes del Krysus no hay tazas de vino, como aquellas

con que te embriagabas en los palacios de tu Señor: aquí lo que corre es sangre!»

Theodemiro, desenclavada ya su espada del escudo del Conde, en que quedara embotada, blandiéndola de nuevo con todo el ímpetu de la rabia que le ahogaba, y, cortando el ya sentido escudo, descargó tan fiero golpe sobre el yelmo brillante de Juliano, que éste perdió la luz de los ojos y cayó hácia delante, abrazándose al cuello del caballo casi sin sentido. Si el Duque secundara el golpe, Juliano estaba perdido: el camino de la muerte estaba indicado en su yelmo.

—«¿Por qué miras al suelo, traidor?—dijo el Duque con voz trémula de cólera y de escarnio, y, secundando el golpe:—¡es la tierra de la patria, que vendiste á los infieles como tú!»

La espada, sin embargo, no pudo llegar á la cimera del capacete del Conde: otra espada, asegurada por robusta mano, se atravesó por medio; era la de Mugeiz, el cual viera, al pasar, el peligro inminente de su amigo y corriera á salvarlo.

Entónces Theodemiro volvióse contra el renegado, y rudo combate se trabó entre ámbos. Mugeiz no ménos diestro y más membrudo y robusto que el príncipe de la Bética, tenia además sobre éste la ventaja de no hallarse herido todavía; mas el valor del Duque suplía esta inferioridad.

Entre tanto Juliano—cuyo noble corcel, al sentirle sobre su cuello, huyera espantado hasta donde la sangrienta pelea lo permitía—habia recobrado el aliento. La vergüenza, el despecho y la sed de venganza tortu-

rabán su corazón. Clavó, pues, de nuevo los acicates al caballo y con la espada en la mano se lanzó hácia donde Theodemiro peleaba con Mugeiz. Era una acción cobarde; mas ¿qué importaba á Juliano la deshonra? Marcado con el indeleble estigma de traidor, habíase acostumbrado á vivir para un sentimiento único—la venganza—y la venganza le impulsaba.

En aquel momento, por una de las puentes echadas la noche anterior sobre el Krysus, sonaba el correr de un caballo á rienda suelta. Algunos soldados de los más próximos á la orilla del rio volvieron hácia allí los ojos: un jinete de extraño aspecto era el que así corría. Venía todo cubierto de negro: negros el yelmo, la coraza y el sayo; hasta el caballo mismo era morcillo; lanza no la traía; colgábele del arzon derecho gruesa maza erizada de púas, especie de clava llamada *borda*, y del izquierdo, el arma predilecta de los Godos.—la *bipenne* de los Frankos, el destructor *frankisk*.

Subió rápido la cuesta desde donde Ruderico observaba los sucesos de la batalla, paró un momento mirando á uno y otro lado, y se dirigió á la carrera hácia donde flotaban los pendones de las tiufadías de la Bética.

Como á veces la roca inclinada sobre el mar estalla y rueda por los despeñaderos y se hunde abriendo en las aguas ancho abismo, así el desconocido jinete, rompiendo por entre los Godos, precipitase por donde más cerrado, en derredor de Theodemiro y Mugeiz hervía el pelear.

Juliano habíase aproximado entre tanto al esforzado

Duque, que, herido y obligado á combatir con el diestro y feroz renegado, con trabajo podria defenderse de los golpes del Conde— golpes que el ódio y la cólera dirigian.

Algunos jinetes de la Bética habian volado en socorro de Theodemiro; mas los Árabes con quien se batian habianlos seguido y áun aventajado en la carrera, y rodeaban ya á Mugeiz haciendo imposible el socorro. El apretado revolver de las armas formaba una espesa selva de aceros en derredor, de los dos combatientes, á través de la cual en vano intentaba el Conde abrirse paso para herir á Theodemiro, hasta que, al fin, saltando por cima de un Árabe derribado, pudo vibrarle un golpe. Crugió el yelmo y el noble Godo vaciló: la última página de su vida parecia escrita ya en el libro de los destinos. Los dos adversarios del Duque iban á ennegrecer las que todavía les restaban en blanco.

Pero el desconocido jinete habia atravesado la hueste goda y llegado á la delantera de los Árabes. Con la maza, jugada con ambas manos, abollaba y rompía las armaduras mejor templadas, y sus púas rasgaban las carnes y despedazaban los huesos de los que se le ponian delante.

Por donde él atravesaba ni las hileras se unian, ni los Godos encontraban adversarios. Como arado que, surcando violento el suelo duro y llano, deja trás sí revueltos y amontonados terrones enormes, así aquella arma terrible dejaba, al pasar, ancho rastro de cadáveres, entretejido de moribundos retorciéndose en tierra. Los Godos preguntábanse espantados los unos á los

otros quién era el terrible guerrero; mas entre ellos nadie habia que pudiese decirlo. A combatir por los musulmanes, creeríasele el Demonio de la desolacion; pero peleando por la Cruz, debia ser el Arcángel de las batallas, enviado por Dios para salvar á Theodemiro y con él los escuadrones de la Bética.

En el instante en que el negro jinete llegaba, adonde el Duque de Córdoba ya sólo procuraba ampararse contra Mugueiz y Juliano, éste, ciego de furor, le dirigia un segundo golpe; pero su espada saltó en pedazos de sus manos al chocar en la maza del jinete negro, quien, dejando caer la pesada borda á lo largo de la *esfipia* (1), alzó el *frankisk* y le descargó sobre el hombro del otro renegado, abriéndole profunda herida. Al grito de dolor escapado á Mugueiz, su amaestrado corcel huyó conduciéndole al medio de los Árabes, y Juliano, viéndose desarmado, partió trás él. Entónces el desconocido dijo á Theodemiro algunas palabras en voz baja, y, sin esperar respuesta, se internó otra vez en medio de los escuadrones agarenos.

Desde este momento el ala derecha musulmana comenzó á aflojar, porque Mugueiz se habia retirado malherido al campamento. Algunos cheiks ilustres yacían moribundos ó muertos á manos del jinete negro, que parecia escoger sus víctimas entre los más nobles guerreros del Islam. Animados por él, los Godos cobraron nuevos bríos, é imitándolo se arrojaron sin temor á través de la hueste enemiga, que en vano pro-

(1) Véase la nota XXI del autor.

curó resistir aquel torrente. Las señales de la victoria de los Godos eran ya dolorosamente ciertas para los musulmanes. Ruderico lo vió y su corazón se inundó de alegría.

Inclinábase ya el sol hácia el ocaso y el centro del ejército árabe, donde se hallaba Tarík, estaba aún firme; mas los clamores de triunfo que ya se alzaban en la izquierda de los cristianos, comenzaban á esparcir la vacilacion entre los soldados del Profeta. Entónces fué cuando el rey de los Godos ordenó á su ala derecha que cayendo sobre los bereberes y desbaratándolos, acometiera á los escuadrones de Tarík, que parecían haber echado raíces en el suelo ensangrentado del campo de batalla.

Un quingentario partió á rienda suelta para llevar á los hijos de Witiza esta orden fatal. Al frente de sus soldados, los dos hermanos hablaban con Oppas y contemplaban el combate; mas apenas oyeron lo que se les ordenaba, Sisebuto y Ebbas, volviéndose á los escuadrones de su mando, exclamaron — «¡Venganza!» y el mismo grito repitieron Oppas y los nobles que le seguían. Entónces, en medio de aquella espesa selva de lanzas, resonó otro grito que respondía al de los capitanes: — «¡España por el rey Sisebuto! ¡Muera el traidor Ruderico!» — Y los hijos de Witiza y el hipócrita Obispo de Hispalis, con las lanzas en alto y las espadas en la vaina, se lanzaron por el valle abajo seguidos de la mayor parte de sus escuadrones. Apenas Pelagio, Duque de Cantábría, quedó inmóvil al frente de los salvajes Vasconios y de algunas tiufadías de la

Gallecia y la Narbonense, que, ajenas á la traicion de aquellos malaventurados, rehusaron seguirlos.

Ruderico vió arrollarse en los aires los torbellinos de polvo que se alzaban bajo los piés de los caballos, y exclamó:—«¡Valientes mancebos, hoy España va á ser salvada por vosotros! Ved—añadia sonriendo y dirigiéndose á los guerreros que le rodeaban, muchos de los cuales habian condenado su arriesgada confianza en la lealtad de los hijos de Witiza—ved, cómo vuelan contra los africanos! ¡Cuando un gran riesgo amenaza á la pátria, no hay ódios entre los Godos: todos ellos son hermanos, porque todos son hijos de la noble España!»

Y el quingentario, que volvía, gritó de léjos:—«¡somos vendidos!...»

Y Ruderico palideció: la certeza de la victoria se habia desvanecido.

XI.

DIES IRÆ.

Cuántas desventuras han conmovido la patria de los Godos: cuán repetidos golpes ha sufrido por los fugitivos y por la nefanda soberbia de los tráfugas, casi nadie lo ignora.

Código wisigodo, II. 1-7.

esercion de tan grande número de Godos para
o enemigo, y el crepúsculo que ya principiaba,
n á Ruderico á hacer cesar el combate, mien-
noche pasaba tranquila sobre aquella campiña
de aflicciones y dolores.

rorora rompió dulce y serena, como en los días
venia á traer las alegres alboradas á las majas
os pastores, cuyas chozas de paja amarilleaban
tiempo por las verdes márgenes del Krysus,
hora blanqueaban las tiendas de guerra á los
os resplandores matutinos. El hombre retor-
í con las vascas de la muerte y el sol se alzaba
o en su gloria, indiferente á las angustias de
s que, en su ridículo orgullo, se apellidaban
as y conquistadores del mundo: alzabase, sin
e de que los gusanos vestidos de hierro, llama-
reros, se despedazáran unos á otros con el in-
delirio de las víboras en el momento de sus
os ardores.

En medio de las tinieblas de la noche anterior un sordo, pero incesante ruido de pisadas de hombres y de trotar de caballos habia sonado durante horas enteras en uno y en otro campo. Era que en ámbos habia surgido la misma idea: el rey godo habia resuelto formar un solo cuerpo con los restos de su hueste y con él acometer el centro de los enemigos, para destruirle rápidamente, ántes que las alas pudieran socorrerlo. El pensamiento de Tarík habia sido tambien el mismo.

Semejante á la tormenta de estío que, amontonada durante la noche en polos opuestos, á la alborada siembra de relámpagos las soledades del cielo y puebla de discordes estampidos los senos de la tierra, así cada uno de los dos campos se aglomeraba en piña gigante; convertíase en un sólo hombre, para en duelo de muerte resolver con su contrario, si los hijos de las Españas debian aceptar la ley del Koran ó continuar abrigándose á la sombra de la divina Cruz.

Tarík habia colocado los transfugas del enemigo al frente de la hueste musulmana. Sisebuto, Ebbas, Oppas y el Conde de Septum con sus numerosos guerreros constituian la vanguardia; seguia la caballería árabe, y los bereberes ceñian esta masa de hombres y caballos, en parte cubiertos de hierro. Los indisciplinados jinetes de la Mauritania, dispersos como almogávares, debian vagar sueltos para hacer entradas en las alas enemigas, é impedir así que éstas pudieran socorrer á tiempo al centro del ejército, que el general árabe esperaba desbaratar en el primer encuentro.

Ruderico, por su parte, habia puesto á vanguardia las tiufadias victoriosas de Theodemiro, después los jinetes de la Cantábría guiados por el jóven Pelagio,— sucesor de su padre en el gobierno de aquella provincia,— y finalmente los guerreros escogidos de la Lusitania y la Gallecia, que él mismo capitaneaba. Como Tarik, el rey godo habia colocado, á uno y otro lado de la apiñada hueste, los flecheros y honderos salvajes del Herminio y los montañeses Vasconios, antigua raza de celtas, hermanos en linaje, en valor, en crueldad, en armas y costumbres. Formaban la retaguardia los de la provincia Cartaginense, que no habian seguido el ejemplo de los tráfugas por hallarse desparramados por otros lugares, ó tal vez porque, no corrompidos, guardaban todavia en su corazon vestigios del amor á la pátria.

Al amanecer, (1) cada uno de los capitanes enemigos vió con asombro que la misma traza de guerra, de que pretendia valerse para obtener la victoria, habia ocurrido tambien á su adversario: mas ya era tarde para alterar el órden de batalla. A un mismo tiempo las trompetas godas y los añafles árabes dieron la

(1) El 30 ó 31 de Julio de 711, segun los cálculos más probables. Hay quien dice que fué el 9 de Junio, otros el 26 de Julio, otros el 3 de Octubre, y otros el 11 de Noviembre del mismo año. Lo que parece fuera de duda es que, en las cercanías del rio, hubo durante ocho dias consecutivos varios encuentros y combates, en que alcanzaron victorias parciales ambos ejércitos, hasta que al fin la derrota de los Wisigodos fué general y decisiva, por la causa á que Herculano la atribuye. (*N. del T.*)

señal del combate, y los gritos de— ¡Cristo y á ellos! y ¡Alahuakbar!—se confundieron en pavoroso estruendo.

El suelo pareció hundirse al encuentro de aquellas enormes moles de hombres armados, y el eco de los botes de las lanzas en los convexos escudos y en las sonoras armaduras de los jinetes, repercutió por las laderas vecinas y se desvaneció á lo léjos, murmurando entre las breñas.

Desde la primera embestida ya no fué posible distinguir los ejércitos, trabados como gladiadores furiosos. Eran un solo bulto, indelineable, monstruoso, inmenso, cuya superficie ondulaba, como la de cañaveral agitado por el viento, y cuyos vagos contornos se movían, tórcian, ensanchaban, disminuían, oscilaban, como alfombra de lirios sobre pradera encharcada, revuelta por el despeñar de los torrentes.

Nubes de saetas silbaban en los aires; los alfanjes sarracenos cruzábanse con las espadas godas; la *cateia* teutónica iba zambando á abrir hondos surcos en las hileras árabes, y los huesudos miembros de los peones lusitanos y cántabros estallaban bajo los duros golpes del *mangualde* morisco (1).

Muchos corceles vagaban sin dueño; muchos jinetes combatían á pié. Desgraciado del que, herido, caía en tierra, porque para él no había misericordia; el puñal terminaba lo que el frankisk ó la cimitarra había comenzado! Podía decirse que los regueros de

(1) Véase la nota XXII del autor.

sangre, que serpeaban por entre las dos revueltas huestes salpicando las frentes y los cuerpos, eran las venas descarnadas y rotas de aquel bulto gigante que se retorcia en su última agonía.

El jinete negro habia desaparecido del campo al cesar la batalla del dia anterior, sin que nadie supiera decir cómo ni dónde se escondiera. Sólo Theodemiro parecía no ignorarlo; porque, al hablar del desconocido y sus casi increíbles hazañas los tiufados y quincentarios, que á su alrededor esperaban el romper de la mañana y el recomenzar de la pelea, el Duque de Córdoba trataba siempre de mudar de conversacion ó respondia, nublándosele el semblante de tristeza:— «Es, tal vez, algun desgraciado que procura el reposo de la muerte, y para el que ha resuelto morir ¿qué hazaña será imposible? ¡Si él no quiere dejar en la tierra ni aun el eco vano de un nombre glorioso, respetadle sus deseos, porque profundo debe ser el abismo de su desventura!»

Pero al sonido de las trompetas que anunciaban el renovar del combate, el jinete negro no tardó en aparecer donde más ardía la refriega. Las agudas y afiladas púas de su terrible borda ó maza de armas, cebábanse principalmente en las hileras de los Árabes; pero, si alguno de los Godos tráfugas osaba esperar sus golpes ó intentaba herirle, oíasele un rugido como de maldicion, preso en la garganta por inmensa cólera, y su miserable contrario no tardaba en teñir de sangre el suelo de la pátria que habia vendido, entregando á Satanás su alma tiznada por la infamia de la perfidia.

Los supersticiosos Árabes creían ver en él á Iblis, el rey infernal de la Gehenna, armado de la tajante espada, soltado por Dios para castigarlos por sus ofensas contra el divino Koran. Ante él retrocedían los más esforzados musulmanes, y sólo de léjos los arqueros le disparaban sus flechas, que se clavaban en el escudo ó, resbalando por él, chocaban en la armadura, por bajo de la cuál manaba ya la sangre de algunas heridas.

Como en la vispera, ya el sol se inclinaba de las alturas del cielo hácia el ocaso, y todavía la batalla estaba indecisa, aunque el terror que inspiraba el jinete negro allí donde peleaba, hacía inclinar un poco la balanza del lado de los Godos.

De repente, un grito horrendo sale de entre lo más espeso del combate: aquel grito gigante, indecible, de íntima agonía, es el doloroso anuncio de un suceso tremendo. El jinete negro que, ébrio de sangre y como roca despeñada del monte, iba derramando la muerte á través de los escuadrones del Islam, vuelve los ojos hácia donde ha sonado el bramido retumbante de la multitud. Es en el centro del ejército Godo. Las tiufaldas se arquean hácia el Krysus, como azud minado por el torrente que, á punto de desprenderse de las márgenes, oscila y se encorva boyando sobre la corriente inferior de las aguas. La muralla de hierro que entre el Islam y la Europa parecía decir á la religion del profeta de Yatrib — «no pasarás de aquí» — vacila y cae, como torreón de fortaleza batida largo tiempo por tenaz enemigo.

Por fin, aquellas masas de hombres, ligadas por la

cadena fortísima de la disciplina, del pundonor y del valor militar, ceden rotas ante los torbellinos de Árabes, y ondulan y se derraman por la campiña. Por el boquete enorme abierto en el centro de la hueste goda, precipítanse oleadas de jinetes mahometanos y en pos de ellos la turba de bereberes con alaridos salvajes.

En balde intentan las alas juntarse, trabarse una con otra, soldar los miembros despedazados del leon ibérico: pasa por allí la impetuosa corriente de los nietos de Agar, que envuelve y arrastra consigo á los que pretenden vadearla. Dios ha contado los días del Imperio de Leowighild, y el sol del último es el que desciende ya por Occidente!

El caballero negro, al ver la fuga de los escuadrones godos, advertido por el clamor que la precediera, volvió las riendas de su morcillo y se lanzó hácia aquel punto. Llevaba echado á la espalda el escudo, en el cuál rebotaban espesas las flechas africanas, como el granizo en los desnudos troncos de los robles. Colgábase del arzon izquierdo la borda ensangrentada; del derecho el frankisk. El caballo resoplaba en su veloz carrera, azotando el aire con las crines ondeantes y desapareciendo por la especie de abismo abierto en las hileras cristianas, el cuál como que tragaba unos en pos de otros los escuadrones mahometanos.

Al llegar á la confluencia de aquellos encontrados torrentes de hombres armados, el guerrero se paró, y, mirando al rededor por un momento, lanzó un grito atronador. Era la vez primera que sonaba su voz en

HAY QUE RECORDAR QUE EL MUNDO DE LA FAMILIA Y DEL TRABAJO ES UN MUNDO DE LA COMUNITAT. EL COMUNITARIAM EN LA FAMILIA Y EN EL TRABAJO SON LAS DOS CARAS DE LA MISMA MONEDA. SI LA FAMILIA NO ES COMUNITARIA, EL TRABAJO NO SERA COMUNITARIO. SI EL TRABAJO NO ES COMUNITARIO, LA FAMILIA NO SERA COMUNITARIA. POR LO TANTO, PARA QUE LA FAMILIA Y EL TRABAJO SEAN COMUNITARIOS, DEBEN SER COMUNITARIOS EN SU CARACTER DE FAMILIA Y EN SU CARACTER DE TRABAJO.

PERO, PARA QUE LA FAMILIA Y EL TRABAJO SEAN COMUNITARIOS, DEBEN SER COMUNITARIOS EN SU CARACTER DE FAMILIA Y EN SU CARACTER DE TRABAJO. PARA QUE LA FAMILIA Y EL TRABAJO SEAN COMUNITARIOS, DEBEN SER COMUNITARIOS EN SU CARACTER DE FAMILIA Y EN SU CARACTER DE TRABAJO. PARA QUE LA FAMILIA Y EL TRABAJO SEAN COMUNITARIOS, DEBEN SER COMUNITARIOS EN SU CARACTER DE FAMILIA Y EN SU CARACTER DE TRABAJO. PARA QUE LA FAMILIA Y EL TRABAJO SEAN COMUNITARIOS, DEBEN SER COMUNITARIOS EN SU CARACTER DE FAMILIA Y EN SU CARACTER DE TRABAJO.

Y PARA QUE LA FAMILIA Y EL TRABAJO SEAN COMUNITARIOS, DEBEN SER COMUNITARIOS EN SU CARACTER DE FAMILIA Y EN SU CARACTER DE TRABAJO. PARA QUE LA FAMILIA Y EL TRABAJO SEAN COMUNITARIOS, DEBEN SER COMUNITARIOS EN SU CARACTER DE FAMILIA Y EN SU CARACTER DE TRABAJO.

a vispera y en aquel mismo día lo había esparcido, por
 quiera que brillaron las púas de su ensangrentada
 orda ó el hierro de su cortante frankisk.

Cuando á fuerza de golpes se abrió ancho paso por
 ntre los apretados enemigos, se lanzó hácia donde los
 todos, ya desordenados, retrocedían ante las espadas
 el Islam. En el espacio intermedio entre los fugitivos
 los Árabes, ondeaba, sin cejar, el pendon del Duque
 e Córdoba, alrededor del cuál tremolaban las insig-
 ias de las tiufadías de la Bética, que, aunque cerca-
 as por todos lados, resistían todavía al embate de los
 arracenos.

Entre los que vilmente así abandonaban el campo de
 batalla no se erguía ni una sola bandera; mas por lo
 espléndido de las armas, conoció el guerrero á los que
 o se atrevían á rescatar con su vida la deshonra de
 España: eran los soldados escogidos de Ruderico:—
 la brillante caballería que él mismo capitaneaba!

La indignación reboseó en el alma del guerrero, y
 —« ¡rey de los Godos, rey de los Godos! —exclamó—
 eres un cobarde! ¡Vé, enhorabuena, á esconder tu
 nominia en los muros de Toletum; que todavía en
 ste campo de batalla quedan hombres valientes: toda-
 a combate Theodemiro, no por tu trono deshonrado,
 no por la tierra de nuestros padres! Huye tú con los
 ne no saben morir por la pátria; que en las márgenes
 al Krysus quedan los que han de perecer con ella!
 Maldito el Godo y cristiano que huye para ser siervo!»

Y el caballero apretó de nuevo los acicates al pode-
 so corcel.

De allí á poco, sin embargo, el furor se le convertía en tristeza, y las lágrimas, asomándole á los ojos, apagaban la maldición que habían murmurado sus lábios.

El valiente morcillo saltaba en su carrera por cima de los cadáveres y de los moribundos de cristianos y de infieles, y la tierra, encharcada de sangre, apenas sonaba bajo los cascos del ligero animal. Al atravesar por medio de los escuadrones sarracenos, asemejábase el desconocido al ángel del Señor, cuando, solitario y sin miedo, desciende por entre los mundos infernales al imperio de los hijos de las tinieblas que le odian. La fama de sus hazañas habíale cercado de una aureola de terror supersticioso, y cuando pasaba, los guerreros del desierto le señalaban y decían en voz baja los unos á los otros: « ¡allí viene, allí viene! ¡miradlo! ¡el jinete negro! »

Mas ¿por qué se ha detenido refrenando súbitamente el corcel? ¿Qué hay allí, en aquella mies segada de hombres de guerra que pueda atraer la mirada del más incansable de los segadores? En el sitio en que há parado se alzaba pocas horas antes la insignia real: era el centro de la hueste goda: mas, de los que allí peleaban, unos van allá á lo lejos á precipitarse en el abismo de la ignominia; otros, los más felices, duermen su último sueño en el regazo de la madre patria. El guerrero tiene fijos sus ojos en el suelo: es que la guadaña de la muerte, al pasar por allí, ha segado la postrimera esperanza del Imperio de Theoderik. El espectáculo que se ofrece á su vista, es la explicacion del

terror que se apoderára de tantos valientes. Huyen: Ruderico, sin embargo, está allí; ¡mas despedazado y sin vida! (1). Ya bajo su planta no puede hundirse el trono de la España á los golpes del alfanje sarraceno! Un cetro sin dueño en Toletum y un cadáver más junto á las márgenes del Krysus, ¡hé ahí lo que resta del último rey de los Godos! Con su muerte feneció á su alrededor la esperanza, y con la esperanza cayó en tierra el valor de los más robustos ánimos. — Las alas ignoraban este tristísimo suceso; y por éso peleaban todavía.

Pero poco tardó en ser general la derrota, porque poco tardó en esparcirse la nueva fatal. Un día bastó para aniquilar el Imperio, que durante cuatro siglos fuera el más poderoso y civilizado entre las naciones germánicas establecidas en las diversas provincias romanas. La corrupcion de los últimos tiempos habia concluido su obra, y el edificio de la monarquía gótica, rico aún de majestad exterior, mostró, al fin, descoyuntándose y desplomándose, el hervidero de gusa-

(1) La opinion más autorizada y probable es que Rodrigo pereció en la batalla, á pesar de que segun unos sólo se hallaron despues, á la orilla del rio, su carro de marfil, su caballo de batalla llamado Orelia, su corona, su sobrevesta y sus sandalias. Segun otros, encontrado su cadáver por los musulmanes, éstos le cortaron la cabeza que enviaron al Kalifa como glorioso trofeo. La fábula, conservada por los romances, de que dos siglos despues se descubrió en un templo de Viseo (Portugal) el epitafio de «aquí reposa Rodrigo, último rey de los Godos,» carece hasta de verosimilitud. (*Nota del trad.*)

nos que le minaba interiormente. ¡La Cruz, derribada con él, sólo debía enarbolarse triunfante después de ocho siglos de combates! (1).

Una parte del ejército godo había podido todavía salvarse atravesando el río; mas las puentes echadas en la víspera, estallando, al fin, bajo el peso de los fugitivos, habían marchado por la corriente abajo, y las aguas devoraron á muchos que el hierro había respetado. Theodemiro, que no había perdido el ánimo en medio de aquella desventura, había conseguido hacer pasar á la opuesta orilla las reliquias de los soldados de la Bética y los restos de muchas tribus de otras provincias. En la otra margen, los Arabes, dueños del campo, saludaban la victoria con el bélico son de sus instrumentos bárbaros y con alaridos de alegría, que iban á perderse á lo léjos murmurando por los valles y campos desiertos.

Sólo un hombre peleaba todavía á la orilla del río: era el jinete negro. Cercábale multitud de sarracenos, pero de léjos; porque los que osaban aproximársele caían moribundos á sus piés. A veces, como que intentaba romper por entre los enemigos; mas era intentar lo imposible. En su inquieto mirar por todos lados, parecía buscar alguna cosa en aquel vasto campo, donde sólo descubría los cadáveres de los vencidos y los feroces rostros de los vencedores. Por fin, al diri-

(1). Desde la batalla del Guadaleta—711—hasta la toma de Granada—1492—transcurrieron 781 años. (Nota del trad.)

gir la vista á la márgen opuesta, vió ondear sobre una eminencia el pendon de Theodemiro, y fugitiva expresion de contento iluminó su rostro. En seguida, despidiendo de sus manos la ensangrentada borda que atravesó silbando por medio de los Árabes apiñados en círculo, se arrojó al torrente. A la luz del sol que ya se hundía en el ocaso, vióse aún algunas veces relucir su yelmo, alejándose por la superficie de las aguas y desapareciendo por largos intervalos. Las sombras cada vez más densas, y la impetuosidad de la corriente que lo arrastraba, no permitían prever cuál sería su suerte. Eurico era la última y tenuísima esperanza que aún se divisaba en los horizontes del Imperio godo: como estrella cadente sumergiéndose en los mares, aquel brillante esfuerzo se habia desvanecido en la oscuridad que teñía las aguas del Krysus.

XII.

EL MONASTERIO.

Aunque á todos se les convirtieran en lenguas todos sus miembros, aún sería superior á las fuerzas humanas el narrar las ruinas de España y sus tan diversos y multiplicados males.

ISIDORO DE BEJA: *Chronicon*.

El monasterio de la Virgen Dolorosa se alzaba sobre una cuesta, allá en la cumbre de la extrema ramificación oriental que, de la dilatada cordillera de los Nervasios (1), se extiende hácia el lado de los Campos-góticos. A corta distancia del valle en que se veían las ruinas de Augustobriga, camino de Legio y en medio

(1) La cordillera de los *Nervasios* ó *Hervasios*, llamada así en la Edad-media, es la denominada hoy *Cantábrica*, prolongación de los Pirineos que separa las provincias de Oviedo y Leon, y en la cuál hay una extensa línea de puertos secos desde Cerredo y Letariegos, hasta Cabrales y Peñamellera.

— *Augustobriga*: ciudad situada á 27 millas (32 kilómetros) al E. de Numancia. Corresponde hoy al lugar de Pozalmuro ó al inmediato de Olvega, á una legua de Ágreda, provincia de Soria.

— *Legio* (Leon). Despues de terminada la guerra cantábrica ordenó Augusto la fundación de esta ciudad, para domicilio de los veteranos de la 7.^a legión, y de aquí su nombre *Legio Septima Gemina*. Pronto su importancia y desarrollo la hicieron

de una soledad profunda, aquella silenciosa morada de vírgenes inocentes hallábase convertida en plaza de guerra. Edificio suntuoso, construido en tiempo de Rekkared, sus gruesos muros de mármoles parecían en verdad lienzos de castillo roquero; porque en la arquitectura de los Godos, la elegancia romana estaba modificada por la excesiva solidez germana ó sajona, que los rudos Wisigodos del tiempo de Theoderik y de Ataulpho habían introducido en el Mediodía de Europa.

Los dispersos restos de las tiufadías galáticas habíanse encerrado en las poblaciones y lugares fortificados ó de algun modo defendibles, y los habitantes de las otras desertaban de sus moradas y acogíanse allí con ellos, temerosos de ver el mejor día reducir á lo léjos las lanzas de los agarenos, que parecían dirigirse á Tude (1), pues ya devastaban el Norte de la

escollar entre las de su region. En el siglo v los Suevos la hicieron su córte por algun tiempo. Rendida por hambre en 717 por los Arabes; fué reconquistada por Alfonso I *el Católico* en 742, desde cuya fecha fué la capital del reino de su nombre, hasta su union definitiva con el de Castilla en 1320 bajo Alfonso III *el Santo*. (Nota del trad.)

(1) *Tude* ó *Tyde* (Tuy): Atribúyese á los Griegos su fundacion, si bien algunos la creen más antigua, celta tal vez; como parece indicarlo su nombre. Florece en tiempo de Witiza, fué conquistada por Muza, y reconquistada por Alfonso I *el Católico*. Su estratégica al par que pintoresca situacion (sobre la márgen derecha del Miño frente á Valença, plaza fuerte portuguesa) la hizo siempre objeto de codicia para Portugal, á cuya corona pasó muchas veces. La última en que se recobró fué en 1398. (Nota del trad.)

Lusitania. Los muros fortísimos de aquel vasto edificio, sus puertas tejidas de roble y hierro, sus estrechas ventanas por donde penetraba dudosa la luz al interior; sus techos almenados y, finalmente, los fosos profundos que le circundaban, todo le hacía á propósito para una larga resistencia.

Con algunas decanías de veteranos, que en medio del terror había podido reunir, el quingentario Atanagildo habíase acogido allí, y con él un gran número de los más ricos habitantes de aquellos contornos. Protegido por la vecindad de las sierras de Asturias, libres todavía, creía Atanagildo que el fortificado monasterio sería siempre barrera inexpugnable contra la violencia y codicia de los Árabes. Ocupados éstos en someter y saquear las opulentas ciudades del Mediodía; contentos con las feracisimas vegas de la Bética, de la Lusitania y de la Cartaginense y con el sol casi africano que las calentaba, ¿qué podrían venir ellos á buscar en las intransitables y frias breñas de la Gallecia y la Cantábría? Tal vez algun grupo de los inquietos bereberes se derramaria por aquellos sitios; pero contra éstos bastaban los tiros de la catapulta disparados desde las torres del monasterio, y las cateias y flechas despedidas de entre las almenas, que como corona de un rey gigante ceñian su frente, y que no podían ser derribadas por los groseros *mangualdes*, únicas armas de los rudos y semi-desnudos montañeses del Atlas.

En el centro del inmenso edificio erguíase el templo monástico, pieza cuadrangular construida de gruesos

ntos de mármol, arrancados de las inagotables can-
ras que se extienden desde los Nervasios hasta las
rcanías de Legio.

En el exterior del templo, desde el ancho patio que
rodeaba, veíanse negrear en su cinturón de estre-
as celdas las severas vestiduras de las monjas, cuya
acion continúa, ya en comunidad en el santuario, ya
la soledad de sus pequeñas moradas, sólo era inter-
mpida por corto sueño, dormido sobre el duro jer-
1 de la penitencia. Esta parte del monasterio era la
e ellas únicamente ocupaban hacia algunos días. Sus
ustros pacíficos y melancólicos, donde nunca habían
retrado ni el tormentoso ruido de la vida ni las do-
osas realidades del mundo, — salvo en los fugaces y
rados sueños de algún corazón más ardiente, — reso-
aban ahora con el chocar de las armas, con el acarreo
las provisiones, con el lamentarse de los que aban-
naban sus lares, con el rudo y destemplado lenguaje
la soldadesca. En medio de aquella mole de piedra,
que los discordes sonidos resonaban perdiéndose
ténues ecos por las arcadas y corredores profun-
s, el templo, asilo de la quietud monástica, era
no un oasis frondoso y abrigado por sus palmares
medio del desierto, que el soplo infernal del Simoum
ruelve arremolinando en los aires aquel océano de
viente arena.

Era al anochecer de un día de Noviembre. Por
tre la espesa niebla que, alzándose del vecino valle,
spaba por la cuesta dejando apenas libres las negras
ntas de los cerros, allá en la cima de la montaña

se divisaban vagamente las almenas y murallas, á la amarillenta luz del crepúsculo reflejada en un cielo pardo y húmedo. La brisa tibia del Oeste gemía entre los desnudos troncos de los castaños y en las escuetas ramas de los pinos bravos. El monótono paso de los vigías, á lo largo de los adárves, formaba un concierto acorde con el aspecto melancólico del cielo y de la tierra.

A esa hora dudosa entre la claridad y las tinieblas, una numerosa cabalgata atravesaba el arroyo en lo hondo del valle y se encaminaba al monasterio de la Virgen Dolorosa. Diez jinetes, cuyas blancas barbas les caían sobre el pecho saliendo por bajo de las redes de hierro que les servían de gorjal, rodeaban á una dama, cuyo rostro ocultaba el largo velo que, pendiente del *retíolo* (1) le bajaba hasta su blanco *amiculo*, pero cuyos airosos movimientos y esbelto talle revelaban la frescura y las gracias de la edad juvenil. Seguíanla algunos pajes sin armas, cuyos rostros imberbes surcaban, sin embargo, las arrugas que el temor y el desaliento imprimían en todos los semblantes en esta época desastrada. Vadeado el río, la cabalgata se encaminó por una senda tortuosa que iba á dar á la entrada del monasterio, adonde, á lo que parecía, deseaban llegar ántes de cerrar la noche. Al aproximarse la comitiva, los vigías conocieron que eran Godos—tal vez algunos desgraciados que iban á buscar abrigo en aquellos muros fortificados—y las grue-

(1) Véase la nota X del autor.

uertas no tardaron en abrirse para recibirlos. En las los recién llegados, atravesando el átrio del portal, salieron al patio interior, el que parecía autorizado entre los viejos jinetes solicitó hablar con Atanagildo. Llevado el anciano á la torre el quingentario habitaba, no tardó éste en bajar al patio, en medio del cual, á caballo todavía y sin ar el velo, la dama desconocida esperaba rodeada de sus suyos. Con maneras respetuosas la dirigió Atanagildo algunas palabras en voz baja y, tomando la mano de la dama del palafren, lo guió hasta la puerta contigua al patio de la iglesia. A una señal suya se abrió la puerta y el bulto oscuro de una monja apareció en el patio. El quingentario cogió por la mano á la dama y presentándola á la monja, le dijo: — «Vele Chrimhilde, acoged entre las vírgenes que os esperan á una de las más nobles doncellas de España por una noche apénas os pide abrigo; mañana por la mañana del alba partirá para Legio.»

Mañana ó después, qué importa?—replicó la monja, cuyo austero semblante revelaba no tanto la vejez como los vestigios de la penitencia: — Mientras Chrimhilde dirija el monasterio de San Dolorosa, jamás la hospitalidad se negará á quien la implore; y cuando la virtud de noble dama la tenga un fiador tal como vos, ésta hallará en mí el cariño de una madre, y en las escoltas del Señor, que me elevaron de mi nada al difícil ministerio de su abadesa, encontrará el amor y el apoyo de hermanas para con hermana querida.»—

Así diciendo, la buena abadesa tomó por la mano á la desconocida, é internándose con ella por las arcadas que conducian al interior del edificio, medio alumbradas por las turbias lámparas que de espacio á espacio pendian de la achatada bóveda, desapareció de la vista de Atanagildo.

La noche va á su fin: la campana del monasterio dá la señal del tercer nocturno. Súbitamente el santuario se ilumina, y los vidrios multicolores de las ventanas vierten sobre la oscuridad exterior la luz de los candelabros y antorchas, como esparcen de dia la del sol en el ámbito interior de la iglesia: marea perpétua de resplandores que, ora bajan del cielo á la tierra, ora intentan, subiendo de la tierra á las alturas, deshacer el manto de las tinieblas.

En prolongada hilera, á cuyo frente viene la venerable Chrimhilde, entran las monjas en el coro, colocándose á uno y otro lado vueltas hácia el altar. Junto á la abadesa, una doncella de traje blanco sobresale por entre las enlutadas monjas, no tanto por la blancura de sus ropas, como por su hermosura; y éso que son hermosas muchas de aquellas vírgenes que la rodean, jóvenes aún la mayor parte. Es la noble dama recién llegada, á quien ni el cansancio de trabajos jornada, ni el hábito de las comodidades del mundo fueran obstáculo para dejar de acompañar en la oración á aquellas que el trato de unas cuantas horas ya le obliga á amar como hermanas.

Chrimhilde póstrase con la faz en el suelo: las monjas y la dama vestida de blanco siguen su ejemplo, y

aquellos lábios, que inocentes besan el pavimento del templo, murmuran durante algunos inservientes oraciones. Levántase después la sa, y poco á poco aquellos rostros pálidos, de le reposo y dulzura, van alzándose de la tierra, s los ojos al cielo, como si, ángeles de mármol llados en derredor de un túmulo, surgiesen . poco animados por vida repentina y, llenos de so sentimiento por las moradas celestes, envia- i primer suspiro á los piés del Señor.

Psalmista, entónces, entona uno de los sagrados s del Presbítero de Carteya, que há poco se in- eran en el ritual gótico, y las otras monjas res- n en coros alternos. El himno decia así:

us alas de tu providencia, oh Señor, despliéganse la tierra, y el justo desgraciado acógese bajo as:

orque allí moran los santos é inefables contentos; idan los dolores de la vida; vívese á la luz de la nza.

onfiado en Tí, el débil afronta las tiranías del ; el humilde sonríe ante las soberbias del po-)..

¿Quién reveló á los pequeños y oprimidos esa guarida? ¿Quién les enseñó á esperar? ¿Quién felices por la fé en medio de las agonías?

el Cristo, tu hijo más querido. Tu justicia con- a á perpétuo dolor al género humano, todavía en ia: Él nos conquistó para la felicidad en medio tormentos de la Cruz.

» Nosotros tomaremos, también, ésta sobre nuestros hombros; ella es la guía de la bienaventuranza.

» Su peso es suave: porque bajo ella, las espinas de la existencia que ensangrientan los miembros del peregrino sin reposo llamado hombre, conviértense en prado de blando césped y olorosas florecillas.

» ¡Qué reine para siempre la Cruz!

» Elevadla sobre los picos de las serranías, grabadla en los árboles de los bosques, izadla sobre las rocas marinas, estampadla en las murallas de las ciudades y en las paredes de los edificios, apretadla á vuestro corazón.

» Y después, que el género humano se postre y adore en ella la redención que nos trajo el Ungido de Dios.

» ¡La Cruz triunfará eternamente!

Al llegar aquí, las armoniosas voces cesaron, cual si de súbito cerrára los labios de las monjas el sello de la muerte. La puerta del templo, abierta con violento impulso, rechinó sobre sus goznes, y un viejo Ostiario vino á caer de bruces sobre las losas del pavimento, soltando el grito doloroso que tantos millares de bocas repetían diariamente en España: — *¡Los Árabes!*

Las confusas voces de los vigías, mezcladas con el chocar del hierro, respondieron como el ahullar de fieras, á las palabras del Ostiario: los pálidos rostros de las vírgenes palidecieron más aún.

La alborada comenzaba á reflejar en la tierra la claridad del sol, escondido todavía en el Oriente.

Los Godos, con las armas en la mano, coronaban las almenas. De lo alto de una de las torres, Atanagildo observaba la campiña, y un velo de tristeza oscurecía su frente.

En aquella noche, muchos nobles señores habían llegado al monasterio, venidos de la parte de Legio. Los Árabes habían aparecido súbitamente el día anterior en numeroso ejército junto á la ciudad, acometiéndola en seguida. Era lo único que sabían. Fugitivos desde la aparición de los enemigos, al anochecer habían distinguido hácia aquella parte un resplandor intenso y duradero. Si eran las hogueras de los Árabes ó si era el incendio de Legio, no lo podían afirmar: sólo sí que ciudad tan mal defendida, poca resistencia podía oponer á tanto número de infieles, los cuales no tardarían en derramarse hácia el lado del monasterio, prosiguiendo en sus devastadoras conquistas por la Gallecia y por la Tarraconense.

Esta triste profecía de los fugitivos era la que se había verificado al romper de la mañana. Atanagildo había visto á lo léjos, desde lo alto de la torre principal, un bulto negro que descendía de los oteros, donde ya alumbraba todo la luz matutina.

Aquel bulto asemejábase á serpiente monstruosa que, arrastrándose del monte á la llanura en anillos tortuosos, reflejára en sus duras escamas los rayos del sol; porque en aquel cuerpo gigante había un continuo centelleo. Atanagildo había comprendido lo que era, y por éso la tristeza oscurecía su frente.

Apénas se dijo que los Árabes se aproximaban, el

terror se esparció como chispa eléctrica por todo el monasterio. Más de un corazón de guerrero latía apresurado, como el del pobre Ostiario que buscara en la piedad de Dios el amparo que mal podía esperar de las murallas del fuerte edificio: del pobre Ostiario que, sin saberlo, fué á desmentir el himno triunfal de la Cruz, diariamente derribada de los altares en los templos profanados de la España.

Al poco tiempo, el ejército del Islam habia llegado á tan corta distancia, que fácilmente se distinguían los escuadrones de los hijos del desierto y los grupos de los bereberes.

Tambien los Árabes habian observado el relucir de armas á través de las almenas del monasterio. La hueste entera hizo alto en el valle, encaminándose únicamente algunos jinetes por la tortuosa senda que terminaba en el puente levadizo, contiguo al grande portal, levantado desde las alarmantes noticias traídas por los fugitivos.

Cuando el quingentario vió á los Árabes pararse en el fondo del valle, sintió su corazón generoso traspasado de dolor, al pensar que todo el valor y esfuerzo de los soldados que coronaban los adárves del monasterio, por mucho que fuese, no era bastante para salvar á los desgraciados que habian ido á buscar abrigo á la sombra de aquellos muros. Vió el desaliento pintado en los semblantes de los más valerosos, y la última esperanza se le borró del alma. Esperó, no obstante, con rostro sereno la llegada de los jinetes que subían la cuesta.

Estos por fin se aproximaron. Por su aspecto y traje, veíase que eran Godos en su mayor parte.

Con las espadas envainadas, parecían venir en son de paz: por éso también ni una sola flecha se disparó de los muros contra ellos.

Poco ántes de llegar al profundo foso que circunvalaba el edificio, un jinete, al parecer el principal de aquel pequeño escuadrón, adelantándose á los demás, llegó hasta la entrada del puente y, mirando á las murallas, donde relucían inmóviles las lanzas de los cristianos, gritó:— «¡Atanagildo!»

Al oír aquella voz, el quingentario se puso pálido: con visible ansiedad volvióse hácia un centenario que estaba junto á él, y le dijo:

«Mandad bajar el puente y dad paso franco á ese jinete que profirió mi nombre; mas á él sólo, únicamente á él.»

El centenario obedeció. De allí á poco, las armas del guerrero sonaban por las escaleras de la torre. Apénas llegó al terrado, se dirigió á Atanagildo y, extendiéndole la diestra, exclamó:— «¡hermano mio!»

El quingentario, por cuyo pálido rostro cruzó un relámpago de cólera y rubor, retrocedió y, con voz ahogada, le dijo:

—«Atanagildo tuvo un hermano; mas ése murió para él: porque entre él y Suintila está la cruz quebrada á los piés de los paganos: está el cielo y el infierno. Mi herencia es la ignominia del vencimiento, las cadenas del esclavo y las promesas del Cristo: la tuya, las riquezas, la victoria y la maldición de Dios. No trueco

nuestros destinos, ni quiero la amistad del precito. ¡Arrepíentete, abandona á los infieles y entónces Atanagildo te estrechará contra su pecho y te dará aquel nombre tan suave de nuestra infancia, el santo nombre de hermano!»

—«¿Estás loco!...—replicó Suintila.—Pero no fué para disputar contigo para lo que vine aquí: vine para salvarte. Mira hácia el valle: á aquella hueste numerosa que allí ves, pocas horas podrán resistir estos muros mal guarnecidos. Abdulaziz (1), el hijo invencible del Emir de África, es quien la capitanea: Legio cayó ayer en nuestro poder y de ninguna parte puedes ser socorrido. El Obispo de Híspalis y el Conde de Septum, que vienen con nosotros, te ofrecen el mando de uno de sus escuadrones. Los Árabes piden á los Godos que los siguen fidelidad al estandarte del Kalifa, no á la creencia del Islam: puedes guardar tu fé. Hé aquí lo que Suintila alcanzó en tu favor. Estas viejas murallas y las doncellas encerradas en estos cláustros, de quienes Abdulaziz supo que eran en su mayor parte hermosas, y que él destina para enviarlas á Kairvan (2), son el vil precio de tu salvacion. Suintila te

(1) *Abdulaziz ó Abd-el-Aziz*: hijo de Muza, el Emir de África. Vino á España, poco después que su padre, al frente de un nuevo ejército, con el cuál conquistó gran parte de la Andalucía. Casó con la viuda del rey Rodrigo, Egilona, que habia caído cautiva en su poder. Se hizo proclamar rey de Sevilla, donde á poco fué asesinado por orden del Kalifa. (*Nota del trad.*)

(2) *Kairvan*: ciudad y plaza fuerte de la antigua Bizacena, provincia consular del Imperio de Occidente en tiempo de Cons-

aconseja que lo entregues, porque, á pesar de las injurias, aún no olvidó que es hermano de Atanagildo. Resuelve, pues, y responde: ¿qué debo decir á Juliano y á Oppas, á quienes supliqué para ser enviado aquí? »

— « Diles — respondió el quingentario, cuyos ojos centelleaban de indignacion — que yo respeto la vida de un mensajero, áun cuando éste sea un miserable renegado como tú ó como ellos: que en otro caso no sería Suintila quien les llevara la respuesta! ¡Diles, que sus infames ofertas son para mí tan abominables como ellos. Diles, que, ántes que un sacerdote sacrilego y un Conde traidor puedan estampar el estigma de la prostitucion en la frente de las inocentes vírgenes del Señor, tendrán que pasar por encima de las ruinas de estos muros y de los cadáveres de sus soldados y de los míos. Y tú, renegado, sal de aquí! ¡Ojalá que nunca más vea tu rostro, y pueda olvidar en la hora de morir que por esas venas circula la sangre de nuestros nobles y generosos abuelos! »

— « ¡Como te plazca, ... hermano mio! » — replicó Suintila, por cuyos lábios descoloridos por mal disfrazada cólera se deslizó una sonrisa: y sin añadir más palabras, bajó las escaleras de la torre.

tantino, perteneciente á la diócesis de Iliria, prefectura de Italia. Estaba bajo el dominio de los Kalifas de Damasco en el siglo VIII. Hoy es el centro de un gran comercio interior y pertenece al estado de Tunez, en la Berbería, de cuya capital dista 23 leguas SSE.

La cabalgata que subiera lentamente la cuesta, la bajó al galope, mientras Atanagildo, inspeccionando los muros, exhortaba á los guerreros de la Cruz á pelear esforzadamente. Cuando éstos supieron las intenciones de los Árabes respecto á las vírgenes del monasterio, la atrocidad del sacrilegio ahuyentó de su ánimo hasta la menor sombra de vacilacion, y sobre las espadas juraron todos combatir y morir como Godos. Entónces el quingentario, á quien parecia animar sobrenatural resolucion, corrió al templo: era necesario que las monjas supieran el porvenir que las aguardaba. Resignado á morir defendiéndolas, Atanagildo, no por éso esperaba salvarlas de las manos de los agarenos. Dolorosa era la nueva; mas cumplia no ocultarles su horrible destino.

Las mujeres y los ancianos que habian venido á buscar asilo en el monasterio llenaban ya el templo, por cuyas bóvedas murmuraban y repercutian los gemidos y las preces. Rompiendo por la multitud, el quingentario se dirigió al coro y llamó á Chrimhilde, que con las monjas acompañaba al pueblo en sus fervorosas oraciones. La abadesa se aproximó á las doradas rejas que la separaban del guerrero.

—«¡Chrimhilde—dijo Atanagildo en voz baja—es necesario valor! Dentro de pocas horas, sobre los muros del monasterio de la Virgen Dolorosa ondeará el pendon de los infieles y yo habré dejado de existir; porque juré sobre la cruz de esta espada quedar sepultado bajo sus ruinas. El ejército de los Árabes es irresistible, y la única esperanza que me resta es que el

Señor aceptará mi sangre, derramada en su nombre como testimonio de mi fé.»

—«Los infieles,—observó la abadesa, procurando dar á sus palabras un tono de firmeza que lo trémulo de la voz le desmentía—se contentarán, tal vez, con las riquezas aquí amontonadas imprudentemente y con la posesion de estos lugares. Si es esto lo que pretenden, salgamos y cedamos al culto impio de Mahomed el templo de Dios vivo, ya que para salvarlo sería inútil toda la sangre que se vertiese. Con las vírgenes esposas del Señor buscaré los yermos de las sierras del Norte, y, como las monjas primitivas, hallaremos allí la paz y el reposo, mientras el Padre celestial no nos llame á nuestra verdadera pátria.»

—«¡Pluguiera á Dios, venerable Chrimhilde,—replicó el quingentario—que nos fuera licito desamparar estos muros, dejando entregados á las profanaciones de los infieles la piedra y los cimientos solamente! Mas un atroz mensaje se me acaba de enviar por quien, como yo, debiera de él horrorizarse. Lo hé rechazado, porque se me ofrecian vida y honores á trueque de perpetua infamia. Ahora réstame únicamente morir como Godo y como soldado de la Cruz.»

—«¿Y cuál era ese mensaje?—preguntó la abadesa ansiosamente—¿En nombre de quién venía?»

—«Del Obispo de Híspalis y del Conde de Septum: de un sacerdote y de un noble. El precio de nuestra libertad era la prostitucion de vuestras hijas queridas, de las monjas consagradas á la Virgen Dolorosa, que esos malaventurados destinan para saciar las brutales

pasiones de aquellos á quienes vendieron la tierra de España. Mas, para obtenerlo, necesitan pasar sobre los miembros despedazados de los guerreros de la Cruz que pueblan estos muros: así lo juramos todos sobre ella, y hemos de cumplirlo.»

Las palabras de Atanagildo vibraron en el corazón de Chrimhilde, como el primer doble por el finado que aún yace en el lecho de la agonía, vibra en el alma del buen hijo, que reza, llorando, arrodillado á sus piés. Retrocedió aterrada y, alzando hácia el cielo sus enjutos ojos—porque la aflicción estancó en ellos las lágrimas que asomaban—quedó por algunos momentos con las manos erguidas, como implorando una inspiración de lo alto. Y poco á poco volvió á su rostro el color de la vida; la sonrisa de la esperanza asomó á sus labios, y las lágrimas, por fin—consuelo supremo de las grandes amarguras y también expresión elocuente de los contentos más íntimos—brotáronle con fuerza, rociando la negra estameña de su hábito.

—«¡El martirio! ¡el martirio! —murmuró la abadesa— ¡oh Cristo! ¡bendito sea tu nombre!»

—«El martirio, sí—interrumpió el quingentario—pero después del sacrilegio! pero después que las víctimas de la corrupción de los traidores sean arrastradas para lejos de España, y después que en los harénes orientales las mancille la brutal sensualidad de los conquistadores! ¡Yo, á lo ménos, no veré esa última ofensa á la creencia sacrosanta de nuestros padres!...»

—«Id! —prosiguió la abadesa, que parecía no haber escuchado, embebida en meditación profunda.—

Cuando los infieles se aproximen, enviadles mensajes de paz. Que os dejen acogeros á las montañas con esa multitud de infelices refugiados en estos muros. No os cuideis de las monjas de la Virgen Dolorosa, ni temais por ellas. Hallé un medio de salvarlas de la espantosa suerte que las amenaza. Desamparadnos; que el arcángel del valor es nuestro defensor. Mi arbitrio será aceptado por las escogidas de Cristo: lo será, pues que el Señor me lo ha inspirado. Nada más os puedo decir.»

Y, en efecto, su mirada y toda su expresion eran como de inspirada: mas en aquella expresion y en aquella mirada habia algo tambien como de severa aspereza mezclada con alegría suave, cual á veces se ostenta el purísimo azul del firmamento á través de los densos nubarrones que barre el Noroeste.

—«Pero... y el juramento?—observó tristemente el quingentario.—Debo respetar vuestro secreto; mas pareceme lícito dudar de la eficacia de vuestros medios para salvaros de las manos de los mahometanos.»

—«Vuestro juramento es inútil—respondió Chrimhilde.—Yo os relevo de él. La resistencia sólo serviría para arrastrar con vosotros á una muerte cierta á los ancianos inermes y á los niños inocentes. Id y abrid pacíficamente las puertas á los paganos. Si tanto es necesario, yo os lo ordeno. ¡Atanagildo, un dia nos veremos en el cielo!»

Dichas estas palabras con toda la firmeza de resolucion inquebrantable, la abadesa se apartó de la reja, encaminándose hácia las monjas, que entre tanto ha-

bian permanecido inmóviles, clavados los ojos en el pavimento.

El quingentario quedó por algunos momentos pensativo: después, agitado por la lucha cruel de afectos y pensamientos encontrados que batallaban en su espíritu, atravesó vagarosamente el templo y desapareció.

A una señal de Chrimhilde las monjas salieron del coro: la doncella vestida de blanco, al lado de la venerable abadesa, apretaba á ésta una mano entre las suyas: su ademan era, no obstante, firme y resuelto como el de ella, y aún más que el de ella altivo.

Al acabar de salir la última monja, las preces mezcladas de sollozos que susurraban en el templo, se convirtieron en un son único de perdido llanto, como si la última esperanza hubiera desaparecido con ellas.

La campana del monasterio dió tres golpes con largos intervalos: es la señal que convoca las monjas á capítulo: hácia allá se encaminan: la doncella llegada aquella noche acompañalas también allí. Entraron. Las pesadas puertas de la sala capitular rechinan sobre sus goznes, y el ruido de los cerrojos interiores se extiende por los corredores monásticos. Al mismo tiempo el puente levadizo cae sobre el foso que rodea los muros del vasto edificio; un jinete se arroja solo en medio de los escuadrones islamitas que ya suben la cuesta, y pide hablar con el Conde de Septum en nombre de Atanagildo. A los pocos instantes, héollo que vuelve, y los musulmanes paran á corta distancia. Entónces un gran número de niños, ancianos y mu-

jeros, salen, como torrente comprimido, del profundo portal del monasterio; atraviesan por medio de las dos hileras de soldados de Juliano y de guerreros árabes, colocados á los lados del puente y, marchando en confuso tropel ondulan, se separan, se apifian de nuevo para volver á esparcirse, hasta que por fin desaparecen allá á lo lejos en direccion de las montañas. En pos de aquella turba, cubiertos con sus sayos de malla, pero sin armas, los soldados de Atanagildo siguen tristes y melancólicos las mismas sendas por donde aquellos se van deslizando, hasta que, como ellos tambien, se derraman por las espesas selvas y por los barrancos escarpados que, á través de los Nervasios, conducen á las regiones septentrionales de la España.

Apénas el quingentario, que saliera el último de todos de aquella santa casa, volviendo á ella á cada paso los ojos arrasados en lágrimas, hubo bajado la cuesta, las dos hileras de soldados se precipitaron furiosos por el hondo portal, con gritos discordes, á que el edificio respondió con lúgubre silencio.

Las vastas galerías, las anchas escaleras, los largos corredores, los patios espaciosos, el monasterio todo, en fin, estaba franco y patente ante ellos; y allá en el centro, el templo solitario, con las puertas abiertas de par en par, mostraba á sus ojos ávidos las codiciadas riquezas, al paso que, con los sombríos colores de las vidrieras de sus ventanas, parecia querer vedar al sol el espectáculo de las profanaciones, de que en su secular existencia iba á ser teatro y testigo por primera vez.

Como torbellino que se abisma rugiendo en las galerías tortuosas de extensa mina, así los Godos renegados y los musulmanes que los siguen de cerca, se precipitan dentro del monasterio; y bien pronto los claustros y corredores, los aposentos y las salas resuenan con el estrépito de las armas, de las carreras y pasos precipitados, de las voces y risas desentonadas, de las puertas que golpean y de los muebles que caen y estallan. Árabes, Moros y Godos tingitanos en revuelta confusion se entregan al saqueo, disputando y amenazándose mutuamente, como fieras hambrientas ante una sola presa. Los Cheiks (1) y los capitanes de Juliano védanles únicamente la entrada en las habitaciones interiores, donde las riquezas del templo ofrecen mejor botín á su codicia. Sólo ellos se encaminan hácia aquella parte y desaparecen en los sombríos claustros, donde resuenan sus pasos y tambien de cuando en cuando las armaduras, al rozar con los pilares de mármol.

Suintila, el deshonado hermano del virtuoso Atanagildo, era uno de los capitanes que primero habian penetrado en los claustros solitarios y, habiéndose adelantado, bajaba por una escalera lóbrega que terminaba, segun parecia, en una estancia iluminada por muchas antorchas. Esta circunstancia excitó su curiosidad y le obligó á apretar el paso; pero á la mitad de la escalera se paró: habia creído oír un cántico entonado por muchas voces acordes é interrumpido de

(1) Véase la nota XXIII del autor.

tiempo en tiempo por gemidos dolorosos. Escuchó; no se había engañado. El temor entónces principió á apoderarse de él, y sin duda habria retrocedido, á no sentir que álguien más le seguía. Eran dos Cheiks árabes y un centenario del Conde de Septum, que tambien al acaso habian entrado por allí. Interpuesto entre la roziza claridad que salia del subterráneo y los tres que se aproximaban, Suintila les hizo señal de silencio y continuó bajando mansamente, hasta llegar á la puerta del aposento iluminado. Entónces conoció donde estaba. Era uno de esos lugares misteriosos y santos que a primitiva arquitectura religiosa construía debajo de los templos, — templos tambien, mas de la muerte; porque allí, sobre los altares reposaban las cenizas de los mártires, y al pié de ellos, los fieles que obtenian para su última morada un poco de tierra, en donde todavía pudiera acariciar sus cenizas el lejano susurro de las preces y el perfume de los sacrificios. — Suintila se hallaba en la *cripta* (1) del monasterio de la Virgen Dolorosa. El resplandor que habia visto era el de multitud de luces, encendidas en candelabros gigantescos, y reflejando en las estalactitas pendientes de las venturas del mármol: era el reflejo de las antorchas que ardian ante dos crucifijos, únicas imágenes que se veían sobre las aras desnudas. En cada uno de los úmulos de las antiguas monjas, alineados á lo largo de los muros, negreaban apénas una fecha y un nom-

(1) *Cripta*: lugar subterráneo en que se acostumbraba á enterrar los muertos. (*N. del trad.*)

bre: era lo que quedaba de la memoria de muchas virtudes en aquellos anales del monasterio, en aquella cronología de piedra. El sepulcro de la viuda de Hermanghild (1), el desgraciado hermano de Rekkared, un poco más elevado que los otros á la entrada del templo subterráneo, parecia un trono de reina en palacio de sombras, porque el ambiente espeso y frio, y el hálito de las sepulturas revelaban que allí era el Imperio de la muerte.

Los torrentes de luz que inundaban aquella morada de terror no permitieron á Suintila distinguir á primera vista los objetos que tenia delante. Espantado, procuraba descubrir en medio de aquella soledad resplandeciente algun bulto humano, cuando los cánticos y gemidos, suspensos momentáneamente, rompieron de nuevo: primero, las voces armoniosas; después, el gemido íntimo, doloroso, ahogado; luégo, otra vez el silencio.

Los dos Cheiks y el centenario habian llegado al pie de Suintila, y animados los unos por la presencia de los otros, dirigense al grande tùmulo y desde allí miran hácia el lugar en que habian sonado los cánticos. Hed

(1) *Ingunda* ó *Ingundes*: era hija de Sigeberto, rey franco de Lorena, y contribuyó mucho á la abjuracion del Arrianismo por su esposo Hermenegildo. Tuvo de él un hijo que, después de la muerte del padre, fué llevado cerca del Emperador de Oriente, donde murió á poco. La madre murió en Palermo segun unos, en África segun otros. En esta incertidumbre y oscuridad, es admisible la suposicion del autor como recurso literario. (*N. del trad.*)

aquí, ahora, el pavoroso espectáculo que tienen delante:

Gruesos y altos canceles de roble separan del resto del templo un extenso recinto sin sepulcros, inmediato al altar principal: en el remate de éste se eleva una cruz gigantesca: á uno y otro lado de aquel espacio, más allá de las verjas, se ven negrear dos hileras de monjas: muchas están de rodillas ó de bruces sobre el primer escalon del altar: en pié, entre las dos hileras, una de ellas, cuyos desvariados ojos relucen á la claridad de las antorchas y cuyo severo aspecto infunde una especie de terror, tiene en la diestra un puñal, cuya hoja sin brillo parece teñida en sangre. Junto á la monja, un bulto de mujer vestida de blanco destácase entre las enlutadas vírgenes: pegado á las verjas que impiden la entrada en aquel recinto, un anciano, cuyas melenas y luenga barba le blanquean sobre los hombros y el pecho, está de rodillas con los brazos extendidos á través de la balaustrada: agítalo una convulsion horrible de pavor, que le embarga en la garganta los sonidos articulados y sólo le consiente murmurar un ruido confuso, semejante al ansioso respirar de un moribundo. Uno de los dos coros de monjas comienza á entonar de nuevo los psalmos: la monja del puñal extiende la mano, imponiendo silencio: va á hablar. Suintila, ya á punto de lanzarse hácia allí, se detiene y escucha sus palabras. Son lentas y lúgubres, como las de espectro que se alzará de las tumbas de la cripta. Dirígelas al bulto blanco que está á su lado:

«Escuchad aún otra vez, noble dama, las súplicas del viejo *bucelario* (1) que intenta salvaros. Para vos hay esperanza en la tierra: la nuestra mora en el cielo. Cuando los infieles sepan que aún hay en España quien pueda quebrantar con oro vuestro cautiverio ó vengar con hierro vuestra afrenta, respetarán la pureza de la virgen noble. A nosotras, que no tenemos á nadie en el mundo, restábanos el tremendo arbitrio que el Señor nos inspiró. El martirio no tardará en ceñirnos la frente con una aureola de gloria: los ángeles de Dios nos esperan.»

—«Mi última resolución, venerable Chrimhilde, es morir á vuestro lado y el de nuestras hermanas. Mi ánimo saldrá, como el de ellas, ileso de la última prueba que Cristo nos pide en la vida. Como ellas, daré sin vacilar testimonio de la Cruz. El viejo *bucelario* de mi padre engaña á su propia conciencia, cuando afirma que los infieles respetarán la pureza de una doncella goda: ellos han grabado la infamia sobre la frente de las familias más ilustres de España: el cuchillo ó la prostitucion es lo que los Árabes ofrecen á la inocencia. Yo escojo el cuchillo: la muerte vale más que la deshonra. Acaso para evitarla, me guió el Señor al monasterio de la Virgen Dolorosa!»

—«Hágase la voluntad del Altísimo!—añadió la abadesa levantando al cielo las manos, entre las cuales apretaba el puñal.

Después de un momento de silencio, dijo Chrim-

(1) Véase la nota XXIV del autor.

hilde, volviéndose hácia su izquierda: «Hermentruda, aproximaos!»

Una de las monjas salió de entre las otras y vino á arrodillarse á los piés de la abadesa: sus compañeras se arrodillaron tambien, vueltas hácia el altar; y el himno que Suintila oyera al bajar á la cripta, murmuró de nuevo por las cóncavas bóvedas.

Como allá en el horizonte el sol trémulo y sereno se reclina al fin de la tarde en el seno tenebroso de los mares, así el triste y melodioso canto de las vírgenes fué languideciendo poco á poco, hasta expirar en el ceceo suave de calladas oraciones; mas apénas cesó del todo, un gemido de agohía, agudo y rápido, resonó junto á la abadesa. Los ojos de Suintila creyeron ver bajar dos veces el puñal de Chrimhilde sobre la monja que estaba á sus piés. Un alarido de cólera y horror, escapado de la boca del Godo, resonó en el templo. Creyó el renegado que Hermentruda habia sido asesinada, y parecióle claro entónces el sentido de las palabras misteriosas que habia oido: ¡las monjas huían al cautiverio del harém por la entrada del sepulcro! ¡asistía á una escena horrenda de suicidio, en qué el brazo más robusto de Chrimhilde no era más que el ciego instrumento movido por todas aquellas voluntades, conformes para morir!...

— ¡Mujer ó Demonio, detente! — gritó Suintila, corriendo con los Cheiks y el centenario hácia el cerrado recinto y procurando abrir la fuerte cancela que les impedía el paso.

Embebidas en su trágica tarea, ni las monjas ni

Chrimhilde vuelven siquiera los ojos hácia los cuatro guerreros, cuyas armas relucen al fulgor de las antorchas.

Pero Hermentruda no está muerta; se ha levantado: tiene la cabeza descubierta, los rubios cabellos esparcidos, el cuello desnudo. Como el semblante del hermoso arcángel de luz el día en que, rebelde, la espada de fuego estampó en su frente la condenacion eterna, así el seno y el rostro de la monja, suavemente pálidos, están surcados por vetas oscuras, que serpean como víboras estiradas al sol sobre busto griego caído entre las ruinas de antiguo templo pagano. Es que, frios y agudos, cual Nordeste que marchita y desbarata los encantos de la azucena silvestre, los filos del puñal de Chrimhilde corrieron por allí violentos y rápidos, y en un momento aniquilaron la hermosura de la virgen.

La verja, cerrada interiormente, oscila á los embates de Suintila; pero no cede. «¡Okba! — dice el Godo á uno de los Cheiks — corred! ¡Llamad á los más robustos Zenetas y negros de Takrur armados de esas hachas, á cuyo primer golpe jamás ningún yelmo de bronce resistió! Pronto, llamadlos! ¡Abdulazis debe haber llegado; que venga! ¡Esa infernal mujer le va destruyendo uno á uno los más ricos despojos, que él destinaba para sí y para el Kalifa! ¡Que venga á salvarlos! ¡Que venga! ¡Pronto, Cheik de Hoara!»

Y, mientras el Cheik salva la larga escalera, los tres forcejean para hacer saltar los gruesos cerrojos que resisten; hasta que fatigado Suintila desiste de su inútil

tentativa. Entónces amenaza á Chrimhilde: á las amenazas acompañan las injurias; á éstas siguen las súplicas y las promesas y luégo las imprecaciones y afrentas. Pero todo es en balde: Chrimhilde dirige al renegado una mirada de compasion y permanece en silencio.

Mas los cánticos han cesado del todo: las monjas van saliendo una á una de ambos lados y vienen á arrodillarse á los piés de la abadesa: vienen á desnudarse de las galas de la hermosura y comprar á costa de ellas la pureza de la virginidad y la palma del martirio. Cada vez más rápido cruje el puñal en los cuellos purísimos de las vírgenes del monasterio. Al gemido que expira, comprimido por la constancia, síguese el que el dolor y la flaqueza mujeril arrancan del seno de las víctimas al bajar el primer golpe; y la fila de las que van arrodillándose sobre las gradas del altar crece de instante á instante, al paso que disminuyen las otras dos.

La terrible sacerdotisa paró. ¿Está su brazo cansado de tan largo sacrificio? ¡No! Brazo y ánimo son robustos, porque los fortalece el espíritu del Señor. Es que el momento supremo de la muerte se aproxima. La morisma inunda súbitamente el estrecho portal, como rio bajo el cual se extendiese la caverna y cuya bóveda hendiérase el terremoto. Los negros de las tribus de Takrur, precedidos de Abdulazis, precipítanse sobre la verja del lugar vedado: veinte hachas hieren á un tiempo el cancel, que gime bajo la furia de los golpes y va cediendo al empuje de los fuertes negros, cuyos bríos redobla la presencia del Emir que desahoga su cólera en maldiciones y blasfemias.

Bien corta es ya la distancia que media entre las monjas y los Árabes: y no obstante, ahí, en el pequeño recinto, donde suenan los gemidos de dolores atroces, donde únicamente sonríe una esperanza, la de la muerte, hay paz íntima, está el Cielo: aquí, en la vasta cripta, donde la embriaguez de fácil triunfo, la riqueza de los despojos, el futuro de una larga existencia de gloria y deleites sonríen en la mente de los infieles, está el furor insensato, está el Infierno. El Evangelio y el Koran se hallan frente á frente en el resultado de sus doctrinas. ¡Sublime victoria la del libro del Nazareno!

Los golpes de hacha redoblan: los labrados troncos de roble comienzan á estallar en sus junturas. La última monja ha ido ya á inclinarse junto á las gradas del altar; la doncella vestida de blanco va á arrodillarse á los piés de Chrimhilde, exclamando:

—«¡Para mí tambien el martirio! ¡Salvadme del oprobio!»

—«Tu constancia, hija mia, en la dura prueba de agonía porque has pasado te purificó. Sé una de las monjas de la Virgen Dolorosa y vé con tus hermanas á recibir la corona del martirio!»

Pero el acero que bajaba sobre el cuello de la doncella, fué á caer con la mano de Chrimhilde al pié de la cruz del altar. Un revés del alfanje de Abdulazis la habia cercenado: las sólidas verjas estaban despedazadas.

La abadesa vaciló y, al caer, sólo pudo murmurar:
—«¡Jesús, recibe mi alma!»

Fueron sus últimas palabras: un segundo golpe atajó en su garganta el último suspiro.

Alzáronse las monjas, y se dirigieron adonde yacía el cadáver de la abadesa, arrodillándose junto á ella frente á la turba de los infieles. Sus rostros hinchados y manando sangre estaban deformes y horribles.

—«¡Tú, á lo ménos, serás mia!—exclamó el Emir, cogiendo por el brazo á la doncella vestida de blanco, á quien el terror de esta escena rápida habia dejado inmóvil, como una de esas estátuas que parecen orar sobre los sepulcros en las catedrales de la Edad-media. —¡Valientes hijos del Sudam, conducidla á mi tienda, y las otras..., que las alas del ángel Azrael se extiendan sobre sus cadáveres!»

Pocas horas después la cripta estaba en silencio: las monjas de la Virgen Dolorosa yacían degolladas alrededor de la venerable Chrimhilde, y sus almas puras se abrigaban en el seno infinito de Dios (1).

(1) Véase la nota XXV del autor.

XIII.

COVADONGA.

Al pié de aquel monte, un vasto y dilatado peñasco, defendido por la naturaleza y no por el arte, reesguarda una caverna, enteramente inexpugnable para cualquier ardid de enemigos.

MONJE DE SILOS: *Cronicon*, c. 37.

La victoria del Krysus habia asegurado á los Árabes la conquista de la España entera, porque habia el desaliento penetrado en todos los corazones, y el temor quebrantado todo brio.

El Duque de Cantábrica, Pelagio, era el único en cuya alma no habia muerto enteramente la esperanza. Errante por los casi inaccesibles montes que se elevan en el extremo oriental de la Gallecia y que, pasando al Norte de la Cartaginense, van á entroncar con el grupo gigante de los Pirineos, el mancebo no habia doblado la cerviz al hado cruel que pesaba sobre sus hermanos. Pocos le habian seguido en aquella vida casi salvaje; mas esos pocos eran hombres para quienes el áura de la libertad era la única atmósfera en que podian respirar sus pulmones robustos: hombres, para quienes las afrentas de la Cruz, derribada de lo alto de las catedrales, eran increíbles é insoportables. Una caverna servía de palacio al joven rey de las montañas, y de templo al Crucificado. Los dominios de Pelagio

eran las serranías y los profundos valles, donde acaso hasta entónces no habia sonado nunca la voz humana. El oso feroz, el javalí indomable y la ligera corza abastecian la grosera mesa de aquellos Godos, á quienes la desgracia y la vida dura y áspera de las soledades hacían más feroces, más indomables y más ágiles que aquellos. A veces, Pelagio y sus soldados bajaban de las montañas para largas correrías, semejantes á la tempestad nocturna y, como la tempestad, pasaban por las tiendas de los Árabes ó por las aldeas despobladas de cristianos, donde los infieles comenzaban á hacer asiento. A las altas horas de la noche, oíase allí un gemir de moribundos; veíase el brillar del incendio: era el huracan del desierto que rugía. Al amanecer todo estaba tranquilo: Pelagio, era como el Simoum, rápido y destructor, y sólo con los caracteres sangrientos de muerte, desolacion y ruinas, trazaba en la tierra la noticia de su cási invisible paso.

No así Theodemiro. Después de la batalla, los restos de las desbaratadas tiufadías habíale proclamado sucesor de Ruderico. Era de hierro y espinas la corona que se le ofrecía sobre el sepulcro del Imperio godo, y en aceptarla habia más abnegacion que orgullo: por éso la aceptó. Mientras Tarik, rendida Toletum, subyugaba una parte de la Cartaginense, Muza, el Emir de África, desembarcando en las costas de España con un nuevo ejército, rendía á Híspalis y, atravesando el Ana (1), sometía al yugo del Kalifa todo el occidente

(1) *Wadí-Ana* (Rio Ana) y de aquí Guadiana.

de la península ibérica. Las reliquias del ejército godo que no habían podido resistir á Tarik, mucho ménos podrian impedir el paso del Emir. Así Theodemiro, juntando aquellos soldados dispersos, se habia acogido á las serranías de Ilípula (1) en la extremidad oriental de la Bética, adonde Muza envió contra él á su hijo Abdulazis, uno de los más famosos guerreros del Islam. No obstante la superioridad numérica de los Árabes, la lucha fué larga y terrible. Theodemiro sucumbió al fin; mas no sin que su valor heróico alcanzara de los musulmanes ventajosas condiciones de paz. (2) Los vastos dominios que todavía poseia le fueron conservados, reconociendo él la supremacía del Emir, y los Godos pudieron, á lo ménos en aquel rincón de la Bética, hallar algo de la seguridad y reposo que faltaba en el resto de España, donde el alfanje conquistador marcaba todas las frentes con el hierro de la servidumbre y reducía á montones de ruinas las ciudades en que el espíritu del cristianismo y de la libertad osaba luchar contra la religion del Koran y el dominio del Kalifa.

Theodemiro reinó largo tiempo en los distritos orientales de la Bética; pero abandonado por los más nobles guerreros, para quienes la paz con los infieles

(1) *Ilípula Laus*: ciudad romana notable, situada en la serranía de Granada, donde hoy se dice *Las Pulianas*, á una legua y media de la capital. Algunos han creído que Ilípula estuvo donde se alza la moderna Loja.

(2) Véase la nota (1) de la pág. 65.

era insoportable deshonra. Las montañas de Astúrias eran el verdadero y único refugio de la independencia goda. Al rededor de Pelagio juntábanse todos los hombres esforzados que no habian aún desesperado de a Providencia y de su propia espada. Muchos de ellos sucumbieron en las soledades de aquellos agrestes escondrijos, sin que vieran realizadas sus esperanzas; mas otros llegaron á saludar la aurora del dia de la venganza, y pudieron decir á su muerte: — «¡ la España será libre!»

Era ya pasado un año después de la batalla del Kryrus. El número de los compañeros de Pelagio aumentaba diariamente con los hombres generosos que, después de la paz de Theodemiro con los Árabes, dejaban éste, para ir á salvar su independencia en las fragorosas montañas de las Astúrias y de la Cantábría. Estos continuos socorros fortalecian la constancia del guerrero valeroso, que veia crecer y zumbiar el torrente de los invasores en derredor de sus montañas.

Abdulazis, el valiente hijo de Muza, habia subyugado la Lusitania y la Cartaginense y, saqueando las principales ciudades del Norte que le abrian sus puertas, entraba á sangre y fuego por las que intentaban resistirle. Las espirales de humo que se elevaban de las poblaciones incendiadas, indicaban á los compañeros de Pelagio que ya por los Campos Góticos ondeaba triunfante el estandarte de Mahomed. Rugiendo de cólera al contemplar este espectáculo, apretaban contra el pecho la cruz de las espadas y sentian deslizarse las lágrimas por sus tostados rostros, y bajar con ellas á

lo más hondo del alma la resignacion y la esperanza en la piedad de Dios.

Bajo su severo pero sereno semblante, Pelagio sabia ocultar la amargura que le rebosaba del corazon. Aunque en la flor de la juventud, su espiritu habia encanecido en medio de los dolorosos sucesos de su aún tan corta vida. A las comunes aflicciones, juntábansele otras particulares, acaso más punzantes. Muchos de sus compañeros habian llevado consigo á las Astúrias padres, hijos, esposas, todos aquellos entre quienes repartian los afectos de su corazon; pero él no habia podido salvar á una hermana que adoraba, y que Favila, al expirar, le entregára para ser su defensor y abrigo en el mundo.

Al salir de Tarraco para unirse á la hueste de Ruderico, el mancebo habia dejado á Hermengarda en los palacios paternos, confiada al cuidado de algunos viejos bucelarios de su padre; y cuando, después de la batalla junto al Krysus, se acogió á las montañas, donde solamente podia conservar la libertad, la habia participado el lugar en que se hallaba, advirtiéndola la manera de poder penetrar hasta su casi inaccesible guarida. La respuesta de Hermengarda fué digna de una nieta de los Godos: decíale que en breve estaria á su lado; porque preferia un covil de fieras habitado por Pelagio, á las delicias de Tarraco, sobre la cual no tardaria, tal vez, en pesar el férreo yugo de los musulmanes. Con los bucelarios que la dejára, atravesaria la España en direccion á Legio, adonde tardaria en llegar muy pocos dias.

Esta carta de Hermengarda habia producido crueles recelos en el ánimo del mancebo. Sabia que los Árabes, desparramados ya por la Gallecia, no tardarian en envolver en el torrente de sus desolaciones á la antigua ciudad romana, y él, que conocia por experiencia la furia de los guerreros del Oriente, compadeciase de las vanas esperanzas de resistencia que los habitantes de Legio alimentaban todavía. En efecto, un dia, en que enviára algunos jinetes por los diversos caminos que Hermengarda podia seguir en su arriesgada y larga peregrinacion, volvieron éstos al caer de la tarde con una bien triste nueva. Los Árabes, capitaneados por Abdulazis, habian llegado al pié de los muros de aquella fuerte poblacion, y pocas horas les habian bastado para enarbolar sobre sus torres el estandarte de Mahomed y para pasar á cuchillo á sus defensores. Dejando allí una de las tribus bereberes, el ejército de los conquistadores habia salido rápidamente hácia la Tarraconense, y los escuchas godos habian escapado con trabajo de los Almogávares, desapareciendo por entre las sinuosidades de las sierras, y acechando desde sus estrechas gargantas el camino que seguia la multitud de los infieles, que les pareció ser el que se dirigia hácia el célebre monasterio de la Virgen Dolorosa. En cuanto á la hermana de Pelagio, ningunos vestigios habian encontrado de su paso; ninguna esperanza traian.

Tales fueron las noticias que los jinetes enviados á los valles del otro lado de Legio dieron al jóven guerrero, que los esperaba ya impaciente en una de las gar-

gantas del Vinnio. (1) Lleno de tristeza, Pelagio volvió entonces á su morada selvática, al escondrijo por el cuál habia tanto tiempo que trocára los palacios paternos de la opulenta Tarraco. Durante algunas horas y en medio de una densa niebla pegada á las laderas, los jinetes, que seguian al Duque de Cantábría por las sendas tortuosas de las montañas, no se atrevieron á interrumpir su doloroso silencio. Apénas en la callada de la noche, negra y fria, sonaba allá á lo léjos el Sallia, (2) á cuyas márgenes se aproximaban á veces. Pero el murmurar de su corriente, amortiguado de tiempo en tiempo por la distancia, se confundia con el ruido del lobo, que huía por entre los jarales, y con el manso susurrar de los pinos balanceados por la blanda brisa. Estos sonidos vagos y confusos respondian al tropel de los jinetes, que ora subian galopando por las sierras, ora bajaban lentamente y en fila por los bordes de los precipicios. La niebla, al penetrar en éstos, blanqueaba sus profundos senos y revelaba su existencia, de-

(1) *Vinnio ó Vindo*: nombre antiguo de las montañas que forman parte de la cordillera cantábrica y separan las provincias de Oviedo y Leon. Fueron el asilo de los Cántabros después de su derrota por Augusto. El punto á que aquí se alude debe ser el puerto llamado hoy de Acenorio ó aquel por donde pasa el Sella de la provincia de Leon á la de Oviedo, al Oeste de los Picos de Europa. (*Nota del trad.*)

(2) *Sallia*, hoy Sella: pequeño rio que nace en la provincia de Leon, penetra en la de Oviedo por el valle de Sajambre, corre al O. de Covadonga, siempre al N., pasa por Cangas de Onís y desagua en el Océano por Rivadesella. (*Nota del trad.*)

jando entre unos y otros como una cinta tortuosa y oscura, que terminaba muy cerca en el estrecho horizonte limitado por la cerrazon y las tinieblas.

Tarde, ya bien tarde, una luz amarillenta y dudosa apareció sin brillo algo adelante de los jinetes, que habían rodeado la montaña describiendo un ancho semicírculo. En aquel momento trasponían una garganta pavorosa. Al contrario de otros lugares que habían atravesado, allí las sierras alzábanse á plomo á uno y otro lado del estrecho paso. Por medio de él sentíase el ruido del torrente que parecía venir de hácia donde se veía la luz, y la bruma, cada vez más cerrada, precipitábase en gotas de rocío sobre la espesa barba de los guerreros y sobre las cabelleras que flotaban sobre sus hombros, saliendo por bajo de los yelmos.

Siguiendo el curso del barranco, la cabalgatá llegó, por fin, á un valle más ancho, pero rodeado también de sierras, cuya sombra gigante era fácil percibir, mirando alrededor atentamente, á pesar de la cerrazon. La luz que parecía guiar á los jinetes, dudosa, ténue y ocultándose á intervalos al principio, crecía rápidamente y era ya un gran resplandor que reflejaba en los peñascos, visibles á uno y otro lado, y centelleaba en el cristal de la corriente. El grito de un escucha vino á interrumpir el silencio de los caminantes, que durante muchas horas no habían proferido ni una sola sílaba.

Las palabras—«Covadonga y Pelagio!»—repétidas por los jinetes delanteros, respondieron á la voz del escucha que, en pié é inmóvil sobre un otero, los dejó

pasar adelante. En breve llegaron al término de su viaje. El valle terminaba en un extenso peñascal cortado á pico. A la derecha, una subida escarpada, abierta en la piedra viva, conducía á un arco irregular practicado en la roca. Era la claridad del fuego encendido bajo él, la que se derramaba por el valle y alcanzaba á alumbrar el estrecho paso que los jinetes habian atravesado. Apoyadas en los peñascos y esparcidas por la raíz de aquella muralla altísima, veíanse multitud de chozas, groseramente construidas de mal labrados troncos y cubiertas de ramas y de juncos. Frente á algunas de ellas humeaban todavía los restos de las hogueras nocturnas de aquella especie de campamento, donde susurraba el compasado respirar de los que dormían. Al pié de la primera y más extensa choza, Pelagio echó pié á tierra; los demás siguieron su ejemplo.

— « ¡ Gutislo ! » — gritó uno de los jinetes, cuyo yelmo se distinguía de los demás, porque era el único en cuya superficie negra y mate no reflejaba el rojizo resplandor de los carbones encendidos, que aún quedaban de una grande hoguera, junto á la áspera subida que guiaba á la caverna.

Un hombre agigantado y de fiera catadura salió de la choza murmurando sonidos mal articulados, que parecían de mal humor. De los recién llegados, los principales comenzaron á subir despacio la frágil senda que ante sí tenían, mientras Gutislo recogía los caballos que apenas se podían mover de cansados, y los simples bucelarios se derramaban por las chozas apoyadas en la roca.

Los caballeros llegaron á lo alto de la subida. La caverna de Covadonga, el palacio del Duque de Cantabria, estaba patente. A la izquierda, ardía en vasto hogar un grueso tronco de encina, que conservaba tibia y enjuta la atmósfera, allí naturalmente fría y húmeda: á la derecha, por las quiebras angulosas de la roca, veíanse tirados capacetes, sayos de mallá y muchas armas ofensivas. Escabeles groseros, mesas de roble y algunos lechos de pieles de animales silvestres, amontonados sobre el corcho que servía de pavimento, completaban el ajuar de aquel rudo aposento. Sin embargo, las bruñidas armas dispuestas en hazes, y las estalactitas seculares pendientes de la bóveda reverberando la claridad de la hoguera, daban un aspecto magnífico á la gruta, que en cierto modo se asemejaba á la sala de armas de un palacio fortificado. (1).

Avanzada va la noche; los compañeros de Pelagio duermen profundamente en los pobres lechos de

(1) Al extremo de un angosto valle y en el centro de un peñasco de 180 piés de elevacion, base del cerro llamado Montaña de la Virgen, se halla la ermita y Cueva de Covadonga, por bajo de la cuál corre el rio Deva, que al salir se despeña desde 90 piés de altura. Tiene la cueva unos 40 piés de boca, 25 á 30 de fondo y de 10 á 40 de altura. En su interior hay varias sinuosidades ó covachas, en la primera de las cuales está el sepulcro de Pelayo, su mujer y su hermana. A la salida del valle está el campo de *Re-Pelayo*, donde los vencedores en la batalla de Cangas de Onís proclamaron por su rey á Pelayo, alzándolo sobre el escudo. (*Nota del trad.*)

la gruta. Quien oyera los nombres de esos rudos soldados, sabría cuáles eran los restos de la más ilustre nobleza goda: eran muchos de aquellos que, pocos meses ántes, en los palacios magníficos de Toletum pasaban las noches en fiestas, los días en banquetes, y que, después de aquella existencia deleitosa, esperaban descansar bajo las arcadas de las criptas de las catedrales, en los soberbios túmulos de sus abuelos. Y, sin embargo, la conquista los redujo á la vida de bárbaros, é hizoles retroceder á las duras y feroces costumbres de los compañeros de Theoderik y de Atila: á los hábitos rudos de los primitivos Wisigodos.

—Pero el joven Duque de Cantabria no duerme; vela. Sentado en un escabel junto al caliente hogar, con el rostro apoyado en el puño, deja mecerse el alma en tempestad de dolorosos pensamientos, acordándose de Hermengarda. Más de una hora llevaba en aquella situación, cuando, al volver la cabeza, vió que alguien más velaba como él: era el jinete que al llegar había llamado á Gutislo, y que, en pié, detrás del escabel, con los brazos cruzados y los ojos fijos en la llama, parecía meditar profundamente. En su aspecto había un no sé qué de tenebroso y siniestro.

—«¿Cómo así!—exclamó el mancebo—¿todavía no procurásteis el reposo? Después de tan larga correría, no imaginaba hallaros junto á mí, que velo porque la amargura no consiente que el sueño cierre mis párpados. ¿Teneis, acaso, una hermana querida, una esposa amada, por quien debais temer, y que, tal vez,

en este momento sea víctima de las desenfrenadas pasiones de los infieles?»

— «No tengo á nadie en el mundo!—respondió el guerrero, cuyo semblante se nubló aún más al oír estas últimas palabras:—mas, aquél cuyo corazón está desierto de esos afectos ¿no puede ser también infeliz?»

— «Infelices son todos los moradores de Covadonga,—replicó Pelagio:—pero el que á la desventura común añade recelos bien fundados por la honra ó, á lo ménos, por la vida de aquellos que ama, es mil veces más deventurado.»

— «¡Duque de Cantábria, cuando tengais medida con que contrastar seguramente vuestro corazón y el mío, entónces podreis hablar así!»

— «Tal vez la tuviera, si conociese la historia de vuestra vida; pero vos la cubris de impenetrable misterio.»

— «Porque es el secreto más santo de mi alma—interrumpió con vehemencia el guerrero:—secreto que esta boca nunca revelará en la tierra.»

— «Ni yo lo exijo; léjos de mí tal intento. La carta que me trajisteis de Theodemiro me asegura que sois un noble Gardingo: éso bastó, para que os recibiera entre aquellos con quienes reparto mi caverna de forajido. Nunca os pregunté, siquiera, por qué abandonasteis á un hombre que por sus palabras veo os amaba como hermano.»

— «Oh! en cuanto á éso, os lo diré:—dijo de nuevo el guerrero, poniendo la mano sobre el puño

de la espada:—fué porque yo le creia un ángel de virtud y de valor, y él era apenas un hombre. Fué porque la paz que pactó con los musulmanes, honrosa á los ojos del vulgo, era á los míos, infame. ¡Paz con el infiel?... Al cristiano sólo le es permitido hacerla cuando durmiere junto á él el sueño eterno en el campo de batalla; cuando, al lado uno de otro, esperen ámbos que las aves del cielo vengan á hacer banquete sobre sus cadáveres. Antes de éso, no la comprendo. Así se lo dije, sin cólera, sin injurias, al abandonarlo para siempre. En aquel momento las lágrimas corrían de estos ojos; ¡por que el alma de Theodemiro era la última en que moraba un afecto que respondía á los míos: era el último templo en que me sonreía la esperanza! »

Y las lágrimas, que él decia haber derramado en aquella triste separacion, corrían, de nuevo, dos á dos por la faz del guerrero.

Apénas el Gardingo habia proferido sus últimas palabras, la rojiza claridad del hogar dió súbitamente en la agigantada figura de Gutislo, que apareciera á la boca de la gruta y parecia vacilar si debía ó no interrumpir el diálogo de los dos guerreros.

—« Viejo lobo del Herminio! apróximete:—dijo Pelagio en tono de gracejo, como intentando apartar las tristes ideas que oprimian su espíritu.—¿Qué buscas por aquí tan á deshora? ¿Tuviste, acaso en sueños, dulces recuerdos de los barrancos de tus nevadas sierras, y creiste que Covadonga era el antro de tu hermano el javalí? »

— «El cazador de las montañas — replicó el lusitano en su pintoresco lenguaje de bárbaro: — no estaría aquí, si el dulce recuerdo de los lugares en que nació habitara en su corazón. Los hombres del otro lado del mar matáronle ó cautiváronle mujer é hijos, cuando éstos, por su mal, un día en que él perseguía en las cimas de la sierra á los lobos cervales, se atrevieron á bajar con el rebaño á los valles del Munda. (1) Por eso te seguí yo, ¡oh Godol! tú derramas la sangre de los hombres del otro lado del mar, y yo quiero derramarla también!»

— «A qué vienes, pues, aquí?» — replicó Pelagio; á quien las palabras del celta traían de nuevo á su espíritu el recuerdo de que tal vez él era también huérfano de hermana querida.

— «A decirte que un desconocido llegó al valle. Habla de no sé qué nombre godo como el tuyo — de Hermengarda, me parece — y quiere hablarte.»

— «Dónde está? — exclamó Pelagio, brillando en sus ojos la esperanza mezclada de temor: — que venga, ¡oh! que venga pronto!»

Y levantándose, se dirigió ligero á la entrada de la gruta, de donde Gutislo había desaparecido. Mas ántes de llegar á ella, un viejo, cuyos vestidos desordenados, rotos y cubiertos de lodo daban indicios de haber atravesado largo trecho de las serranías, entró en la ca-

(1) *Munda*, hoy Mondego: nace del Herminio ó sierra de la Estrella, baña los muros de Coimbra y desemboca en el Océano. (*Nota del trad.*)

verna y, arrojándose á los piés del Duque de Cantabria, rompió en sollozos, sin poder proferir palabra.

A la primera mirada, Pelagio le reconoció.

— «Aldefonso! dónde está Hermengarda? Bucelario! dónde está la hija de tu patrono?»

El viejo intentó responder; pero no pudo y continuó sollozando.

— «¡ Te entiendo: ha muerto! ¡ Ya no volveré á verte pobre hermana mia!» —murmuró el jóven, ocultando el rostro entre sus manos.

El Gardingo, que durante esta escena habia permanecido inmóvil, no pudo contener un gemido ahogado. Después llevó el puño cerrado á la frente, como si quisiera contener allí una idea dolorosa que intentaba salir fuera.

Signió un largo espacio de temeroso silencio. El viejo lo interrumpió al fin:

— «No; no ha muerto! pero, acaso, su destino es más horrible todavía. Yace cautiva en poder de los infieles: no me fué dado el salvarla, y no quise morir sin daros esta nueva cruel. Ahora....»

Un grito de Pelagio atajó las palabras del bucelario sofocadas por el llanto.

— «¡ Mis armas y mi caballo! ¡ que me den mi frankisk! ¡ Viejo vil, ya que no has sabido dejarte despedazar junto á ella, dí, á lo ménos, dónde podré encontrar á los paganos que cautivaron á Hermengarda!»

Deshecho en lágrimas, el anciano repitió en breves palabras los sucesos del monasterio de la Virgen Dolorosa. Él habia hecho todo lo posible para resolverla á

intentar la fuga.—«Hasta en la cripta fatal, decia (Aldonfo) á través de las verjas que me impedían el paso, por vos, por las cenizas de vuestro padre, la supliqué de rodillas que me siguiera. Los viejos bucelarios de Favila, en medio del tumulto, la habrían tal vez puesto en salvo! Mas ella se rió de mis esperanzas y permaneció firme en su propósito. Dios tenia dispuesto que, en vez de obtener el martirio, cayese en las manos de los agarenos. De todos los que veníamos en su guarda, sólo yo, acaso, pude escapar, mezclado con los soldados de la Transfretana. De este modo, seguí por algun tiempo á los Árabes, que se encaminaron hácia el lado de Segisamon. (1) Al anochecer, me embreñé en las montañas, y un pastor, á quien hallé, me sirvió de guía hasta llegar á los piés de mi señor, para pedirle la muerte y para jurarle que soy inocente.»

—«¡Arriba, guerreros! ¡A los infieles, en nombre de Cristo!»—gritó el Duque de Cantábría con voz de trueno que estremeció la caverna.

Habituados á las súbitas arrancadas nocturnas contra los Árabes cuando vagaban en lejanas correrías, los compañeros de Pelagie, todavía mal despiertos, alzaronse de un salto y, por una especie de instinto, echaron mano á las armas colgadas sobre sus cabezas. Imponente y solemne era el espectáculo que ofrecía la gruta en aquel repentino alzarse de tantos hombres, en el

(1) *Segisamon*: ciudad notable de la España romana, reducida y metamorfoseada en la actual *Sasamon*, pequeña villa situada á cinco leguas de Búrgos. (*Nota del trad.*)

brillo de las armas que relampagueaban á la luz de la hoguera y chocaban unas con otras. Entre tanto, Pelagio ordenaba á Gutislo que despertase á los hombres de armas esparcidos por las chozas del valle, é hiciese dar la señal de á caballo. Era necesario partir.

Pero en medio de aquel movimiento, álguien habia allí que permanecía quieto y que parecia tranquilo. Era el desconocido Gardingo. Recostado en la angulosa pared de la gruta y demudado el semblante, contemplaba aquella escena con el vago mirar del que aleja el pensamiento muy distante de sí. Mientras todos los demás jinetes rodeaban á Pelagio indagando inquietos la causa de aquella súbita correría nocturna, él sólo estaba inmóvil y como indiferente al tumulto promovido por las voces del Duque de Cantábría entre sus guerreros.

—«¿Quién de vosotros—decia éste á los que le rodeaban—dudará un instante de que, si un mensajero llegara y le dijese: «vuestra esposa, vuestra hija, vuestra hermana, ha caido en poder de los infieles» yo vacilaria en ir á ayudarle á arrancar la víctima querida de la bárbara crueldad de los paganos? Ninguno; porque más de una vez he arriesgado la vida por curar sentimientos y amarguras de los desterrados como yo. Dióme el cielo una hermana; dióme el último suspiro de mi padre una hija; dióme la ternura por esa virgen, cuya imagen vive eterna en este corazon virgen como ella, una esposa. Cuando la triste inocente venia á abrigarse á la sombra del escudo de su hermano, robáronmela los infieles. Viudo y huérfano, apelo á los últimos corazones generosos de la España. ¡Ayudadme, por Dios,

á salvar á mi pobre Hermengarda! Como tu hija Brunehilde, ella es hermosa, Gudesteo! ¡Como tu esposa Elvira, es buena y cariñosa, Algimiro! ¡Como tu hermana, Mencio, es inocente y pura! ¡Godos, por todo cuanto amais, salvadla, salvad á la infeliz!»

El valor del noble mancebo habia desaparecido ante la idea dolorosa de la suerte que la Providencia reservara á la desventurada hija de Favila, y extendia las manos unidas hácia los guerreros, como tímido niño que implora compasion.

—«¡Partamos!—exclamaron á un tiempo los nobles forajidos.—¡Salvaremos á tu hermana, ó ninguno de nosotros volverá más á la gruta de Covadonga!»

Una voz trémula, pero tonante, rugió como un trueno detrás de ellos:

—«¡No saldreis de aquí!»

Se volvieron: era el Gardingo.

—«¿Quién lo ordena?»—gritó Pelagio con toda la energía que tan inesperada resistencia despertara súbitamente en él.

—«¡Un hombre!—replicó el desconocido, atravesando el círculo de los guerreros que rodeaban al Duque de Cantábría, y lanzando alrededor una mirada altiva:—un hombre, cuyo corazón há largo tiempo que murió, porque las pasiones lo abrasaron; mas cuya inteligencia es por lo mismo más fría. ¿Cuántos sois vosotros? ¿Cuántos bucelarios duermen por las tiendas de ese valle? Apenas algunos cientos de lanzas podrian á lo sumo, trasponer con vosotros los pasos de las sierras. Los infieles y los renegados que los sirven ¿cuán-

tos son? Si podeis contar las estrellas que ahora reca-
man el cielo, podreis decirme su número ¿Tú, Pe-
lagio, brazo de hierro, corazon de bronce, quién eres
tú? El guardador de las últimas esperanzas de la Cruz
y de la pátria. ¿Quién te dió, pues, el derecho de correr
á una muerte cierta? ¿Quién te dió el derecho de apagar
en la sangre de los últimos Godos, la única antorcha que
alumbra las tinieblas del porvenir de la esclavizada
España?»

—«¿Y á tí?—interrumpió furioso y sacando la es-
pada hasta mitad de la vaina el violento Sancion—
¿quién te incumbió de decirnos «no saldreis de aquí»?
¿Quién eres tú, que, venido de no sé dónde, pretendes
dominar como señor á aquellos que sólo á Dios obe-
decen?»

El desconocido observó el movimiento amenazador
de Sancion, y una sonrisa de desden asomó á sus lábios.
Cruzó los brazos y respondió con voz lenta y solemne:

—«Por mi boca hablaron millares de Godos que
gimen en el cautiverio y que vuelven continuamente
sus ojos hácia las cumbres de Astúrias, donde apenas
fulgura ténue el santo fuego de la libertad: hablaron
por mi boca las áras del Señor holladas por los piés de
los paganos, las imágenes de Cristo derribadas en el
lodo, los muros ennegrecidos de las ciudades incen-
diadas. Todo esto es lo que os dice: —«¡no saldreis de
aquí!»—¿Me preguntas quién soy? Te lo diré. El úl-
timo hombre que á orillas del Krysus vió, combatiendo,
el rostro á los Árabes vencedores, mientras los va-
lientes huían; el hombre que intentó morir con la pátria,

y que la mano de Dios salvó para en este momento decir: «¡no saldreis de aquí!» ¿Quereis saber quien yo soy? Lee, Pelagio, lo que ahí escribió Theodemiro: *df* después cuál es mi nombre.»

Y sacando de la escarcela una tira doblada de pergamino, la abrió y la entregó á Pelagio.

El Duque de Cantábría la recorrió con la vista, y dejándola caer en tierra, exclamó:—«¡Dios mio, el *jinete negro!*»

Los Godos apiñados en círculo retrocedieron algunos pasos, y hubo un momento de ansioso silencio.

—«¡Ángel ó Demonio! que nos explicas un misterio con otro misterio—exclamó al fin Pelagio visiblemente perturbado:—Árabes y cristianos recuerdan todavía tus increíbles hazañas en las márgenes del Krysus. Mil veces hé dicho yo mismo: ¡diez como él habrían salvado el Imperio de Theoderik! Debemos obedecerte si eres un hombre como dices, porque vales más que nosotros. Si eres el ángel que preside al hado de la España, más sumisa aún será nuestra obediencia. ¿Mas, qué mal te hizo mi desgraciada hermana?...»

—«Qué mal me hizo tu hermana?—interrumpió con vehemencia el Gardingo.—¡Ninguno!... ¿Y quién te dice que no quiero, que no puedo salvarla, yo, que no soy ángel, que soy, como tú, un hombre? ¿Cuáles de entre vosotros—prosiguió volviéndose hácia los jinetes que lo rodeaban—sois solos en este mundo y no eneís quien en la muerte riegue con lágrimas la tierra que os cubra? ¿Quiénes de vosotros son, como yo, los esterrados en medio del género humano? ¡Que los

huérfanos de corazón alcen la diestra hácia el cielo donde sólo hay un seno que reciba sus gemidos de amargura, el seno inmenso de Dios!»

Doce guerreros, y entre ellos el fiero Sancion, levantaron la diestra en alto á la voz imperiosa del Gardingo.

—«¡Pues á caballo!—gritó éste, apretando el ancho cinturón de la espada y pasando el brazo por la férrea cadena del frankisk.—¡Pelagio! si dentro de ocho días no hemos vuelto, ruega á Dios por nosotros que habremos dormido nuestro último sueño, y llora por tu hermana, cuyo cautiverio nadie quebrará—ya sino el ángel de la muerte! ¡Partamos!»

Profiriendo estas palabras, el Gardingo atravesó rápidamente la caverna y desapareció en las tinieblas exteriores: los doce guerreros escogidos le siguieron maquinalmente, porque sus ademanes y su aspecto los habían fascinado, al considerar que éste hombre era el jinete negro. El Duque de Cantábría, subyugado también por la especie de misterio solemne que rodeaba todas las acciones de aquel sér extraordinario, ni áun se atrevió á preguntarle por qué medio intentaba salvar á Hermengarda. Una voz íntima é irresistible le decía, no obstante, —«resígnate y confía.»— Esperó, pues, confiado y resignado el cumplimiento de la promesa del incógnito Gardingo.

XIV.

LA NOCHE DEL EMIR.

Arrebatada en la vagnedad de las tinieblas.

Breviario Gótico: — Himno de San Geroncio.

Iba á expirar el día. El Nordeste seco y helado cruzaba las campiñas del espacio, donde, á través de la atmósfera purísima, centelleaban las estrellas. El resplandor de Segisamon incendiada, reflejaba de léjos en las blancas tiendas de los Árabes, acampados á bastante distancia de los muros de la población destruida. En derredor del campamento, por las cimas de los oteros, brillaban las almenáras, á cuya luz, ténue comparada con la del incendio de Segisamon, se veían pasar los atalayas nocturnos. Abdulazis, cual cometa de ancha cola, seguía su órbita de exterminio, dejando en pól de sí vestigios de fuego. El ejército debía al romper del alba internarse en los valles de la Tarraconense. Segisamon había ofrecido en la víspera un espectáculo semejante al de muchas otras ciudades de España asaltadas por los musulmanes. No tan sólo la codicia y el desenfreno de la soldadesca multiplicaban allí las escenas de rapiña, de violencia y de sangre, sino que también la política de los capitanes árabes procuraba aumentar lo terrible de esos dramas repetidos, para

quebrantar el ánimo de los Godos y persuadirles á la sumision. El dia precedente á esta noche que comenzaba habia sido consagrado por los vencedores al reposo, después de un duro trabajo de muerte y ruinas. Los juegos, los banquetes, las disoluciones de todo género habian recompensado brutalmente el brutal valor de los destructores del Segisamon.

A las cohortes del renegado Juliano tocaba en esta noche vigilar el campamento: eran, pues, Godos los que guardaban el campo, donde las vírgenes de la España habian sido violadas; donde la cruz cautiva habia sido una vez más escarnecida; donde los ancianos sacerdotes habian sufrido contentos el martirio en medio de afrentas.

Aquellos hombres perdidos, rodeando este cúmulo de abominaciones, no hartos todavía de los infernales deleites en que habian tomado parte con los infieles; se embriagaban bebiendo en los vasos sagrados, y escarnecian, blasfemes, la creencia de su infancia en medio de hedionda embriaguez.

El inmenso murmullo del campamento fué amortiguándose gradualmente á medida que cerraba la noche, y pronto no se oyó en las tiendas del Islam sino el lento respirar de tantos millares de miembros adormecidos en brazos del placer. Allá, junto á las almenaras, sin embargo, las carcajadas de los soldados del Conde de Septum, los cantares obscenos inspirados por la embriaguez, las disputas ardientes del juego en que el oro corría de mano en mano, resenaban todavía en derredor del campo silencioso. Poco á poco, este ruido

fué tambien aflojando, al paso que las hogueras encendidas en las mesetas de los oteros se extinguían. La oscuridad y el silencio reinaron, en fin, hasta en las atalayas. Los soldados godos, cansados de disoluciones, se habian tambien entregado al reposo. ¿Y para qué serviría velar? El terror que inspiraban los Árabes era el mejor guardian del campamento. ¿Cómo se atreverían los cristianos, medrosos aún detrás de los muros de sus castillos, á asaltar el campo de Abdulazis? los vigías y las almenáras eran apénas una vieja fórmula militar, cuya significacion hiciera casi ininteligible la série no interrumpida de triunfos alcanzados.

Mas en el silencio de la noche y en medio de las tinieblas, que cubren, como ancho manto, aquel torbellino de hombres de guerra, descansando entónces para al apuntar el sol rugir de nuevo impetuoso, vése todavia, por entre las mal unidas telas de una tienda más vasta, reflejar viva claridad, y se oye el alegre reir, el altercar, el chocar argentino de las tazas: todos los indicios, en fin, de que la orgia se ha prolongado allí hasta más tarde. Al rededor de la tienda yacen por tierra, con los desnudos alfanjes junto á sí, algunos soldados de la guardia de Abdulazis; compuesta de los guerreros más temibles del ejército, los negros del remoto país de Al-Sudan. En vano resuena en sus oidos el ruido estrepitoso del interior del pabellon: duermen tambien profundamente, y sólo uno de ellos vela inmóvil á la puerta de la tienda, apoyado en su hacha de armas.

La tienda era, en efecto, la del valeroso hijo de Muza. La mesa del banquete doblegábase todavía con los restos de los manjares; las antorchas ya gastadas y las lámparas mortecinas derramaban una claridad suave por la estancia. Reclinado sobre un *almatrah* (1) cubierto de preciosa alcatifa del Oriente, escuchaba el Emir al más joven de los Cheiks que estaban junto á él, el cual, ora cantaba los voluptuosos versos de Zohér que encendian la imaginacion del joven jefe, ora le repetia los antiguos poemas licenciosos y satíricos de Ibn-Hagiar, que él aplaudia con estrepitosas carcajadas.

El Conde de Septum y los demás capitanes godos, aliados de los agarenos, permanecian todavía en los lugares que habian ocupado durante el banquete. Hacia la extremidad de la vasta mesa se veian algunas ánforas tumbadas y otras llenas aún de los vinos más exquisitos de la España: las tazas que circulaban eran las que producian el chocar que se oía fuera, en medio del ruido de las conversaciones, de los gritos y de las monótonas cantigas del Cheik Abdallah.

Un guerrero, cuya crespa y cerrada barba le caía como flecos de nieve sobre los dorados anillos del sayo de malla, estaba sentado á la derecha de Juliano. La blancura de sus cabellos era la única señal que se le advertía de su larga peregrinacion en la tierra; pues lo sonrosado de su tez, la vivacidad de sus ojos azules, el garbo en sus manbras y la robustez de sus

(1) *Almatrah*: especie de divan ó sofá oriental. (N. de T.)

agigantados miembros, demostraban en él en alto grado la complexión vigorosa del hombre de buena edad. Era Oppas, el obispo Oppas, que se olvidára del sacerdocio, como se había olvidado de la patria; y que, habituado ya á la vida libre de los campamentos, sobrepajaba en la violencia de las pasiones innobles á los más desenfrenados y bárbaros jefes de las tribus semi-salvajes del Africa. Muchos otros tiufados y quingentarios, sentados á lo largo de la mesa, daban muestras de infernal alegría, vaciando las tazas de plata que los libertos llenaban con frecuencia.

—«Ved esos malditos nazarenos;—decia Abdulazis en voz baja al Cheik Abdallah, mirando de reojo á los Godos:—su afición á embriagarse nunca les dejará ver la luz que mana de las páginas del divino Koran. Para ellos el fruto de la vida será siempre el puente desde el cual, al pasar en su muerte, se despeñarán en el infierno.»

—«¿Y qué nos importan sus timadas almas,—replicó Abdallah—si ellos nos ayudan á sujetar á la ley del santo profeta el Imperio de Andalucía? (1). Sin Dios y sin patria, dejadlos al ménos en su embrutecimiento.»

El Obispo de Hispalis comprendió que hablaban de él y de los otros Godos, porque los Cheiks habían vuelto hácia ellos los ojos; y levantándose entonces con la taza en la mano, exclamó en arábigo:

—«Por el invencible Abdulazis! por uno de los más nobles vengadores de Witiza!»

(1) Véase la nota XXVI del autor.

— «Alfaquí de los romanos! (1)— respondió el Emir: —mi ley no me permite aceptar el brindis que cruzó por labios teñidos en el licor maldecido por ella.»

— «¿Y qué importan las maldiciones de tu profeta? —replicó Oppas en tono de chanza.—¿Debemos nosotros dejar por éso de brindar al ilustre hijo de Miza con el bendito y generoso vino de los fértiles esteros de la España?...»

— «Infiel!..» —interrumpió el Emir, centelleándole en los ojos el despecho; mas, repuesto en seguida, prosiguió en tono más blando, pero firme, como quien quiere ser prontamente obedecido: —Nobles caballeros del Al-Gharb; valientes Cheiks del Negid, de Beryah, y de Al-Moghreb, la noche avanza y al romper de la mañana es necesario partir. Que el sueño desoienda sobre vuestros párpados en vuestras tiendas de guerra!»

A semejantes palabras, Godos y Árabes se levantaron y fueron saliendo de la tienda poco á poco y en silencio. Sólo el Obispo de Hispali, apretando la mano á Julianó, murmuró: — «Oh!.., cuánta hiel se mezcla con el placer de la venganza! Pero cúmplase nuestro destino!»

Al atravesar el campamento, los dos hijos renegados de la España notaron que en los cerros de las alturas era la oscuridad tan profunda como en el resto del campo. Todo, sin embargo, estaba tranquilo. Sólo, á corta distancia, les pareció ver pasar, cual una

(1) Véase la nota XXVII del autor.

sombra, á un guerrero, en direccion al pabellon de Abdulaziz. Seria, tal vez un soldado de Al-Sudan que, trasnochado, se retiraba á su alojamiento próximo á la tienda del Emir.

Este, entre tanto, casi solo, principi6 á pasear agitado y á largos pasos de una á otra extremidad de su aposento, separado del de sus siervos por ricas telas de la Siria. Su rostro, turbado por afectos encontrados, reflejaba tan pronto la indignacion que le fruncia el ceño, como un pensamiento voluptuoso que animaba sus ojos, como la compasion que dulcificaba su feroz sonrisa. Al fin, como vencido por la tempestad de su alma, se sent6 en el almatah, cubriéndose el rostro con ambas manos. Así permaneci6 largo tiempo inm6vil y silencioso, hasta que al cabo triunfaron sus pasiones estallando con violencia.

Se levant6, bati6 las palmas y grit6: — «Al-Fehri!» Una de las telas, que dividian la tienda en varios aposentos, se alz6 de un lado, y una figura negra y disforme, que parecia moverse con dificultad, se dirigi6 hacia el Emir. Era como el tronco de un gigante por lo ancho y membrudo de sus espaldas, por lo voluminoso de su vientre y por la desmesurada grosura de su cabeza, donde s6lo le blanqueaban sus amortiguados ojos. El mónstruo, apenas di6 unos pasos, se par6, cruzando sobre el pecho sus cortos y gruesos brazos, semejantes á los maderos informes.

— «Eunuco!» dijo Abdulaziz con voz agitada: — «traeme aquí la última de mis cautivas que especialmente confié á tu cuidado.»

El mónstruo retrocedió, desapareció por entre los pliegues de la tienda, y algunos momentos después volvió. Una figura de mujer, cuyas formas apenas permitia adivinar el transparente cendal que la cubria hasta los piés, le acompañaba. Con paso firme se acercó ella á Abdulazis y el eunuco desapareció de nuevo.

— « Hija de los cristianos, — dijo en romano, el Emir: — los dos dias que me pediste para llorar tu cautiverio han pasado ya. ¿Resolviste, por fin, ser la más amada entre las mujeres de Abdulazis; ser la envidiada de la doncellas del Oriente, y casi la reina de las provincias de Andalúz, pues que sobre Abdulazis sólo dos hombres existen en la tierra, el Emir, de Al-Moghreb que me engendró, y el descendiente del profeta que rige todo el Imperio de los creyentes? »

— « Mi resolucion es morir cuando te plazca — replicó la cautiva con serenidad. — Esta resolucion há mucho que la tomé, y te engañé, pagano, cuando te pedí dos dias para llorar. Me burlé de tí, porque te aborrezco. Esperaba que el brazo de un guerrero que vale más que el tuyo viniera á arrancarme del cautiverio. ¡Ay de tí, si él supiera cuál ha sido mi suerte! Alégrate; pagano, de que la sentencia fulminada por Dios contra los hijos de la España le haya alcanzado á él tambien! En esta hora, no sería yo sino tú, quien debería perecer. Más él no ha podido salvarme, y sólo me resta decirte: infiel! eres maldito de Dios; príncipe de los Árabes! eres siervo de los demonios; hombre que me pides amor, sabe que te detesto! »

— « ¡Dilo, dilo todo! — interrumpió el Emir, apre-

ando con fuerza el brazo de la cautiva y clavando en ella los ojos, dondę luchaban amor profundo y cólera violenta: — exhala en injurias tu dolor orgulloso; sé hasta blasfema; pero no digas que detestas á Abdulazis; no ligas que amas á un Godo y que él sería capaz de venir á robarte de mi tienda! ¡Desgraciado del nazareno que se atreviera á amarte después que Abdulazis te lanzó suya! ¿Adónde se iría á esconder ese malaventurado hijo de una raza vil y cobarde, que pudiera escapar á este brazo, que sólo con extenderse, arranca por sus cimientos vuestros castillos y pulveriza los templos de vuestro Dios y los muros de vuestras ciudades?»

— «El que yo creía que vendría en mi socorro — dijo con voz firme la cautiva — no se esconderá de tí el día que tenga á su lado á sus hermanos en valor y amor de la tierra natal: porque en ese día de las terribles enganzas lo has de ver ante tí cara á cara. Muchas veces tus guerreros han huido á su vista; muchas veces el incendio de los campamentos paganos ha ayudado al incendio de nuestras ciudades á alumbrar las nieblas de la noche, y su mano fué la que lanzó la saeta sobre la tienda del agareno. Ése, á lo ménos, si todavía se esconde, no es por temor de tí ni de tus netes; que, tantos por tantos y aún en doble número, muchas veces os ha visto huir.»

— «Te comprendo, altiva hija de los Godos: — replicó Abdulazis. — Hablas del que vosotros llamais el agario, y que sólo de noche se atreve á salir de sus selváticas soledades, para acometer á las tribus de l-Mogrheb establecidas en el conquistado Al-Gharb,

ó para asesinar á los jinetes del desierto extraviados. Tan pronto como Sarkosta y Tarkuna (1) vieron ondear sobre sus muros los estandartes del Islam, habia resuelto ir á arrancarle de sus escondrijos para castigarlo; más tú abreviaste los dias del forajido nazareno: dentro de poco su cadáver será pasto de las aves del cielo, porque amó á la que yo escogi!»

—«Dios defenderá á mi hermano:» —dijo titubeando la doncella, cuya firmeza comenzaba á abandonar, ante el temor de ver cumplida la amenaza del Emir.

—«¿Hermana de Pelagio! ¡Oh, repite, repítelo mil veces! ¿Son los lazos de la sangre los que te unen al cruel enemigo de los creyentes?»

—«¿Para qué finjes ignorarlo? Los viejos jinetes que me acompañaban, y que conmigo fueron cautivados en el monasterio que profanaste, ya lo habrán revelado:»

(1) *Sarkosta y Tarkuna*: así llamaban los Árabes á Cesar-Augusta y Tarraco, de cuyos nombres proceden los nombres de Zaragoza y Tarragona.

La primera, de origen ibero probablemente como su primitivo nombre de *Salduba* lo indica, fué poco notable hasta Augusto, el cual la engrandeció para domiciliar en ella parte de sus legiones veteranas; la hizo *colonia immura* y le dió su nombre: *Cesar-Augusta*. En 486 cayó en poder de los Godos. Fué célebre en los fastos eclesiásticos y de las más ilustres en el siglo VII. Muza se apoderó de ella hácia 714; se erigió en reino árabe en 1014 y en 1118 la reconquistó Alfonso I, haciéndola corte y capital del famoso reino de Aragón.

Respecto á *Tarkuna*, véase la nota (1), pág. 67. (N. del T.)

—«Ni las promesas, ni los tormentos pudieron sacar de sus tálamos tu nombre y tu jerarquía; mas júrame que eres la hermana de Pelagio, y él podrá esquivar, si quieres, su tremendo destino.»

—«Sería inútil negar lo que yo misma he confesado. Mi nombre es Hermengarda; el Duque de Cantabria, Favila, fué mi padre, y Pelagio es el hijo y sucesor de Favila.»

El Emir quedó algunos momentos callado, con el brazo de Hermengarda cogido en su robusta mano, que ella sentia trémula con el tumulto de afectos que agitaban el corazón del Árabe. Éste, por fin, exclamó: «¡Por Dios que recibí un golpe en el corazón!»

—«Por el precursor del santo profeta, por Issa (1), Hermengarda, que si amas á tu hermano, me digas: ¿yo seré tuya? Estas solas palabras lo harán señor de la más rica provincia del Andalucía, de aquella que él escoja para reinar como Emir; los guerreros que le siguen serán los Walfes de sus ciudades; los Kayds de sus castillos; suya será la mitad de mis tesoros; las esclavas, que tanto he amado, no verán más sonreírse el rostro de su señor; tú serás la reina de mi corazón, reina sin rival; señora de todo sobre cuanto se extiende el poder de Abdularis, del hijo querido del invencible Muza. Profiere solamente esas palabras, y la suerte de Pelagio será envidiada por nuestros más ilustres guerreros.»

Del semblante del agarenó habíase desaparecido todo el terror que le habia cubierto en su rostro, y él (1) Jesús. (Nota del autor.)

todos los vestigios de la cólera: sólo se veía en él la ansiedad de ese amor inmenso, que necesita, más que del goce brutal, de un sentimiento acorde con los propios sentimientos.

Pero Hermengarda sólo veía afrenta y oprobio en las palabras del Emir, y su ódio hacia este hombre, cuya fiereza y orgullo convirtiera el amor en blandura y acaso en sumisión, se hizo mayor todavía al oírlo. Recobrando toda la energía de su alma, que por un momento había vacilado, respondió, mirando á Abdulazis con desprecio:

— «No siempre los valientes conquistadores de la España pueden hallar traidores que vendan por oro y honores infames los sepulcros de sus padres y los altares del Señor. ¡No! Pelagio no aceptará nunca puesto alguno entre los hijos de Witiza y el Conde de Septum; porque Dios le guarda para ser el vengador de sus vendidos hermanos! ¡Infiel! grande era el precio que dabas por una hija de la sierva raza de los Godes: guárdalo para emplearlo mejor: para comprar las libres y nobles doncellas de tu país. Todo lo que me ofreces es vil, porque viene de tí, maldito! Sólo una oferta te acepto: há mucho que te la pedí: la muerte!... la muerte, y que sea breve! Te aborino, destructor de la España... No, me engañé: ¡te desprecio, salteador del desierto!»

Con los lábios blancos y la mirada extraviada, oía el Emir las palabras de Hermengarda, y su frente se arrugaba, como se riza el Océano al pasar el huracán. Tremendo silencio reinó por algunos momentos en la

tienda. El Emir lo rompió al fin, diciendo con sorda y diabólica sonrisa:

—«¿La muerte!... ¡No tendrás la muerte; te lo juro por el sepulcro del profeta! Porque la abeja zumba al oído del cazador hambriento, ¿por éso ha de arrojar él lejos de sí la miel de su panal y aplastar al insecto? ¡No! Tú serás mía, muger orgullosa; porque mi amor es como mi odio, inexorable y fatal! Después, cuando el incendio que me devora se haya extinguido; cuando el tedio more para mí en tus brazos, irás á cebar en las tiendas de los bereberes la brutal sensualidad de esa soldadesca salvaje! Pueda ser que entre tanto venga tu noble hermano á salvarte... Guarda para entónces tu orgullo; que hoy, pobre esclava, sólo te resta obedecer la voz de tu señor!»

Al decir esto, Abdulazis, asegurando con la diestra el brazo de Hermengarda, lo apretó con tanta violencia, que la desgraciada dió un grito de agonía y cayó de rodillas á los pies del Árabe. El Emir la alzó y empujándola con fuerza, á la vez que despedazaba con la izquierda el transparente cendal que la velaba el rostro, la hizo caer pálida y trémula sobre el almatah. Los labios de la doncella quisieron todavía proferir una palabra, —tal vez una súplica; mas apenas murmuraron un sonido inarticulado, que terminó en aspiración dolorosa.

En su furor, el hijo de Muza, no había percibido un rugido de cólera que respondió al grito de Hermengarda; ni un rayo pasajero y callado, que, segun

era de intimo, parecia de alguien á quien la punta de un puñal rasgara súbitamente el corazón. Mas en las telas que dividian el aposento de aquél en que entrara el eunuco poco ántes, frente á la entrada principal de la tienda, una figura humana se dibujó oscura sobre el fondo brillante de la tapicería. El Emir, al volverse casualmente, la vió: crecía rápidamente. Escuchó: pasos ligeros sonaban en el vasto aposento. Se volvió; pero apenas pudo alzar el brazo: habia visto brillar en el aire un acero; habia visto un bulto armado como los jinetes de Al-Sudan y en el mismo instante sintió un golpe que le partía el brazo levantado y que, chocando en su cráneo, le retumbaba en el cerebro. Dió un grito, cerró los ojos y cayó á los piés de Hermengarda, manándole la sangre de la frente. El eunuco que habia introducido allí á la hermana de Pelagio, atraído por el grito del Emir, se asomó entónces por el testero interior de la tienda: viendo á su señor en tierra y á su lado al que lo hiriera, hizo un visaje horrible, como queriendo hablar; pero únicamente soltó un rujido acompañado de un gesto de amenaza. Segun la atroz costumbre del Oriente, Al-Fehri, destinado desde niño al misterioso servicio del harém, habia sido condenado en tierna edad á no imitar nunca la voz humana: privado de la lengua, sus expresiones eran señas ó afflictivos é inarticulados ruidos.

El guerrero que le observaba no pudo ménos de sonreír ante el ademán feroz y amenazador del eunuco. Habia previsto todas las dificultades de aquella arriesgada empresa, y contaba con su valor y serenidad de

ánimo para vencerlas. Rápidamente, cogió una de las antorchas que ardian junto á la mesa del banquete, y la acercó á los ricos tapices que forraban la tienda. La llama se enredó en la tela; una columna de humo espeso trepó en espirales, ennegreciendo sus recamadas labores; y pronto las llamaradas, prendiéndose en los haces de lanzas y en los costosos cortinajes que ondulaban en pabellones, treparon hasta lo alto y se encorvaron abiertas bajo el techo, rompiendo en lenguas ardientes hácia el cielo. El incendio, esparciéndose á lo léjos su siniestra claridad, alzábase como candoroso labro inmenso en mitad del campamento y despertaba así, de su profundo sueño, á los soldados de Al-Sudán que se precipitaron al rededor del pabellon del Emir.

Mas ya á este tiempo el atrevido guerrero se apartaba del lugar de aquella escena imponente. Las palabras!— «libertad y Pelagi!» proferidas por él, habian penetrado como bálsamo de vida en el corazon de Hermengarda. El desconocido, tomándola en los brazos, atravesó ligero hácia el lado del campamento donde se alojaban los Godos. Otro guerrero tenia allí de las riendas tres caballos. Hermengarda, á quien el peligro y la esperanza habian restituido toda su natural energia, no vaciló en acompañar á su audaz y misterioso salvador. Siguiendo el camino tortuoso é incierto que forraban las tiendas, y guiándose por la luna que principiaba á salir detrás de los oteros, los tres fugitivos, se encaminaron al punto del campamento, más allá del cual las montañas reflejaban ya á lo léjos la luz de la luna en sus cumbres cubiertas de nieve.

Entre tanto Al-Fehri habia corrido á llamar los negros de la guardia del Emir, cuyos gritos, al despertarles el incendio ántes que el eunuco, oyeron todavia los fugitivos. A la entrada de la tienda, el vigia que debiera avisar á sus camaradas á la primera señal de Abdulazis, habia caido en sueño más profundo que el de aquellos: un puñal, enterrado hasta el puño en la garganta, habia sellado para sièmpre sus lábios. Los gestos de desesperacion de Al-Fehri hicieron comprender á los soldados el peligro del Emir, y por entre las llamas, herido y semi-muerto, pudieron salvarlo con trabajo. Poco á poco el tumulto se extendió por el campamento: los Cheiks árabes y los capitanes de Juliano corrian al lugar del incendio, y pronto las voces desentonadas, el toque de las trompetas, el redoblar de los tambores, el tropel de los caballos, formó tal conjunto, que cualquiera que lo viese desde los cerros vecinos, habria creído que allí en el campamento se daba una batalla nocturna.

En medio de la confusion producida por este acontecimiento inesperado, cuyo motivo y circunstancias enteramente se ignoraban, nadie reparó en los dos jinetes y en la doncella, que, atravesando rápidamente por entre las tiendas de los Árabes y de los Godos, se dirigian hácia las atalayas del Norte. Mas allí era donde el peligro mayor aguardaba á los fugitivos.

La agitacion del campo habia llegado á los oidos de los vigias. Sobresaltados por el resplandor del incendio y por el rumor que sonaba de aquella parte, su grito de alarma corria de boca en boca de unos á otros de

ros, que sucesivamente se iluminaban. En el ancho círculo que así se iba trazando, la cadena de luces y de voces se quebró súbitamente. Allá en la almenára del Norte, ningun sonido respondió al vocear de los escuchas; ninguna luz de hoguera brilló de nuevo. De cada uno de los puestos vecinos, bajó entónces á los valles una decania de corredores transfretanos y, subiendo después por una y otra cuesta, vinieron todos á dar en la cima del otero.

A la claridad de la luna, cuyos rayos inclinados rozaban ya por la tierra, vieron relucir en el suelo trozos de armaduras, y estirados al pié de ellas, los cuerpos de sus dueños envueltos en sayos de malla. ¡Rápido y violento debía haber sido el ataque, y numerosos los enemigos; porque ninguno de los atalayas habia escapado: ni uno siquiera: todos yacían allí! Robusto brazo tenían por cierto los que así se atrevían á penetrar en el campo de Abdulazis: las profundas heridas de los cadáveres daban de ello testimonio. No habia que dudar: Pelagio habia asaltado el campamento. El lejano reflejo del incendio y el ruido como de un gran combate indicaban que la tea de la venganza se habia arrojado en medio de las tiendas del Islam, y que la espada de los defensores de la España habia venido, en las tinieblas de la noche, á lavar con sangre el lugar de los banquetes, teñido aún de vino é inundo de prostitucion.

Este pensamiento cruzó ligero y confuso por la mente de los guerreros que miraban como petrificados la escena de muerte que tenían delante, alumbrada de

un lado por la débil luz de la naciente luna, y de otro por el rojizo resplandor, más flojo aún, del lejano incendio. Un trotar de caballos, que se oía en dirección de la cuesta por el lado del campamento, les llamó la atención y atrajo sus miradas. Tres bultos montados se dirigían hacia allí: dos, cubiertos de oscuras armaduras, llevaban en medio á un tercero, cuyas ropas blanqueaban á la luz de la luna. Los corredores transfretanos salieron á su encuentro, viendo, al aproximarse, que el bulto blanco era de mujer, y que los otros vestían sayos y yelmos y traían hachas de armas. Eran en todo semejantes á los guerreros de Al-Sudan que componían la guardia del Emir.

Uno de los dos se apartó de la doncella y, dirigiéndose á los capitanes de las decanías reunidas en la cima del otero, les dijo en romano, con voz que simulaba profunda cólera:

—«Los enemigos han entrado en el campamento y acometido la propia tienda de Abdulazis. Los soldados del Conde de Septum deben haberles dado paso, pues á ellos estaba confiada la guardia del campo. ¿En cuál de las atalayas están los traidores?»

—«Los valientes de la Transfretana nunca merecieron ese nombre:—replicó uno de los decanos ó capitanes de los escuchas.—Aquí fué por donde hallaron paso los enemigos; mas su camino fué por encima de cadáveres: miradlos!»

Y las dos decanías se apartaron á los lados, dejando ver veinte cadáveres tendidos por tierra.

—«Sobre ellos no cayó el oprobio en su última hora:

—dijo el guerrero, despues de contemplar un momento aquel cuadro.—Abdulazis ordena que se guarden estrechamente las salidas del campo. Los zenetas que vienen á las atalayas no tardarán en juntarse con vosotros, á fin de que ningun infiel pueda escapar, mientras nosotros vamos á conducir á lugar seguro, fuera del agitado campamento, la esclava querida del Emir. Venid!»—prosiguió, volviéndose hácia su compañero.

Y, atravesando por entre los soldados tingitanos, la doncella y sus libertadores comenzaron á bajar la cuesta apresuradamente.

Ya los tres fugitivos iban á alguna distancia, cuando, como herido por una idea súbita, uno de los escuchas exclamó:

—«¡Aquel hombre es godo! ¡Ningun árabe habla así la lengua romana: mucho ménos los rudos guerreros de Al-Sudan. A fé mia, que son enemigos!»

Los acontecimientos inesperados de aquella noche, la incertidumbre en que se hallaban los escuchas acerca de lo que en el campamento sucedia, la rapidez con que esta escena habia pasado, y, sobre todo, la audacia y el tono imperativo con que el desconocido hablára, no habian dado lugar á la reflexion y á las sospechas; mas las palabras del soldado fueron para todos un rayo de luz.

—«Tienes razon, bucelario:—dijo el capitán de la decania.—Hacedlos parar.»

Los tres, que ya iban á media cuesta, oyeron muchas voces gritar—«¡esperad!»

—«¡Somos perseguidos!»—dijo en voz baja el que

había quedado al lado de la doncella mientras el otro hablaba con los vigías.

—«¡Está salvada!»— respondió el compañero, que parecía concentrar todos sus cuidados en un pensamiento único, la fuga de Hermengarda.

Dos flechas silbaron entónces por encima de sus cabezas.

—«¡Covadonga y Pelagio!»—gritó el que profiriera las últimas palabras.

Habían llegado á la raíz del monte, junto al cual una llanura inculca y cubierta de zarzas y maleza se extendía hasta los bosques que poblaban los primeros cabezos de las serranías septentrionales.

A aquella voz, allá en la orla de la floresta, al término del zarzal, surgieron de repente unos reflejos metálicos, agitándose trémulos como las fosforescencias de un pantano en noche sin luna. Después, el grito de—«¡Covadonga y Pelagio!»—fué repetido de aquel lado del matorral, como respondiendo al del fugitivo.

—«Son nuestros valientes hermanos:—dijo al compañero el que hablára con los decanos de las tiufadías transfretanas.—Son nuestros hermanos, que nos esperan. Tú, Sancion, conducirás en medio de ellos á la noble hermana del Duque de Cantábría; entre tanto, yo detendré aquí á los miserables renegados, que ya bajan del otero para perseguirnos: los detendré mientras alcanzais la entrada del bosque y os embreñais en la serranía, siguiendo al Norte. La aspereza de las montañas y la profundidad de los valles de las Astúrias

detendrán á los enemigos, si es que yo perezco y no puedo atajarles el paso. ¡Marchad!»

—«No percerás sin mí, jinete negro:—replicó el fiero Sancion.—Cumpliré lo que ordenas, porque juré obedecerte ciegamente, en cuanto no salváramos á la hermana de Pelagio; mas apénas alcance la orilla de la floresta, donde mandaste esperar á nuestros diez compañeros, volveré con todos los que me quisieren seguir. Para acompañar á la hija de Favila bastan dos guerreros: el resto no bastará, tal vez, para detener todo el tiempo necesario para la fuga á la turba de infieles que se aproxima.»

Y sin esperar la respuesta del jinete negro, Sancion se adelantó, diciendo á la doncella, que apénas pudiera percibir algunas palabras truncadas de aquel rápido diálogo:

—«¡Partamos!»

Y á galope, acompañado de Hermengarda, pronto se alejó por la tortuosa vereda que se distinguía entre las matas como veta blanquecina estampada en la oscura alfombra de las zarzas.

La atención del caballero negro, que los seguía con la vista, se distrajo hácia el lado opuesto por el tropel, ya poco distante, de los corredores transfretanos que á toda brida se acercaban á él. Había llegado la ocasión de mostrar su extremado valor.

XV.

Á LA LUZ DE LA LUNA.

De las breñas al través los ahuyentó,
y en rápida carrera al puente los echó.

*Oficio mozárabe. — Hímnos de
SAN TORCUATO.*

Los auxilios prestados inmediatamente á Abdulaziz le habian restituido al sentimiento de la vida. El resplandor de su tienda, que aún ardía á pocos pasos del lugar adonde le habian llevado, fué la primera cosa que hirió su vista al volver de su letargo. Aquella desmesurada antorcha, cuyo rojo é intenso foco parecia cubierto de vasta cúpula de humo negro; las crepitaciones del incendio; el rumor y confusion del campamento y la inquietud que se leía en el semblante de los que le rodeaban, renovaron súbitamente en su espíritu la escena pasada poco ántes en aquel pabellon incendiado. Era un cuadro complejo y terrible: y la primera señal de vida que dió el Emir, fué un grito de horror y desesperacion. Incorporándose violentamente, quedó sentado en el almatrah en que estaba echado. Con el rostro lívido y teñido por la sangre que le corría de la frente, y la mirada espantada y feroz, asemejábase, más que á un vivo, á un muerto que, apartando el sudario, se alzára de la tumba para revelar alguno de los pavorosos misterios que encierra la aparente quietud

del sepulcro. El aspecto del Emir habia convertido en estatuas á todos los circunstantes: la inmovilidad era completa y el silencio profundo.

Pero uno y otro duraron apénas un instante. Con la voz ronca y ahogada el Árabe rugía :

— « ¡ Seguidlo ! ¡ seguid al infiel !... ¡ Sus armas son negras y semejantes á las de los guerreros de Al-Sudan !... La mejor ciudad de Al-Gharb y la más bella de mis esclavas á quien me lo traiga vivo aquí ! ¡ Todos !... ¡ id , traédmelo vivo ! ¡ Pronto , Cheiks , Walis , Kaiyds , jinetes del profeta ! ¡ Pronto ! ¡ corred tras de mi asesino ! »

Las palabras de Abdulazis revelaban el delirio de su alma : Cheiks , Walis y Kaiyds , se miraron tristemente unos á otros sin hacer un solo movimiento.

— « ¡ Qué ! ¿ no me obedecéis ? ¿ No obedecéis al hijo de Muza ? — exclamó el Emir — ¿ porque su voz no resuena en medio de las trompetas y tambores ; porque no ciñe la espada ni monta su corcel de batalla ? Sin mí , ¿ os aterran las soledades de las montañas ? Cheiks del Sahara y de Barca , Walis del Andalúz , Kaiyds y y Almocadens del ejército de los creyentes... ¡ sois cobardes y desleales ! Cuando corre esta sangre , vosotros no sabéis vengarla ! »

— « No somos desleales ni cobardes , Abdulazis : — interrumpió el jóven Abdallah , único de los jefes árabes que osaba replicar al Emir en sus violentos accesos de furor. — Mas ¿ cómo quieres que te obedezcamos , si no sabemos de quién te hemos de vengar ? De un individuo , ó de millares de ellos ; de los adoradores

de Dios, ó de los infieles nazarenos; de nuestros hermanos, ó de nuestros enemigos, no nos importa: tendrás la venganza que pides y tan completa cuanto manos de hombres puedan darla. El torrente de tus jinetes sólo espera que profieras un nombre y designes un lugar, para correr destructor é irresistible. No debes, ántes de éso, condenarnos.»

—«¿Quereis un nombre y un lugar?—interrumpió el Emir.—¿Todavía no lo adivinásteis? ¡Pelagio y las montañas del Norte! ¡Allí, allí!... Él ó un demonio fué quien me hirió... ¿Por qué?... ¿Cuándo?... ¡Ah, ya me acuerdo! ¡Iba á poseerla, y me la robaron! Por alto precio pagarán los nazarenos de Al-Djuf (1) tanta audacia. ¡A caballo, almogávares del desierto!... Persegúidlo hasta encontrarlo; pero vivo... ¡le quiero vivo en mis manos! ¡Ay de aquél que le matare!»

Algunos de los Cheiks iban ya á salir de la tienda para ejecutar las órdenes del Emir, cuando un grito de éste los detuvo!

—«¡No!... ¡no partireis sin mí! Quiero acompañaros, y os acompañaré por los montes y los llanos; quiero asistir á la carnicería de esos malaventurados, que todavía resisten los decretos de Dios. Es preciso que en breve estén en mis manos Pelagio y su hermana: ¡ámbos!... ¡que me traigan á ámbos!»

De allí á poco, unas andas cubiertas de ricas telas recibían á Abdulazis, conducido hasta ellas en el mismo almatrah ensangrentado en que los médicos judíos

(1) Véase la nota XXVIII del autor.

le curaron las heridas. Los negros jinetes de Al-Sudan rodeaban las andas, y doscientos bereberes, hijos de las serranías del Atlas, estaban allí también para transportarlas, remudándose, por las escabrosidades de las Astúrias. La vasta ciudad formada por las numerosas hileras de blancas y puntiagudas tiendas, que al subir la luna daban al campamento el aspecto de un cementerio de Oriente sin cipreses fúnebres y rectos; toda aquella multitud de pabellones blancos, semejantes á un mar de pirámides, había ya desaparecido, y apenas la luz de la luna, chocando en los hierros de las lanzas de los cerrados escuadrones y en la escarcha que caía sobre los turbantes de los jinetes, reflejaba trémula una claridad plateada.

Y el susurro que se alzaba de entre tantos millares de hombres era, apenas, el murmurio de las respiraciones oprimidas por el frío nocturno, y el resoplar de los corceles, aspirando la húmeda niebla que se alzaba de la tierra.

Más allá, en la vanguardia, hacía las atalayas del Norte, desde donde se descubrían las crestas de las montañas recortadas sobre el fondo claro del cielo, como hilera de gigantes petrificados durante una danza de embriaguez (tan fantásticos eran sus contornos), oíase el estruendo de muchas voces y el tropel de los caballos; veíanse relampaguear las armas en lo alto de los dos últimos oteros que por aquella parte rodeaban el campo, y agitarse ondas de bultos humanos, escondiéndose ola tras ola, como si los devorara un abismo abierto de súbito bajo sus piés: eran los jinetes que

trasponian la eminencia. El ejército, detrás de aquellos dos otros que formaban como un punto único, iba sucesivamente engrosando hasta el lugar en que se hallaba Abdulazis. Parecía un inmenso triángulo de hierro dispuesto para batir la muralla de la serranía, que, vestida con su armadura de selvas, esperaba el embate de aquel deforme ariete que ya principiaba á oscilar ante ella.

Al otro lado de las atalayas, en el dilatado matorral que se extendía hasta el pié de los primeros cabezos, tenía lugar, entre tanto, una escena horrenda. Los soldados transfretanos habíanse lanzado por la cuesta abajo en persecucion de los fugitivos; mas al llegar á la llanura, uno de los tres desconocidos se hallaba ante ellos esperándolos, quieto en medio de la estrecha senda abierta por entre la maleza. El hacha de armas goda y la cadena que la sujetaba al brazo, era lo único que relucía en aquella figura, cuyo sayo y caballo negros y cuyo silencio profundo hacían recordar los espectros errantes á media noche por los lugares desiertos.

Los otros dos bultos galopaban á alguna distancia, hácia la márgen del bosque, donde continuaban viéndose reflejos de armas brillantes.

— «¿Quién eres tú? — dijo uno de los capitanes de las decanías, dirigiendo el caballo hácia el bulto negro. — ¿Quién eres tú, que osaste engañar á las atalayas del campo de Abdulazis, á los guerreros del Conde de Septum?»

— «Soy un hombre que todavía no renegó de la

Cruz, ni de la España; un hombre que no aceptó el oro de los bárbaros para ser el asesino cobarde de sus hermanos!»

— «¡Miserable! ¡que reunes el engaño á la insolencia! — rugió el decano, alzando la espada: — las últimas palabras de orgullo y rebeldía acaban de salirte de los lábios!»

Y últimas palabras fueron, pero las del decano: la borda giró silbando en el aire y el transfretano cayó muerto como fulminado por el rayo.

Con un grito de horror y de cólera, los que le seguían se precipitaron sobre el desconocido.

Rodeado de unos veinte hombres, el jinete negro repetía apenas una parte de las hazañas que realizara en la jornada del Krysus. A cada golpe de la borda respondía un gemido de agonía; después, una injuria amenazadora de los que quedaban; luégo, una sonrisa de desprecio del jinete y, de allí á poco, un nuevo gemido de un alma que se despedía de la tierra. El tropel de los combatientes iba disminuyendo de instante á instante.

Pero los que iban cayendo no quedarían sin venganza. Los cabos de las decanías, ántes de perseguir á los fugitivos, habían enviado un bucelario al Conde de Septum, para referirle lo ocurrido en la atalaya y participarle que iban al alcance de aquellos á quienes irreflexivamente dieran paso. El bucelario fué á encontrar á Juliano junto á Abdulazis. Su narración y lo acaecido en la tienda del Emir eran dos hechos que mutuamente se explicaban. Los escuadrones mejor

montados corrieron prontamente en seguimiento de los fugitivos. En la idea de que sólo Pelagio podia tener audacia bastante para venir á acometer al hijo de Muza en su propia tienda, los capitanes musulmanes no habian vacilado en suponer que fuese él el desconocido. Habiéndolo á las manos ántes que se uniera á sus montañeses, su exterminio sería fácil empresa. Así, los mejores Almogávares debian perseguirlo sin tregua ni descanso hasta apoderarse de él. Y como eran bastante numerosos para resistir cualquier encuentro inesperado con los Godos de las Astúrias, bastaría que el grueso del ejército los siguiera de cerca, para hacer que la victoria fuera indudable y completa.

Unos en pos de otros, los escuadrones de los Almogávares bajaban ya de los oteros: el ruido del combate y el brillo de las armas serviales de guia. Parecian rodar por la cuesta y, ciegos en su carrera, se hundian en la maleza que estallaba bajo los piés de sus ligeros corceles. El jinete negro los vió y reflexionó. Esperar á pié firme á millares de hombres no era valor, era locura. Además de esto, sus compañeros debian haberse ya embreñado en las selvas con la hermana de Pelagio. Hasta allí no habia hecho sino defenderse de los transfretanos que le cercaban; pero convirtiendo en ataque la defensa, se arrojó contra sus adversarios y, en pocos instantes, los que no cayeron ante su hacha de armas, viéronse obligados á huir y ampararse en medio de los escuadrones que se aproximaban.

El jinete entónces dió media vuelta, y la blanquecina senda, estirada entre la maleza hasta la floresta,

comenzó á embeberse bajo los piés de su corcel. A primera vista, semejábase á un rollo de cinta tirante por momentos, que, suelto, buscára, arrollándose de nuevo, su curvatura anterior. En la rapidez de la carrera estaba su salvacion: la vanguardia de los Almogávares habia vacilado al ver retroceder tantos hombres ante uno solo; pero al retroceder éste, lanzáronse tras él sin temor para alcanzarle ántes que llegara al bosque.

Mas el espacio que los separaba era grande, y los Árabes, precipitándose á ciegas por entre zarzas y matorrales, y enredándose en ellos, se retrasaban cada vez más y aumentaban la distancia. Su gritería, que iba á perderse en los lejanos ecos de las anfractuosidades de la sierra, ayudaba al espolear del guerrero con el espanto que producía en el ágil y robusto corcel.

Ya bien cerca de la márgen de la selva, el jinete pudo distinguir unos bultos que parecían esperarlo. A su grito de—«¡Covadonga y Pelagio!»—respondió el mismo grito proferido por voz retumbante. La conoció: era la de Sancion. El fiero Gardingo cumplía su promesa. La despedida de los cristianos del campo de Abdulazis debía quedar escrita con caracteres de sangre en la historia de los triunfos del Islam.

Al llegar á la orla del bosque, las primeras palabras que soltó el jinete negro fueron dirigidas á Sancion:

—«¿Por qué volvisteis sin ordenároslo yo, vos que habiais jurado obedecerme en todo? ¿Dónde está la hermana de Pelagio?»

—«Sigue por las sinuosidades de la sierra. Astri-

miro y Gudesteo le acompañan: Hermengarda está en salvo. Sólo hasta este punto nos ligaba el juramento que dimos. Has sido nuestro capitán: ahora has cesado de serlo. Hombres libres en tierra esclava, queremos combatir donde tú combatas; morir si tú mueres. Al menos — añadió en tono amargo — no podrás decir de nuevo que fuiste el último en pelear mientras los valientes huían.»

— «¡Loco! — exclamó el jinete negro. — Junto al Krysus la España pedía á sus hijos que muriesen sin retroceder: aquí es también la patria quien exige de sus últimos defensores, que no desafíen á la muerte inútilmente. ¡Huyamos, os digo yo: que la fuga no puede deshonar á los que han probado mil veces cuánto desprecian la vida! Mirad... no son unos pocos corredores los que nos persiguen; son escuadrones y escuadrones de agarenos los que...»

Pero ellos no le escuchaban: Sancion, seguido de sus nueve compañeros, embestia con los Árabes, que habían llegado entre tanto.

Semejante al hacha penetrando hasta el corazón del roble bajo los golpes del robusto leñador, aquel puñado de hombres, con Sancion á su frente, penetró en la espesura de la caballería árabe. El herir de las espadas en los sayos y los yelmos resonó con ruido estridente, y la gritería de los sarracenos se interrumpió por momentáneo silencio: después, se oyeron gemidos sofocados, á que sucedieron nuevos gritos de amenaza y furor, y el chocar y el relucir trémulo del acero cruzándose con el acero, y el confuso tropel de los caba-

llos en reencuentro encarnizado. Los Árabes se habían parado ante tanta osadía; mas, pasado el primer espanto, los diez cristianos, acometidos por todos lados, comenzaron á cejar. El jinete negro, que permaneciera quieto, les dijo entónces:

— « Quisisteis tentar al Señor con una hazaña inútil, y el Señor os abandona. ¡Salvaos! Lo exige el desagravio de la Cruz y la libertad de España. »

Y poniéndose al lado de Sancion hizo girar su borda destructora en medio de los infieles. Ante aquel ímpetu los enemigos retrocedieron también, y el jinete, aprovechando aquel rápido instante, prosiguió:

— « A los que se avergüenzan de ahorrar la vida, para perderla con gloria cuando llegue el día del sacrificio, les daré yo el ejemplo! Podeis decir á nuestros hermanos, que el primero en huir fué el que nunca huyó; fué el jinete negro! »

Y, volviendo la espalda á los agarenos, se internó en la espesura.

Habitados á considerar al desconocido como un ser misterioso y extraordinario, los guerreros de Sancion se volvieron también, y este orgulloso Gardingo vióse obligado á imitarlos. Y, hédlos al fin, que van, en dirección al Norte, en pos de Hermengarda, mientras que los Almogávares, guiados por el galope de los caballos, cierran con ellos de cerca. Al penetrar los escuadrones en la selva, asemejábanse á serpiente enorme desenroscándose, coleando y estirándose por entre la maleza, y amenazando á cada instante tragar á los fugitivos, que difícilmente podían conservar una

pequeña distancia entre sí y sus implacables perseguidores.

Tranquila en su carrera seguía la luna por las alturas del cielo, y el aire, aunque frío, era manso y diáfano. Era una hermosa noche de invierno, más hermosa que las noches serenas del estío. Los árboles, en su mayor parte sin hojas, dibujaban en el suelo á la luz de la luna por entre sus tortuosas y desnudas ramas, figuras extrañas que vacilaban indecisas: los nudosos y pelados robles, que mezclados con las puntiagudas rocas se elevaban irregulares y fantásticos en las aristas de las empinadas cuestas y en las lomas peñascosas de las sierras, parecían hileras de demonios caminando ciegos á despeñarse en los valles ó danzando en los visos de las alturas. Los jinetes, corriendo á rienda suelta, sentían filtrarse en sus venas involuntario terror, aumentado por el estrépito imponente de la caballería sarracena que iba á perderse á gran distancia en susurro imperceptible.

La furia de la carrera crecía á medida que los fugitivos se internaban en la mayor espesura de la floresta. Durante algun tiempo habian ellos podido descubrir los picos de las montañas, y allá, muy á lo léjos, los cabezos más altos del Vinnio, reflejando la luz de la luna en su plateado manto de nieve.

Mas ya la selva comienza á clarear y los caballos resoplan con más violencia: de instante á instante los jinetes cristianos observan las estrellas del horizonte que les sirven de guía, y ven huir aquel tejido de ramas enredadas destacado sobre el fondo claro del

firmamento. Méenos frecuentes las madroñeras de espeso y perenne follaje, pasan como globos negros que, elevándose á poca altura, vuelan despedidos tras ellos por uno y otro lado. Es que los once guerreros principian ya á trepar por las alturas, base irregular de las montañas, pedestal comun de aquellos obeliscos de la creacion. El galope de los corceles produce ese áspero sonido del hierro chocando en la piedra, y la blancura de ésta revela que los torrentes pasaron por allí, arrastrando la yerba y los musgos nacidos en el otoño sobre el polvo acumulado en los herrocales por los vientos del estío. En aquel suelo pedregoso y revuelto, hácese más dificultosa la fuga, y el ímpetu de la carrera afloja visiblemente. Los Árabes comienzan ya á salir de la espesura y á aproximarse á los cristianos. Mientras éstos corren con tiento por aquel suelo desigual que les rueda bajo los piés de los caballos, porque el tropezar ó vacilar es para ellos la muerte, sus perseguidores, atentos sólo á alcanzarlos, saltan por encima del desgraciado Almogávar, que derribado por sus mismos compañeros, expira sin combate y sin gloria, y sin que la persecucion de los fugitivos deje por éso de ser como hasta allí, incesante, implacable, vertiginosa.

Cuando estuvieron ya en lo alto de la cuesta, el jinete negro y sus compañeros vieron extenderse hácia adelante una llanura, á cuyo fin la sierra se alzaba de nuevo con sus mil accidentes de cordilleras cortadas, de harrancos profundos, de gargantas breñosas, y junto á éstas, agudos picos lanzándose al aire ó colgando so-

bre los abismos y torrentes. La naturaleza, más ruda en aquellos parajes, tenía un aspecto sombrío, vista así de cerca y á la luz de la luna: era como un océano tempestuoso, donde todas las gradaciones del iris se confundían y mezclaban, desde la descolorida y pálida blancura de la roca, hasta la oscuridad espesa de los pinos, retintos en la negrura de la noche.

Y por aquella dilatada llanura los once valientes sueltan las riendas á los corceles y ensangriéntales el vientre con incesante espolear: ya el ruido de su carrera no le sienten; confúndese con el estrépito del árabe escuadron que más de cerca les sigue. La venganza les va á su alcance; y si alguno vuelve atrás la vista, aquel torbellino que rueda en pós de ellos, negro, rápido, tortuoso, compuesto de centenares de bultos, de encendidos ojos brillando en las tinieblas, de blancos dientes como los del javalí irritado, figurasele una legion de demonios; y una risa infernal al golpear de las espadas, el resoplar de los caballos y el murmurar de los jinetes, que parecen entonarles ya el cántico de muerte.

En la extensa meseta, tanto la fuga como la persecucion son un frenesí, un delirio. Cristianos y musulmanes desaparecen por entre las zarzas esmaltadas de rocío, hendiendo el aire que zumba á su alrededor con gémido continuo. Cristianos y musulmanes ponen todos sus sentidos en esta última tentativa. Más allá de la llanura, los acantilados y las selvas gigantes son la esperanza de los unos, el desaliento de los otros. Aquí, los precipicios cortan súbitamente los caminos

abiertos en la maleza por las fieras, y al fin del hondo valle los peñascos cierran inesperadamente la salida: allí, la tortuosa senda va á morir en el torrente; allá, el torrente en catarata. — Sábenlo los Godós acostumbrados á aquellas soledades alpestrés; los Árabes lo adivinan al descubrir el espectáculo que tienen delante, especie de caos engendrado por las convulsiones del globo en su vida de muchos siglos y que la tibialaridad de la noche hace aún más fantástico.

Los cristianos, por fin, atraviesan el yermo y comienzan á embreñarse en las soledades de las más ágrías montañas. Los agarenos redoblan entónces su energía; pero en valde. Pocos pasos médian entre unos y otros, y los fugitivos sienten ya el resoplar de los caballos y el fuerte respirar de los enemigos; mas ese espacio no se acorta: parece estar allí por medio el brazo de la Providencia para salvar á los defensores de la Cruz. Furiosos, olvidados de la voluntad de Abdulazis que exige para pasto de tormentos aquellas pocas vidas, los guerreros del Emir despiden las lanzas desde lejos, que van en su mayor parte á clavarse en los troncos de los robles. Dos, sin embargo, silban por entre los fugitivos, y al mismo tiempo dos caballos se paran, vacilan y caen. Son los de Viterico y Liuva, los más jóvenes de los once guerreros. Sin transición, sin esperanza, el espectro de la muerte álzaseles delante, fatal, incontrastable. — « ¡Oh madre mia, ven á recibir á tu hijo! » — fueron las únicas palabras de Viterico, último grito de un moribundo lleno de vida consagrado á sus recuerdos maternos. — Liuva murmuró también un

nombre; pero sólo Dios y él lo oyeron: era el de su amante, violada y muerta en la toma de Emérita (1). En su trance final, aquella alma pura no reveló á los hombres el misterio del amor, de la desesperacion y del sepulcro. Separado de aquella en quien concentrara el afecto de un corazon virgen y que tan tristemente perdiera, Liuva, huérfano en el mundo, solitario sobre las ruinas de España y sobre las ruinas de su propia existencia, era el primero en arrojarle á los peligros; y en esa noche, en fin, llegaba para el desgraciado la hora apetejada del reposo eterno.

En vano los Almogávares delanteros intentaron de-

(1) *Emérita* (Mérida). Augusto, después de la guerra cántabrica, dotó á algunas de sus legiones de veteranos licenciados (*eméritos*) con esta ciudad, que en 729 de la fundacion de Roma—25 ántes de J. C.—mandó construir sobre la márgen derecha del Anas ó Guadiana, en la region de los Túrdulos, dándola su nombre y el de sus *eméritos*: *Emérita-Augusta* ó *Emérita-Julia-Augusta*. Bajo la dominacion romana fué capital de la Lusitania, y una de las primeras y más magníficas ciudades del Imperio Romano. Sus altos y gruesos muros, de seis leguas de circunferencia, con 3.700 torres y 84 puertas, comprendian, entre otras maravillas dignas rivales de Roma, cinco alcázares, uno de los cuales, en el centro de una gran plaza, tenia veinte torres de prodigiosa altura. Su guarnicion constaba en tiempo de paz, de 80.000 infantes y 10.000 caballos. Cuando Muza acampó ante sus muros dícese que exclamó: «dichoso el que triunfe de esta ciudad, monumento inmenso de la industria humana» El la rindió en Julio de 712 después de largo sitio. Desde entónces Mérida fué sólo un *Waliato* hasta 1228 que cayó en poder de Alfonso IX de Leon. (*N. del T.*)

tener su carrera para coger á los dos Godos derribados: empujados por los que les seguian y arrastrados por su propio ímpetu, saltaron por cima de ellos; y cuando, á los gritos de los almocadens, al refrenar los caballos, al barajarse los escuadrones en apiñado círculo y abrirse á los lados, pudieron levantarlos del suelo donde yacían, ya sus almas habian volado al cielo, y sus cadáveres, aplastados, ensangrentados, descoyuntados, eran dos masas informes, en que á penas se divisaban vestigios de figuras humanas.

Cuando Viterico y Liuva cayeron, un movimiento rápido de vacilacion aflojó un poco la fuga de sus compañeros; más el grito de— ¡adelante! —proferido por el jinete negro, retumbó en sus oídos, y á aquella voz siguieron algunas palabras mezcladas de lágrimas, que revelaba lo trémulo y cortado de su acento:

—«Las almas de los dos mártires suben en este instante al cielo:—dijo—ellas pedirán al Señor que salve la libertad y la vida de sus hermanos, que sólo quieren una y otra para combatir por los altares de Cristo.»

Al terminar estas palabras, el jinete negro clavó los acicates en el vientre del caballo y repitió:—«¡adelante!»

Y los otros Godos le siguieron ya sin vacilar: la carrera habíase convertido en una especie de vértigo, de furia loca y desesperada.

Desordenados ya los Almogávares, al detenerse para alzar los dos cadáveres, vieron desaparecer á los Godos por una estrecha garganta entre rocas y malezas, mientras sus almocadens les gritaban también—«¡adelante!»

Y los primeros que pudieron obedecer se arrojaron por aquella especie de boquete abierto por los torrentes de muchos siglos; mas las sinuosidades y asperezas de las rocas les ocultaban á los Godos y, obligados á pararse frecuentemente para averiguar su camino, sentían cada vez más lejano el tropel de los caballos.

Podía decirse que las palabras del jinete negro habían sido proféticas: la sangre de los dos mártires era, tal vez, el precio de la redención de los fugitivos.

EL CASTRO ROMANO.

La espantosa profundidad del hondo precipicio está ahí patente: él inspira terror en quien lo contempla desde arriba.

VALERIO BERGIDENSE—*Explicaciones.*

Era cerca del amanecer: el crepúsculo matutino alumbraba débilmente las márgenes de un río estrecho y sombrío, turbio y caudaloso con las lluvias del invierno. Apretado entre orillas fragosas y escarpadas, oíasele mugir á lo léjos con incesante ruido. De trecho en trecho, destorcido en millares de hilos, despeñábase de las cataratas en hondas simas donde hervía y, vomitando borbotones de espuma y atropellándose á sí mismo, lanzábase unido por su lecho de rocas, hasta de nuevo rodar y despedazarse en hondos despeñaderos. Era el Sallia (1), que, de caída en caída, rompía por entre las montañas y se encaminaba al mar Cantábrico. Cerca todavía de sus fuentes, veíalo el estío pasar pobre y límpido, murmurando á la sombra de los chopos y los sauces, ora por entre matas y espinos que se inclinaban de bruces aquí y allá sobre su corriente, ora por entre calvos pedregales ó regueros es-

(1) Véase nuestra nota (2), pág. 162.

térriles, donde en vano intentaba ensayar su bramido del invierno. Mas, cuando, las aguas del cielo comenzaban á fines del otoño, á azotar la pálida faz de los cabezos—osamenta desnuda de las sierras—y á unirse en torrentes por las gargantas y los valles; ó cuando el sol vivo y el aire tibio de un hermoso día derretían la orla de las nieves perpétuas en los inaccesibles picos de las más altas montañas, entónces el Sallia se precipitaba como irritada fiera, é impaciente en su soberbia arrancaba los peñascos, removía las raíces de los árboles seculares, acarrea las tierras y rebramaba pavoroso, hasta llegar á las llanuras cuyo suelo no le oprimía, ántes le permitía explayarse por los prados y juncuales y correr plácido al mar; donde, al fin, reposaba, como ébrio que adormece después del bracear y bregar de la embriaguez.

En la márgen derecha del río, que entónces pasaba caudaloso por uno de los valles de la vertiente occidental de las montañas de Astúrias, veíanse todavía á principios del octavo siglo las ruinas de un antiguo *Castro* ó campamento romano. Hallábanse éstas en una especie de promontorio de rocas colgado sobre la corriente y tajado casi á pico por todos lados. Al borde de este espacioso risco, cuya superficie formaba una meseta irregular, veíanse fragmentos de gruesos lienzos de vallas de piedra, y en lo alto de una empinada ladera, que conducía á la entrada de aquel circuito, se hallaban los vestigios de una puerta de campo, probablemente la pretoria: la decumana, frontera á ella, formaba fuera del muro un pequeño terrado,

á cuyo borde y á bastante profundidad pasaba el rio, negro y veloz con mugido continuo. Al borde tambien de la roca aplomada sobre el agua, percibianse algunos hoyos hondos, que mostraban haber servido para encajar las vigas de un puente lanzado á la otra márgen, tambien elevada y peñascosa. La situacion de aquellas ruinas, la forma cási circular de las vallas y su disposicion interior, evidentemente indicaban uno de los invernáculos ó campamentos de invierno levantados por las legiones de Roma en sus repetidas y cási siempre inútiles tentativas para subyugar á los celtíberos de las cordilleras de la Cantábría y de las Astúrias.

Pero el puente romano, si en otro tiempo existió allí, lo habian consumido las injurias del tiempo. En su lugar, los habitantes de aquellas soledades habian tumbado á través del Sallia un roble gigantesco, uno de esos hijos primogénitos de la tierra, que en sus dias seculares habia ido trabando sus raíces en los senos de la piedra, hasta ir á beber en el lecho del rio. El monstruoso árbol, derribado sobre la corriente, habia caído sobre el acantilado frontero, y vivia de una vegetacion moribunda que apenas podia conservar á través del tronco, arrancado cási enteramente del suelo. Calvo y musgoso, sólo algun retoño, que de su arrugada epidérmis reventaba en la primavera para morir en el estio, daba señal de que el rey de los bosques no era todavia enteramente cadáver. Mas esa poca vida bastaba para que la ruda obra de los bárbaros montañeses fuera más duradera que la edificacion regu-

lar y sólida de los antiguos *metatores* ó ingenieros de las legiones romanas. Para aquellos, sin embargo, que no estuviesen hechos á perseguir la cebra por las cuestas escarpadas, á saltar los precipicios tras la cabra montés y á combatir con los osos y javalies al borde de los barrancos sin turbárseles la vista; para éstos el puente vegetal de los astúres era un sitio arriesgado. En medio de aquel estrecho, irregular y cilíndrico paso, sintiendo y viendo mugir y desaparecer bajo los piés la hinchada y turbia corriente, era casi imposible no vacilar: y al vacilar, debía seguir el despeñarse; y al despeñarse, la muerte. A la altura de la caída y al ímpetu de las aguas, uníase lo agudo de las rocas, entre las cuales el río se retorcia y despedazaba espumoso.

Al partir de Covadonga y dirigirse al campo de Abdulazis, los cristianos habían rodeado el Vinnio siguiendo más al Oriente; pero habituados en sus continuas correrías á discurrir por los atajos y veredas de las montañas, habían previsto de antemano que, en el caso de llevar á cabo su temeraria empresa, la fragosidad de la sierra sería su mejor amparo contra la persecucion de los Árabes. Así es que habían trazado el camino que debían seguir en la fuga, viniendo á atravesar el Sallia cerca ya de su escondrijo, por aquella especie de paso fortificado, conocido todavía entre los Godos con el nombre de *Castrum Paganorum* ó campamento de los paganos.

Justamente al teñirse el horizonte con las rojizas fajas precursoras del sol, dos jinetes subían al galope

por la ladera que conducía á las ruinas del castro romano. En medio de ellos, cabalgando también en ágil á la vez que robusto alazan, una dama vestida de blanco parecía no poder ya mantenerse en la silla, asegurándose unas veces al arzon, otras á las crines flotantes del valiente animal.

Eran Hermengarda y sus dos guardadores que llegaban, por fin, á las márgenes del Sallia. Poco restaba para que la hermosa hermana de Pelagio hallára, después de tantos peligros y terrores, paz y abrigo en los ruidos palacios de su valeroso hermano.

Mas la carrera violenta é incesante por sendas montuosas y ásperas habia agotado las fuerzas físicas de la hija de Favila, como los sucesos porque pasára desde que partió de Tarraco le habian casi aniquilado las del espíritu. Al llegar á aquellos restos del campamento romano sentíase desfallecer de cansancio, al paso que la fiebre y la sed devoraban sus entrañas. Los dos jinetes, al mirarla á la luz de la alborada, notaron su palidez mortal. —A veces durante el camino, y sobre todo en los sitios más altos, cuando las ráfagas del Norte se calmaban un momento, percibían á lo lejos un débil ruido, vago y continuo, semejante á un tropel de caballos; pero ya hacía tiempo que sólo sentían el estrepitoso galopar de sus propios corceles, aunque el viento habia caído del todo á la madrugada. Inquietos, además, por la suerte de los compañeros que habian dejado atrás, resolvieron parar en aquellas ruinas. Asaltados de improvisto por los Árabes, seriales fácil trasponer el puente natural que tenían delante, y las

pocas raíces, que sujetaban al moribundo roble en la margen opuesta, cederían bien pronto á los afilados cortes de sus frankisks. Entónces el tronco del viejo árbol se despeñaría en el abismo, y el lecho escarpado del Sallia quedaría como barrera entre ellos y sus enemigos.

Apeados los dos guerreros, tomaron en brazos á la hermana de Pelagio y la reclinaron sobre un montículo cubierto de césped y musgos, que por su situación—donde probablemente quedaba la división entre el pretorio y la parte inferior del campo—daba indicios de ser el asiento de las aras de los dioses que los romanos solían colocar en medio de sus campamentos. Ateridá exteriormente, al paso que el ardor de la fiebre quemaba su sangre, Hermengarda, apénas tocó en tierra, sólo pudo pronunciar la palabra «sed», cayéndo exánime sobre el césped cubierto de rocío. La única señal que en ella revelaba la vida era el temblor convulsivo que violentamente la agitaba.

Mientras Astrimiro subía á la valla para descubrir mejor el camino que habían seguido, Gudesteo se ocupaba en reunir algunos troncos de árboles y hojas secas amontonadas por los vientos, y que las lluvias del otoño no habían arrastrado todavía. Pronto el aire tibio de una hoguera hizo volver en sí á la doncella: el guerrero la ofreció un pequénio frasco de sidra que había descolgado del arzon, con lo cual restituyó algún vigor á sus miembros entorpecidos. Después, Gudesteo llamó á su compañero y le dijo:

— «Los caballos no pueden pasar al otro lado: id y

echadlos hácia el lado oriental de la montaña; que ellos buscarán la senda por cima de las fuentes del Sallia y bajarán á Covadonga.

Y Astrimiro, guiando los tres caballos por la ladera abajo, los acarició uno á uno y, asegurándoles las riendas á la epípa, dió un silbido particular. Los caballos enderezaron las orejas, aspiraron ruidosamente el aire y partieron al galope por medio de la selva hácia el punto que Gudesteo habia indicado.

Este, luego que los vió desaparecer, se dirigió hácia Hermengarda.

—« Es necesario, señora — la dijo — una última prueba de valor; es necesario partir ya. Nuestros corceles, enseñados á volver solos al campo cristiano del desierto cuando los ardides ó los peligros de la guerra nos obligan á abandonarlos, no causarian ni extrañeza ni recelo al aparecer allí sin sus dueños, á no ser por las circunstancias extraordinarias de nuestra correría. Mas ¿quién podrá decir al Duque de Cantábrica la suerte que nos ha cabido en la temeraria empresa que acometimos? ¿Quién, sino vos misma, restituida á sus brazos, le dará la seguridad de que estais libre de las manos de los infieles? Para nosotros, acostumbrados á descender por precipicios y á salvar torrentes, ese puente estrecho y selvático es fácil de trasponer á la carrera y sin mirar al abismo. Invocad toda la energia de vuestra alma, todas vuestras fuerzas, para vencer este último obstáculo, y dentro de pocas horas veremos los cerros que rodean la caverna de Covadonga. Sobre nuestros hombros os conduciremos en un lecho

de ramas desde la margen opuesta: hombres libres y Gardingos, harémos el oficio de siervos, porque sois una dama y la hermana del noble y valiente Pelagio...
 —Astrimiro! mostrad que el riesgo sólo existe cuando existe el temor.»

Astrimiro entónces, mirando fijamente ante sí, atravesó con ligero y seguro paso sobre el redondo y nudoso tronco y, en un instante, se encontró al otro lado.

Hermengarda había comprendido bien la necesidad de reunir en aquel momento toda la robustez de su ánimo; pero, al levantarse, comprendió que sus miembros doloridos y exhaustos casi rehusaban obedecer. Apoyándose, sin embargo, en el brazo de Gudesteo, se encaminó al terradillo exterior que al otro lado de las vallas había sobre el torrente. Allí, antes de llegar al pavoroso tránsito, se arrodilló y, levantando las manos y los ojos al cielo, quedó abstraída en oracion fervorosa é íntima sin mover los labios. Con sus blancas ropas y en completa inmovilidad, diríase que era uno de esos ángeles inclinados sobre los *lodams* de los capiteles góticos que en el frontispicio de las catedrales parecen el símbolo de la morada de las preces, si los primeros rayos del sol, cuyo disco asomaba ya por detrás de las colinas, no reveláran en ella la vida, brillando en sus dorados cabellos y en el velo de lágrimas que ofuscaba su vista y comenzaba á deslizarse en dos hilos brillantes á lo largo del rostro, donde el rubor de la fiebre asomaba por entre la palidez, como amapolas entre miés madura.

Después de algunos instantes, se levantó y dirigió

hacia el roble, cuyo tronco monstruoso se asemejaba á la calva cabeza de un gigante apoyando rígido los piés en la otra orilla. Gudesteo la seguía de cerca, extendiendo los brazos involuntariamente como para sostenerla; mientras Astrimiro, también por movimiento maquinal, de pié sobre las tortuosas raíces del árbol é inclinándose hacia adelante, la ofrecía su robusta mano, como si la distancia permitiera alcanzarla.

En el momento en que ya ponía el pié sobre el tronco, el blanquecino reflejo de la espuma, que hervía allá abajo en medio del tibio crepúsculo del profundo cáuce, y el estrépito del torrente que se revolvía por entre los musgos y limos adheridos á las paredes irregulares del despeñadero; hicieron bajar los ojos á Hermengarda hacia el abismo, como fascinación irresistible, como conjuro diabólico. Clavados en aquel horrendo espectáculo, fijos, espantados, no podía apartarlos de aquel caos infernal, en que las aguas, arremolinándose ó despeñándose entre las rocas, ora negreaban precipitándose hacia adelante, ora, rechazadas, despedazadas en ondas espumosas, cruzándose ó esparciéndose, mezclaban en su confuso ruido un murmullo y rugido de dolor, de cólera, de desesperacion, de agonía, que voces humanas no sabrían imitar y que sólo puede compararse al concierto de blasfemias de los condenados, cuando entonan el himno atroz de sus eternas maldiciones contra Dios.

Y Hermengarda sentía un ansia vertiginosa de lanzarse á aquel abismo; una como atracción magnética, voluptuosa, indecible, á favor de la cual luchaba un

sentimiento misterioso y vago pero ardiente, al mismo tiempo que alma y cuerpo la repelían por instinto y por amor á la vida. Con las manos contraidas, la frente inclinada y la incierta mirada del moribundo, la doncella parecia petrificada al dar el primer paso para trasponer aquella meta, más allá de la cuál únicamente existia la esperanza.

Al observar el aspecto de la hermana de Pelagio, comprendió Gudesteo que bastaria un instante para malograr el fruto de los peligros hasta allí corridos. Más de una vez, ántes de habituarse á su vida de forajido, al pasar por los bordes de los torrentes ó por las aristas de los precipicios, él mismo habia sentido esa fascinacion del terror, ese magnetismo de la muerte que suele subyugarnos y atraernos cuando por las primeras veces nos hallamos sobre algun abismo: sentimiento de voluptuosidad dolorosa que, paralizándonos los movimientos porque nos duplica el terror, nos salva, tal vez, del suicidio, al mismo tiempo que nos incita á él con atractivo inexplicable.

El guerrero, asegurando violentamente el brazo de la doncella, deshizo aquella especie de encanto fatal, obligándola á retroceder algunos pasos. Entónces Hermengarda, como si despertára de un sueño, balbuceó: —«¡No puedo!»—Y sollozaba, y las lágrimas rodaban abundantes por sus mejillas macilentas; y presa de temblor convulsivo, vacilaban sus rodillas y habria caido en tierra, si Gudesteo no la hubiera sostenido.

Astrimiro, al ver el movimiento de su compañero, atravesó de nuevo el arriesgado paso. Una idea horrible

cruzó por la mente de ámbos : ¡ que los Árabes podían llegar de pronto! Miráronse mutuamente, y cada uno de ellos notó que el semblante del otro se había demudado. Gudesteo volvió la cabeza y miró hácia la selva, porque le había parecido oír un rumor sordo. Astrimiro, que había creído oír lo mismo, corrió de nuevo al muro.

Y el ruido sonaba, en efecto. Los dos guerreros ni respiraban. Era un tropel de caballos á rienda suelta: no había que dudar. En aquellos cortos instantes, se resumió para ámbos un siglo de mortales angustias.

Son nueve: nueve los que salen de la espesura, corriendo frenéticos y desordenados en direccion á las ruinas. Y son Godos! las anchas hojas de los frankisks relucen golpeando sus muslos en el rápido galope: del lado de los charcos están salpicadas sus oscuras y bruidas armaduras. Ondean erizadas las crines de los corceles, cuyos pechos mosquea la espuma, cuyos frenos tiñe la sangre. El misterioso jinete negro viene á su frente. — « ¡Hédlos! » grita Astrimiro con alegría frenética. — « ¡ Están salvos! »

« ¡ Salvos! » — interrumpió tristemente Gudesteo y, sin moverse, miró á Astrimiro y después á Hermentanda sostenida en sus brazos.

— « Perdidos! y perdidos con nosotros y como nosotros! » — replicó en tono lúgubre Astrimiro, para quien la interrupcion y la mirada de Gudesteo habian sido un rayo de aterradora luz.

El Sallia era la línea trazada por mano de hechicera con la verbena mágica, más allá de la cual no

pasará jamás aquel ante cuyos piés se trazó. El juramento prestado y, más que ése, la lealtad de guerreros godos no les permitía abandonar á la hermana de su capitán; no lo consentiría el fiero jinete negro, aquel hombre ó fantasma; cuya vida era un secreto, cuya voluntad era de hierro; cuya voz, para amigos y enemigos, era terrible como decreto de lo alto.

Y en un abrir y cerrar de ojos los nueve traspusieron el valle, subieron la cuesta y se lanzaron de tropel en medio de las ruinas del campamento romano. El jinete negro fué el primero en desmontar: los otros ocho le imitaron.

— «Pronto, pronto! — dijo: — ¡lanzad los caballos hácia las breñas, y átravesemos el Sallia! No hay un momento que perder, si queremos salvarnos!»

Y se oyó un silbido acorde, único; estridente de todos los recién llegados. Suelos los córceles, descendieron de nuevo la ladera respirando con violencia, y siguieron la pista de los tres que poco antes, al silbido de Antrimiro, se habían embreñado en la floresta al Oriente por las márgenes del Sallia.

Mas al volverse el jinete negro retrocedió, sin poder contener un grito de espanto: hasta entónces no habia visto á Gudesteo y á Hermengarda casi desfallecida en los brazos de éste.

— «¿Vos aquí! ¿Todavía aquí! — exclamó con un gesto de espanto mezclado de afliccion, y perdiendo la solemne y altiva compostura que supo siempre conservar hasta en las situaciones más arriesgadas y en los trances más dolorosos. — ¡Pronto, pronto; pasad el río!

Los infieles nos siguen de cerca, y sus escuadrones no tardarán en trasponer aquellas colinas. El Sallia es la única barrera que puede atajar el paso á esos corredores africanos, iguales en robustéz y ligereza á nuestros corceles montaraces. ¡Hermana de Pelagio!—añadió, dirigiéndose á la doncella que parecia ajena á lo que pasaba á su alrededor, y que á cada instante volvia hácia el despeñadero una mirada de terror.— ¡Hermana de Pelagio, por Dios, cobrad ánimo! Dos de los más valientes guerreros de la Cruz dejámoslos allá despedazados bajo los piés de la caballería árabe: estos que aquí veis, pronto acabarán al filo del hierro enemigo si no pudieren salvaros. Lo han jurado, y han de cumplirlo. No os lo ruego por mí: no quiero, no puedo querer de vos recompensa; pero mis ruegos son por los hermanos de armas del Duque de Cantabria; por los que han mezclado con las tuyas las lágrimas del destierro y comido con él el negro pan del proscrito. Nunca os pedirian ante Dios cuenta de su sangre; éso no valdria la pena; mas, ¿quién sabe si no os la pedirian Cristo por su religion, y España por su libertad?...

Hermengarda no habia oido todavía al caballero negro sino los sonidos casi inarticulados de su grito de guerra: mas ahora, estas palabras proferidas en tono enérgico pero con voz trémula, resonaron en sus oidos, como la voz de alguién que en vida conociera y que el sepulcro tal vez habia tragado. El terror que embargaba sus miembros se redobló ante aquella voz: sin embargo, en un arranque convulsivo de deseme-

ración, se encaminó con inciertos pasos hacia el puente fatal; mas retrocedió al llegar á él: habia dirigido de nuevo los ojos al torrente, y de nuevo el torrente, como sortilegio diabólico, la habia fascinado.

—« ¡ Por todo cuanto habeis amado, guerreros de la Cruz! — exclamó ella desvariada: — ¡ en nombre del cielo, abandonadme! El desaliento y el susto me abrigarán en el seno de la muerte contra la violencia de los infieles. No puedo!... no puedo vencer ese terrible abismo que ha de tragarme! »

Los guerreros de Pelagio, al escoger aquella senda para su fuga, no habian contado con un corazón de mujer, mezcla de valor y timidez, de energía y flaqueza que para la Filosofía será siempre un misterio.

—« Los Árabes! » — Esta palabra, mil y mil veces repetida entónces en la España, como el doblar á muerto en país asolado por la peste, sonó tras de los jinetes, apiñados junto á los vestigios de la puerta decumana. Habíala proferido Astrimiro que desde el muro tenia clavada la vista en los montes fronteros, hasta cuyas gargantas se dilataba la selva.

Los guerreros se apartaron súbitamente á un lado, y vieron las cimas de la cordillera coronadas de musulmanes: las brufidas hojas de los frankisks, pendientes de sus brazos por una cadena de hierro, brillaban ligeramente trémulas.

Sólo Hermengarda bajó los ojos y se arrodilló con las manos erguidas en medio de ellos, balbuceando: — « No puedo! Abandonadme! »

Entónces el jinete negro, tomándola por la mano,

corrió la vista por sus compañeros; había en su semblante la misma imperiosa y siniestra expresión de que se revistiera cuando en Covadonga había impedido la salida de Pelagio.

«¿Cuál de vosotros se atreve á tomar en los brazos á la hermana del Duque de Cantabria y conducirla por cima del abismo á la otra margen? ¿Cuál de vosotros se atreve á jurar sobre la cruz de su espada, que sin vacilar lo hará?»

Hubo un instante de silencio; todos los semblantes palidieceron; todos los labios callaron.

Un alarido de muchas voces lo interrumpió: eran los infantes, que desde la mitad de la cueva habían divisado á los fugitivos y se lanzaban hácia el valle.

«No hay entre vosotros ninguno que se atreva?» volvió á preguntar el misterioso guerrero, clavando la vista sucesivamente en todos. «Vaya seguro el que lo intente: la entrada de este recinto es estrecha, y los paganos ántes de llegar al Salla pasarán sobre mi cadáver. Direis después á Pelagio que solamente el jinete negro le pide, á él y á su hermana, algunas lágrimas en memoria de un tirado de Witiza que dejó de vivir. Llamábase Barico. Él lo conoció en Tarraco, todavía de tiernos años. Fruela, Gudesteo y tú Sancion, ¿cuál de vosotros será el mensajero? ¿cuál de vosotros será el salvador de Hermengarda?»

Todos callaron de nuevo; mas ya no había silencio: oíase bien cerca, en lo hondo del valle, el ruido de los corredores sarracenos.

Y al preferir el jinete negro el nombre «Eurico»,

la hermana de Pelagio soltó un gemido y cayó en tierra como muerta.

«Ninguno!» —rugió el guerrero casi sofocado de furor y angustia: y alargando la vista por el portal del recinto; vió blanquear los turbantes y, después, surgir rostros tostados y, después, relucir armas. Los Árabes comenzaban á galopar por la ladera. Astrimiro había bajado de un salto de la valla.

La contraccion de agonía que en aquel momento asomó al rostro del jinete negro al extender hácia el cielo los puños cerrados, no la podrian expresar palabras humanas. No dijo más. Tomó en los brazos aquel cuerpo de mujer que yacía á sus piés, y se dirigió al estrecho puente del Sallia. Era su paso rígido, vagaroso, solemne, como el de un fantasma: parecia que sus pisadas no tenian ruido; que su cotazon habia cesado de latir y sus pulmones de respirar.

Viéronle atravesar lento como una sombra; como sombra, lento, rígido, solemne, internarse con Hermengarda en la selva de la otra márgen.

¿Era un cuerpo ó un cadáver lo que conducia? ¿Hermengarda estaba muerta ó en salvo?

Sancion y los demás Godos habian quedado inmóviles de susto y espanto. Aquél hombre, el ménos habituado á cruzar sobre los precipicios de las montañas, habia ejecutado un hecho; para el que á ellos les desfalleciera el ánimo. Mal sabian ellos cuánto más ásperos eran los acantilados del Calpe; cuánto más numerosos sus despeñaderos, más profundos sus barrancos, y cuántas veces aquel hombre los habia cruzado en la

oscuridad de la alta noche, por entre los remolinos y el bramar del viento y de las tempestades.

Pero sólo un momento rapidísimo duró la inmovilidad de los Godos; porque sólo éso tardó el jinete negro en trasponer la breve anchura del Sallia y meterse en la floresta, que de las alturas de enfrente bajaba hasta casi el escarpado borde del río.

Unos tras otros, los diez guerreros pasaron rápidamente sobre el nudoso roble, sin mirar al abismo negro, revuelto y estrepitoso que mugía allá abajo y parecía con su estruendo querer atraerlos y devorarlos.

Sancion fué el último en pasar: á la mitad del río sintió tras de sí el tumulto de los Árabes que se precipitaban dentro de los arruinados muros romanos. No titubeó y siguió adelante. Al llegar á la margen opuesta volvió la vista y vió que algunos de los enemigos echaban ya pié á tierra y, ciegos de cólera, se lanzaban al puente fatal.

— «¡Aquí, Godes!» — gritó; y el primer golpe del frankisk resonó sordamente, penetrando en las raíces aún vivas del viejo árbol.

Y poco á poco los agarenos comenzaron á marchar sobre el trenco que el golpe de Sancion estremeciera, y, asegurándose en los huecos y en las asperezas de su gruesa corteza, avanzaban, como el *estelio* (1) se arrastra en las ruinas de Balbek (2) sobre los pilares de las columnas caídas.

(1) *Estelio*: especie de lagarto. (N. del trad.).

(2) *Balbek*: es la antigua Heñópolis — ciudad del Sol — en

Cristianos é infieles guardaban silencio: su situacion era una de esas en que expira la voz en la garganta, en que la vida parece paralizarse.

Y los Árabes continuaban avanzando, y los golpes de las pesadas segures herian roncós, y cada vez más violentos y repetidos, en las raíces que saltaban en astillas; y ya los ojos verdosos de cólera, chispeantes, desvariados, de los infieles, cuyas negras barbas harrian el tronco, se encontraban con el torvo mirar de Sancion, que encorvado vibraba golpes sobre golpes, rodeado de algunos compañeros que le imitaban, mientras los otros con los frankisks en las manos se preparaban á rechazar á los enemigos, que sólo uno á uno podian salvar tan estrecho paso.

Mas de pronto crujen y estallan las últimas fibras del leño; el monstruoso árbol salta de su base de piedra, escápase de la orilla opuesta, cae por entre las agudas y limosas rocas que vuelan en pedazos, y va á chocar sobre el dorso del torrente, cuyo estrépito se confunde con el alarido de los infieles precipitados, que dejan los fragmentos de las armaduras, de los vestidos y de los miembros pendientes de los picos de las rocas. Las aguas, trepando en sábanas de espuma por las anfractuosidades del precipicio, lamen la san-

la Siria, situada al N. y cerca del Anti-Líbano, entre Tripoli y Damasco, á 75 kilómetros de esta última, y á cuyos Kalifas perteneció en el siglo viii. Hoy corresponde al Egipto. Todavía existen las bellas ruinas de su famoso templo del Sol, del cual tomó su nombre. (N. del trad.)

gre de que están teñidas. Después flota el grueso madero, deriva por la corriente y allá va, envuelto en ella, en busca de las soledades del mar.

Los Árabes, que llenan el recinto de las ruinas, han retrocedido ante tan horroroso espectáculo, y los Godos envíanles una carcajada de feroz insulto, desapareciendo en la espesura de las breñas que se extienden hasta las raíces de la montaña de Auseba (1), término de su viaje (2).

(1) *Auseba*: montaña de la provincia de Oviedo, único punto por donde era accesible la cueva de Covadonga. (*N. del trad.*)

(2) El bello é interesante episodio del cautiverio de Herme-
gardo, que el autor ha sabido trazar y entretrejer tan admirably
blemente con el final de su leyenda, no es una mera invención
de poeta; está fundado en un hecho que el P. Mariana refiere
como cierto en el cap. I, lib. VII de su *Historia de España*. La
forma, nudo, detalles, personajes y lugar de la acción son obra
exclusiva de la valiente y poética fantasía del escritor portu-
gués. En cuanto al fondo, hé aquí, en resumen, lo que dice el
historiador toledano: « Tenia D. Pelayo una hermana en edad
muy florida y de hermosura extraordinaria. Munuza, gobernador
de Gijón, deseaba grandemente casar con esta doncella; pero
no teniendo alguna esperanza que D. Pelayo vendría en lo que
él tanto deseaba, acordó, con maestra de amistad, enviarla á
Córdoba, al capitan Tarif, sobre ciertos negocios. Con la ausen-
cia de D. Pelayo fácilmente salió con su intento. Vuelto el her-
mano de la embajada y sabida la afrenta de su casa, cuán grave
dolor recibiese y con cuántas llamas de ira se abrasase dentro
de sí, cualquiera le podrá entender por sí mismo. Dábase pena
así la afrenta de la hermana como la deshonor de su casa; mas
lo que sobre todo sentia, era ver qué en tiempo tan revuelto no
podia satisfacerse de hombre tan poderoso, á cuyo cargo estaban
las armas y soldados... Parecióle que sería lo mejor, en tanto

XVII.

LA AURORA DE LA REDENCIÓN.

Despreciamos á esa multitud
de paganos, y ningún temor
hay en nosotros.

SEBAST. DE SALAMANCA. —
Chronicon.

El espectáculo que ofrecia la caverna de Covadonga, en la noche inmediata á la que terminó con los sucesos de las márgenes del Sallia, era muy semejante á aquella otra en que Pelagio recibiera la noticia del cautiverio de Hermengarda: — espectáculo semejante, pero los personajes en parte diversos. — En el ancho

que se ofrecia alguna buena ocasion de vengarse, callar y disimular el dolor y, con mostrar que holgaba de lo hecho, burlar un engaño con otro engaño. Con esta traza, halló ocasion de recobrar su hermana, con que se huyó á los pueblos de Asturias comarcanos, en que tenia gentes aficionadas y ganadas las voluntades. Munuza, avisó á Tarif lo que pasaba, y éste despachó sin dilacion desde Córdoba soldados que fácilmente hubieran á las manos á D. Pelayo por no estar bien apercebido de fuerzas. Mas, avisado éste del peligro, escapó con presteza y, puestas las espuelas al caballo, hízole pasar un rio que por allí pasaba llamado Piona, á la sazón muy crecido y arrebatado, cosa que le dió la vida: porque los contrarios que le seguian por la huella se quedaron burlados, por no atreverse á hacer lo mismo, ni estimar en tanto el prendelle como el poner á riesgo tan manifesto sus vidas.» (N. del trad.).

hogar cercano á la entrada de la gruta, y al que servía de chimenea una gran hendidura en las rocas superiores, ardian algunos troncos de roble que, repasados por el fuego en aquella larga noche de Noviembre y abrasados hasta la medula, daban apenas una tenue y azulada llama, cuyo débil resplandor se perdía en la claridad brillante de cinco ó seis antorchas fijas en las paredes irregulares de la caverna. Del numeroso tropel de guerreros, que en aquella noche memorable se alzarán á la voz del joven jefe echando mano á las armas, sólo se veían ahora tendidos en sus groseros lechos de pieles de animales bravíos diez caballeros que, en lo profundo de su sueño, en lo trasfigurado de su semblante y en el desaliño de sus trajes, hacían recordar más bien la inmovilidad de los cadáveres, que el reposo de los vivos.

- Sentado en tosco escabel junto al caliente hogar, y con la cabeza recostada en un brazo que apoyaba en las asperezas de la roca, hallábase adormecido un guerrero, cuyo rostro surcado de arrugas y cuyas hundidas mejillas demostraban acaso más larga vida de la que realmente tenía. Parecía su sueño más bien el entorpecimiento de las fuerzas físicas agotadas, que el reposo del espíritu: porque, de cuando en cuando, se estremecían violentamente sus miembros, ó se le entrecubrían los ojos y se le movían los labios como si intentara hablar; pero sólo susurraba algunos sonidos inarticulados y caía de nuevo en sopor que no tardaba en ser otra vez interrumpido.

En un rincón apartado de la gruta formado por los

resaltes de la roca, y que servía de cámara al joven capitán de los forajidos, veíase también un bulto sobre telas más delicadas que los despojos de animales silvestres: restos tal vez del pasado lujo de los palacios de Tarraco; tal vez vestigios de la grandeza de los Duques de Cantabria y de la antigua civilización goda. Un paño de púrpura con franja de oro pendía de la bóveda natural, pretidido en sus estalactitas seculares parecidas á los cortinajes de un templo normando-árabe. La luz de las teas llegaba apenas á aquel rincón apartado; mas en aquella media claridad blanqueaban las limpias ropas de una mujer, agitada también por sueños dolorosos; si ya no es que su gemir de tiempo en tiempo, su continuo sollozar y el agitarse con frecuencia eran más bien indicios de esa modorra febril, de esa vacilación entre el sueño y la vigilia, semejante al alentar del moribundo que ya ha perdido la conciencia de la vida que va huyendo.

En medio de esta escena de dudosa quietud velaba una persona. Era Pelagio que, atravesando la caverna de uno á otro lado á pasos lentos y cautelosos, ora aplicaba el oído á los inquietos movimientos y al respirar agitado del bulto blanco, ora se paraba á la entrada de la gruta, fijos los ojos en la oscuridad exterior y escuchando con todas las muestras de impaciencia de quien espera á alguien que tarda. Después, dirigíase al encendido hogar y, cruzado de brazos, contemplaba el torto aspecto del guerrero del escabel con una mirada de simpatía y compasión, mezclada de lo que quiere que fuese de admiración y de terror involuntario.

Estos movimientos sucesivos del mancebo se repitieron unas cuantas veces, hasta que, al fin, la membrada y selvática figura del lusitano Gutislo asomó por el arco irregular que servía de pórtico á aquella mansión robada á las fieras por la desventura.

—«Han vuelto?»—preguntó en voz baja al bárbaro del Herminio el Duque de Cantábría.

—«Ahora desmontan;»—respondió Gutislo:—«Vellido el centenario me ha dicho que viniera á ver si reposabas.»

—«Reposar!»—replicó Pelagio, sonriendo tristemente y mirando al sitio en que el paño de púrpura ocultaba al bulto blanco.—«Que venga; que venga pronto.»

Gutislo desapareció. De allí á algunos momentos entraba el centenario.

Era un guerrero cuyos blancos cabellos, pausados movimientos y penetrante mirada daban testimonio de prudencia y discrecion. Parecia inquieto y asustado.

—«¿Qué nuevas traes, Vellido? ¿Qué camino siguen los Árabes?»

—«El que pluguiera á Dios que nunca hubieran encontrado. Al amanecer beberán sus caballos africanos las aguas del Deva; los toques de las trompetas agaremas se oirán retumbar por las laderas de Concana (1) y

(1) *Concana*: ciudad cántabra correspondiente á la moderna *Santillana del Mar*, villa situada á cinco leguas de Santander, una de *Torrelavega* y *27 de Búrgos*. Los *concanos* (*concani*) de origen tal vez céltico, ocuparon una parte de la Irlanda y tam-

resonarán en los acantilados del Auseba. Dispersos hemos vagado toda la tarde y la mayor parte de la noche. Por las alturas del Sur y del Oriente relucían á lo lejos las armas de los infieles, y luego sus almenáras. Los pastores astúres, que ya nos esperaban en el valle de Onís, donde todos los escuchas se habían reunido á la hora de terciá nocturna, nos refirieron entonces lo que, ocultós entre las breñas, habían podido observar de cerca...

—«¿Y cuáles fueron las noticias de los pastores?— interrumpió vivamente Pelagió.—¿Son muchos ó pocos los enemigos? ¿A qué distancia se hallan?»

—«Poco despues del amanecer deberán hajar los últimos oteros del Vinnio, y cuando el sol brille en todo su esplendor podrán pisar el suelo, hasta hoy libre, del valle de Covadonga. Los pastores habían visto á nuestros jinetes trasponer el Sallia, despeñarse el foble y retroceder espantados los infieles; mas, escuadrones tras escuadrones bajaban de las montañas, y bien pronto en las márgenes del rio no se descubrían en una grande extension sino tropeles de Árabes. A la puesta del sol, las gargantas de las sierras vomitaban todavía torrentes de infieles, y las selvas retumbaban con los golpes de hacha. Antes del anochecer, un espacioso puente estaba echado sobre el Sallia en sitio poco profundo, y los enemigos comenzaban á atravesarlo. Entre los primeros que pasaron á este lado, ase-

bien de las Astúrias. El valle llamado de *Cánica*, es el de Cangas. (N. del trad.)

guran los zagales haber visto muchos jinetes que, por los yelmos y corazas, por sus cateias y frankisks, eran, sin duda, Godos.»

—« ¡ Son la tiufadías de la Tingitania! ¡ son los réprobos del Conde de Septum, que Dios conduce á los desiertos de las Astúrias para que los buitres y javalíes tengan espléndido banquete de cadáveres!»

Pelagio y el centenario se volvieron al oír estas palabras que sonaron detrás de ellos.

Era el guerrero del escabel que, despertando á las primeras palabras del capitán de los escuchas, y con los codos sobre las rodillas y la cabeza entre las manos, habia escuchado todo el diálogo.

—« ¿Qué! — exclamó Pelagio — ¿ há poco que cerrásteis los párpados y ya habeis despertado, Eutricó?»

—« ¡ Duque de Cantábría, há mucho que el sueño es siempre breve para mí: há mucho que él no derrama consuelo ni frescura en estas venas. Adormecido ó despierto, mi espíritu ve siempre ante sí inmutable la realidad, y la realidad es pavorosa. ¡ Ojalá pudiera esta alma dormir!»

—« Bien lo sé: — replicó el hijo de Favila — la imagen de la pátria, santa y melancólica, se mezclaba sangrienta en vuestros ensueños: algunas palabras sueltas que proferiais...»

—« ¡ Ah! — interrumpió el guerrero, poniéndose rápidamente en pié y con ademán de espanto. — ¿ Yo hablaba? ¡ Eran tan extravagantes mis sueños!.. ¿ Qué palabras me oísteis? ¡ Delirios, locuras!... Decid; ¿ uo es así?»

Y miraba inquieto al mancebo, como si recelara que algun secreto importante se le hubiese escapado de los lábios.

— «Vuestras palabras eran casi ininteligibles; — respondió Pelagio. — «¡Perdida para siempre; para siempre!» repetiais muchas veces, y después: «¡no resta una esperanza!... ¡oh, tan hermosa y gentil!...» ¡Hombre infame, que tenias en más el oro que la virtud y la gloria, maldito seas!» — ¡Y entonces os cruzaban los dientes, y entreabriendo los ojos, vuestro aspecto era terrible! ¡Pensabais, seguramente, en la España, en la hermosa tierra de los Godos, y la indignacion os arrancaba maldiciones contra Oppas y contra los que han vendido por el oro de los Árabes las áras de Cristo y la libertad de sus hermanos. Mas los sueños os han engañado, guerrero! ¡Todavía resta la esperanza: la España no se perdió para siempre! — Vos mismo lo habeis dicho ahora: ¡abundante ceba de cadáveres humanos van á tener los buitres y javalies de estas montañas!»

— «Teneis razon — añadió Eurico, dejándose caer demueve sobre el escabel y volviendo á su postura anterior. — Mis lábios mentirian al corazon si dijera que para la España no habia esperanza; mas no tomarán ellos á mentir, porque estos ojos sólo se cerrarán, ahora, en el bien profundo sueño en que no cabe el soñar! ¡Después de los combates, es cuando se duerme bien placidamente! ¡Entonces será cuando yo duerma!»

Era siniestro y lúgubre, pero tranquilo, el acento

de Eurico. Preocupado Pelagio con las nuevas que trajera el centenario, no reparó en la dolorosa sonrisa que arrugaba el semblante del guerrero, y volviéndose hácia Vellido, prosiguió:

—«¡Oh! Abdulazis busca la última guarida de los cristianos, los últimos *aripennes* (1) de tierra libre de la España. Nos persigue como á fieras?... ¡Pues bien! Vé y dí á nuestros compañeros, que ántes de romper el alba estén á caballo lanza en mano, prontos á marchar á la entrada del valle. Los honderos y demás bucelarios de á pié, que se preparen para subir á los picos que dominan ambos lados del campamento. Diles también, á unos y á otros, que en breve estaré yo con ellos.»

El centenario salió. Pelagio, entónces, se acercó á los que dormían y, despertándolos uno á uno, los hizo aproximarse á la boca de la gruta.

—«¿Véis allí el lucero matutino cómo empalidece? —dijo, apuntando hácia un breve espacio del firmamento, donde, á través del portal irregular, se veía brillar el planeta Vénus.—Pues no tardará mucho en desaparecer entre los rojos fulgores de la aurora, que teñirán en breve el cielo como la sangre ha de teñir hoy la tierra: mas yo confío en Dios que, así como en pos de esa estrella ha de surgir el sol envuelto en sus gloriosos resplandores, así también la Cruz y el nombre de los Godos se alzarán triunfantes tras la sangre vertida por esos dos objetos santos y queridos, que

(1) Véase la nota XXIX del autor.

alimentan la energía de nuestra alma en medio de los trabajos y peligros. — ¡Guerreros! ¡los Árabes han seguido vuestros pasos! Abdulaziz y Juliano, un insensato y un renegado, han osado aproximarse al antro de los leones de la España, y los leones han de despedazarlos! El cielo los condenó: ¡una voz íntima me dice que los ha condenado, inspirándome una estratagema á que los infieles no podrán resistir!»

El semblante de Pelagio, al proferir estas palabras, resplandecía con la expresion de la confianza, del valor y del entusiasmo; de aquel entusiasmo que él sabia comunicar á los que le oían, y que, en la situacion casi desesperada en que se hallaban los forajidos de las Astúrias, habia hecho que le cedieran voluntariamente el supremo mando los más viejos y experimentados guerreros.

Pelagio expuso en breves palabras sus planes para obtener sobre los Arabes un triunfo completo. El camino que seguian debia forzosamente conducirlos á las gargantas de las sierras. Colocados á la entrada del valle, una parte de los jinetes debia ofrecerles débil resistencia, cediendo poco á poco y retirándose hacia el fondo de aquella especie de caldera abierta en las montañas: una vez llegados allí, abandonando los caballos, se precipitarian en la caverna, á la cuál ya se habrian acogido las mujeres, niños y ancianos del campamento, y en cuyo escarpado portal pocos combatientes bastaban para resistir á la multitud de los enemigos. Entónces el grueso de la caballería, emboscada en las selvas que se extendian hacia las alturas á la

izquierda de las gargantas del valle, los acometería por la espalda, mientras que los bucelarios, ocultos entre las rocas allá en lo alto de los berrocales que formaban como un muro á ambos lados del campamento, harían llover sobre los infieles sus armas arrojadas, sin que á éstos les fuese posible repelerlos, ignorando las sendas que conducían á aquellos lugares, en la apariencia sólo accesibles á las águilas y los buitres que allí tenían en efecto sus solitarias guaridas.

—«Mas á vosotros, guerreros,—concluía Pelagio— que ejecutásteis extremos de valor en la correría á que debo la salvación de mi pobre hermana, á vosotros pertenece acabar la victoria que el Señor nos va á dar. Há más de un año que nuestras manos vienen encalleciéndose, removiendo los peñascos que coronan el techo de esta caverna: há más de un año, en que raro es el día que pasa sin que el sudor de nuestras frentes los humedezca, al arrastrarlos lentamente hacia los bordes del despeñadero alzado á plomo sobre la entrada de este recinto. Allí, acompañados de mis robustos cántabros y de los bárbaros del Herminio; será vuestro pelear: allí, cuando los enemigos, apiñados sobre este portal, se lancen contra los guerreros que lo defiendan; cuando las trompetas de los que les ataquen por la espalda resuenen el toque de muerte, y los invisibles bucelarios hagan llover sobre los infieles sus tiros de honda, sus saetas y sus dardos, es preciso que esos peñascos, que allá en la cima parecen encajados en la roca, caigan rápidamente y aplas-

ten los cerrados escuadrones de los enemigos de España. Por la senda tajada en la roca sobre las fuentes subterráneas del Deva, iréis á colocaros en la cumbre del Auseba, y el ángel del exterminio se cernerá junto á vosotros: seréis la inteligencia que guie el duro brazo de los cántabros y de los lusitanos para dirigir sus golpes, para detenerlos cuando, mermados, confundidos, aplastados los trozos de la serpiente maldita que osa colear junto á Covadonga, nosotros podamos arrojarlos en medio de ellos y hacer caer sobre la cabeza de los paganos los golpes de nuestros frankisks, no ménos destructores que los bloques despeñados.

— «¿Cómo así?— replicó Sancion, que más de una vez estuviera á punto de interrumpir al mancebo:— ¿Nosotros, Próceres y Gardingos; nosotros que manejaamos el hacha y la espada; nosotros que vestimos el hierro, combatiremos, como siervos y villanos, de léjos y sin riesgo? ¿Nosotros, que por tantas leguas á través de las sierras hemos dado la espalda á los infieles, no podremos, embebiéndoles la espada en el pecho, decirles por fin:— hédnos aquí?...— ¡Pelagio, éso es imposible!»

— «¡Imposible!»— repitieron todos los demás, apañados al rededor de Sancion.

— «Imposible parece, — interrumpió el Duque de Cantábría con rostro severo, — que haya guerreros cristianos que rehusen obedecerme en el momento en que se trata, no de ambiciones de gloria, sino de la redención de España ¡Guerreros!... ¡el ímpetu de vuestros corazones os engaña! Debilitados por la correría de la

última noche, el brazo desmentiría vuestro ánimo, y yo no consentiré jamás un sacrificio inútil, cuando de otro modo podéis contribuir á que salvemos las Astárias! ¡Gutislo!—exclamó aproximándose á la boca de la caverna,—di á tus hermanos del Herminio que vengan aquí, y al quingentario de mi tiufadía que os siga con los soldados cántabros. Sancion, Gudesteo, Astrimiro, Énecon, vosotros todos los que me rodeais, ¡héd ahí vuestro camino! ¡Partid!»

Y apuntaba hácia un lado de la gruta, donde, quien llegaba de cerca, veía, allá arriba por una especie de claraboya natural, el cielo estrellado, y, casi debájo de sus piés, una especie de sorbedero oscuro, en cuyas profundidades se percibía el ruido de las fuentes del Deva. En la circunferencia de aquel abismo, desde el suelo de la caverna, los forajidos, aprovechando las escabrosidades de las paredes circulares, habian formado una escalera tosca, ora cavada en la piedra, ora afirmada sobre troncos de árboles fijos en las hendiduras y cavidades de la roca, y que lanzada en espiral iba á salir cerca de la calva cima del Auseba. Así, áun cuando el valle fuera ocupado por los sarracenos, todavía los cristianos podrian defenderse por largo tiempo, obteniendo por este camino oculto los socorros de los montañeses.

Entre los guerreros á que Pelagio dirigiera aquellas palabras, hubo algunos instantes de vacilacion y un murmullo de descontento; mas, al fin, Sancion, tomando una de las teas, se encaminó hácia la escalera subterránea y los otros le siguieron. Los casi salvajes

hijos del Munda vestidos con pieles de alimañas, y los cántabros cuyas facciones y trajes revelaban su origen céltico, no tardaron en entrar en la caverna. Pelagio entonces les ordenó que obedeciesen á los guerreros que les habían precedido, y en breve el ruido de los pasos de aquel tropel desordenado, alejándose por el abismo, se extinguió completamente.

Sentado Eurico en el escabel y con los ojos fijos en el tronco candente que se consumía en el ahumado hogar, parecía indiferente á cuanto pasaba á su alrededor.

Pelagio volvióse hácia él y le dijo:

—«Vos, Eurico, quedaréis aquí: vos, que salvásteis á mi hermana, seréis su guardador. ¿Quién velaría mejor por Hermengarda, sino el hombre que en ella tiene un testimonio perenne del más indecible esfuerzo, de la más pura y generosa lealtad? Desearia ver junto á mí al mejor guerrero de España: hasta os lo habria pedido, cuando el misterio en que os envolviais nos hacia sospechar á todos que vos, el jinete negro, érais un ser privilegiado y no un mortal como nosotros. Mas ahora, después que en el trance horrible de las márgenes del Sallia nos revelásteis quién sois; cuando, resuelto á morir, pediais apenas algunas lágrimas en memoria vuestra á aquellos que os sobrevivieran, he de pedirlos yo también, que no queráis salir al encuentro del primer ímpetu de los sarracenos. Si en la defensa de esta nuestra triste morada, adonde es preciso atraerlos, fuese necesario el auxilio del vencedor de los Vasconios, del más ilustre de los tiufados

de Witiza; ó si la cólera de Dios no está todavía satisfecha y deben hoy perecer los últimos hombres libres de la España, vendreis á morir conmigo. Entre tanto, continuad siendo el ángel custodio de la pobre hija de Favila. Ella parece más tranquila, y el monje Bacchiario, en cuya ciencia han hallado alivio tantos de nuestros hermanos, recomendó el reposo como el mejor remedio para la fiebre que la devora. Retardaré cuanto pueda el instante de acogerse aquí las mujeres, los niños y los ancianos inútiles para el combate. Hacéd, entre tanto, que en estos lugares reine profundo silencio.»

Silencio guardaba el caballero: en su incierta y centelleante mirada revelábase que allí, en aquella alma, se agitaban encontradas y violentas pasiones. No respondió; ni Pelagio le diera tiempo para ello. Creyendo leer en su semblante perturbado la misma repugnancia que habían demostrado los otros por no asistir al primer encuentro de los infieles, el Duque de Cantábría atravesó presuroso la boca de la gruta y bajó por la tortuosa senda que conducía á lo hondo del valle. De allí á poco, se oyó el galopar de un caballo á rienda suelta, confundiéndose, al fin, con el lejano susurro del campamento que se agitaba y disponía para el terrible día próximo á nacer.

Por fin, Eurico se encontraba solo.

XVIII.

¡IMPOSIBLE!

Nada en este mundo agita mi
pecho, sino tu amor.

*Leyenda de SAN PEDRO CON-
FESOR. — 9.*

Apénas traspuso Pelagio el oscuro portal de la gruta, Eurico se levantó. Aspiraba con ánsia, como si aquel tibio ambiente no bastara á saciar sus pulmones. El desgraciado resumía en un pensamiento devorador, en una síntesis atroz, su largo y doloroso pasado y su pavoroso é irremediable porvenir. ¿Cómo habia vuelto á aquel sitio? ¿Cómo, sin flaquear sus rodillas, habia él descendido de las alturas del Vinnio con Hermengarda en sus brazos? ¿Qué tiempo habia durado aquella deliciosa á la vez que infernal carrera? No lo sabia. Imágenes confusas de todo aquello era lo único que le restaba: del sol, que poco á poco habia venido á alumbrar sus pasos; de los arroyos que habia vadeado; de los agrestes peñascales, de los recuestos de los montes, de las selvas que retrocedían tras de él; de los negros cabezos, que á veces le parecia se echaban de bruces sobre las cimas de los despeñaderos como para verle correr. Y en medio de estos inciertos y materiales recuerdos, otros cruzaban íntimos, ardientes, voluptuosos, negros, desesperados. Durante horas y

horas, que habian sido para él una eternidad de ventura, el aliento de aquella á quien amaba como insensato se habia mezclado con su aliento, y habia sentido el ardor de sus mejillas abrasando las suyas, y su corazon palpitando contra su corazon. Después, se le abultaban en su espíritu la imágen veneranda de Siseberto y el altar de la catedral de Hispalis junto al cuál vistiera la pura stringe de sacerdote, y Carteya y el presbiterio, y las noches de agonía pasadas en las soledades del Calpe. Y todo esto se contradecia, se repelia, se condenaba, el amor por el sacerdocio, el sacerdocio por el amor, el futuro por el pasado; y aquella alma, dilacerada en el combate de aquellos pensamientos, cási cedia al peso de tanta amargura.

Eurico dió algunos pasos y se recostó en la boca de la gruta; porque sus miembros abatidos le flaqueaban, á pesar de que no le abandonaba un momento la fuerza de su alma enérgica. La helada brisa de la madrugada le consolaba, como al calenturiento las áuras de una puesta del sol de otoño. Tenia á sus piés las tinieblas del valle; sobre su cabeza se arqueaban las soledades profundas y serenas del cielo, tachonado de rutilantes estrellas y algo desteñido al Occidente por los últimos reflejos de la luna en menguante que desaparecia. Era la imágen de su vida. Serena y llena de esperanzas, como el fugaz crepúsculo de la luna, habia sido su juventud. Desde que un amor desdichado le habia hecho levantar una barrera ante el ruido del mundo; desde que se habia entregado á las solemnes tristezas de la soledad y á derramar beneficios y consuelos

sobre los pobres y los humildes; allá por la alta noche de su vivir, habia brillado muchas veces un destello de alegría, como esos astros que lucen de tiempo en tiempo en los abismos del firmamento. Allí, á lo ménos, habia instantes en que se olvidaba de su destino; mas, después que el frenesí de las batallas lo arrastrára; después que habia trocado las armonías de las tempestades del Calpe y el rugido de las ondas del Estrecho por el gemir de moribundos en los combates y por el estruendo de los golpes, nunca más habia descendido de lo alto un rayo de luz á alumbrar su espíritu. Su presente y su porvenir eran, como aquel valle: un precipicio sin fondo, indelineable, tenebroso y maldito.

Y por aquel cielo plácido y melancólico; por aquel cielo, que él á veces se ponía á contemplar á horas muertas en el pobre presbiterio de Carteya ó sentado en algun promontorio, voló su imaginacion hasta las soledades del Sur, y lágrimas de ansiedad y de amargo sentimiento comenzaron á rodar mansamente por su rostro: el desventurado echaba de ménos las tristes soledades del yermo, porque no podia ya tener deseos de los contentos humanos.

Engolfado en aquellas meditaciones dolorosas, el guerrero permaneció por algun tiempo inmóvil y con los ojos clavados en los brillantes astros, que parecian sonreírle y llamarle al seno inmenso de Dios. Las lágrimas corriéronle entónces más abundantes, y el corazón parecia dilatársele con la idea de la muerte. Insensiblemente se arrodilló y extendió las manos hácia

el firmamento: sus lábios murmuraban un susurro casi imperceptible. Era la oracion del alma, fervida, procelosa, que los agitaba: era esa oracion que todos sabemos en el momento de suprema agonía y que ningunas palabras, ninguna escritura podrian representar: oracion que es un misterio entre Dios y el hombre y que ni los ángeles comprenden: gemido enérgico de todas las miserias terrenales, cuya intensidad sólo la Providencia, que las acumula ó disipa, sabe pesar en las balanzas de la justicia y de la piedad divinas.

¡ La muerte! esta idea, tremenda, indiferente ó hermosa, segun que la vida es risueña, pálida ó negra, vino á suavizar el martirio de aquel alma atribulada, como en ardiente estío la espesa lluvia de las tronadas refresca la tierra que se grietea bajo los rayos abrasadores del sol. Háblala buscado, y buscado con la placidez horrible del que perdió la esperanza; como un remedio de cuya eficacia la conciencia de la inmortalidad le hacia dudar. ¿Sería no más que el ir á echarse en lecho de dolores eternos? Tal vez; pero el cambio podia ser refrigerio, y esto le bastaba. La muerte, sin embargo, parecia huir de él, para que ni áun este último desep se le cumpliera. Hubo un instante en que le ocurrió la idea de subir á la escarpada cima del Auseba y despeñarse en el valle; pero desistió de ella, porque era cobarde. Eurico, el sacerdote-soldado, no debia fene- cer vil é impiamente: debia deponer el peso intolerable de la vida en el campo de las batallas, peleando en nombre de la Cruz y de la España. Y en el encuentro

de aquel día una voz íntima le anunciaba que había de obtenerlo.

Este anhelo por la muerte era una bien triste codicia! Y cuando recordaba que aquella mujer, que yacía allí á pocos pasos de él; aquella mujer, en cuya adoración concentrara todos los afectos de los más hermosos días de su vida; cuya imagen soñada en las soledades del Calpe, dibujada de continuo ante los ojos de su alma, grabada como un sello de ansiedad y de amargura en todas sus meditaciones; aquella mujer que hacía poco, durante horas de delicioso delirio, había apretado contra el pecho, y que habría podido en otro tiempo hacerle el más feliz de los hombres; cuando recordaba, que sobre todo éso él había dejado caer la pesada losa del sacerdocio que ya nadie podía levantar... el desgraciado sentía estallar una á una todas las fibras de su corazón, y escapársele del pecho un grito semejante al que revienta de los labios del reo extendido sobre el potro, al primer movimiento de la pesada mano del verdugo.

Y como si quisiera todavía saturarse más de dolor, se dirigió hácia donde Hermengarda reposaba. Al resplandor de la antorcha que esparcía una luz mortecina, el guerrero la contempló en aquel su inquieto dormir. Estaba hermosa; más hermosa que en los tiempos de su primera juventud. Su semblante angelical, descolorido por la palidez, enflaquecido por los pesares y terrores, había ganado en expresión, en reflejo de los íntimos pensamientos, cuanto había perdido en frescura y en toques de inocencia. Azucena abierta en las

praderas de la vida, habia brillado con todas las galas de su lozania á la luz de la mañana; el intenso ardor del mediodia habiala marchitado; tal vez las áuras vespertinas la trajesen aún animacion y frescura; mas su fragancia se perdia en las brisas que pasaban; en sus armoniosos colores apénas volvia á verse el cielo. Aquella alma huía solitaria por la tierra en un vivir incompleto, y volveria á los abismos de la creacion sin conocer el más profundo y enérgico de los afectos humanos: el amor, que une dos espíritus como fragmentos de un todo: fragmentos que la Providencia separó al lanzarlos sobre la tierra, y que deben buscarse, unirse, completarse, hasta ir después de la muerte á formar, tal vez, una sola existencia de ángel en el seno de Dios.

Mas, cuando á Eurico le ocurrió que acaso todo esto era un sueño; que podia ser que aquel alma no pasára la vida tan vacía y solitaria como él pensaba, y que aquel corazon, que pocas horas ántes habia palpitado tan cerca del suyo, acaso latía por otro, sintió manarle un sudor frio de la frente. La antorcha amarillenta y fúnebre, que apénas alumbraba á la hermana de Pelagio, le pareció teñida en sangre; y, como el cedro arrancado por huracan repentino, fué á recostarse en la roca lateral, cuya irregular superficie le ocultaba á Hermengarda. Con sólo mirarla habia despertado todo el delirio de su primer amor, y aquella idea intolerable, que tantas veces le atormentára en las soledades del Calpe, oprimia ahora su corazon con redoblado furor.

Y así quedó por algunos instantes, mudo, anhelante,

aniquilado. Quién era, dónde estaba, por qué había venido allí, no sabía decirlo. Los pensamientos se le revolvían en la mente como las ondas en un remolino marino: tempestuosos, rápidos y confusos.

De repente, un ¡ay! reprimido vino á despertar de aquella especie de sopor doloroso. Se estremeció: era la voz de Hermengarda. Se aproximó despacio, de modo que ella no le viese. Sentada sobre el lecho, demudado el semblante y con el espanto pintado en la mirada, la hermana de Pelagio extendía los brazos, volviendo el rostro hácia un lado como si tratara de apartar horrenda vision. Por sus palabras incoherentes y truncadas, conoció el guerrero que la agitaba un mal ensueño, hasta que, despierta enteramente, aquellas palabras confusas comenzaron á coordinarse en períodos inteligibles. El corazón de Eurico latía con violencia, al paso que su respiración se iba haciendo cada vez más imperceptible.

— « ¡ Siempre él ! ¡ siempre esta vision del remordimiento ! — murmuró Hermengarda. — ¡ Padre mio, padre mio ! Perdónete el cielo el orgullo con que rechazaste al Gardingo... Perdónete el cielo el haberme obligado á sacrificar á los piés del orgullo el sentimiento de amor que se habia alzado en mi corazón ! Nosotros dos asesinamos al desgraciado ; mas el castigo cayó entero sobre mí ! Y bien : ¡ yo no te maldeciré , padre mio ! ¡ nunca tu hija te acusará ante el supremo juez ! »

Después quedó por algunos instantes callada, fijó los ojos en la roca de enfrente, en cuya áspera superficie las sombras parecían danzar y agitarse á la luz

de la antorcha que ardía á corta distancia y que la brisa movía. Creyó percibir cerca de sí un gemido sofocado, cortando fugaz el profundo silencio nocturno.

— « ¡ Vete, vete ! — prosiguió. — ¿ Qué puedo yo hacer, infeliz ? ... Bien largo y atroz ha sido mi martirio, pues todavía no hallé en el mundo un alma con quien me fuese dado repartir el cáliz del infortunio ; á quien poder contar los tormentos que há tanto tiempo me barrieron de los lábios la sonrisa. Si vivieras , sería tuya ; ¡ tu esposa , tu esclava ! ... mas la bendición nupcial no puede descender entre el sepulcro y la vida. ¡ Favila ! ... padre mio ! ... ¡ ante el trono del Señor , donde el Duque y el Gardingo son iguales , júrale que tu hija rechazó su amor por obedecerte : dile que el llanto corrió de estos ojos al oír la noticia de su muerte ! ¡ Oh , dile , dile que no fui yo quien le asesinó ! »

Y aquí , dejando caer la cabeza sobre el pecho , pareció volver al sentimiento de la realidad ; mas aquella especie de terror febril , que habían engendrado en su espíritu las adversidades á cual más dolorosas porque sucesivamente pasára , volvió á apoderarse de ella á favor del lugar , de la hora y del silencio. Hermengarda alzó de nuevo sus desvariados ojos y apoyándose en la roca intentó levantarse.

— « ¡ Era Eurico ! — murmuró. — Después de diez años , conocí bien su voz ; sólo que era más triste : ¡ triste , como tantas veces la he oído en más sueños de remordimiento ! Conocí bien su semblante ; aunque más pálido y ceñudo , como tantas veces ha surgido del sepulcro para venir á acusarme , silencioso y quedo ante mí , du-

rante largas y no dormidas noches. ¡ Si; era él!... era el espectro cuyo corazón sentía yo latir; cuyos brazos me apretaban sobre el revuelto abismo, á través de la floresta, por los recuestos de las sierras! ¡ De sus ojos cayó una lágrima sobre mi seno! Las lágrimas de los muertos quemán... devoran la vida; porque bien siento á la muerte que me llama!... »

Habiase puesto de rodillas y, con las manos extendidas, parecia implorar piedad.

—« Morir!... y tan pronto! ¡ cuando apénas vuelvo á ver á mi hermano!... ¡ Pelagio! Pelagio! ¿ por qué me has dejado?... Ven á despedirte de tu pobre Hermengarda. Eurico me espera para el desposorio del sepulcro, y yo no puedo tardar! »

Y desvariada, púsose en pié, llamando á Pelagio con voz ahogada. Pero, apénas habia dado algunos pasos, lanzó un gemido agudo y quedó inmóvil. Ante ella, realidad ó fantasma, estaba el origen de sus secretos terrores. Era el Gardingo que la amára, que ella creía muerto, y cuya imágen vengadora venia una vez más á atormentarla. Aquella sombra tenia clavada en ella una mirada ardiente que la fascinaba. Dolorosa sonrisa entreabria sus lábios. Extendió el brazo asegurando la mano de Hermengarda, que quiso retroceder y no pudo. Como petrificada, parecia que sus piés habian echado raíces en el suelo de la caverna. Aquella mano, que aseguraba la suya escaldada por la fiebre, era helada como la de un muerto. La vida del Gardingo habíase concentrado toda en su corazón, despedazado por ideas horribles por lo mismo que eran asociadas:

su amor correspondido y al mismo tiempo maldito, monstruoso, imposible por una palabra fatal, que allí estaba escrita en caracteres de fuego, y que él veía, escuchaba, sentía: — El sacerdocio!

— «¡Oh!... ¡Dios te lo pague!—dijo Eurico en voz baja y lenta — por haber arrojado en la tan larga y tenebrosa noche de mi alma un rayo fugitivo de luz: luz santa y pura de contentamiento y felicidad!... Diez años há que no me alumbró ¡pero es tan bella, aún cuando pasa como un relámpago!... — Y después de algunos instantes de silencio, con aspecto de abstraído y angustioso meditar, prosiguió: — ¡No, Hermengarda, no! Los gusanos no han recibido todavía la parte de su herencia que yo les retengo. He muerto; pero no para éso que, en el lenguaje mentiroso del mundo, se llama la vida. Se la dí á devorar durante años y años á la desesperacion, y la desesperacion no pudo consumirla. La suspendí en la alta noche por la espesura de las tinieblas, en las rocas escarpadas del mar de Occidente, al borde de los precipicios, y ni los precipicios ni el mar quisieron tragarla. La arrojé en el impetuoso torrente de las batallas, y el hierro se embotó en ella. Guardábame el cielo para oírte palabras de amor y arrepentimiento; esas palabras de inefable dulzura que nunca esperé escuchar. Y es que en mi frente está grabada la maldicion de arriba: es que todavía me faltaba el postrimer martirio... A lo ménos puedo acabar el tuyo: el pensarlo es ya un alivio. ¡Hermengarda, yo vivo todavía! Viví para salvarte de la deshonra y todo mi pasado lo olvidé. Sólo una cosa no, porque des-

truyó para siempre mi porvenir; porque, después de pasajera alegría, estrujó más violentamente las esperanzas que osaron agitarse un momento en el fondo de esta alma, ántes tranquila. Ahora, si hay descanso en la tumba, puedo ir á buscar en ella mi repóso. Pero dime; ¡oh! dime, todavía otra vez, que amas á Eurico! Repite, delante del que respira, aquello que proferiste ante la sombra creada por tu terror. ¡Esas palabras y morir!... Tu amor y la muerte: hé ahí para mí la única ventura posible, pero que no tiene igual en la tierra.»

Y Hermengarda sentia al contacto de aquella mano fria y trémula que estrechaba la suya, en el acento de aquellas frases tempestuosas como el Océano, tristes como cielo proceloso, que allí, en el pecho de la sombra que tenia delante, habia un corazon de vivo, donde antigua y cancerosa llaga vertia todavía sangre. La especie de pesadilla en que se agitaba habia desaparecido con la realidad. El repentino impulso de su alma fué arrojarse en los brazos de Eurico. Él habia sido el objeto de su casi infantil y único amor,—amor condenado al silencio ántes del primer suspiro, ántes de la primera mirada; él era el jinete negro, cuyo nombre se habia hecho conocido y glorioso por todos los ángulos de la España; él era, finalmente, el hombre que dos veces acababa de salvarla. Detúvola, sin embargo, el pudor y, tal vez, aquella misteriosa tristeza que oscurecia las ideas desordenadas venidas en tropel á los lábios del guerrero. Procurando serenar la violencia de los afectos que la agitaban, Hermengarda respondió con voz débil y trémula:

—« ¡ Bendita la mano del Señor que te salvó, Eurico, leal y noble entre los más nobles y leales hijos de los Godos! ¡ Gracias á la piedad del cielo, que á través de tantas desventuras y peligros nos juntó en los palacios que restan al hijo del Duque de Cantábría! En el delirio del terror te revelé, sin querer, el secreto de mi corazón: su historia ya la has oído. Perdona á la memoria de mi padre y, si de mí depende tu felicidad, las palabras que involuntariamente salieron de mi boca te aseguran que serás feliz. El orgullo que á ámbos nos hizo desgraciados no lo heredó Pelagio, y aunque lo hubiese heredado, mal cabría en estas breñas, en la caverna de los fugitivos. Y además, ¿ qué nombre existe hoy en España más ilustre que el del jinete negro, el nombre de Eurico? ¿ Morir tú!... ¡ Oh, no! ¡ Tú salvaste á Hermengarda del oprobio, y si nunca te hubiera amado, ella te diría como te dice hoy: ¡ Tuya soy, Eurico! »

La hija de Favila, cuyo profundo y enérgico sentir mal podría comprender quien sólo la hubiese visto retroceder tímida ante el peligro más aparente que real de las márgenes del Sallia, profirió estas palabras en un tono de entusiasmo, con una expresión afectuosa tan íntima, que el guerrero cayó á sus piés. Tanta ventura le embargaba la voz. Lo que se agitaba en su corazón no tiene nombre en el lenguaje de los hombres: era más que la locura. Con un movimiento delirante, apretó contra sus lábios la mano de la doncella. ¡ Quemaban!... Después de un largo silencio, prorumpió al fin:

—«¡Mia!... ¿Quién hay en la tierra que pueda robármela?... ¡Años de tormentos! habeis sido como un día de bonanza y de deleite! ¡Imágen que absorbiste toda mi existencia! ángel que me haces surgir de mi infierno hácia tu cielo! tú fuiste quien me salvó á mi! ¡Oh, y qué bueno es ser feliz!... ¡Ya se me habia olvidado!... ¡Cuán hermoso debe ser ahora el sol, y serena el áura de la tarde, y dulce y suave el murmullo del arroyo, y fresca y lozana la verdura del prado!... ¡También se me habia olvidado! Tienes razon, Hermengarda: quiero vivir; el vivir es delicioso; sí, delicioso, porque será contigo... á tu lado... adorándote siempre, sin acordarme de cuanto existe más allá de tí en el universo. ¡Ven, amada mia, esposa mia! ven y júrame que me perteneces, ante el altar y á los pies del sacerdote...»

A esta palabra fatal, un grito semejante al de un hombre herido de muerte se exhaló agudo y rápido del pecho de Eurico; su mano abandonó la de Hermengarda, y sus ojos brillaron con fulgor infernal. Retrocedió apartando de sí á la hermana de Pelagio, sobresaltada por aquel semblante súbitamente demudado, por aquel mirar vago y ardiente. Ella no podia comprender la causa de semejante mudanza... Con el brazo izquierdo extendido, el guerrero parecia querer alejarla de sí, mientras que con la otra mano, crispada, se apretaba la frente, como si tratára de aplastar un pensamiento atroz que le surgiese allá dentro.

—«¡Apártate, mujer, que tu amor me ha perdido!
—murmuró al fin—Hay un abismo entre nosotros:

tú lo abriste; yo me precipité en él. El crimen, sólo el crimen puede unirnos...—Hizo una pausa y prosiguió:—¿Y por qué no cometerlo? ¡Tal vez obtendríamos perdón!... ¡Perdón! ¡Oh, Dios mío! no se le otorgarías al sacrilego... no! ¡Apártate, Hermengarda: tienes delante de tí un desgraciado; un desgraciado por tu causa!»

—«¡Eurico! ¡Eurico! ¿estás loco?...—exclamó la doncella bañada en lágrimas y con las manos unidas.—¡Por piedad, explicame este horrible misterio! ¿Por qué me rechazas? ¿qué te he hecho yo... yo que te amo, que soy tuya, tuya para siempre!...»

Pero los ojos centelleantes del guerrero se habían amortiguado: derribado en la lucha que trabára con el destino, su combatir de tantos años terminaba por fin. Una sonrisa insensata substituyó en su rostro á las habituales contracciones de melancolía. Parecíale que en su derredor se balanceaba la caverna y que la humosa luz de la antorcha, que ardía sujeta á un hierro clavado en la piedra, chispeaba cintas rojas como de sangre. Desvanecido, vacilante, sentóse en un fragmento de la roca y, extendiendo la mano, cogió de nuevo la de Hermengarda, y con una sonrisa indecible continuó en voz baja:

—«¡Diez años!... ¿Sabes tú, Hermengarda, lo que es pasar diez años amarrado uno á su propio cadáver? ¿Sabes tú lo que son mil y mil noches consumidas acechando en horizonte ilimitado la estrella polar de la esperanza y, cuando, por fin, los ojos cansados y gastados van á cerrarse con la muerte, ver esa

estrella relucir un instante y después caer del cielo á las profundidades de la nada? ¿Sabes lo que es caminar sobre abrojos por el camino de la vida y hallar á su término, en vez del marco milenario donde el peregrino dé tregua á su piés ensangrentados, el borde de un despeñadero, en el cuál es fuerza precipitarse? ¿Sabes tú lo que éso es? ¡Pues éso es mi triste historia! ¡Estrella fugaz, me alumbraste y rápida desapareciste! ¡Arbusto tierno al borde del abismo, me detuviste un instante, mi desfallecida mano te abandonó y me despeñé! ¡Oh, y cuán negro ha sido mi destino!»

Contemplábalo Hermengarda con asombro y terror...
¿Cómo habia ella de entenderlo? Eurico prosiguió:

— «¡Mira! A la puesta del sol, en el estío, iba yo á sentarme sobre un peñasco marítimo y, al tender la vista por el tranquilo Océano, parecíame que te divisaba dibujada en la atmósfera, sonriéndome. Entonces, lágrimas de felicidad brotaban de mis ojos: después, acordábame de quien yo era, y aquellas lágrimas se condensaban en mis mejillas y quemaban como si fuesen de metal hirviendo. A deshoras, vagando por las soledades, cuando el viento azotaba los raquíticos arbustos de la montaña, en cada sombra que se movía á la luz de la luna sobre el parduzco suelo era tu sombra lo que yo veía. Otras noches, en que más tranquilo podía, á solas conmigo, engolfarme en los pensamientos de Dios, tu imágen venía á interponerse entre mí y la mortecina lámpara que me alumbraba, y el himno del Presbítero de Carteya, que debía tal

vez escribirse en los psalterios de las catedrales de España, quedaba incompleto ó terminaba con una blasfemia; porque tambien te veia sonreir, pero á otro... á otro feliz con tu amor, y yo tenia entonces sed... ¡sed de sangre! ¡Era una agonía lenta! ¡Y siempre tú ante mí: en las soledades de las breñas, en la inmensidad de las aguas, en el silencio del presbiterio, en los espléndidos rayos del sol, en el pálido reflejo de la luna, y hasta en la hostia del sacrificio!... siempre tú!... y siempre para mí imposible!»

—«¡Pero tú deliras!...—interrumpió Hermengarda.
—¿Qué tienes tú que ver con el Presbítero de Carteya; con ese ilustre sacerdote, cuyos sagrados himnos resonaban há poco todavía por los templos de la España, y á quien de cierto el hierro impío de los Árabes no habrá respetado? Tu gloria es otra y más hermosa: la gloria de ser el vencedor de los vencedores de la Cruz. La suya era santa y pacífica. Dios le llamó sin duda hacia sí, y tú vives para ser mio. Nadie existe hoy en el mundo que pueda impedirlo. ¡Olvida lo pasado; olvidalo por mi amor!»

El guerrero sonrió de nuevo dolorosamente y dijo:

—«¿Qué tengo yo con el Presbítero de Carteya!... ¡Hermengarda, Hermengarda!... ¿no te acuerdas de su nombre?»

Los lábios de la doncella se pusieron blancos al oír esta pregunta: un pensamiento monstruoso é increíble cruzó por su mente. Con voz ahogada y casi imperceptible replicó:

—«Era... era el tuyo, Eurico! ¿Mas qué puede

haber de comun entre el guerrero y el sacerdote?
¿Qué importa un nombre... una palabra?... ¿qué...»

Púsose en pié Eurico y, dejando caer los brazos é inclinando el rostro sobre el pecho, murmuró:

— «Hay de comun, que el guerrero y el Presbítero son un solo y único desgraciado!... ¡Importa, que ese desgraciado es en este momento un sacerdote sacrílego! El pastor de Carteya...»

— «¡Oh, no acabes!» —interrumpió Hermengarda con afliccion indecible.

— «... ¡Era Eurico el Gardingo!»

Al proferir estas palabras, que explicaban el misterio de su existencia, el jinete negro vió caer como herida del rayo á la hija de Favila. Pero él no se movió: su imaginacion desvariada veia tambien cerca de sí la figura dulce y melancólica del venerable Siseberto, que extendia su seca mano entre ámbos, como para separarlos en nombre de la religion que debia salvarlos, y del sepulcro al cuál pertenecian.

En aquel momento una gran multitud de niños, ancianos y mujeres penetró en la caverna con gritos y llantos de terror. En el corazon de las Astúrias, entre inaccesibles acantilados, en el fondo de un vasto desierto, repetíase el grito que incesantemente venia resonando por la devastada España: «¡los Árabes!»

Habia amanecido.

Aquel sobresalto tan inesperado hizo al guerrero volver al sentimiento de su situacion. Se arrodilló junto á Hermengarda y, tomándola una mano ya fria, la besó. En las rayas de la vida, aquel primero y último beso

estaba purificado por el hálito de la muerte que se aproximaba : era inocente y santo, como el de dos querubines al decirles el Creador : — « existid ! »

Después se levantó, vistióse la negra armadura, ciñó la espada, cogió el frankisk y, atravesando por entre el tropel que quedó en silencio al verle, desapareció por el arco de la gruta, cuyas rocas teñían de color de sangre los dorados arboles de la aurora.

XIX.

CONCLUSION.

¡De la muerte á las sombras,
inmortal te diriges!

MEROBAUDE.—*Poema de Cristo.*

La ventura de las armas musulmanas habia llegado á su apogeo y por fin principiaba á declinar: parecia en verdad, que la ira celeste contra los Godos debia estar satisfecha. El suelo de la España era como ára inmensa, donde las llamas de las ciudades incendiadas servian de fuego sagrado para consumir á millares las víctimas humanas. El silencio del desaliento reinaba por todas partes, y los cristianos veian con aparente indiferencia profanar sus vencedores hasta aquello que, áun sin esperanza, defiende siempre una nacion conquistada — las mujeres y los templos. Theodemiro pagaba bien caro el procedimiento que le obligára á adoptar el deseo de salvar á sus súbditos. Su alianza con los Árabes no tardó en ser por mil modos violada, y el ilustre guerrero hubo de arrepentirse, mas ya en balde, de haber depuesto la espada á los piés de los infieles, en vez de pelear por la libertad hasta morir. Esto fué lo que Pelagio habia preferido, y la victoria coronó su confianza en el valor de los verdaderos Godos y en la piedad de Dios.

Los que han leído la historia de aquella época saben

que la batalla de Cangas de Onís fué el primer eslabon de esa cadena de combates que, prolongándose á través de cási ocho siglos, hizo retroceder al Koran hácia las playas de África y restituir al Evangelio esta buena tierra de España, tierra, más que otra alguna, de mártires.

En la batalla junto al Auseba fueron vengados los valientes que habian perecido en las márgenes del Krysus; pues más de 20.000 sarracenos vieron por última vez la luz del sol en aquellas tristes soledades. Pero en aquel dia de castigo, debía éste alcanzar no sólo á los infieles, sino tambien á los que les habian vendido la pátria, y que áun venian á disputar á sus hermanos la dura libertad de que gozaban en las breñas intransitables de las Astúrias.

El ardid de Pelagio para resistir con ventaja á los musulmanes, cien veces más numerosos que los cristianos, habia surtido el deseado efecto. Aunque á mucha costa, los jinetes enviados de emboscada á la floresta, á la izquierda de las gargantas de Covadonga, pudieron llegar allí sin ser sentidos de los Árabes, que se habian aproximado más pronto de lo que hiciera creer la narracion del viejo Vellido. Los infieles habian hecho alto en las orillas del Deva, en el punto en que este rio partia del valle, y sus Almogávares se atrevieron á penetrar adelante: los jinetes de la celada, que marchaban de cerca y con cuidado, oyeron distintamente el tropel de los caballos enemigos.

Mas, cuando, al primer albor de la mañana, Pela-

gió se encaminaba con su pequeño escuadron hácia el desfiladero de la sierra, ya los Árabes salian por él y comenzaban á esparcirse, como riachuelo que, saliendo de estrecho cáuce, se dilata por los campos. Los cristianos retrocedieron, y los infieles, atribuyendo al temor su fuga simulada, se precipitaron trás ellos. Poco á poco, el Duque de Cantábria los atrajo á la entrada de la gruta de Covadonga. Al llegar allí, aplicó á los lábios su bocina y la hizo retumbar con prolongado sonido. Inmediatamente, las cimas de los peñascos que parecian inaccesibles cubriéronse de honderos y flecheros, y una nube de piedras y saetas llovió por todas partes sobre los africanos y sobre los Godos renegados. Estos vacilaron; pero su deseo de venganza hizoles apiñarse, escuadrones tras de escuadrones, á la entrada de la caverna, donde al fin hallaron resistencia desesperada. Entónces, grandes rocas, como si se desprendieran del cielo, comenzaron á rodar sobre ellos desde lo alto del precipicio que tenian encima. Brazos invisibles las impelian. Cada una de ellas trazaba en medio de aquella masa informe que oscilaba, en aquella vasta llanura de turbantes blancos y de capacetes brillantes, una oscura mancha, semejante á llaga horrenda. Eran diez ó veinte guerreros cuyos miembros aplastados, cuyos huesos triturados, cuya sangre mezclada, salpicaban las frentes de sus compañeros. ¡Era un cuadro espantoso! porque á aquel espectáculo se unia el grito de rabia y desesperacion de los combatientes, grito feroz y agudo, sólo comparable al rebramar de cien leonas, á quien los cazado-

res del Atlas hubieran, en su ausencia, robado sus cachorros.

Hacia la mitad de la tarde, del numeroso y brillante ejército Árabe apenas algunos millares de jinetes huían despavoridos y desalentados ante los forajidos de las Astúrias, que los perseguían sin descanso más allá de Cangas de Onís.

En el momento en que Pelagio, en su fingida fuga, llegaba al vasto portal de la gruta, salía de ella el jinete negro. El joven jefe le vió y se estremeció. Eurico tenía hundidas las mejillas, pálido y trastornado el semblante, y en todo su aspecto había una tan singular expresión de tranquilidad, que causaba terror. Mientras los cristianos defendieron la entrada, él permaneció quieto y como indiferente al combate; mas, luego que los Árabes, acometidos ya por la espalda, principiaron á retroceder, y que Pelagio pudo combatir en la llanura, Eurico, abriéndose camino con el frankisk, desapareció en medio de los enemigos. Desde aquel momento, en vano le buscó el Duque de Cantabria; ni él, ni nadie más le vió.

Era casi al ponerse el sol. Siguiendo la corriente del Deva, á poco más de dos millas de las laderas del Auseba, extendiase en aquella época espeso bosque de robles, en medio del cuál se abría un ancho claro, donde sobre dos peñascos verticales se alzaba un tercero: era, probablemente, un ára céltica. Enfrente del tosco puente de groseras piedras lanzado sobre el río, una senda estrecha y tortuosa atravesaba la selva y, pasando por el claro, continuaba por entre los oteros

vecinos, dirigiéndose en sus revueltas hácia la parte de la Gallecia.

Cuatro jinetes todos desmontados caminaban unos tras otros por aquel estrecho atajo. Por sus trajes y armas, conociase que eran tres cristianos y uno sarraceno. Al llegar al claro, paróse de repente el último y volviéndose con fruncido ceño á uno de los tres, dijo:

—«Nazareno, nos ofreciste salvarnos si te seguíamos; fíamonos de tí, porque no tenias necesidad de vendernos: estábamos ya en las manos de los soldados de Pelagio, y á una señal tuya cesaron de acosarnos. Pero el silencio tenaz que has guardado me inspira graves sospechas. ¿Quién eres, pues? Preciso es que seas sincero como nosotros. Sabe que tienes ante tí á Mugueiz, el Emir de la caballería árabe; á Juliano, el Conde de Septum, y á Oppas, el Obispo de Híspalis.»

—«Lo sabia:—respondió el jinete—por éso os he traído aquí. ¿Quieres saber quién soy yo? ¡Un soldado y un sacerdote de Cristo!»

—«¿Aquí!...—interrumpió el Emir llevando la mano al puño del alfanje y mirando al redor—¿Y con qué objeto?»

—«A tí que no eras nuestro hermano por la cuna, y que has combatido lealmente con nosotros, enemigos de tu fé; á tí, que nos oprimes porque nos venciste con valor y á la luz del dia, fué para enseñarte un camino que te lleve á salvo á las tiendas de tus soldados. ¡Es por allí!... A éstos, que vendieron la tierra de la Pátria, que escupieron el altar de su Dios, sin atre-

verse á renegar de él francamente; que ganaron en las tinieblas la victoria maldita de su perfidia, es para enseñarles el camino del infierno!... ¡Id, miserables, y seguidlo!»

Y cási al mismo tiempo dos pesados golpes de frankisk abollaron profundamente los yelmos de Oppas y Juliano. En el mismo momento brillaron tres ace-ros más.

¡Uno contra tres!—Era un combate silencioso y tremendo. El guerrero de la Cruz parecía despreciar á Mugeiz: sus golpes resonaban sólo en las armaduras de los Godos. Primero el viejo Oppas y después Juliano, cayeron (1).

Retrocediendo entónces el guerrero cristiano exclamó:

—«¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Pueda la sangre del mártir redimir el crimen del Presbítero!»

Y arrojando el frankisk, llevó las manos al capacete de bronce y lo lanzó léjos de sí.

Mugeiz, ciego de cólera, vibró la espada; crujió el cráneo de su adversario, y un chorro de sangre salpicó el rostro del sarraceno.

Como cae el abeto solitario de la cuesta al pasar el huracan, así el guerrero misterioso del Krysus cayó para no levantarse jamás!....

En aquella noche, cuando Pelagio volvió á la caverna, Hermengarda echada sobre su lecho parecia dormir. Cansado del combate y viéndola tranquila, el

(1) Véase la nota XXX del autor.

mancebo se durmió tambien cerca de ella sobre el duro pavimento de la gruta. Al romper de la mañana, despertó al sonido de un cántico suavísimo. Era su hermana que entonaba uno de los himnos sagrados que muchas veces habia oido en la catedral de Tarraco. Decíase que su autor era un presbítero de la diócesis de Hispalis, llamado Eurico.

Cuando Hermengarda acabó de cantar, quedó un momento pensativa. Después, dió repentinamente una de esas carcajadas que hacen erizar los cabellos: ¡tan tristes, tan sombrías, y tan dolorosas son, que infaliblemente anuncian la irremediable enajenacion del espíritu!

La desgraciada habia, en efecto, enloquecido.

FIN.

NOTAS DEL AUTOR.

I.

Pág. 4. *Crónica-poema, leyenda ó lo que quiera que sea...*

Yo soy el primero que no sé clasificar este libro, lo cuál no me aflige demasiado. Sin ambicionar para él la calificación de poema en prosa — que no lo es por cierto — veo también, como todos han de ver, que no es un romance histórico, á lo ménos conforme lo creó el modelo y la desesperación de todos los romancistas, el inmortal Scott. Al pretender fijar la acción que imaginé en una época de transición — la de la muerte del Imperio gótico y del nacimiento de las sociedades modernas de la Península — tuve que luchar con la dificultad de describir sucesos y de retratar personajes que, si por un lado pertenecían á eras que en los recuerdos de la España tengo por análogas á los tiempos heroicos de la Grecia, precedían inmediatamente, por otro, á la época á que en rigor podemos llamar histórica, á lo ménos con relación al romance. Desde la primera hasta la última página de mi pobre libro caminé siempre por dudosa senda, trazada en terreno movedizo: si lo hice con paso firme ó vacilante, otros, que no yo, lo dirán.

Conocemos, tal vez, la sociedad visigoda mejor que la de Oviedo y Leon, y que la de nuestro Portugal en el primer período de su existencia como individuo político.

Sabemos mejor cuáles fueron las instituciones de los Godos, sus leyes, sus usos, su civilización intelectual y material, que lo que todo éso era en siglos más próximos á nosotros. El esplendor de la corte, las fórmulas de los tribunales, los ritos de los templos, la administración, la milicia, la propiedad, las relaciones civiles son ménos nebulosas é inciertas para nosotros en las eras góticas, que durante el largo periodo de la restauración cristiana. Y, sin embargo, el reproducir la vida de esa sociedad, que nos legó tantos monumentos, con las formas del verdadero romance histórico tenemoslo por imposible; al paso que el representar la existencia de los hombres del undécimo ó de los siguientes siglos será, para quien los hubiere estudiado, no digo fácil, pero sin duda posible.

¿Y cuál es la causa de ésto?

Es que nosotros conocemos la vida pública de los Wisigodos y no su vida íntima, mientras que los siglos de la España restaurada nos revelan la segunda con más individualización y verdad que la primera. De los Godos nos restan códigos, historia, literatura, monumentos escritos de todo género; mas los códigos y la literatura son reflejos más ó ménos pálidos de las leyes y erudición del Imperio romano, y la historia no nos dice lo que era el pueblo. El goticismo español, al primer aspecto, parece moverse; pero lo palpamos, y es una estatua de mármol fría, inmóvil, yerta. Las puertas del domicilio del ciudadano están cerradas con los siete sellos del Apocalipsis: son la losa de la familia. La familia goda es para nosotros como si nunca hubiera existido.

No cabe en una nota el hacer sentir ese no sé qué de majestad *escultural* que conserva siempre la raza wisigoda, por más que intentemos galvanizarla; ni cabe tampoco el contraponer á esa raza las generaciones nacidas

durante la reaccion contra el Islamismo, que surgen y se agitan y viven cuando les aplicamos la corriente eléctrica y misteriosa que, partiendo de la imaginacion, va á despertar en su callado sepulcro los tiempos que ya fueron.

De esta diferencia, más fácil de sentir que de explicar, nace la necesidad de establecer una distincion en las formas literarias aplicadas á las diversas épocas de la antigua España, la romano-germánica y la moderna.

El período wisigodo debe ser para nosotros como los tiempos homéricos de la Península. En los cantos del Presbítero procuré hallar el pensamiento y colorido conveniente á semejante asunto, en el cuál cumple que predominen el estilo y formas de la Biblia y del Edda—las tradiciones cristianas y las tradiciones góticas, que, arrancando del Oriente y del Norte, vinieron á encontrarse y completarse, relativamente á la poesía de la vida humana, en el extremo Occidente de la Europa.

El romance histórico, tal como lo concibió Walter Scott, sólo es posible aquende del octavo,—tal vez sólo más acá del décimo siglo—porque sólo después de esa fecha la vida de la familia, el hombre, simplemente hombre y no ensayado y vestido para aparecer en la plaza pública, se nos va poco á poco revelando. Las formas y el estilo convenientes á los tiempos wisigodos serian, desde entónces, absurdos y paréceme que hasta ridículos.

La España romano-germánica se trasformó en la España rigurosamente moderna en el terrible crisol de la conquista árabe. La obra literaria (novela ó poema—verso ó prosa—qué importa?) relativa á esa transicion, debe combinar las dos fórmulas—indicar las dos extremidades á que se une: hacer sentir que el descendiente de Theoderik ó de Leowighild será el ascendiente del Cid Campeador; que el héroe se va á transformar en caballero; que el

siervo, entidad dudosa entre hombre y cosa, comienza á convertirse en altivo ó inquieto burgués.

Y la forma y el estilo deben aproximarse más ó ménos de uno ó de otro extremo, segun que la época de nuestra concepcion está más vecina ó más remota de la que va dejando de existir ó de la que viene surgiendo. La difícil mezcla de esos colores en la paleta del artista, ninguna doctrina, ningun precepto la dice: ha de enseñarla el instinto.

¿Fuve yo ese instinto?—Es más probable el no que el sí.—¡Si el arte fuera fácil para todos los que intentan poseerle, no nos faltarían artistas!

II.

Pág. 6. Leowighild habia expulsado de España los últimos soldados de los Emperadores... y habia finalmente espirado en Toletum.

Mucho tiempo he vacilado sobre si convendria usar de los nombres propios, tanto de personas como de lugares, conforme las sucesivas modificaciones del lenguaje en España los fueron transformando, hasta el punto de hallarse hoy muchos de ellos totalmente variados de lo que eran en su origen. De estos cambios, aquellos que sólo consistian en el aumento ó disminucion de una letra, ó en la diversidad de las desinencias, podian tal vez ser admitidos sin dar al libro un aspecto anacrónico; pero habia otros nombres, sobre todo en las designaciones corográficas, tan completamente alterados, que me repugnaba sustituir el antiguo con el moderno. Así Toletum, Emérita y otros, podian ser sin dificultad representados por Toledo, Mérida, etc.; mas ¿cómo sustituir sin notable anacronismo en la expresion, Sevilla á Hispalis, Leon á Le-

gio, Guadalete á Krysus, Burgos á Augustobriga, etc. cuando, como en este último ejemplo, hasta la situación de la moderna ciudad no es exactamente la de la población antigua? Me decidí, por tanto, á conservar los nombres primitivos, los cuales, además, no influyendo de modo alguno en el orden y claridad de la narración, pueden fácilmente hallarse en cualquier diccionario ó tratado de geografía antigua. (1)

Respecto á los nombres individuales de los primeros Wisigodos he procurado conservar, cuando á ellos he aludido, los vestigios de su origen gótico: á los de los personajes de mi libro les he conservado también las formas latinizadas que se encuentran en los monumentos contemporáneos, porque, según todas las probabilidades, ya en aquella época el elemento romano predominaba en la lengua.

III.

Pág. 18. *Gardingos en la corte de Witiza, tiufado ó milenario del ejército wisigodo...*

Uno de los puntos más discutidos en la historia de las instituciones godas es la naturaleza de esa clase de individuos, que tantas veces figuran en los monumentos de aquellas épocas, llamados *gardingos* (*gardigg* en lengua goda). Masdeu y con él Romey, que le tradujo casi siempre al tratar de la historia de los Wisigodos, aunque no lo cite sino en este lugar, son de parecer que el *gardingato* no era un título de nobleza, sino del cargo de sustituto del Duque (gobernador de provincia) como el *Vicarius* lo

(1) Para ahorrar á los lectores este trabajo, que á muchos de ellos no sería fácil ni cómodo practicar por sí, he añadido al texto algunas notas y explicaciones que me parecían oportunas. (*El traductor.*)

era del Conde (gobernador de ciudad). Aschbach deriva la palabra de *Gards*, que significa *solar con tierras adyacentes*, y parece querer confirmar así la opinión de Vossio, que pretendía fuesen los administradores ó almozarifes de los palacios reales—opinión que sería muy difícil sustentar á la vista de varios monumentos hispano-góticos. He seguido el parecer de Grimm y Lembke, que suponen ser los *gardiggos* una clase de *curiales* (cortesanos) ó nobles. En este caso, ¿no serviría la etimología *gards* para indicar en el *gardingato* una nobleza fundada sobre cierta extensión é importancia de propiedad territorial, formando la tercera clase de nobleza después de los *duces* y *comites*? Rosseeuw-Saint-Hilaire lo cree así y hace al *gardingo* sinónimo de *Prócer*. Pero la palabra *Prócer* no indicaba en especial el *gardingo*; era denominación genérica de la nobleza.

En cuanto al cargo de *tiufado* ó *tiuphado*, debe saberse que el ejército godo se dividía en cuerpos de mil hombres, y éstos en compañías y escuadras de ciento y de diez. Bajo la autoridad del *tiufado* (*thiud* ó *theod* pueblo, y *fath* conducir, ó segun otra derivación, *taihunda* mil, y *fath*), que también se llamaba *milenario* (de la etimología latina *mille*), estaba el *quingentario*, segun unos, capitán de 500 hombres, especie de Comandante ó Mayor de los regimientos modernos y, segun otros, sustituto del *tiufado* ó semejante á nuestros Teniente-Coroneles. La compañía de 100 hombres (*centuria*) era regida por un *centenario*, y la de diez (*decania*) por un *decano*.

IV.

Pág. 23. *Con la flotante stringe...*

El vestido civil de los Wisigodos era una especie de túnica llamada *Stringe* ó *Strigio*, ya de ántes conocida

por los Romanos. El clero usaba de este traje como los seglares, con la diferencia de ser blanco ó de otro color modesto; porque lo habia hasta de color de púrpura, cuyo uso estaba severamente prohibido á los sacerdotes. Véase Masdeu, *Hist. crit. de España*, tomo XI, págs. 63 y 197, y Ducange y Carpentier en las palabras *Stringes*, *Strigio*.

V.

Pág. 26. *El Ostiario buscaba...*

La Iglesia goda empleaba ocho ministros en la celebracion del culto: 1.º El *Ostiario*, que abria y cerraba el templo, cuidaba de la conservacion de los objetos del culto y vigilaba para que no asistiesen al sacrificio herejes ó excomulgados. 2.º El *Acólito*, que iluminaba los altares y tenia en la mano un candelabro mientras se leia el Evangelio. 3.º El *Exorcista*, á quien incumbia expulsar el demonio de los posesos. 4.º El *Psalmista*, que entonaba en el coro las antífonas, psalmos é himnos. 5.º El *Lector*, que leia en voz alta las profecias del Antiguo Testamento y las Epistolas, y las explicaba al pueblo. 6.º El *Subdiácono*, que recibia las oblacones de los fieles y disponia las vestiduras y vasos sagrados para la misa. 7.º El *Diácono*, que ayudaba á ésta y daba la comunión. 8.º El *Presbítero*, que sacrificaba, predicaba y daba la bendicion al pueblo.

VI.

Pág. 26. *Sucesor de Draconio, de Merobaude y de Orencio.*

Poetas célebres hispano-godos del siglo v.—De Draconio nos queda el *Carmen de Deo* y una epístola dirigida á Guntrik, rey de los Vándalos. De Merobaude subsiste un

fragmento del *Poema de Cristo*. De Orencio, tan elogiado por el poeta Fortunato y por Sidonio Apollinario, apénas resta una pequeña poesía en la *Biblioteca Veterum Patrum*.

VII.

Pág. 34. *No eran así los Godos del Oeste.*

La raza de los Godos, asiática en su origen y germánica en la lengua, que ántes de ocupar una parte del territorio romano habitaba al Norte del Ponto Euxino (Mar Negro), dividíase en dos grandes familias, cuyas denominaciones provenían de su relativa situación. Los que se hallaban al Oriente llamábanse *Ost-goths* (Godos del Este) y después, por corrupcion, *Ostrogodos*; los del Occidente eran *West-goths* (Godos del Oeste) ó *Wisigodos*, que después de ora servir al Imperio como aliados, ora asolarlo como enemigos, vinieron á hacer asiento en el Sur de las Gálias y en la Península, estableciendo al fin en Toledo el centro de su Imperio.

VIII.

Pág. 34. *Combatia en los Campos cataláunicos.*

La célebre batalla dada por Theoderik, rey de los Wisigodos, y por el general romano Aecio su aliado, contra el feroz Atila en los *campi-catalaunici* (llanuras de Chalons-sur-Marne) es el más notable entre los combates terribles que en el siglo v costó á Europa la disolucion del gran cadáver romano. Pueden verse en Jornandes y en el Panegrico de Avito por Sidonio Apollinario las particularidades de este suceso.

IX.

Pág. 52. *Rodearemos la Isla Verde.*

Algeciras: Este nombre fué puesto por los Árabes al sitio en que Tarik vino á aportar, cuando salió de Ceuta para la conquista de España. El islote, llamado hoy *de las Palomas*, se halla á un tiro de fusil de aquella poblacion, á la que pasó el nombre que los Árabes dieran á la isleta, viéndola verdear á lo léjes: *Djezirat-al-Hadra*. (La Isla Verde). Ignorando su antiguo nombre, supuse que esta denominacion de origen árabe era anterior y que ya los Godos la llamaban así. El anacronismo es, á mi ver, asáz disculpable.

X.

Pág. 56. *El blanco amículo.*

El *amículo*, que entre los romanos era propio de las mujeres de baja esfera, se hizo en España traje comun de las más honestas y nobles: era una especie de manto con que cubrian las vestiduras inferiores. Los cabellos los recogian en una especie de cofia, llamada *retiola*. Véase Masdeu, *Hist. Crit.* t. XI pág. 6.

XI.

Pág. 64. *Hácia los Campos góticos.*

Los Wisigodos habian dado en especial el nombre de *Campi gothici* á las llanuras de Leon y de la Extremadura española. De aquí, contraida á menor territorio, vino la denominacion de *Tierra de Campos*.

XII.

Pág. 75. *Wali de Sebta!*

«Wali: prefecto, caudillo principal, gobernador de provincia, general de ejército.» *Conde—Declar. de alg. nom. árabes.*—Juliano, era, segun parece, el gobernador de la provincia goda del otro lado del Estrecho, llamada *Transfretana*: correspondiale por éso entre los Árabes el título de Wali. *Sebta* es la corrupcion arábica del nombre de *Septum*, de cuya corrupcion nuestros antiguos formaron *Cepta* y después *Ceuta*.

XIII.

Pág. 78. *Los golpes del frankisk godo.*

El *frankisk* ó *frankiska* era una especie de pequeño machete de dos filos usado por los Frankos, de quienes lo tomaron los Godos. Consúltese á Masdeu, *Hist. Crit.*, t. XI, pág. 52, y á Ducange, verb. *Francisca*. — La *Cateia*, de que adelante se hablará, era una lanza corta ó dardo, origen, tal vez, de la *azcona* ó *azcuma* de los tiempos posteriores.

XIV.

Pág. 88. *La antigua Rómula.*

Sevilla en tiempo de los Romanos tenia dos nombres: *Rómula* é *Hispalis*. Este último vino á prevalecer al fin. Véase Flores, *Esp. Sagr.* t. IX, pág. 87.

XV.

Pág. 90. *El profeta de Yatrib.*

Mohammed era natural de Medina. Esta ciudad llamábase Yatrib. Él fué quien la puso el nombre de *Medina-al-Nabi* — CIUDAD DEL PROFETA.

XVI.

Pág. 92. *Calpe ó Geb-el-Tarik.*

Al desembarcar los Árabes en las costas de España y ver que el promontorio del Calpe era un punto grandemente defendible, se fortificaron allí mientras esperaban el resto del ejército que pasaba de África. La montaña recibió entónces el nombre de *Geb-el-Tarik* (monte de Tarik) y tambien el de *Geb-el-Fetah* (monte de la Entrada). De la palabra *Geb-el-Tarik* se formó después la de *Gibraltar*.

XVII.

Pág. 95. *Los creyentes del Islam.*

Islam en árabe, el Islamismo ó religion del Koran. Significa propiamente esta palabra *resignacion*; *resignacion en Dios*.

XVIII.

Pág. 95. *Algunos escuchas.*

Escuchas se llamaban en los tiempos bárbaros, á las rondas ó centinelas nocturnas de los campamentos. Se encuentra esta palabra en los escritores del siglo VI y si-

guientes, como en San Gregorio Magno: *sculcas quos mittitis sollicitè requirant*. Epist. 12—23. La forma pura del vocablo *exculcatores* aparece ya en Vegecio; después por abreviatura *exculcae* y *sculcae*. *Sculcas* se contraponen á los *atalayas* en las leyes de Partida: P.^a 2.^a, tit. xxvi, donde estos significan *guardas de día*.

XIX.

Pág. 95. *¡Los Romanos! y la turba repitió — ¡los Romanos!*

Los Árabes designaban á los Cristianos, y áun en general á cualquier europeo, por el nombre de *al-rumi*, (el romano) fuese Griego, Franko ó Español. Los mismos que abrazaban el Islamismo conservaban este apellido. Tal era el Emir ó general de la caballería, Mugueiz, uno de los más famosos compañeros de Tarik. Cuando en especial querian designarlos, no por la diferencia de raza, sino por la de creencia, decian *Nassrani* (nazarenos).

XX.

Pág. 102. El grito de *¡Allah-hu-akbar!*
¡Dios sólo es grande! era para los Árabes la voz de acometer, como después fué para los cristianos el grito de *¡Santiago!*

XXI.

Pág. 110. *Á lo largo de la efipia.*

La efipia era una especie de silla de lana que los Godos habian introducido á imitacion de la caballería romana.

XXII.

Pág. 116. *Bajo los duros golpes del mangualde morisco.*

«Sus armas (las de los bereberes y Árabes africanos) cási se limitan á largos palos, á los cuales están sujetos por el medio otros muy pequeños, que en el combate descargan sobre los enemigos con ambas manos.» Alkhathib, *Pleni Lunii Splendor*, en Casiri, tom. II, pág. 258.

XXIII.

Pág. 146. *Los Cheiks.*

De la misma manera que la palabra latina *senior* (el más viejo) vino á significar en el latin bárbaro y en el romance ó lenguas vulgares de las naciones modernas el *principal*, el *señor*, así la palabra árabe *Cheik*, *Chek*, *Xeque*, esto es, *el anciano*, tomó entre los sarracenos la significacion de señor ó jefe de una tribu.

XXIV.

Pág. 150. *Las súplicas del viejo bucelario.*

En el Imperio godo los bucelarios venian á ser lo mismo que los clientes de los Romanos: hombres libres adictos á las familias poderosas, por quienes eran patrocinados y tal vez sustentados, si, como pretende Masdeu y su en esta parte cási traductor Romey, el nombre *buccellarius* les provenia de *buccella* (migaja de pan). El código visigodo (lib. V, tit. III) establece los deberes y relaciones de estos hombres con sus amos y patronos. La obligacion más importante del bucelario parece consistia en el servicio mi-

litar: *Si ei... arma dederit*. Por éso se me figura más probable la etimología que á semejante denominacion atribuye con preferencia el erudito Canciani (*Barbar. Leg. Ant.* vol. IV, pág. 117), derivándola de la palabra escandinava *buklar* (escudo), transformada en el idioma germánico en *bukel* y en las lenguas modernas en *bukler*, *bouclier*, *broquel*. En este caso, el bucelario correspondería al *armigero* ó *escudero* de los siglos XII y XIII, que significando en su origen el que traía las armas ó el escudo de su señor ó amo, vino á tomarse por un hombre de armas de cierta distincion, á quien, sin embargo, faltaba el grado de caballero.

XXV.

Pág. 155. *Y sus almas puras se abrigaban en el seno infinito de Dios.*

El hecho narrado en este capítulo es histórico. El lugar de la escena y la época es lo único que he inventado. Fueron las monjas de Nuestra Señora del Valle, junto á Écija, las que en tiempos posteriores practicaron este hecho heróico, para esquivarse á la brutal sensualidad de los Árabes. Parece que el procedimiento de las monjas de Écija fué imitado en muchas partes. Consúltese á Berganza, *Antigüedades de España*, tom. I, pág. 139, y á Morales, *Crón. Gen.*, tom. III, pág. 105.

XXVI.

Pág. 181. *El imperio de Andalus.*

Segun Lëmbke, cuya opinión descansa en el testimonio de Ibn-Said y de Ahmed-Al-makkari, los Árabes conocían á España, ántes de la conquista, por el nombre de *Andalus*

ó *Andalús*, nombre que después aplicaron en especial al territorio entre el *Wadi-al-Kebir* y el *Wadi-Ana* (Guadalquivir y Guadiana) esto es, á la moderna Andalucía. El nombre de *Al-Gharb* (el Occidente) que igualmente dieron á la Península para distinguirla de la Mauritania (*Al-Mogreb*) vino también á contraerse á la provincia portuguesa del Algarbe.

XXVII.

Pág. 182. *Alfaquí de los Romanos.*

Alfaquih: título que los Africanos dan á sus sacerdotes y sabios de la ley. *Moura, vestig. de la leng. árab. p. 38.*

XXVIII.

Pág. 200. Los nazarenos de *Al-Djuf*.

Las grandes divisiones de la España segun la geografia árabe eran cuatro: *Al-Gharb*, el Occidente; *Al-Sarkiah*, el Oriente; *Al-Kiblah*, el Mediodía; *Al-Djuf*, el Norte. Por éso era ésta la designacion de los territorios cristianos de las Astúrias y Cantábría.

XXIX.

Pág. 241. *Los últimos aripennes de tierra libre.*

El *aripennis*, *arapennis*, *agripennis* ó *arpentum*, de donde vino la palabra francesa *arpent*, era una medida de extension igual á la mitad del *jugerum*, de donde el portugués tomó la palabra *geira* (1). El aripenne mediase en

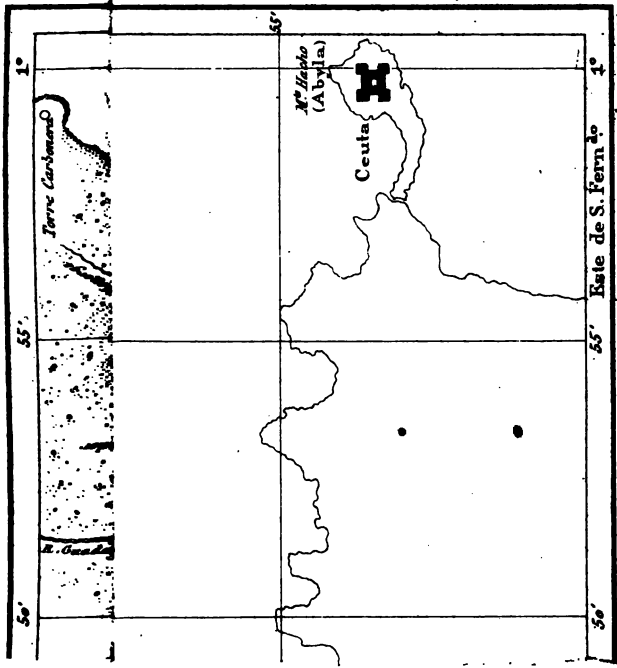
(1) Y el castellano la de *yugada* su equivalente (espacio de tierra que una yunta de bueyes puede arar en un dia). El *aripenne* medía 120 piés cuadrados. (*El traductor.*)

cuadro y tenia de cada lado 12 *pérticas*, cada una de las cuales equivalia á 2 palmos. Masdeu afirma que el aripenne era medida especial de la Bética, lo que es inexacto; porque tambien se halla mencionada en muchos documentos, no sólo de otras provincias de España, sino tambien de diversos países, como puede verse en Ducange en la palabra *Arapenis*.

XXX.

Pág. 271. *Primero el viejo Oppas y después Juliano cayeron.*

En las mil diversas tradiciones, ya antiguas, ya inventadas en tiempos más modernos, sobre el modo como se constituyó la monarquía de Astúrias, procuré ceñirme, á lo ménos en lo general, á lo que pasa por más próximamente histórico. Pero cumple advertir que Pelagio vivió, segun todas las probabilidades, en tiempos un poco posteriores á la irrupcion árabe, y que la muerte de Oppas y de Juliano en la batalla de Cangas de Onís, suceso narrado por algunos escritores, tiene sobrados caracteres de fabulosa. Mi intencion, pues, como ya he indicado, fué pintar los hombres de la época de transicion, digámoslo así, de los tiempos heróicos de la historia moderna al periodo de la Caballería, todavia brillante pero ya de dimensiones ordinarias. Mi héroe del Krysus es como el último semidios que combate en la tierra; los forajidos de Covadonga, como los primeros caballeros de la larga, patriótica y tenaz cruzada de la Península contra los Sarracenos. De este modo, siendo hoy difícil separar, relativamente á aquellas eras, lo histórico de lo fabuloso, aproveché de uno y de otro lo que me pareció más apropiado á mi objeto.



A. ALBERTUS MAGNUS in p. 104.